JOSÉ MANUEL DEL RÍO

A BOCAJARRO

EN ESTA NOVELA
MADRID NO PERDONA UN ALMA.



A bocajarro

José Manuel del Río



A las personas que piensan que escribo sobre ellas,
Porque suelen equivocarse

1

Carla es bonita.

El pelo negro le cae sobre los hombros y las puntas se descuelgan a la altura del busto. Aquel flequillo vela sus ojos verdes, abiertos en una expectativa que también marcan los labios con puchero de niña traviesa. Tiene la medida de todas las esperanzas: catorce años y ninguna asignatura para septiembre. Aniversario hace semanas, cuando sufría la tarta familiar pensando en salir con su pandilla hasta la medianoche. Y solo por el cumpleaños.

En aquella fecha, el beso del padre en la frente la incomodó por primera vez.

Después, de fiesta, el lengüetazo de un amigo aún la removía al día siguiente.

Ahora el chaparrón veraniego corre sus pómulos altos, meandros que rompen desde la mandíbula, algo prominente, en curva simétrica con la proporción que guardan tres cuartos de la cara. A pesar de las burlas del hermano mayor, colgado de aquí y de allá, la nariz respingona semeja cincelada a medida. Se apoya sobre la parte derecha de la cadera, cuello vuelto a ese mismo lado, espalda encorvada y piernas estiradas. El vestido beis raya sus muslos bronceados. Piscina del barrio, Legazpi, sur de Madrid, siempre al sur, dos euros para entrar y tardes de sol con un bocadillo de mala ternera. Nunca usa la crema protectora que la madre coloca dentro de su bolsa, cuando mira, sin querer mirar, si ahí habrá algo inconveniente. Una piedra de hachís, unos preservativos o un folleto de la Iglesia evangélica. Solo catorce años, recuerda.

En la escena nocturna, sus dedos rompen la naturalidad de la pose. Diez falanges figuran un laberinto sin salida. Y, al contrario que de una recta infinita, debería haber salida para un laberinto. Las yemas se retuercen, se estiran, señalan a la persona que ya no está allí, a la que no se tomó el tiempo y la razón necesarios para terminar con otra, a la que de un movimiento hizo que la ciudad se desvaneciese a su alrededor. O quizá a la persona que no la detuvo. Al héroe en retirada que nunca cruzó la plaza.

Disparar a alguien significa quitarle lo vivido y por vivir.

Pero disparar a una niña significa que se puede disparar a cualquiera.

¿Cómo le llegarían todas las primeras veces que experimentaría durante los próximos años? ¿Lograría ser médico, según apuntaban sus profesores y notas en ciencias? ¿Le esperaba vida familiar, pareja e hijos, en Madrid o buscaría la soledad en un lugar remoto? La bala en su frente hace que formularse cualquier pregunta sea inútil, porque para siempre habrá una única respuesta: la asesinaron.

A Carla la asesinaron.

El final que siempre marca otro inicio.

Y todavía así, muerta, Carla es bonita.

Ha dejado de llover.

Charcos y mosquitos por todas partes.

—¿Llamaste a la policía?

—Ni sé su número.

—¿Tú, Ronald?

—Sin saldo en el celular.

—Nunca tienes saldo.

—Yo solo me comunico por llamadas perdidas… Mierda, ¿no ves que aquí nadie va a avisar a la policía? —Ronald escupe al suelo—. Desde que llegamos a España, lo único que hacemos es correr delante de ella.

Son los chicos del piso patera que descubrieron el cadáver.

—Nos van a joder como…

El último que habla pierde una idea en la cabeza, renuncia a atraparla.

La glorieta de San Víctor es una plazoleta interior. Otros tiempos de urbanismo franquista; sin bancos, sin césped, sin fuentes, nada para una vida social escondida que no interesa a los mandos policiales. En los años setenta habían dado el agua varias veces antes de que cualquier agente doblara la esquina. Su raquitismo se apuntala por bloques amarillos, centinelas de un pasado al que sobrevivieron mejor que bastantes inquilinos. En la actualidad esta zona de Legazpi, aún conocida en ciertos ambientes como el Triángulo de la Prostitución, acoge a los exiliados del centro. Cohabitan en ese sur de Madrid con los inmigrantes que regentan ultramarinos y bares de nombres castizos, portadores de otra temporalidad y otras mañas. Más de un siglo después, la situación colonial casi se ha trasladado a las ciudades.

—Nos van a joder como…

Definitivamente no arranca su frase.

Pero los chicos a los que van a joder viven peor que nadie allí:

semisótano en la misma plazoleta, doce jóvenes en tres habitaciones de literas, rejillas que emulan ventanas y hornillo portátil como cocina. Cada uno paga doscientos euros de alquiler al mes, porque no hay papeles timbrados de los que declaran legal a una persona y así dejan de encogerla como piel de zapa. Mientras, sudan el verano en las escaleras que descienden a su puerta. Estiran cajetilla, cogollo o litrona para charlar sobre hechos que tampoco ocurrirán. Cambian la utopía, nada más; su ilusión es la misma bestia que sacrifica los sueños de todos.

Aunque solo durante el día.

Hace un rato, noche cerrada, peleaban con la almohada salvo el que robó una bicicleta en invierno. El Rider, lo llaman desde entonces. Inmóvil junto a tres compañeros de piso peruanos, enfoca el cuerpo de Carla después de repartir hamburguesas de madrugada. Comisiones ridículas, gente con problemas abriendo la puerta semidesnuda y olor a animal muerto, vuelta y vuelta, en la bolsa grasienta. El Rider, sí. Saca una lata de su mochila con letras verdes y empuja la anilla con el pulgar. Se oye el sonido del gas que escapa del refresco.

A la izquierda aparece Coco, el portero de una discoteca latina que vuelve de trabajar. De momento se limita a mirar el cadáver con prevención. Supone que ese único acto traerá muchas consecuencias. Gotas de sudor perlan su frente, zigzaguean por las sienes y al fin un pañuelo bordado las recoge con el veredicto.

—Esto se va a poner en candela, muchachos.

Dominicano, negro, cadenas que simulan oro para el bling bling y hasta grillz en dentadura. Sabe que a algunos negocios de la zona no les conviene una investigación policial como la que vendrá. Demasiadas preguntas para personas que no tienen nada bueno que contestar. Ahí los agentes recibirán otra vez las explicaciones con los brazos en jarra, cejas circunspectas y ese deseo de que casi todos sus interlocutores estén en la cárcel.

Golpazo en una ventana.

Acaba de cerrarla la anciana del tercero. Gasta la última existencia espiando un lugar y un tiempo que ya no son los suyos. Piensa que se va a ir demasiado tarde o demasiado pronto, a no ser que su consciente inutilidad esté presente en todas las épocas, que los que no tienen vida propia siempre se hayan metido en la de los demás. Y ella sí llama a los policías, sí sabe el número que le memorizó su nieto para marcación rápida en el teléfono. Odia a aquellos extranjeros arracimados bajo su bloque y la peste de los cigarros que lían con tabaco verdoso.

—Definitivo, avisaron a los tombos —dice Ronald.

—¿Quedan chelas en el frigo? —pregunta uno de los del piso patera—. Puto calor.

El Rider menea la cabeza a sus compañeros.

Prefiere declarar como testigo que como investigado.

—¿De quiénes pensáis que van a sospechar primero? Si les contamos la verdad, que la encontramos así, nos dejarán tranquilos antes.

—¿Por qué eres tan listo desde que tienes bici, chamba y veinte euros al día?

Coco pega una colleja al que replica al Rider.

—El tigre de la bicicleta lleva razón —dice tras soplarse los dedos.

Clavando la vista en el iris verde y estallado de Carla, también constata que solo son verdad las cosas elementales, sencillas. Como que, por algo, de aquellos cuatro proyectos ruinosos de mala vida el listo es el que va a pedales. Lo que divide a esas personas es si tendrán una sola oportunidad de salir adelante o ninguna. Y reconocerla, aunque sea en forma de bicicleta. El portero pone el índice sobre los labios y desaparece con su reflexión, bling bling, antes de que truenen las sirenas.

Callarse.

Nada suele beneficiar más que callarse dentro y fuera de la cabeza.

—No le digáis a la policía que él estuvo aquí —dice el Rider a sus compañeros de piso—. Sabéis lo que vendría después.

Se acercan al lugar tres drogadictos de última generación, varios barrenderos rastrillo al hombro, una pandilla de universitarios que regresa de uno de tantos prostíbulos y una mujer en batín. Su perro mestizo corre a olisquear el cuerpo y los chicos peruanos le dan una patada. El animal muestra la única cara inocente del cónclave de vecinos. Es una mascota pequeña, sin raza, de color ceniza y ladrido desquiciante.

—¡No peguéis a Rufo! —protesta la dueña.

—¡Átelo!, ¡que lleva las patas manchadas de sangre!

Algo retirada, una chica de veintipocos años, más inocente de lo que su oficio suele aconsejar, observa la escena del crimen apoyada en una farola. Pega la cabeza contra el pie de hierro y se sube la cremallera del escote en uve. Sus senos operados con gusto, ni desmesurados ni prominentes. Las piernas largas, de muslos aún tonificados, terminan en unos tacones de remaches y suela roja. Luciana niega con la cabeza, porque alcanza la misma conclusión que Coco. Vienen problemas y ella tampoco necesita más de los que tiene. No llegó a Madrid para hacer feliz a nadie, solo para ganarse la vida. Pero ¿al precio que paga? Se le está poniendo cara de depresión, de

tratamiento con pastillas que acaban en «-zepam», mientras en los últimos tiempos apenas sale a los bares para brindar, por nada, con chupitos de Marie Brizard. Y ahora se irá al tugurio de la esquina a por uno de licor de melón. Después, a intentar dormir también.

Al murmullo de los vecinos se impone el derrape de los coches de policía local, regocijados en el freno de mano y en la calzada aún mojada. Maniobras del gusto del turno de noche. Tardan un par de minutos desde el aviso por radiofrecuencia. Nadie creía que en central daban el código de un asesinato, porque para esos uniformes los sucesos en los periódicos son algo que investigan otros, supuestamente más estudiados, vestidos de civiles, incluso a veces encorbatados y siempre con mejor sueldo.

Sin embargo, nunca se detendrá la rueda del asesinato.

No lo hizo cuando gobernantes dimitieron, ajustaron impuestos y nacionalizaron bancos; tampoco cuando se independizaron estados, dictaron nuevas leyes penales y abrieron tumbas olvidadas. No importa cuántos investigadores se dediquen a ello y su infalibilidad. La rueda del asesinato solo se detendría si las esquinas fuesen silencio y los animales salvajes caminasen por el metro.

Salen los agentes en contoneos estevados.

Una linterna enfoca, frenética, la escena.

—La hostia. —El policía más veterano observa el cuerpo de Carla como lo haría a través de un microscopio—. Esto será un montón de papeleo.

La queja, que no debía significar nada, ya mueve el mundo.

2

Suena el móvil de madrugada.

Una conversación asertiva sobre las sábanas sudadas termina con:

—Mándame la ubicación y enseguida estoy ahí [...]. No, no, al del trabajo [...]. ¿Para qué coño quiero un teléfono con doble tarjeta?

Cuelga.

Vibra una notificación en el aparato y se abre el mapa en pantalla. Zoom con dos dedos. El icono rojo se dispone sobre una plazoleta que Martín no conoce. Pulsa las teclas virtuales del móvil algunas veces más y se marca un camino azul retroiluminado hasta el cadáver. El menú superior diferencia los tiempos de hacerlo andando, en transporte público, en coche y hasta en bici. Martín bosteza, refriega el dorso de la mano por su boca seca y se estira los carrillos con los dedos. Aprieta el mando para apagar el ventilador del techo, que zumbaba como un helicóptero Apache. Yergue su tronco del colchón y observa la misma pared blanca de siempre.

Cabe la posibilidad de que mañana no todo sea igual, pero sí parecido.

El investigador llega a la ubicación una hora más tarde, cuando la luz de estaño se refleja en los ventanales de los bloques. Se eleva el sol de verano en Madrid y ni una racha de aire entre las calles. Apenas unas nubes rasgadas, violetas, lo difuminan en vertical. El agente del grupo de Homicidios, Policía Judicial, solo tuvo tiempo para un café con tostada y un zumo de bote. Arrancó el Seat Altea gris del departamento y recogió a su binomio. Toni esperaba mal dormido en el portal, con la misma cara del que paga unas horas en un aparcamiento del centro. Ese chico lleva seis meses intentando aprender el oficio, pero disimula cualquier avance.

Ni siquiera automatiza las rutinas.

Y Martín tiene la suya después de varios años trabajando con muertos, una serie de pasos tan importantes que ha encargado a la inercia: enfundar pistola, móvil de la unidad, libreta y guantes de goma que recoge de una vitrina de su habitación; conducir hasta algún rincón con el compañero bisoño de turno, donde le espera un policía de uniforme pensando en las horas extra y, al lado, un cuerpo frío que

a su manera también espera; echar un vistazo sobre el cadáver y luego ponerse en cuclillas, a dos metros de distancia, para analizar la escena tratando de comprender qué técnica habrá usado el autor.

Lo certero del primer examen marcará lo certero de la investigación.

Aún no ha cumplido los cuarenta, esa edad de experiencia y solo una incipiente amargura de la pila de cadáveres. Los jefes opinan que está en su mejor momento. Le confieren una cualidad extraña, aquella que hace cambiar las tesis de los otros y, todavía más extraña, cambiar la propia si es necesario. Con las canas llegarán la indiferencia y el dilema final, calcado al del resto, de a qué ha dedicado sus años.

La pareja de investigadores ya estudia la escena del crimen.

Frente a la mirada desvaída de Carla.

—¿Qué opinas? —pregunta Toni a Martín.

—Que todos los muertos me caen igual de mal.

—Vaya imagen —murmura Toni—. Parece un inicio de esos de novelita negra.

—Nunca leas semejantes chustas. —Martín se acerca al cuerpo con lentitud—. Las escriben personas que no salen de casa ni a comprar el pan.

El orificio de bala en la frente de Carla descarta muchas posibilidades. Pequeño, por tanto, trayectoria de entrada. A cambio de la incógnita obvia sobre si la mataron allí. Del análisis visual tampoco concluye si la han violado, porque un robo a una adolescente nunca termina así. Nada debería terminar así, sin embargo, él siempre tiene trabajo.

Dudas, dudas; no hay otra manera de avanzar.

—Al menos no es otra sobredosis —dice Toni.

Martín alza un dedo admonitorio. Le gustan los aprendices callados, pero también se alegra de que no sea el enésimo cuerpo roto de heroína o fentanilo, que, por si acaso, suele requerir un vistazo de personas como él. Recorre el perímetro buscando casquillos, sangre o algún objeto que no debiera estar en una plazoleta mugrienta. Apunta dos rastros rojos en el croquis de la libreta, aunque desaparecen sobre el adoquinado. Entonces indica al policía encargado de conservar la escena que se acerque. Por supuesto, se quedó el veterano de la local. El investigador confía en que haya identificado testigos, activado el protocolo con los forenses y que no haya tocado nada. Todo debería estar igual que cuando llegó él. Se piensa que aquel es un trabajo de acción, de tiroteos y carreras por azoteas. En cambio, Martín no ha disparado desde la academia y siempre consigue esquivar las prácticas anuales de tiro. Su labor se asemeja más a la de un delineante, no

tanto virtuosismo como método, que cuadra gráficos durante meses para tener un proyecto firmado por el departamento de Policía Judicial.

Un atestado.

Literatura maquinal, frases enunciativas, conclusiones en negrita.

Un maldito atestado que, muchas veces, equivale a la palabra de Dios.

Pero eso se leerá por tantas opiniones diferentes que a Martín le parece algo ajeno cuando, al final de un largo proceso llevado por jueces de instrucción, penal y ejecutorias, la cárcel concede un permiso al culpable y él se entera porque un compañero lo ha visto en el supermercado.

—El primer aviso que entró en patrulla fue el de una señora que vive ahí —dice el policía local, señalando un tercero con cortinas de encaje y geranios—. Llama todos los días, según comentan en central. No les sorprendió que estuviese despierta de madrugada.

Martín cree ver la silueta de la anciana sobre los doseles.

—¿Qué es lo que le molesta todos los días? —pregunta al policía local.

—La política migratoria del Gobierno.

—Seguro que la zona ha cambiado mucho desde su juventud.

—Pero la he interrogado y se acercó a la ventana cuando ya había un corrillo.

—¿Oyó el disparo?

—Dice algo de un petardo, aunque no sabe si estaba soñando.

—¿Cómo?

—Toma un lote de pastillas para dormir y no puede ser más concreta. En realidad, nos llamó por unos muchachos de aquella puerta. —Ahora el policía local apunta, de forma un tanto extraña, al suelo—. Varios sudamericanos hacinados en un sótano. Hemos identificado a doce, cuatro de ellos ya en comisaría, parece que fueron los primeros en llegar. Dudo de que puedan comprar un arma estropeada entre todos. Ni uno tiene residencia legal y…

—Ese dato no me importa.

Martín rompe la tregua entre la artesanía y la industria. Le cansa la letanía quejosa de los policías locales a punto de colgar la placa. Él no pide papeles a inmigrantes, ni disuelve botellones adolescentes, ni multa a comercios que cierran media hora tarde. Él investiga homicidios o asesinatos, porque al menos conoce la diferencia legal entre unos y otros. Desearía que le llamaran «detective», como en Estados Unidos, y tampoco se considera muy compañero de aquel uniforme azul, repleto de banderas, que levanta las cejas en asimetría.

—¿Qué datos le importan entonces, compañero?

—¿Algo por lo que pueda identificar a la chica? —pregunta Martín—. Siempre es lo primero.

—Tal vez lleve una cartera bajo el vestido, pero comprenda que no era prudente moverla hasta su llegada.

—Una cartera y un móvil estarían bien para empezar.

Ahora Martín se siente el bateador que encuentra una pepita de oro. Porque se convence de que aquel bulto rectangular en el pecho de la chica, bajo el sujetador deportivo, es su teléfono móvil. A la orden del juzgado se examinará hasta la última coma en las muchas conversaciones de, supone, sus aplicaciones de mensajería, vídeos de dieciséis segundos, fotos, me gusta, no me gusta y recompensas de dopamina en emoticonos.

Después, Martín alza la vista alrededor. El entorno le parece deprimente, en el sentido de que a nadie de allí debe de parecérselo, y un aroma a orín llega a su nariz. Identifica manchones de humedad en una pared lejana, bajo la pintada que pone A.C.A.B. Sobre la izquierda, una cruz céltica tachada, símbolos ilegibles superpuestos y carteles rotos de la verbena del verano. Ha pateado lugares mucho más rendidos que ese en Madrid. Todos con algo en común: por Orcasitas, San Blas, Pan Bendito, Cañada Real o cualquier coordenada semejante, se admite que existe la mala estrella de ser pobre como la mala estrella de ser víctima de un asesino. Y una filosofía de muerte siempre resulta una filosofía de vida.

—¿Patrulla el barrio? —continúa preguntando Martín.

—Desde hace treinta años. —Tres dedos destacados en la mano del policía local—. He visto unas cuantas cosas.

—¿Y cómo es la zona hoy?

—La zona…

Con esos puntos suspensivos, exageradamente largos, Martín se arrepiente de su pregunta. Nunca hay que fiarse de los puntos suspensivos y menos de las personas que los usan. Intuye la enésima batería de historias de los ochenta: heroinómanos, punkis, atracos en Seat 127; de los noventa: pastilleros, skins, altercados raciales. Están en verano de 2019. Han pasado, mínimo, dos décadas de aquello. Y se sigue contando sin discernir lo que sucedió y lo que se recuerda que sucedió; lo que se vio, lo que solo se escuchó y lo que, en cambio, siempre se elige olvidar.

Por su presagio, recibe la segunda muestra de profesionalidad:

—La zona hoy… —sigue el policía local—. No le explicaré cuánto mejor de lo que era en los ochenta y noventa, aun así, hay problemas. Todavía funcionan pisos de prostitutas en el paseo de las Delicias, con

los líos de chulos, clientes y camellos de medio pelo que las rondan. Hay mucho dominicano en estas calles. No resultan muy conflictivos, pero a los chavales les gusta sacar la navaja. Algunos andan en bandas. Hacen gestos raros con los dedos, se distinguen por sus pañuelos de colores y se desafían en público a través de las redes sociales, a la vista de toda la comisaría. En fin, vigilamos antros, trapicheos y poco más. Últimamente viene bastante universitario a vivir a los bloques porque los precios son razonables. Supongo que lo del Matadero ayudará al barrio. Dentro de un tiempo más universitarios alquilarán todas las viviendas de esta gente y entonces los de aquí se marcharán a Usera junto a los chinos, luego los que echan del centro de la ciudad también echarán a esos chinos. De seguir así acabarán todos en... ¿Móstoles?

—El Matadero es un sitio de exposiciones, ¿verdad? ¿Donde antes había un mercado?

—Había un matadero municipal.

Martín proyecta la cabeza hacia delante.

—Claro —dice—. Primero la sangre y después los cuadros.

—Dejan la vera del Manzanares muy bonita para intelectuales, ciclistas y perros. Los perros están encantados con el ayuntamiento. Usted vive más bien en el norte de Madrid, ¿a que sí?

Martín sonríe como capitulación ante aquel policía local, que casi consideraría un compañero en una mala noche, uno por el que sentir su afecto de corta duración y que además acierta, aproximadamente, dónde vive.

—Me ha sido de utilidad, gracias.

—¿Y ya...?

—Dele los datos a mi binomio para la minuta. —Martín cabecea hacia Toni—. Ese joven que rebusca en las papeleras.

Observan al novato de Homicidios estudiando mondas de plátano. Distingue las venas hipertrofiadas subiendo por los bíceps de mancuernas y anabolizantes, que bombean con el toqueteo de fruta podrida.

—¿Y ya...?

—Y ya dejaremos nota de la horita extra que le hemos supuesto.

El policía local asiente con gratitud.

—¿Me aceptaría un consejo? —pregunta luego.

Martín rumia que a veces tiene que ser un poco menos prejuicioso con los uniformes azules.

Solo a veces.

Y solo un poco.

—Por supuesto, compañero.

—No se confíe en la investigación. Quedan elementos peligrosos por nuestras calles, ya sabe, viejos gánsteres y los que quieren heredar la corona. Seguro que por el entorno encontraríamos unas cuantas pistolas, pero esto, téngalo claro... esto será una excepción. Creo que el que lo hizo no es de aquí y a la vez es de todas partes. —Se gira para ver por última vez el cuerpo, ya cubierto con una mortaja—. Pobre chica.

Sus ojos desvelan la carga de un pasado. Ha encontrado cadáveres muy jóvenes después de un juicio demasiado rápido: una jeringa, un semáforo rojo, un mal golpe. Aunque en aquel asesinato reconoce algo en contra de la biología, algo por lo que él mismo perdería la cabeza de ser su hija. Ahora, sonrojado de presente, sabe que a partir de eso su existencia se convertiría en arrepentimiento.

—No es de aquí y a la vez es de todas partes —repite Martín.

—Como el hombre del saco, ¿me entiende?

—Su ejemplo alcanza un sentido preciso de lo real.

—No hay que hablar de cierto tipo de personas, pero tampoco olvidar que existen.

Al fin, el policía local le ha dado dos consejos.

Toni se acerca con un señor prendido del brazo, desaliñado y sudoroso, de los que negocian duro cualquier alegría con la vida. Deambulan cerca del perímetro del reportaje fotográfico. Martín hace una seña para que su compañero rodee la escena y luego le pega un empujón en el pecho, justo antes de que el policía local pueda ofrecerle su TIP profesional para largarse a dormir.

—Tendrás un parte disciplinario si pisas un metro más a la izquierda —dice Martín.

Toni menea al señor como un trofeo.

—Tengo otra cosa.

—¿El que disparó?

Las palabras de Martín para quitar importancia, la que sea, al hallazgo. Con él también se comportaban así los veteranos. El respeto se gana resolviendo casos y en ese equipo, entonces, rara vez se pierde. Aunque uno no puede ni debe recrearse en la sensación de camaradería, porque así llega la puñalada por la espalda. No son mejores que en otros gremios.

—No... no, por Dios. —El aludido niega también con las manos—. Yo solo le contaba que conozco a la chica.

Toni hincha el pecho para volver a ofrecer importancia al testimonio.

—Se llama Carla Gómez —lee en alto el nombre apuntado en el móvil—. Gómez era, ¿no?

—Gómez —repite el señor.

Martín abre de nuevo la libreta.

Dudas, dudas; no hay otra manera de avanzar.

—Entonces también conoce a la familia.

—Del barrio, de toda la vida.

—¿Nacieron aquí?

—Casi nadie es de aquí. —El señor consigue relajarse un poco—. Salvo, bueno, los que son de aquí.

—Ajá.

—La madre compra en mi frutería desde hace años y el padre es mecánico en un taller a dos bloques de esta plazoleta. Gente honrada, humilde, de la que queda poca. —La voz vuelve a quebrársele desde las entrañas—: Qué tragedia... Carla era... Era muy buena niña. ¿No la habrán agredido... abajo?

Una última pregunta decepcionante, pero una última pregunta exacta.

Martín clava el bolígrafo en la esquina izquierda del folio.

—Cuénteme todo lo que sabe de ellos.

—Su otro hijo no es tan bueno.

3

Frankie ya trabaja en el viejo Mercedes cuando el reloj marca las ocho de la mañana.

Mono de mecánico, máscara de soldar y chispazos azules; al terminar la jornada ni notará la ola de calor en la calle.

El encargado del taller lo encuentra bajo el elevador, repasando las juntas de los colectores con su soplete preferido. El rojo, que funciona a gas propano. Lo guarda en una funda de piel e incluso a veces se lo lleva a casa como una reliquia, como un instrumento de alta artesanía.

—Vaya loco. —El encargado niega con la cabeza.

No entiende por qué ese hombre está ahí las mañanas de los sábados, libres por contrato. De lunes a viernes ya hace catorce horas diarias. En el mismo almacén come las fiambreras de Luisa, su mujer, ejercita la calistenia que lo mantiene en forma y hasta dispone de colchón para cabezadas de pocos minutos. Y todo por el trabajo. Para el encargado, a Frankie solo le importa eso desde que abrieron en 2007. Aún agradecido cuando no lo despidieron al llegar la crisis que fulminó a la plantilla. Lo mantuvieron por la razón más obvia: era el mejor mecánico. El taller quedó en deuda y no al revés. Ese talento, también opina el encargado, es lo único que germina en idéntica proporción en cualquier rincón de la ciudad, da igual que se nazca en los dúplex del barrio de Salamanca o en los pisos de protección oficial de Carabanchel. Los problemas vienen cuando las circunstancias impiden explotarlo. Algo más probable en Carabanchel, por ejemplo. Pero él reconoce y explota el talento de Frankie para los coches.

Se oye un silbido sobre el ruido de chispazos.

—¡Hola!

—¡Sabes que no puedo pagarte un euro más!

Lo explota a nueve euros la hora.

Frankie ni responde a la frase que llevaba tiempo en bodega. Se concentra en la base de dos toneladas de hierro alemán, con el mono pintado de aceite en estrías. Trastear ese coche le resucita una ilusión viejísima, casi atávica, se diría dormida durante siglos a pesar de que haya vivido poco más de medio. El Mercedes tiene un anillo encastrado en mitad del colector y Frankie calcula si debe aplicarle 308 Inox, porque alcanza un coeficiente de dilatación mayor que el material de origen. Dudas, dudas; no hay otra manera de avanzar. La

reparación o es duradera o no es reparación.

—¿Lo sabes, Frankie?

Ahora el encargado está en cuclillas a metro y medio de distancia, mordiendo la patilla izquierda de las gafas de pasta. Una vena artrítica se le marca en la frente. Por su posición, también el triple flotador de grasa abdominal bajo la camisa de cuadros. Pronósticos para un accidente cardiovascular y una camilla que baja el rellano.

—Sé que nunca te lo he pedido —contesta Frankie.

En cambio, el encargado seguirá sin saber que no existen personas de una única pieza y que quien simplifica en condición humana tiende a errar. A Frankie le da igual mostrarse como un cincuentón enganchado a un oficio mal pagado, sucio, rutinario. El dilema de si solo puede ser un individuo que nace, consigue un trabajo, bebe el fin de semana y el lunes vuelve a fichar con depresión ya no le ronda la cabeza. Ha olvidado la necesidad de pertenecer a algo más grande. Ni fe, ni nación, ni clase obrera. Cree que la familia todavía cuenta en la época extraña donde hasta para regular el ralentí hay que conectar el coche a una centralita. Ajustas parámetros en el ordenador: oficialmente ya reprogramas en el barrio. Eso trae una legión de Ford Focus naranjas. El Mercedes E300 del 91, color plata, como debe ser, le evoca tiempos mejores. Después de tanto asfalto, su cuentakilómetros supera los quinientos mil y conseguir la ITV resultará un reto.

Frankie se hizo mecánico de adolescente, cuanto todavía lo llamaban Fran y no podía elegir nada más honrado que apretar tornillos. Su primer trabajo fue junto a su hermano. Modificaron un Simca 1000, que acabó granate, con llantas negras y un ancho de rueda enorme. El coche, todavía bajo una lona en su garaje, lo tiene difícil con la regulación de medioambiente, a pesar de que emita menos gases que los nuevos todoterrenos con aires de berlina.

El encargado entra en la oficina. Se retrepa en la silla giratoria y echa un vistazo por el *Marca* tintado de café. Contrariado, tamborilea los dedos sobre el escritorio. El portugués ficha por la Juventus. A ver si puede volver a celebrar un título enseñando abdominales, siempre quejándose de lo poco que lo valoraba el Real Madrid con treinta millones de euros al año. Detesta a esos ricos que lloran en el asiento trasero de sus limusinas. Ojalá las trajesen a arreglar al taller. Iban a saber cuántas veces hay que cambiar el sistema de transmisión entero y no una sola correa.

Suena el teléfono de la oficina.

No lo coge; le duele la cabeza. Resaca a cambio de la cita desastrosa de ayer, de esas de internet que llenan los viernes noche.

Todas las convocatorias al fracaso tras pulsar el corazón en la pantalla. Aquella serie de fotos con gafas de sol no podía ser casualidad y él lo preveía desde el principio. Pero quizá, como tantos hombres que en otra época llamarían señores, tampoco merece más. Viste con cordura, ropa casi cara y su rostro no es desagradable. Al menos no debe de serlo para las mujeres de las aplicaciones, que es lo que cuenta. Sin embargo, el problema de siempre: por dentro está acabado.

Suena el teléfono una segunda vez.

No lo coge; ya ha extendido el albarán. La mañana de sábado adelanta el papeleo semanal. Hacer inventario, pedir piezas, expedir facturas. Llamar a proveedores que nunca contestan. Cuadrar el Excel es imposible y se conforma con que las cifras acaben en verde. Su mayor derrota es su mayor orgullo y, tal vez, así ajusta el comportamiento profesional a lo poco que esperan los demás bajo el rótulo del taller.

Suena el teléfono una tercera vez.

Decide cogerlo, porque quizá no sea el enésimo cliente preguntando cuándo estará lo suyo.

—Talleres Gálvez, ¿en qué...? —Derrama un poco de la lata de bebida energética que acababa de abrir—. Mierda... su puta ma... —Sube de nuevo la voz—: ¿En qué podemos ayudarle?

Es Luisa, llorando un río.

—Claro, está aquí... ¿Dónde, si no? Tranquila, tranquila... Te lo paso.

El encargado se lleva el inalámbrico al pecho. Boca circunfleja, respira hondo antes de caminar hacia Frankie. No ha comprendido ni media palabra de aquella mujer histérica, aunque intuye malas noticias en ese bochorno que casi le marea.

No tan malas como las que intuye Frankie cuando escucha:

—¡Luisa al teléfono!

Sale de debajo del Mercedes, empujando la camilla de mecánico.

La perplejidad encendida en su rostro.

—¿Qué quiere?

—Espero que no pase nada malo.

El encargado estira el brazo con el inalámbrico.

—Algo malo ya ha pasado —contesta Frankie levantándose a por el aparato.

Se lo arranca de las manos muy rápido; se lo lleva a la oreja muy despacio. Como si de esa forma pudiera cambiar su intuición. Gritos, sollozos y al final el hecho absoluto. A la altisonancia del dolor suele sucederle una voz queda. Frankie deja caer el inalámbrico. Sus dos

pilas ruedan por el suelo con el golpe y el encargado detiene una bajo la suela de su mocasín. Pasos de autómata, el padre de Carla sale del taller iluminado por una aguja de luz. Lo cuentan los viejos boxeadores como él: el golpe que más duele es aquel que no ves venir. En la acera, unos niños casi lo arrollan con sus patinetes eléctricos. Chavales sin una sola preocupación en el mundo, igual que su hija hasta ayer. Forma palabras en los labios que no dice y siente cómo le tiemblan las piernas. A punto del vahído. No recuerda haber llorado en su vida adulta y jamás encontraría mejor momento que ese, el momento hasta el que se repitió que era malo sufrir, aunque bueno haber sufrido.

Una línea de nubes violeta vuelve a partir el cielo.

Abajo, la ciudad ya es de cartón piedra.

Pero él no va a llorar.

Percutiendo su mano encima del muslo.

Martín espera al mecánico en el apartamento familiar.

Alquiler de cincuenta metros cuadrados. Salón con cocina americana, habitación de los padres, habitación de los hijos y baño compartido. Se nota que en esa casa todo es llamado por su nombre. La vajilla tiene las piezas en las que se come y no hay más, disponen de un armario para guardar la ropa y se prohíben comprar otro, en la sala se cuentan tantas sillas como personas para sentarse a la mesa y nunca acuden invitados. Lo que rompe la línea modesta es el candelabro rococó que cuelga del techo, heredado de anteriores inquilinos. Mejor fijarse en los signos negativos, en las ausencias, cuando se analizan ciertos escenarios. Ese es un escenario lleno de ausencias de una forma honrada. El balcón da a una plazoleta interior idéntica a la que sostenía el cadáver de Carla. A varias manzanas de allí, los bloques siguen teniendo techo a dos aguas y un color amarillo y desconchado por el tiempo.

Martín, sentado en el sofá de escay.

Cruza una pierna sobre otra y bosteza con disimulo.

Convertido en un mensajero de la desgracia, sabe de memoria palabras, tono y gestos que debe emplear cuando pulsa el timbre con las peores noticias. El punto medio entre emotividad y rutina, entre mostrarse a total disposición y parecer el adversario. Al escucharlo, sus oyentes suelen quedarse callados, jurando mentalmente para cualquier dios que también está muerto.

Aun así, Toni trata de hablar con Luisa en la habitación. Ella se ha desplomado sobre la colcha. No alcanza tres palabras seguidas y

apenas consigue girar el rostro cortado de lágrimas al policía. Sus ojos, verdes como los de su hija, algo rasgados, enseñan la más grande de las penas. Inasumible que su niña tuviese tanto por delante y ya no tenga ni lo que dejó atrás.

Edu, el hijo mayor, chasquea la lengua desde el salón.

—Mi padre llegará enseguida —dice a Martín—. Trabaja aquí al lado.

Delgaducho, fibroso como una cuerda, veinte años. Muchos tatuajes que al investigador le parecen de yonqui, pero están de moda por chavales que cantan entre dientes y tienen millones de reproducciones en internet. El investigador acierta a distinguir letras garabateadas, un tocadiscos, un oso de peluche hecho jirones y espera que lo del cuello no sea la marca del carmín de unos labios. Cuando el chico se sienta al lado, comprueba que lo es. Su pelo: coronilla teñida de rubio y afeitado en degradado hasta las patillas. Viste con chándal rosa.

De repente, Martín se siente muy viejo.

El tiempo en el que investiga no es algo neutral, el tiempo lo es todo.

Un agente de Homicidios cree detectar enseguida qué miembro de la familia estará a la altura de las penosas circunstancias. Hay que contestar preguntas, asimilar instrucciones y conservar la calma. Demasiadas gestiones burocráticas tras un asesinato. Mientras el resto de los parientes gime, debe haber uno que hable con la policía, con la aseguradora, con la funeraria, con aquel que no sea otro curioso ávido de lo que gusta estremecerse por un buen crimen y un buen suicidio. En definitiva, un familiar que pueda sacudirse la pena para ser funcional a bajo voltaje.

De momento, Edu parece de esos.

Aunque también está anotado en la libreta por otras razones.

—Lo siento, no hay más que pueda decir… —empieza Martín.

—Ya.

—… Pero resultaré más útil preguntando.

El chico baja el mentón. Equivale a una especie de permiso. Es el primer policía que lo trata con cortesía en mucho tiempo y el único que ha dicho que quiere serle útil.

—¿Cómo te llevabas con Carla?

Ahora, tras las escasas introducciones, Edu clava los ojos en el candelabro. Como si en los destellos de las cuentas estuviera viendo la relación con su hermana. Luego desliza la mirada por el televisor apagado de veintisiete pulgadas. Ahí seguro que ve el reflejo del que lo interroga, tan tranquilo que, correctamente, se diría que está ante

su décimo asesinato del año. Sorbe los dientes en un sonido de libre interpretación y recuerda que, según su propia familia, nunca debe fiarse de alguien con placa. De alguien con ese poder.

—¿Eres detective?

Martín ha olvidado el número de veces que contestó a tal pregunta.

—Técnicamente soy miembro de la Policía Judicial, aunque mi día a día es el de los detectives de las películas. Aquí la palabra se usa para los investigadores privados. Esos que tienen la oficina en un entresuelo oscuro y andan detrás de cuernos y fraudes al seguro.

—¿Los que te joden si simulas el robo del iPhone?

—Para que te den otro gratis, ¿no?

—Por ejemplo.

—Esos, sí, pero a veces la gente apunta más alto. Piensa en una señora que finge que entran en su casa y le roban las joyas de varias generaciones. Pues un detective es un tipo con bigotillo, sobrepeso y camisa de manga corta que le contará al juez lo mentirosa que es. Lo mío...

—¿Lo tuyo...?

—Buscar al que le hizo esto a Carla. —Fuerza un vínculo—: Te lo prometo.

—¿Que lo buscarás o que lo encontrarás?

—Si busco bien, debería encontrarlo.

—Yo no me quedaría sentado a tu lado si sospechase de alguien. ¿Hemos terminado?

Martín se incorpora sobre el sofá de escay, pronosticando que en su trabajo solo se sentirá viejo cuando pierda la capacidad de adaptarse al medio. Al tiempo.

—De verdad que es preferible que dejes ese asunto en mis manos. Apenas has de ayudarme con algunas dudas. ¿Te ves capaz en este momento?

Edu lo mira como si fuese capaz de todo, justo a lo que inducía la pregunta.

—¿Andaba en malas compañías? —El chico recapacita su descaro y niega con la cabeza—. ¿Novios pasados de rosca? —Vuelve a negar con la cabeza y Martín cree que quizá va demasiado rápido, que está casi en quinta marcha—. ¿Algún tipo del barrio obsesionado con ella?

—¿Obsesionado de qué modo?

—Del que imaginas.

—No que yo sepa. Mi hermana es... era muy guapa. Tenía a bastantes niñatos detrás, pero no se me ocurre nada... joder, nada para... qué maldita barbaridad. ¡Qué maldita barbaridad! —Entrecruza los brazos y consigue atenuar la voz—. Ayer nos dijo que iba a dormir

a casa de Lorena.

Confirma lo que balbuceó su madre sobre una amiga del instituto. El investigador comprobará si se trataba de una excusa para salir de fiesta el viernes. Por muy buena chica que fuese Carla, toda adolescencia consiste en mentir.

—¿Qué tal esa Lorena?

—Si le preguntan a cualquier familia qué hija querrían tener, primero contestarían Carla y luego Lorena. —Edu aprieta la mandíbula—. Sabían perfectamente lo que hacer y lo que no, a quién arrimarse y a quién evitar.

Martín capta un ligero reproche.

—Eso no es tan fácil para todos, ¿a que no?

Advierten un repique de llaves en el descansillo. Debe de llegar el padre. Su presencia cortará cualquier expectativa del interrogatorio. Frankie no acierta con la cerradura y, tras un rato de tintineo, se abre la puerta de la vivienda mediante un gemido.

En ese instante, Edu dice al investigador:

—Me has prometido buscarlo.

—¿Te parece mal?

—Me parece poco.

Y el chico se marcha a encerrarse en el baño.

Los niños y los viejos tienen ciertos privilegios en el trato, pero Edu ya no es un niño para los que observan el desplante de impotencia. Triple portazo, por si no había quedado claro.

—Mi hijo sufre algunos problemas de conducta…

Martín frena con la mano cualquier disculpa de Frankie. Su hijo solo acaba de elegir entre los que tienen miedo y los que tienen rabia. Le sorprende más el porte de aquel hombre. Cerca del metro noventa, el mono de mecánico no oculta su buena planta. Lleva el pelo engominado hacia atrás y dos mechones despeinados le caen por los laterales. Él y Toni también cruzaron miradas por la belleza de Luisa cuando entreabrió el pestillo corredero. Debieron de ser una pareja que llamaba la atención en su juventud. El investigador se pregunta en qué momento se les torcieron las cosas, como si diese por hecho que merecían más y que, gracias a una razón ignota, nunca lo consiguieron. Quizá el ojo que no acaba de conciliar con el otro en la cara del mecánico tenga algo que ver.

No hay tiempo para más saludos.

Luisa corre desde la habitación y golpea el pecho de su marido. Un reproche sobre que él debería llevar un móvil encima. Manías de señor mayor, aunque no lo aparente. Frankie la rodea con los brazos y le pega la cara contra su esternón. En sus movimientos dibuja algo de

espectral. Aún no cree la noticia, no quiere creerla.

Martín ni se inmuta, con el pudor de desnudar un desgarro.

Luego se acerca, descolgando la placa de policía.

—No es el momento, agente —dice Frankie.

Martín sabe que, precisamente, es el momento. Han pasado cuatro horas desde la aparición del cuerpo. Los forenses lo confirmarán con las muestras de cabello, epiteliales y bastante bisturí, pero augura que a Carla la mataron esa misma noche. Apenas había empezado su *rigor mortis*, lo que sumará unas cuatro horas más al asesinato.

Y las primeras diez horas son claves.

En ese tiempo el criminal quizá se deshaga del teléfono que llevaba, de las ropas manchadas, avisará a su coartada, corregirá la de los cómplices y se repetirá infinidad de veces una declaración, limando cada error de la patraña. Además, en un vecindario así los rumores correrán desbocados. Los buenos testigos acabarán por no diferenciarse de los que hablan demasiado y, cuando Martín y Toni estén en la sala de interrogatorios, escucharán las mismas mentiras hasta que puedan creer alguna verdad. Entonces seguir una pista falsa resultaría tan lamentable como engrilletar a un inocente.

Las primeras diez horas son claves.

—Tiene razón, no es el momento. —Martín deja su tarjeta profesional a Frankie—. Volveré dentro de unos minutos.

Toni sale del piso tras él, enarcando los hombros a la pareja.

Con el gesto, avisa de que las desgracias vienen de no hablar claro.

4

Alfredo Cañas estira el cuello de su camisa de algodón para transpirar el sudor.

Se lo suele decir a su mujer: ¿por qué no inventan un lino que no esté para siempre arrugado?

Después sujeta los tirantes de moaré con los pulgares, pensativo en su oficina de inspector jefe. Viste, como de costumbre, en una distinción sutilmente anacrónica, la de un policía cuya formación parece no permitirle innovar un solo detalle. Su jubilación a unos meses. Cada vez piensa más y habla menos. Otros comisionados se hundirán en la sombra y saldrán a la luz los errores, pero el que fue un buen líder, debería serlo por siempre. Es lo que opina de él su equipo. Y también es lo que, con bastantes matices, opina él de sí mismo.

Divisa el sudoeste de Madrid a través de los ventanales de una décima planta, sección de la Policía Judicial, sin poses de tipos duros, sin gatillo fácil ni parafernalia, apenas chalecos identificativos para diligencias sobre el terreno. Aunque al inspector no le gusta atraparse en el paisaje. La postal revela la trampa. Allí abajo, por las calles humeantes de la ola de calor, se mueven drogas, palizas, robos, secuestros y asesinatos como el de Carla. Lamenta que sus investigaciones carezcan casi siempre de algo heroico al estilo de las narraciones antiguas. Un cuenteo de delitos desde su cargo, cual gota malaya, ya solo es objeto de la estadística. Y si siempre ha rechazado ascender a comisario, es porque allí no habría números ni gráficos, solo política. Conque prefiere girar la mirada de saurio hacia Martín y Toni, dos de los veinte investigadores que tiene bajo sus órdenes como inspector jefe y que llevan un rato recordándole las vicisitudes de una escena del crimen en la calle.

Cañas las sabe de memoria.

Un cadáver sobre la acera no es tan agradecido como otro sobre los azulejos de un domicilio. Parte de los restos biológicos jamás se encuentra y la relación del asesino con la víctima se difumina. Además, la escena se contamina de cualquier forma imaginable. Martín aún habla del apuñalamiento de un chaval en Concha Espina justo cuando todo el Santiago Bernabéu salía del partido. Su sangre había sido pisada por treinta zapatillas diferentes cuando dejaron de

enumerar huellas. Si el cuerpo de Carla apareciera en una casa, el suelo sería un jeroglífico de indicios y siempre existiría una razón para compartir paredes con el verdugo. Tirar del cable también resulta fácil sin una ristra de reporteros atada. Como compensación, la violencia callejera debería dejar testigos, aunque este no es el caso.

Nadie oyó el disparo.

Nadie vio a la chica viva en la plaza.

—No os podéis creer la de periodistas que han llamado desde la mañana —les dice el inspector Cañas—. ¿Una adolescente modélica con un tiro en la cabeza?, ¿en plena calle? Eso tiene una factura escandalosa por pagar.

—En realidad, es como un patio de vecinos.

Cañas se come a Toni con la mirada.

—¿Un patio de vecinos puede llamarse glorieta de San Víctor?

—Tendría que ver aquello, jefe.

—Y tú tendrías que ver algunas zonas de Legazpi cuando entré en la policía. —Cañas se mesa el mostacho tatuado de nicotina—. Infinidad de chabolas donde está el puente de Praga y los niños descalzos jugando a ser el Lute, pero por mi parte hoy preferiría hablar de resultados y no de recuerdos. Así que he rogado a los juntaletras que no publiquen más detalles en veinticuatro horas, ¿sabes a cambio de qué? —Si Toni lo sabe, no se nota—. De primicias con avances policiales. Mientras tú, Martín, vienes con un montón de apuntes sobre la familia cuando lo primero que dices es que, hasta ahora, ellos no son sospechosos.

—Con una panorámica amplia repararemos dónde chirría del cuadro. —Martín asiente para reforzar el símil—. Ha funcionado otras veces.

—El trazo irregular del autor…

—El trazo, Alfredo.

El interfono de la oficina suena con la luz roja parpadeante.

—El trabajo más complicado de mis últimos años consiste en atender esto —balbucea Cañas y pulsa el botón—. Dime, Gabi.

—*El Mundo*, *El País* y también *El Español*, con el periodista tartamudo que tanto le molesta. Los iba dejando en espera hasta que han perdido la paciencia.

—Si tienen prisa, ¿por qué no contratan a alguien que no se trabe a la segunda sílaba?

—¿Qué hago, inspector? —pregunta Gabriela al otro lado.

Cañas contempla las sillas tapizadas en las que rara vez permite sentarse a sus interlocutores. Ahí le suelen parecer siluetas flotando en una vereda retorcida. De pie, la inspiración a él siempre le venía de

pie cuando era investigador sobre el terreno. Y hace demasiado tiempo de aquello. Tanto como para, desde su puesto que evolucionaba en jerarquía, ver morir a un dictador, entronar a un rey, abdicarlo en favor de otro rey y aguantar a siete presidentes del Gobierno junto a sus ministros de Interior. Todos los funcionarios que enviaban aquellos hombres le han pedido lo mismo a medida que ascendía. Solo alternaban las formas. Unos exhibían una sonrisa y otros miraban al suelo. Está seguro de que una mujer lo hubiera hecho mejor que ellos.

Cañas indica a Martín y Toni que, por una vez sí, pongan los culos en los asientos de enfrente.

Y para su secretaria:

—Garantízales que devolveré las llamadas en una hora, Gabi, incluso al tartaja. —Cañas pulsa el botón para cortar la comunicación —. Vale, Martín, cuéntame sobre esa familia.

El investigador abre la libreta de espiras.

Su cara es la de un ensimismado coleccionista de versos.

—Ahí vamos. El padre, Francisco Gómez..., poco que sospechar. Ni un antecedente policial o penal, mecánico en un taller donde están encantados con él, antes encadenó trabajos precarios: camarero, repartidor, bedel de ambulatorio... Su hermano murió a los veintitrés años en un accidente y los padres de causas naturales a los pocos meses. No ha tenido suerte, desde luego. Por los testimonios, creo que la hija lo adoraba. Lo único que destaca del perfil es que, según el vecindario, fue boxeador de joven y ganó un campeonato local antes de lesionarse la mano o algo así. Suena a la típica historia del penúltimo peleando con el último.

El inspector Cañas hace un molinillo con el índice.

—¿Círculo de amistades?

—No existe círculo. La madre, Luisa Bermejo, sigue el mismo patrón. Nada en archivos policiales y contrato de media jornada en una mercería. También hablan lo mejor de ella. Intuyo que había alguna tirantez más con la chica, no la consentía tanto, supongo que miedo a que se le torciese como...

—Esa mujer debió de ser una belleza —interrumpe Toni.

Cañas arquea la boca. Supone que bellezas como las que se folla a espaldas de su sobrina. Que, curiosamente, es su novia. No tiene pruebas ni tampoco dudas. Está dando tiempo al chico para que se enmiende antes de que le haga un dosier y lo envíe a poner multas de tráfico.

—Antonio...

—¿Jefe?

—Ve a redactarme un informe cronológico desde la aparición del cuerpo hasta su traslado a forenses. Letra Arial 12, espacio y medio de interlineado, justificado y ni una falta de ortografía. Mete la sangría francesa que tanto me gusta. Tienes una hora, justo antes de que devuelva la llamada a los periodistas con el parte, y por favor obvia que la madre «debió de ser una belleza». —Segundos de resistencia—. Inmediatamente, Antonio. Los mayores tenemos que hablar.

Toni, entendida la orden, agarra con fuerza el reposabrazos de la silla. Asume que ha cometido una torpeza para una vez que se sienta en ese tapizado. A pesar de que quizá, se justifica, la belleza que aún posee esa mujer no sea un dato arbitrario durante las pesquisas. Recoge la corbata pistacho, que solo se ha puesto para entrar en la oficina, y se marcha con gesto tenso, porque entre otras cosas no sabe cómo es la sangría francesa.

—Hace lo que puede, Alfredo —dice Martín cuando se quedan a solas.

—El problema es que puede muy poco. ¿Y por qué se empeña en que le llamen Toni? Antonio siempre fue un nombre que inspiró confianza.

—Démosle tiempo.

—Con él no estoy contando hasta diez, estoy contando hasta mil.

—Sabes cómo de perdido ingresé yo aquí.

—Pero te quitaste rápido las tonterías. Lo que me sorprende es que mi sobrina sea feliz al lado de este. Y a mi edad tragas demasiado para ver a tu sobrina feliz, ya que, te lo aseguro, entonces mi mujer también lo será. Los matrimonios sin descendencia tenemos estas cosas. Con lo que paso los días intentando que se convierta en buen policía mientras quiero cortarle la polla… A ver qué sucede antes. —Se frota las manos—. ¿Qué familia de la muerta nos queda?

—La oveja negra, el hermano. Eduardo Gómez tiene dos expedientes de menor. Uno por grafitis y otro… —rebusca el dato— otro más serio, por robo con fuerza. Entró de noche en su instituto para llevarse los portátiles del aula de informática. Y de adulto, a sus veinte añitos, hay unas lesiones sentenciadas a seis meses de cárcel suspendidos y un delito contra la salud pública pendiente de juicio. La moda de nuestros días.

—¿Cultivo doméstico otra vez?

—Exacto.

—Si ya no cabe nadie más en ese negocio…

—Estos no lo hacían del todo mal, pero se confiaron. Endesa detectó un pinchazo eléctrico en una casucha a cuatro vientos de Vallecas y dio parte a la policía. Descubrieron el trasiego de

mochileros después de unas vigilancias, pidieron autorización y cuando entraron Edu jugaba a la consola al lado de sus socios. En el garaje, un montón de plantas de marihuana, de esas de semillas híbridas que fríen el cerebro a la segunda calada.

—¿Cuánto THC?

—Un 34 por ciento.

—Qué barbaridad.

—Con semejantes porros se olvidarán hasta de su nombre.

—Estos chavales ya nacen sin nombre.

—Son importantes los kilos que marque el perito en juicio para que esta vez no se libre de entrar en prisión. El dinero para los tatuajes y los chándales de marca saldría de ahí. El padre gana mil doscientos y la madre apenas un tercio. Su alquiler... —Martín busca otra vez el dato en la libreta—. Su alquiler es de ochocientos euros. Joder, a dos sueldos del desastre, como todos en este país.

—Lo de Eduardo no debería relacionarse con una bala en la frente de su hermana.

—Pero lo vigilaré de cerca. Igual ha crecido más que sus expedientes judiciales. Es un proyecto de hombre duro, cuesta sacarle información y creo que asumirá responsabilidades en la gestión del cadáver. En eso, la reacción de los padres también es la habitual. Luisa aparentemente destrozada y Francisco, o Frankie como lo llaman, seguirá en shock por un tiempo. Quizá tiene la entereza del que ha sufrido y quizá la reviente en una semana.

—El apellido es Gómez... ¿Frankie Gómez?

—Así lo conocen.

—Juraría que me suena de algo.

El inspector Cañas sube las cejas. Busca en su memoria desvencijada, repleta de personas y lugares inútiles, muertos en el mejor de los casos, y no encuentra nada que le interese. Decide respetar la dirección del viento y pide a Martín que continúe.

—También dispongo de las actas de manifestación de los que encontraron el cuerpo. Unos peruanos que viven en un piso patera, a unos cuarenta metros de donde apareció Carla.

—Ah, sí —dice Cañas—. Las he visto y supongo que te llama la atención lo mismo que a mí.

—Al principio declaran con miedo a la policía, porque no tienen residencia legal, aunque...

—Ese dato no me importa.

Martín sonríe cuando escucha su misma frase en boca del inspector.

—Aunque uno se acaba soltando respecto a un portero de

discoteca. Todo un personaje, creo.

—Sobre él quería hablar. —Cañas le arranca de las manos el acta referida—. ¿Qué demonios es *grils*?

—Está mal escrito. Es con doble l y una z al final: grillz.

—¿No es lo que acabo de decir?

—Casi. En realidad, la zeta es como una ese muy larga.

—Grillsss...

—En internet no encontraba nada con esas letras. —Martín alza las palmas al techo—. Con las buenas descubrí que se trata de fundas de metal para los dientes. Una moda de tipos jodidos, algo así, importada de Estados Unidos.

—¿No podríamos detenerlo solo por eso?

—Daré con él.

—En mi época, los tipos jodidos llevaban la moda tatuada en los antebrazos y ahora es cosa de futbolistas y peluqueros.

—Y de dependientes de grandes almacenes. —Martín recibe de nuevo el acta y lee el final a toda prisa—. Como puedes ver, ese muchacho, el tal Ronald, ofrece muchos detalles del portero dominicano cuando los otros dos ni lo mencionan. No es casualidad. ¿Los hemos soltado ya?

Cañas arruga el ceño a su investigador, tratándole de novato. Bastante que han conseguido llevándolos a comisaría para firmar un acta cuando son simples testigos. Esos chicos ya corretean por las aceras hasta el siguiente lío.

—Vale... Pues los forenses sabrán enseguida si existe agresión sexual, Alfredo.

—En un par de horas te adelantan el informe.

—Si violaron a Carla, me situará en busca de un perfil más concreto y, claro, volverá loca a la prensa.

—«Violaron», «Carla». Escucho esas dos palabras y nada más para echarme a temblar.

—Espero que los forenses no las empleen juntas.

—También te ayudarán a contestar la pregunta que estoy pensando.

—Todavía es pronto para saber si la mataron allí. Quiero información del laboratorio y del móvil de la víctima cuando el juzgado lo permita. ¿Comprobaste el croquis? —Martín muestra el esquema de la escena del crimen—. Dos regueros de sangre. La arrastraron unos metros, pero luego desaparecen y no encuentro nada más.

Cañas se recuesta en el sillón y busca un tono de homilía.

—En este asunto llegarán más malas noticias antes que las buenas.

Alguien que deja el cuerpo de una adolescente en una plaza... o le da todo igual o quiere mandar un mensaje. Cualquiera de las dos posibilidades es terrible.

—¿Por qué estás tan seguro de esas dos posibilidades?

—Porque soy tu inspector jefe. ¿Conseguí llegar hasta aquí sin fiarme de mi intuición? Ahora sal a la calle, por favor, necesito que me des la razón con un atestado. Y la jueza de guardia también. —Una pequeña pausa de suspense—. Ya estamos bajo secreto sumarial.

—La de juzgados que hay en Madrid y cae en su tribunal por un día.

—No es una mala instructora.

—No será tan mala como aparenta.

—Tenemos otras peores.

Martín no se lo discute más, pero sí pregunta:

—Creo que la mataron en la plaza. ¿Qué dice tu intuición?

—De eso aún no opina. He visto asesinatos cometidos en lugares que ni te imaginas y luego los cuerpos aparecían en otros todavía más extraños. Incluso a veces repartidos a trozos.

En criterio de Martín, la Policía Judicial había perdido casos por seguir indicios que carecían de cualquier lógica. Alfredo Cañas tenía un historial de trabajo duro y constante, aunque últimamente dejaba caer sentencias en forma de corazonadas. No queda tanta distancia de ahí a ver a un buen investigador agarrarse a un amuleto. Los esquemas de las sospechas inexplicables le producen dentera. Igual que la jueza que llevará el expediente. Instrucción 17 de Madrid, solo odia más el 29 y el 43 de las de cincuenta y cuatro opciones. Aunque casi entiende su lentitud si piensa en que cada juzgado acumula dos mil expedientes al año.

—Es mi asunto más importante en lo que va de 2019. —Martín se levanta como un resorte—. Y puede que el más difícil.

—Cuidado, los asuntos difíciles suelen acabar en malas sentencias.

—Traeré todas las respuestas.

Cañas agita las manos, conmovido por la frase, por la ingenuidad como último refugio del idealista. Siempre aparece un fracaso que marca la carrera de un policía y espera que no sea este para Martín. No quiere que su hombre se lo ponga tan difícil a sí mismo cuando nadie se lo ha pedido.

—Te encanta buscar todas las respuestas...

—Muchas respuestas también me convencen menos que una sola.

—Pero ¿sabes lo terrible, Martín? Que a veces no existen. Entonces no será la muerte de esta adolescente lo que te desespere, sino cómo los demás continúan con su vida mientras tú ya no puedes atrapar al

asesino.

—El asesino tendrá un patrón.

—¿Por qué? —Cañas gira su sillón para darle la espalda—. Hay algo que nunca podremos contarle a la gente de a pie. —Vuelve a otear por el ventanal—. A todos los que desde aquí veo caminar seguros de que tenemos el control. —Abandona la panorámica y queda de nuevo cara a cara con su subordinado—. En demasiadas ocasiones el delito es aleatorio y no existe un patrón, salvo el que quieras inventar después de haberlo repasado cientos de veces. Y así no solo mentirás a los peatones, te mentirás a ti mismo.

5

Luisa Bermejo ha pulsado la tecla del telefonillo ocho veces.

Abanica la mano en su rostro antes de la siguiente.

En el cuarto izquierda nadie responde, pero no se marchará hasta que la madre de Lorena abra el portal. Ha visto la luz de su ventana en ese final del día. Después de discutir con su marido, con su hijo y consigo misma, se ha enjugado las lágrimas y se ha puesto vaqueros, camiseta y sandalias para machacar el timbre. Enfrente de la piscina de Peñuelas. Allí se supone que Carla pasaría la mañana siguiente a, otra vez suposición, pasar la noche en el cuarto izquierda.

Grita el nombre de Lorena.

De nuevo, nadie responde.

Coge una ramita de un seto y la clava en el lateral del botón. El pitido del telefonillo ya es continuo. Y no toma otra decisión consciente cuando siguen sin descolgar, sino que coge un adoquín para estamparlo contra la ventana. A poco que eleva el brazo, la madre de Lorena sale al balcón contiguo.

—¡Luisa! Estaba marcando a la policía... Pensé que igual... Vaya susto, ¡sube, por favor!

Luisa relaja el brazo y se queda observando aquella piedra angulosa. No la habían agarrado impulsos recónditos. Simplemente una reacción química en su cerebro: el odio. La deja caer y entra en el portal, sacando la ramita del telefonillo, que comenzaba a echar humo.

Ascensor.

Cuarto izquierda.

El abrazo de su amiga y una sucesión de lamentos, preguntas y evocaciones al hombre de aquella casa que se fue entre promesas. Luisa no la escucha. Solo pretende ver a Lorena y su madre la lleva a la habitación. La chica está tumbada sobre la cama, con la mirada perdida en las bolitas, algodón y poliéster, de su almohada.

—Nena —la madre le toca el hombro—, ha venido Luisa a hablar contigo.

—Yo no... —Toda su cara es un puchero—. Yo no sé quién le hizo eso a Carla.

—Por supuesto que no, cielo. Luisa quiere...

La madre se calla, porque desconoce qué quiere Luisa. Apenas

conoce que, en el fondo, tanto esa mujer como ella nunca tuvieron poder sobre nada. Pero pensaba que sí. Aquel suceso queda muy lejos de su responsabilidad y lugar en el mundo, sin embargo, le ha pasado rozando.

Luisa pide permiso para relevarla con una caída de cejas.

Concedido. Se sienta en el borde de la cama y arrulla el pelo de Lorena con los dedos. El mismo tacto sedoso que el de su hija, ya enraleciéndose en una camilla metálica.

—Erais muy buenas amigas —dice Luisa—. Y lo seguiréis siendo, pase lo que pase.

A continuación echa un vistazo por el corcho con fotografías de la habitación. En dos sale Carla. Una con su pandilla en una terraza cualquiera de Madrid sur, riendo para un selfi descuadrado que corta la cabeza a alguna. No parecen de coro eclesiástico, pero tampoco hay nada, poses, complementos o vicios, de los grupos que hacen ojitos a la ruina, de los abocados al desarraigo y a las amistades de prestamista. La otra foto, junto a Lorena el día en que su amiga estrenaba el escúter. Simulan ir a toda velocidad, echadas encima del manillar y con mueca torcida mientras el ciclomotor sigue sobre el caballete. Incluso se tiran de las coletas hacia atrás por el supuesto viento. Luisa admite que la imagen es divertida y que una sola vida nunca es suficiente. Cuántas veces le negaron a su hija un ciclomotor propio. El padre le hubiera acabado restaurando uno de segunda mano, pero es que Frankie era flojo con ella. Como piensa que lo fue con su otro hijo.

Después, Luisa dice a Lorena:

—Por eso, si sospechases de alguien, me lo contarías.

—Claro...

Luisa, teniendo en cuenta las circunstancias, asume que esa será su verdad, aunque prefiere dar un rodeo.

—Ayer me pidió permiso para dormir en tu casa, como tantos otros viernes, y se lo di porque me fie de las dos. ¿Hice bien en fiarme de vosotras?

La madre de Lorena se muerde la lengua.

—Siempre —responde la chica.

Su madre la ayuda:

—Me conoces, Luisa. Yo no te aseguraría que Carla venía los viernes si no fuese así. Se quedaban en la habitación. Luego, cuando me acostaba, ponían una película en la sala o jugaban a la consola o, en fin, no sé qué harían, pero lo hacían en mi casa. Vivían la adolescencia del modo correcto y eso es mucho con lo que corre por el instituto. Es que la muerta en la plaza podría haber sido Lorena.

—Y no lo fue —corrige Luisa.

Lorena se incorpora para, al fin, usar más de una palabra:

—La última vez que hablé con ella estaba vistiéndose para venir aquí. Habíamos quedado a las once de la noche. —Coge el móvil de la mesilla—. Mira la conversación.

La chica pone el pin en la pantalla, abre la aplicación y baja el *scroll* del chat con el pulgar. Están ahí las palabras más inocentes. Y a Luisa le cuadra que su hija saliera, entonces, a las diez y media de casa.

—¿Puedo ver de qué estabais hablando antes? —también pregunta.

La mirada de Lorena busca a su madre, que la recibe con un movimiento de mentón para que se lo permita. A fin de cuentas, ya ha revisado el móvil. Preferiría no haberse enterado de ciertas cosas, pero sus chismorreos se sitúan lejísimos de un asesinato.

—Tonterías.

Lorena sube el *scroll* con el pulgar.

Luisa repasa cada una de las frases que, en realidad, parecen tonterías. Deduce que tal vez eso sea vivir la nueva adolescencia de modo correcto: desplazar pulgares sobre letras que forman frases tontas antes de que el destino las alcance. Le da una palmadita a la chica y se separa de la cama. De pie, se deja abrazar de nuevo por la madre de Lorena. Al contrario que con Frankie, no funciona como ansiolítico.

—Quería hablar contigo antes de que lo hiciese la policía —dice Luisa, todavía abrazada a Lorena—. Deben de estar a punto de llegar.

La chica asiente desde la cama.

Luisa se zafa del abrazo con un poco de rudeza.

—¿No tienes nada más que contarme, Lore?

—Creo que no.

—Pues tampoco se lo cuentes a ellos.

—Te acompaño hasta tu casa —se ofrece la madre de Lorena cuando encaran el pasillo—. Me cambio las pantuflas y estoy lista.

Luisa observa las pantuflas de boatiné a juego con unas medias de caña baja y color carne. A continuación rechaza el ofrecimiento con la mano. Tres veces. La última, inapelable.

—Cuida de tu niña.

—¿Y Frankie?

—Ha salido hace horas, igual que Edu. Imagino dónde está cada uno. Y no sé si es peor encerrarse en un taller o dar voces de venganza por el barrio. Entenderás que, con esos hombres a mi lado, no voy a quedarme llorando en la habitación.

—Edu todavía no es un hombre.

—En la cárcel opinarán diferente.

Luisa engendró hijos sin saber muy bien la razón, creyendo que iban a darle un punto de arraigo a lo convencional, a lo normativo, sin posibilidad para locuras pasadas. Ahora, de repente, siente que gracias a Carla se sostenía su decadencia de los cincuenta.

—Oye —sigue la madre de Lorena—, seguro que puedes confiar en mi hija como también podías confiar en la tuya.

—¿Tú crees? —Luisa endurece los párpados—. Todavía no sé qué ha pasado... Pero sí que, aunque parezca otra cosa de momento, lo que viene tendrá que ser una historia resuelta por mujeres. —Abre la puerta para salir del piso—. O no será una historia.

Cuando baja en el ascensor, Luisa acepta que la media verdad siempre es más verdad que mentira la media mentira. Una idea tan sensata que cuesta estar en desacuerdo. El problema viene después con el eterno malentendido, la vida postiza y su inercia. Pensaba que ya había pagado la factura por cualquiera de los antiguos pecados. ¿Y podría aguantar otra vez aquello si volviese a tener que emitir juicios a cada instante? ¿Tal como, exactamente, hace ahora?

Encuentra a Toni, el investigador secundario, en el portal.

—Buenas tardes —lo saluda Luisa Bermejo.

Y se abre paso como si no fuese la persona rota de esa misma mañana.

6

Calor, mucho más calor según avanza la tarde.

Martín llega al laboratorio forense.

Manos en los bolsillos, silba una melodía mientras intenta no pisar los azulejos negros del suelo de ajedrez. No es una decisión, es una compulsión. Terminaron de abrir y cerrar a Carla y, como dijo su inspector jefe, prefiere adelantarse preguntando a los médicos a leer su informe, tan preciso, tan críptico, que habrá de adjuntar al atestado en unos días.

Cuánto odiaba aquel lugar durante sus primeros meses como policía. La sala de autopsias le recordaba a un desguace de cuerpos, en diferentes cortes sobre las camillas, que se intercambiaban por los almacenados en el refrigerador. Y una chica con un agujero en la frente es algo bonito de ver en comparación a los atropellados, quemados o suicidados que regurgitan las calles un fin de semana. Después, Martín fue ganando el descaro que precisan los que respiran, en vertical, respecto a los que no, en horizontal. Solo aguanta ese trámite si nada de lo que le rodea evoca su propia fragilidad. Convenciéndose de que él no terminará con una etiqueta enganchada al pie, como los cadáveres siempre ajenos, sino con un certificado de defunción bajo la almohada y el médico explicando a alguien, quien sea, lo indoloro que ha sido.

—¿Por Carla Gómez?

La forense que lo interpela es Paula. Patóloga joven pero competente, rebotada del consultorio médico. Tras unos años entendió que se llevaba mejor con los pacientes callados.

—La 146.

—La 146, sí. Al menos tú te aprendes sus nombres.

—¿Quién ha venido sin saberse el número?

—Tu compañero Santiago.

—Eso de compañero...

—Su muerto es más sencillo, tiene un tiro en la carótida. Apenas duele, pero ese punto va casi en paralelo al nervio espinal. En veinte segundos estás preguntándote por qué te cuesta mover los brazos y por qué tienes tanto sueño.

—¿Y en treinta segundos?

—Oh, ya no puedes preguntarte nada.

Martín se incorpora de la hilera de sillas donde se suelen recostar los familiares, aguardando el trámite del reconocimiento y, en una probabilidad centesimal, que existiese un error durante la primera identificación. Así todavía hay que pontificar los protocolos médicos y jurídicos, cualquier reglamento de letra comprimida y medidas rutinarias para atenuar, en lo posible, las sorpresas que están ahí para llevártelas.

—¿Has terminado con Carla?

—Casi —le contesta Paula—, aunque ya te puedo contar lo que sabemos de ella.

El investigador se fija en la mascarilla de la forense, a la que alguien ha dibujado florecitas en la parte derecha. Sobre ellas, una mariposa. También el gorro de tela muestra trazos de ese arte menor. Quizá un niño, un novio o, sobre todo, una novia salvaje suma en los últimos cálculos del investigador, que agarra el cliché de las series de médicos y su sexo con bata y estetoscopio. Está tan interesado por la privacidad de esa mujer como por un charco de agua, pero en algo ha de pensar mientras espera.

Paula le habla un poco más lento respecto al frenesí habitual. Quizá, deduce el investigador, las venas rosáceas en las comisuras de sus ojos, muy marcadas hoy, tengan que ver con que haya bajado de marcha.

—He aquí. —Llegan a la camilla de Carla, y si en la plaza le adivinaba una última expresión, ya se ha borrado—. Pesa cincuenta kilos, mide 166 centímetros. Ni cabellos, ni fibras, ni piel, ni sangre bajo las uñas. Sin señales de defensa alguna. La mataron con ese mismo vestido puesto, porque la disposición de los humores corporales es compatible con el disparo. —La forense recuerda a una fuente de agua con su mímica—. Descarto agresión sexual.

—¿Seguro?

—¿Siempre queréis un violador?

—Es bastante habitual en este tipo de asesinatos.

—No hay ni una laceración vaginal. Tampoco las lesiones del reloj en el ano. Sabes a qué me refiero, ¿no?

—A los relojes. —Martín agita la muñeca con el suyo de cuarzo—. Los relojes son algo terrible.

—Según la hora que marquen en la circunferencia del ano podemos sospechar si la herida es de una violación o de un accidente... casero. Pero no hay nada, ni a las tres ni a las seis, ni a las nueve...

—Quería que me ahorrases la explicación.

Paula se siente un tanto estúpida por pensar que un investigador de Homicidios pudiese ignorar aquello.

—Pues sigo. —Se tira de la mascarilla como si le faltara aire—. La mala noticia viene con que, en esta chica, no detecto muestras de otro ADN que no sea el suyo. Sobre la tela del vestido apenas encontramos fragmentos de bala y ya.

—¡Mierda!

Otro forense levanta la mirada del cuerpo que metía en un habitáculo.

—¿Puedes bajar la voz? Hay gente trabajando.

Martín forma una palabra con la boca:

—Mierda. —Y recuperando el volumen—: ¿Las manos qué dicen?

—Sin bario, antimonio o plomo, o sea que nunca entraron en contacto con la pistola. —Ahora Paula ronda la cabeza—. La bala provocó el colapso del sistema nervioso. Sabes que las posibilidades de que alguien acierte en pleno cerebro a distancia se reducen a la suerte, pero vuelvo a carecer de indicadores de que la hayan atado. La munición era de punta hueca por el aplastamiento de los tejidos y la prueba del fluoroscopio. Adivina el calibre, Martín.

—¿Un 28?

—Calibre 25.

Martín hubiera apostado por algo superior viendo el agujero de entrada. De momento, la única pista que le han dado es una pistola pequeña. Pero, en contra de lo que suponen los investigadores novatos, él jura que las balas del 25 son unas hijas de puta cuando entran en el cuerpo. Rebotan con trayectorias imposibles. Y la punta hueca la considera de sádicos entre sádicos para atravesar ese cerebro, ya seco, con el que se habían pensado mil noches de verano.

—Hizo zigzag cuando llegó a la masa encefálica —confirma Paula —. Sin orificio de salida, golpeó el cráneo y describió un arco. —La forense trae la bandeja con la bala deformada—. Aquí la tienes.

El trozo de plomo sobre el plástico, aún con estrías sanguinolentas.

—Está casi rota —dice Martín. Y piensa: «Debe de ser una pistola vieja».

—En la disección del corazón, pulmones e hígado tampoco encuentro nada de interés. Envié los fluidos corporales a toxicología. Si consumía alguna sustancia, dudo que se relacione con el homicidio. Dispondrás del informe, espero sin novedades, dentro de entre veinticuatro y treinta y seis horas. ¿Qué tal era ella?

—Parece que modélica.

—No falla, esas tienen la misma bondad en su organismo. Estaba muy bien de salud… hasta ahora, claro. —Paula se baja la máscara de florecitas—. Cómo me molestan estos bozales. Imagínate el agobio de trabajar con él puesto ocho horas al día.

—No me puedo imaginar algo así.

—Y en Japón se ponen la mascarilla hasta para ir en metro. —Se la quita del todo—. Bueno, que vaya marrón te ha caído.

—Quería que la ciencia me ayudase.

—Por el microscopio no vemos tus ansias, solo pruebas.

—Paula —entra un internista de su equipo—, han llegado los padres para el reconocimiento.

—Ya salgo.

Martín chasquea la lengua contra el paladar.

—Entonces ¿distancia del disparo?

La forense eleva la mano en forma de pistola a centímetros de su frente.

Paladea las sílabas:

—A bocajarro.

Martín desvía la vista al cosido de las incisiones en el cuerpo de Carla, en especial a la apertura del cráneo y el tórax, que deja un aberrante trazado tras el escalpelo y la sierra eléctrica. Queda el orificio de la bala, cuestión del taxidermista si no termina incinerada en una urna.

—¿Y no podías esperar a que me largase para avisar a los padres?

—La quieren enterrar cuanto antes, Martín. Si todo era concluyente, como lo es, dijeron que descartarán pedir segunda autopsia. Aunque tampoco pensé que iban a ser tan rápidos.

—Sigue con los cadáveres, porque no sabes nada de los vivos.

Paula no encaja bien el comentario.

—Te tomas muchas confianzas. —Se aleja malhumorada—. No se te ocurra usar mi informe para una de las tuyas.

Martín boquea, hasta los cojones.

—Lo que yo te diga —murmura después—. Habrás contemplado a muchas personas muertas, pero a ninguna morir.

El investigador se gana el sueldo hablando con gente a la que aborrece y, pisando machaconamente, sale por la puerta contraria. Cenará una hamburguesa completa en el bar de la esquina. Y de cualquiera se puede contar mucho por sus cenas. El día que, como al principio de su carrera, vuelva a ver allí seres humanos y no un compendio de indicios, será mejor que se dedique a otra cosa y a otro menú.

—La cebolla sin cocinar —reitera lo de siempre al camarero.

En ese momento, una ambulancia zumba por delante de la cafetería. La clientela dibuja una mueca de disgusto por la sirena y

vuelve a sus platos cuando se aleja, pensando de manera irreflexiva que aquello no es tan grave, que quizá se trate de uno de los simulacros para conductores primerizos. Para que las emergencias representen algo cotidiano, no deben parecer emergencias. Casi como los homicidios.

En tres bocados Martín finiquita la hamburguesa y se limpia la boca de mostaza, porque le toca volver a las calles.

Mientras él pide la cuenta, Frankie y Luisa se abrazan tras asentir a la forense.

Lo único que podían legar al mundo eran sus hijos.

Y solo queda el malo.

7

El cielo ya muestra alfilerazos plateados.

Otro mensaje encriptado.

Martín y Toni estiran el mantra de que las diez primeras horas tras el crimen son las más importantes. Hay preguntas que formular a las personas que caminan, recto o en zigzag, por los límites de la sociedad. Y suelen hacerlo de noche. Martín cree que, aun así, se concede demasiada importancia al ambiente subterráneo. De esa manera se comunica lo escaso de su naturaleza, como si la bondad también fuese más frecuente de lo que él opina que es.

La entrevista de Toni con Lorena no dio la razón al investigador sobre que aquello era una excusa para pasar la noche en otra compañía. La adolescencia consistirá en mentir, pero ahí aparenta decirse lo cierto. Más dudas le suscitó la presencia de Luisa que le relató su compañero: gesto duro, apartándolo en el portal y caminar decidido a no se sabía dónde. Aunque tenía el derecho a preguntar por sí misma, espera que aquello no anticipe una madre adicta a compartir pena en televisión, prensa, redes sociales, víctima segura de embaucadores. Tampoco importa el dolor, sino cuánto vende. El asesinato de su hija no hundirá las torres de la civilización, pero conseguiría millones de telespectadores enganchados a la importancia de las personas cuando dejan de respirar, a los anuncios del intermedio.

El Seat Altea, siempre gris, pasa por delante de la discoteca latina Amanecer. Hoy le han colocado la silla de bebé en los asientos traseros que, cuando va en un coche de esa marca con las lunas a medio tintar, es casi tan identificativa como los logotipos policiales. Según informantes de proximidad, el tal Coco, actualmente con domicilio desconocido, trabaja allí.

Martín agita a Toni los papeles con manchones de tóner que le ha enviado la UCRIF, esa unidad de asuntos de extranjería que tan poco policial considera.

—Rodolfo Cuello se llama el tipejo.

—¿Cuello? —pregunta Toni—. Vaya impresentable.

—Aquí hubiera tenido una infancia complicada con ese apellido. Nacido en Santo Domingo hace cuarenta y cinco años. O sea, que su estilo de vida está en tiempo de descuento. La noche es un negocio

para gente joven.

—¿Está hablando tu próxima crisis de los cuarenta?

—Yo llevo en crisis desde que tengo uso de razón. Y, como puedes ver, al amigo Rodolfo le dieron los papeles de residencia gracias a la gran boda con Carmen Heredia.

—¿Los de Extranjería la dejaron pasar?

—La UCRIF sabe que es una patraña. Este cabrón habrá pagado cinco mil euros a la familia, pero superó, con más o menos éxito, las dos entrevistas iniciales. Fotos de donde os conocisteis, comida y colores preferidos, alquiler en común los primeros meses...

—Sorpréndeme.

—Se conocieron por Tinder y a los dos les encanta la paella.

—Paella, su puta madre.

—Los que redactaron el expediente me confiesan que no pusieron mucho énfasis. Y eso es lo bueno, Toni. Quedan a nuestra disposición para volver a hacer su trabajo y denunciar el matrimonio si no colabora. Le perdieron la pista desde entonces, aunque los de la policía local conocen mucho esta discoteca. Me han vuelto a sorprender. Solo tuve que decir dos sílabas: co-co.

—Se quedaría sin su residencia legal en España.

—Y con otro antecedente y una multa que dudo que pueda pagar.

—En unos meses acabaría en prisión o en las playas de República Dominicana.

—Tal cual. —Martín sonríe sin ironía o juicio—. Me pregunto por qué hay tantos que eligen prisión.

—Estuve hace años en un resort en Punta Cana —dice Toni—, de esos de pulsera rosa con todo incluido. El primer día bebí unos daiquiris que te ponían en un vasito de plástico, como los de flúor del colegio, y pasé el resto de la semana vomitando. Luego la animadora del hotel, con bikini de lentejuelas y penacho de plumas...

Martín oye a Toni, pero ya no le escucha.

Vuelta de reconocimiento y comprueba cómo la salida de incendios de la discoteca lleva a un zaguán. En el espacio destartalado hay otro negocio, que trata de cubos con cervezas y hielo. Las pizarras anuncian cualquier marca en El Kubo Loco. Rubias, negras, malta, trigo, baratas o más baratas servidas en un balde repleto de hielo trillado.

—... y al final cogí dengue por los mosquitos. El resto del viaje con cuarenta grados de fiebre, tirado en una hamaca mientras alrededor...

—Cinco botellas de Cruzcampo por tres euros —lee Martín en alto una oferta para interrumpirlo.

—Esas siguen siendo caras —contesta Toni.

En la puerta del Amanecer distinguen la cola de clientes y un portero, muy diferente al que buscan, que se regocija en quién entra y quién queda fuera. Ante su negativa, un chico con rastas se larga pegando una patada a una lata vacía. Existen pocas situaciones más tristes que, en un sábado noche de verano, andar por las calles pegando patadas a latas vacías. Es tristísima, objetivamente.

Martín aparca en un paso de cebra a cincuenta metros, porque ya tiene el escenario controlado. La improvisación de sus actores siempre es otra cuestión. Y así se acerca un borracho a farfullarle que ahí no debe detenerse.

—Bajemos —dice mientras recolecta sus ítems.

El borracho patea el capó del coche.

—¡No puede aparcar!, ¡es mi plaza! —Señala el paso de cebra—. ¡Llamaré a la policía!, ¡a la alcaldesa!

—¿Después iremos con las prostitutas del paseo de las Delicias? —pregunta Toni.

—Si no nos avisan antes los forenses con novedades. —A Martín se le cae la libreta sobre la alfombrilla del conductor—. La familia merecía no esperar más al trámite del reconocimiento para enterrarla, pero casi cruzármelos en la sala de autopsias... Los médicos que desmiembran cuerpos están tarados. Debe de ser el olor de las vísceras.

—La habían reconocido en foto.

Otra patada al capó.

—¡Pago un dineral al ayuntamiento por este vado! —sigue el borracho—. ¡Y Manuela Carmena es amiga mía!

—¿Nunca te conté la vez que por foto tuvimos dos días muerto a un niñato que estaba bailando en Fabrik? —Martín recoge la libreta—. Con sus pupilas y su taquicardia, creí que al final solo iba a aplazar el asunto esos dos días.

Salen del coche y Toni enseña su placa al borracho, que lo mira, se esfuerza muchísimo, como si pudiese distinguir más que una silueta.

—Tu placa de policía es igual de falsa que un billete de siete euros —protesta.

Toni le suelta una bofetada que casi le descoyunta el carrillo. Mano abierta, aquello nunca rompe huesos o abre cortes que justifiquen el «tratamiento médico» del delito de lesiones. En la academia se entrenan bofetadas, porque al final uno reacciona como entrena y tampoco es que en Ávila formen cinturones negros. Así, más caliente, el borracho escapa en busca de otra causa que defender.

Martín se coloca a la altura del vértice del edificio.

—Ponte justo aquí —indica a Toni—. Saca el móvil o el

vaporizador ese que usas para disimular la pinta de secreta que tienes. —Martín, vaqueros y camiseta blanca, al menos calza zapatillas gastadas en contraste con el polo de La Martina estrenado por su binomio—. Desde esta posición controlas las dos salidas. Si sale corriendo alguien que no sea yo, detenlo; si salgo corriendo yo, apunta la pistola al que corra detrás de mí.

—¿Te vas a marcar una de justiciero?

Martín se dirige a la cola con actitud impropia de justiciero.

—Voy a hacer mi trabajo de manera legal, pero nunca justa. ¿Lo repasamos una quinta vez?

Toni frunce la boca en puchero.

—Estudiar el entorno —empieza a recitar—, acercarte al sospechoso, presentarte de forma discreta, anunciarle que le vas a joder su bonito matrimonio falso si no nos cuenta muchas cosas y llevarlo a comisaría a declarar con un apretón de manos.

—Muy bien —dice Martín al alejarse—. Respecto a ti, como te gustan tanto las hostias, todavía puedes meterte a antidisturbios.

—Al menos las anfetaminas me saldrían gratis.

—Y, pase lo que pase, no se te ocurra disparar al aire o estaremos meses redactando informes con sangría francesa.

Martín supone que, de llegar como investigador, avisarán a Coco para que no se presente en el trabajo o se encierre en alguna habitación hasta que él se marche. Para la policía, el domicilio de un maleante puede llegar a ser un misterio hasta el final de sus días, al contrario de una puerta de discoteca, donde el mismo individuo reparte estopa. Toni acepta el consejo de la discreción y saca el vaporizador electrónico, que hoy gasta un líquido con sabor a café y ni un miligramo de nicotina. Aunque esa exagerada bocanada resulta muy estética para disimular su vigilancia.

Se entretiene elevando círculos de vapor al cielo.

Su abuelo, con tabaco negro, conseguía corazones doblando la lengua.

El Amanecer es una discoteca esquinera, otra de tantas, de paredes forradas con metacrilato y marcos en madera verde. Las letras doradas se arquean encima de la doble puerta a la que se llega tras los bolardos enganchados por un cordel. Todos asumen que no es glamur, pero vacío y necesario como este. Hay un letrero que indica AFORO: 500 PERSONAS y confirma el dato para triplicarlo. En el exterior se oye una melodía de sintetizadores con la voz, toda *autotune*, que no canta, solo habla sobre que «ella se volvía loca» y «él es un idiota». Martín piensa que, si sus letras revelasen verdades así de universales, tendría que darle una oportunidad al reggaetón. Se coloca el último de la fila

como el cliente más confuso de la noche y veinte años mayor que los apelotonados delante. Crisis de los cuarenta, sí.

La doble puerta se abre y se mete una docena de jóvenes tras el recuento del de seguridad. Bajo el dintel, una mujer cobra entrada y estampa un cuño fosforito en la muñeca. De nuevo, Martín comprueba que el vigilante ni es negro ni lleva fundas de metal en los dientes. Aunque no le hacen falta con su semblante peligroso, de esos porteros que, cuando están aburridos, ellos mismos se encargan de generar el trabajo. La ciencia de la noche mantiene que el ser humano, más animal tras ciertos consumos, también es agresivo por imperativo de las hormonas. Darwin tendrá que cargar con esa responsabilidad. Y entonces los demás pueden ponerse de mal humor con tus pavoneos. De ahí la necesidad de las normas de entrada, vestimenta, hablar cuatro palabras seguidas, dejar los cuchillos en casa. Pero ¿qué ocurre cuando la discoteca se desmadra por la teoría evolutiva? Pues llegan los porteros, las espaldas anchas de toda la vida, a recordarte que su lenguaje corporal solía ser suficiente.

Pasa otra docena de jóvenes al siguiente permiso.

Martín ya solo tiene delante a una parejita. Él parece dominicano y ella, con los respetos al baile, debe de ser española. Simula que se le caen las llaves y menea los glúteos delante de su acompañante. Desde dentro suena «Todo el mundo hasta abajo. Y sin miedo, ese *booty* pégalo».

—¿De quién es la canción? —les pregunta Martín.

—¡No es una canción, es un te-ma-zo! ¡J Balvin, hermano! —La chica habla como si tuviese una zapatilla en la boca—. ¡El más grande para este *booty*!

El dominicano corea:

—*Twerk!, twerk!* —Da palmadas—. ¡Me lleva el diablo!

Luego la gira para poner sus nalgas junto a Martín, que se separa y hace que los de atrás peguen un bufido.

—Está desacatada —dice el dominicano, tirándole de la coleta—. Una bellaca más para el cangri.

Martín no entiende nada. Duda incluso de que esos chicos lo entiendan. Si aquello es machismo de generación Z mezclado con la música que mueve al planeta, alguien tendría que explicarle cómo se ha llegado hasta ahí. Se pregunta dónde ha quedado el rock y, en general, toda la música de los noventa. Aún guarda sus camisetas negras de Nirvana y otra roja de Rage Against the Machine con el dibujo del Che Guevara. Entonces, hasta la música de masas hablaba de derrotar al sistema y no de unas nalgas grandes. Claro que él se hizo policía: tampoco fue un ejemplo de coherencia. Y quizá

California era el mito cultural en su generación, pero estos chavales han reconocido la trampa y por eso miran a Latinoamérica. Que para algo comparten idioma.

—*Twerk!, twerk*!

O quizá no.

Martín agradece que la doble puerta vuelva a abrirse. El portero lo ha mirado el tiempo suficiente para indicarle que no será bien recibido en la pista. Tal vez habría de probar suerte en el número 127 y 133 del paseo de las Delicias, a pocos minutos caminando, donde buscar sexo obedece al contrato y no a complicaciones de libido.

Cinco euros.

Cuño fosforito en su muñeca.

Dentro, las luces estroboscópicas iluminan más de lo que contempló en la cola. Martín se convence de que nadie tiene necesidad de justificar lo que hace. Bailan esas letras porque bailan esas letras; cuando cierra la discoteca se marchan y eso es todo. A sus ojos se acaba cualquier análisis.

Para él, aquello daría ganas de llorar si no invitara a reír.

Corros de orgasmos fingidos en el parqué, manos que agarran culos y culos que agarran manos, niñas de la ketamina en licras de leopardo, colgantes de veintisiete quilates de plástico arrastrados por chicos anémicos, gafas de sol en la absoluta penumbra y un berreo constante. «Dale, dale, dale», repiten. Aunque la misma palabra tiene cada vez un significado diferente, un matiz ajeno, y es miedo o éxtasis, gratitud o ambición, lo que siempre hay al final de la carne.

—Pues va a ser una cervecita —dice Martín a una camarera de trenzas.

El portero hace la ronda entre los bailes. Vuelve a clavar la mirada en Martín por su presencia fuera de cábalas. El investigador agarra el gollete de su bebida y la levanta en brindis. El portero cabecea una tregua falsa, como todas. Le ha sustituido otro perdonando vidas en la entrada, pero su piel es solo marrón, polainas a la altura del ombligo y camiseta de tirantes.

Martín jura que la paciencia es un atributo importante en su trabajo.

Y, ante los recelos del entorno, dice a la camarera:

—Me voy a fiar de ese cartel.

Detrás de ella, hay un póster que dice NO TENEMOS WIFI, PERO SÍ CERVEZA.

—¿Otra?

—Por favor.

Bling bling.

Media hora después, cuando a Martín ya solo le queda el culo templado de la botella y pocas excusas para seguir allí, un hombre negro, bling bling otra vez, descarga palés en el lateral de la barra. La camarera le comenta algo que le resulta gracioso y, tercer bling bling, destello de metal en la dentadura.

«Grillz», piensa Martín.

Ese es Coco y sus oropeles tintineando, el que llega a la escena del crimen un poco más tarde de lo debido y se marcha un poco antes de lo que también debe. Ese es Coco y sus oropeles que vuelven a tintinear, el que con un gesto acobardaba a los peruanos del piso patera, pero no lo suficiente para uno al que intimidan después los uniformes azules. La camarera le cuchichea al oído y él asiente. Está claro que se tienen confianza.

Martín lo encara con toda su profesionalidad. Tampoco tiene nada que perder con la investigación todavía en punto muerto. Ahora ha dejado de ser la presencia incoherente, el mirón del cuadro donde no pinta demasiado por razones que, de ser preguntadas, no explicaría sin que salten las alarmas entre lo legal y lo divertido. Espera presentarse como miembro de la policía antes de que aquel dominicano, seguro que de mecha corta, le pueda partir la cara de un directo. La placa que permite hundir vidas hay que enseñarla con tanto cuidado como la pistola que ha dejado en el coche.

—Te estaba buscando —dice Martín—. Y prometo ser rápido.

Coco no le presta atención. Acodado sobre la barra, toda sigue siendo para la camarera y sus trenzas de boxeadora, hilos violetas en las puntas. Poco dado al comentario de textos, suspira hacia ella con un ademán filosófico.

Aunque contesta:

—El medio, a treinta.

Unos segundos de silencio, en los que Martín diría que puede oír sus propias palpitaciones por encima de los altavoces.

—¿En serio?

Coco mira al investigador para que no se le ocurra repetir la duda. Le alza los hombros, esperando a que él haga su parte después de preguntarle por su seriedad. Claro que es en serio. Solo habla del precio en serio y su precio es lo único serio que tiene habitualmente. Mientras, la camarera chasquea la lengua y le avisa de que su amigo no es ese. Es el de detrás. Un chico con gafas de sol en la nuca que masca chicle muy rápido.

—No me lo creo —dice Martín, ya identificación en mano—. ¿Acabas de ofrecer droga a un policía que solo quería hacerte unas

preguntas sobre otro asunto?

Coco se da un momento para comprender la secuencia.

—Yo no he ofrecido nada —contesta después.

—Me contarás todavía muchas más cosas si no quieres una acusación fiscal de cuatro años.

—Una acusación falsa no es una acusación.

—En cuanto te cachee, no será falsa.

—Inténtalo, tigre.

—Y creía que lo de vender medios gramos era historia —dice Martín—. Lo mismo que no se puede vender… no sé, ¿media botella de vodka?, imaginé que ya se aplicaba a la cocaína. ¿Qué opinará la competencia de que incumplas las reglas de mercado?

Coco cierra los puños, pensando en las bolsitas con cocaína de su bolsillo.

—Que las cosas cuestan lo que pagan por ellas.

El trapicheo está lleno de anécdotas estúpidas, pero esa sería de las más estúpidas del patio de la cárcel. Coco decide echar a correr para que no la cuenten. Tira varios taburetes a su paso y así gana unos metros definitivos.

Martín adopta pose de indignado, como si aquella carrera le pareciese de la peor educación. No tiene más remedio que perseguirlo hasta un pasillo iluminado a tics de fosforescente. Abomina de las persecuciones, de cualquier acción que acabe haciéndole sudar. Doblan la esquina que lleva al reservado menos rutilante de Madrid, con unos jugadores de póker de los que la buena suerte no ha tomado nota, y siguen sus zancadas por otro pasillo. Al final, la puerta con palanca roja de la salida de incendios. Coco la empuja para llegar al zaguán de los cubos con cerveza.

—¡Vamos, Toni! —grita Martín—. ¡Ahora!, ¡ahora!

Toni no está, al menos de pie, donde le indicaron.

Las luces naranjas de una ambulancia ocupan su lugar.

—¿Cuál es el problema? —pregunta Coco, deteniéndose con las manos abiertas al frente.

Aun así, Martín apuesta:

—Las bolsitas que has tirado en algún momento.

—Otro hijo de puta tan mentiroso como yo. —Coco apunta a la turba de porteros, camareras y clientes que el investigador tiene detrás —. Tu palabra no valdrá más que la de todos ellos.

—Juro que no tiraste nada —dice el primer portero.

—Los maderos ya no saben qué inventar —sigue la camarera.

El de las gafas de sol en la nuca los enfoca con un Samsung de segunda generación.

—Sonríe, te estoy grabando.

Coco se gira, bling bling, y pone sus manos tras las lumbares.

—Si me vas a llevar a una comisaría, has de saber que yo solo entro en una comisaría esposado. —Bosteza igual que un animal tres veces más grande—. Venga, mi pana, liquidemos el trámite antes de que te hagan daño. En unas horas estaré libre y sin cargos.

De salvar el cacheo como indica su actitud, el detenido llevará razón, aunque lo importante de la razón es que te la den. Y mejor, en una sentencia.

Clic de las esposas cuando llegan los coches de la policía local. El tumulto se disuelve con las sirenas, menos los determinados a declarar que, de ninguna forma, aquel hombre se había deshecho de una bolsa con diez gramos de cocaína divididos en medios y, menos aún, había ofrecido el producto a un agente de paisano por mirar el escote de lunares de la camarera que, a veces, le consigue contactos para que le ponga rayas de la mercancía buena, de la de uso propio, toda la noche sin que nunca consiga meterle algo más que el polvo blanco. No, eso jamás sucedió. Repítelo y te darás cuenta de lo increíble que suena. Pero ellos no saben que en un juzgado ese caso será de los más creíbles de cualquier mañana.

—Veo que le empieza a gustar el barrio. —El policía local que custodió la escena del crimen, aún más veterano, ya trata a Martín como a un amigo—. Aunque debería elegir mejor dónde tomarse las copas.

—Necesito que sus hombres busquen unas papelinas de droga por el suelo.

—¿Dónde?

—En el recorrido desde la primera barra de la discoteca hasta el callejón.

El policía local sonríe por esa esperanza.

Unos cualesquiera ya se la habrán repartido.

—¿Y quién les dio el aviso de la persecución? —pregunta Martín.

—¿Persecución? —Ahora el policía local tuerce la boca—. A nosotros nos han llamado por una pelea.

Martín, empujando al detenido, se aproxima a donde están los camilleros. Atienden a alguien que patalea por las grapas que le ponen en la cabeza. Es Toni, quejándose de la pericia del sanitario.

—El puto borracho aquel —se justifica desde el suelo—. Me ha pegado con un palo y se ha largado corriendo.

Coco no puede evitar las risas.

—¿Y al final por qué todo este lío tan bacano, tigre?

Martín ladea la cabeza para comprobar la reacción que viene. Mide

al portero como si pudiera engañarle con la verdad, como si le ofreciera su última oportunidad de perdón, aunque últimamente ya nadie confiesa porque perdón y religión eran lo mismo. Como, en definitiva, se mide a alguien a pesar de lo poco que se le conoce y, sin embargo, poco ya es demasiado.

—Por un asesinato —le responde Martín.

Coco, que evoca aquellos ojos verdes estallados, ya no ríe más.

Ahora sí se le clavan en su cabeza.

Verdes.

Estallados.

8

La mañana siguiente es otra vez caliente y dorada.

Tres días despierta Madrid por encima de los cuarenta grados. De noche la temperatura apenas baja, zumban algunos extractores de aire acondicionado en las plazas y muchos ventiladores chinos en los pisos. La previsión sitúa la masa de aire africano encima de la ciudad durante las semanas que restan de julio. El éxodo a la costa ya ha empezado y en unos días quedará la habitual estampa: calles desérticas, unos cuantos turistas tambaleándose por el Retiro, otros tantos por la Gran Vía, alguno gritando en la plaza Mayor. Y el imaginario de carteristas a su disposición en Sol.

Así, la comitiva ofrece entre abanicos el pésame a la familia de Carla. El entierro es todo lo sencillo que podía ser. Nada destaca en palabras o gestos, pero sí en hechos absolutos, con el ataúd más pequeño porque significa un castigo más grande. Seis tiradores de metal, madera de roble, ningún ornamento.

Los padres de Carla van de riguroso negro. Porte y elegancia, concluye Martín lejos de la reunión de amigos del matrimonio. El investigador sabe que los sepelios refieren una cuestión de territorio y estudia la disposición de sus asistentes. Luisa le llama aún más la atención entonces. No es su físico, es lo que emana de ese físico. El pelo rizado, casi cobrizo, le cae por la fina camisa de cuello vuelto y una falda de tubo la entalla hasta las pantorrillas bronceadas. Agarra la mano de su marido, traje aparentemente a medida, y la de su hijo. Edu lleva un conjunto oscuro de popelina, corbata mal anudada y gafas de sol demasiado anchas. Representa el papel de muchacho rebelde. Eso hace que la ansiedad por su discutible destino sea soportable, porque al final él se quiere a sí mismo tal y como es, y no por lo que el resto opina que debería ser. Hoy entierra a su hermana y en unos meses puede entrar en prisión. Tampoco el futuro se lo pone fácil. Estaría bien que dejase de acumular méritos en el presente.

Alrededor, mucha adolescente llorosa, un periodista con grabadora de la tienda del espía y vecinos tan afligidos como empapados en sudor. Fluctúan por el césped abandonados a recuerdos. Mientras, el cura corta el aire con las manos. Tira su verborrea sobre los cementerios y solo espera otra larga serie de mañanas iguales. La muerte, como asunto, resulta de una monotonía insoportable.

—Yo soy la resurrección y la vida, dice el Señor: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente.

Por eso pregona una religión que viola cualquier ley física.

Martín ubica a un par de personajes que destacan en el cuadro. Un cabeza rapada guarda las espaldas de un señor mayor con traje, que muestra una leve cojera cuando anda. Su anillo de sello refracta los rayos igual que un espejo. Así como un policía de tráfico desarrolla un sexto sentido para detectar un intermitente fundido y un carné no convalidado, un investigador lo desarrolla para detectar una hoja de antecedentes penales y una cuenta pendiente.

Cuando los pésames se dispersan, el señor se acerca a Luisa mediante una venia. Ella la recibe con la sonrisa exagerada que hasta perturbaría al verdugo. Para Frankie, solo hay un balanceo. El cabeza rapada ronda la compasión a metros prudenciales. Y el rito los coloca en aquella situación para siempre, a pesar de la amargura, ofensa e incluso traición del instante. Después, esos dos se marchan por la vereda del cementerio. El gentío les abre paso en un nuevo referente bíblico.

«Y quién serás tú, viejo», se pregunta Martín.

Antes de desaparecer del plano, el señor se vuelve hacia el investigador para despedirse con la mano. La contravigilancia sorprende a Martín y decide seguirlos por el aparcamiento de tierra. También registra mentalmente la matrícula del BMW M5 dorado al que suben. Los faldones del coche se han manchado de arena y una paloma revolotea tras las ruedas, ahí protegida del sol de martillo. El señor baja la ventanilla trasera y vuelve a despedirse cuando arranca el coche. Coloca el anillo de sello en el marco de la puerta hasta que sube el vidrio. Al final, uno sabe del otro que tiene una carrera delictiva y el otro sabe del uno que tiene una placa de policía.

El investigador anota la matrícula en cuanto se marchan dejando una estela de polvo. La memoria nunca fue una de sus cualidades. Aquella actitud es impropia de alguien involucrado en el asesinato, porque él no suele creer en el cliché del culpable que luego va a admirar su obra; pero sí es propia del implicado en otras tantas cosas, del que ya no representa un personaje diferente cada mañana. No tuvo reparo en facilitar su identificación. Aunque el titular del coche sea cualquier sociedad disuelta, debería llegar hasta un nombre para el portador del anillo. Ahora «¿quién serás tú, viejo?» es una pregunta que aspira a su respuesta precisa.

Martín sacude en el aire la libreta donde la anotará. En sus papeles se acumula, matemática, la búsqueda del mal. La necesidad de crear

villanos y héroes. Su academia de policía también reproducía ese discurso binario que difumina cualquier matriz en la causa de la violencia. El investigador siempre lo recuerda para vivir y lo olvida para trabajar.

Una gitana se le acerca con una rama de tomillo y ganas de sacarle un euro.

—¿Quiere saber si se hará rico en el futuro?

—Ya sé que no. —Martín fuerza una sonrisa—. Soy policía.

De vuelta en el Seat Altea, Martín encuentra a Frankie apoyado sobre el capó. Su pelo no mantiene el corte de la primera vez que se vieron y los mechones laterales se le pegan por la frente. Las bolsas bajo los ojos, azulinas, también le dan un aspecto más cercano a su edad.

—¿Y estos golpes?

El mecánico se refiere a las abolladuras que hizo el borracho. Esa nueva lentitud en sus movimientos parece estudiada, del que ya no diferencia entre simulacro y suceso.

—La cabeza de mi compañero quedó peor. —Martín exhibe su cara de pésame profesional—. Siento por lo que está pasando.

—¿Ha perdido a alguien cercano así?

La pregunta coge a Martín algo descolocado. Entiende que la familia solo es un hecho biológico y a la vez lo es todo. Pero aquel suceso resulta una fatalidad tan extraña que, con seguridad, la pregunta quiere llegar a una respuesta más importante.

—Nada parecido —contesta.

—¿No es de esos que se hicieron policía por alguna venganza sin cobrar?

—De esos hay muy pocos.

Frankie pasa los dedos por las abolladuras. Hunde el pulgar en cada una de ellas, tal que pudiera auscultar el corazón del coche. Luego mueve la cabeza.

—Creo que la vida de cada uno de nosotros no se diferenciaría tanto en un papel —dice al acariciar la abolladura grande—. Por ejemplo, seguro que la suya y la mía son parecidas. Nací en tal sitio, vine de un hogar mejor o peor, emigrados de aquí y de allá, tuve una infancia feliz, me tomaban el pelo en la escuela… Todo más o menos normal. Los detalles solo son importantes para nosotros mismos. Sigue con encontré trabajo, lo perdí, me enamoré, me desenamoré, bebía demasiado o jugaba a las tragaperras, mi negocio fue mal, puede que fuera jodidamente bien… y luego esto, algo que acaba con lo anterior y con lo de después. Ya no hay nada más. Y luego esto… mataron a mi

hija. Punto final.

El investigador no puede mejorar su silencio y deja que Frankie siga tirando de la cuerda.

—¿Alguna idea de quién ha podido ser, agente?

Martín piensa en el portero de discoteca, al que interrogará en unas horas y sobre el que aún no hay nada ni tiene por qué haberlo nunca. Apenas es un personaje que llama la atención donde no debe, pero desconoce si su paso por la plaza fue casual y la razón de que solo uno de los chicos peruanos hablara de él. El secreto de sumario dictado por la jueza obedece a la falta de sospechosos. Sin embargo, casi todos los atestados comienzan en la oscuridad. En una investigación, Martín tiene que conseguir que se vea lo que nadie vio. Retroceder en el tiempo, capturar aquel momento, mostrarlo como irrebatible. Son necesarios muchos meses para admitir que las palabras «sospechoso», «vigilancia» e «indicio» ya no ofrezcan sentido. Por eso desde hace un tiempo hasta sus mejores compañeros buscan casos sencillos, de mero entrenamiento, pero no quieren saber de los retos donde luchan contra aquello que sangra a través de heridas infectadas y, en consecuencia, aquello que ha de resolverse antes de que se complique aún más.

—Estoy trabajando en ello —contesta al final Martín.

—Los forenses nos aseguraron a Luisa y a mí que no la habían violado. Ni siquiera tocado. ¿Por qué… por qué hacerle eso a una niña entonces?

—Temíamos algún componente sexual en el asesinato, pero son claros en que no existió ningún tipo de agresión… ya me entiende, genital. Demasiadas veces matar quiere tapar un delito anterior. Mala decisión sobre mala decisión, cuanto peor, mejor… tales cosas. Aquí no parece haber sucedido así.

—¿Qué coño ha sucedido entonces?

—No lo sé todavía.

—La policía reacciona tarde, pero luego quiere aparentar reaccionar bien. —La mirada de Frankie adquiere más profundidad—. El problema es el margen que le queda.

—Se han resuelto casos muy complejos y…

—¿Ha visto a una pareja de ancianos detrás de mi mujer? —A la pregunta cortante, Martín afirma con la cabeza—. Sus padres… Sus padres. En cuanto pasen unas semanas, en cuanto no sea de la peor educación, le recordarán a Luisa que esto le sucede por casarse con un perdedor. El niño descarriado y la niña asesinada: lo que has conseguido al lado de él. ¿Y sabe qué? Tienen razón. Nunca estuve ni cerca de evitarlo.

—Sea lo que sea lo que está pensando, déjelo —dice Martín—. Esto

no le enseñará nada.

—Entonces tiene la opinión de mis suegros.

—No, no... Por favor... A ver cómo lo explico...

Martín anticipa un caso de rabia. La ha visto en otras tragedias. Primero, los familiares están aletargados por la noticia, echándose un mal sueño. Despiertan cuando algo les hace un rasguño del que casi ni se dan cuenta, pero la bomba se ha puesto en funcionamiento y el sistema nervioso es la mecha. Se multiplica por su cuerpo, sin daños o síntomas, y pasarán días, semanas, hasta meses, y entonces empezará a dolerles la cabeza de forma insoportable. Llegados a ese punto, no hay tratamiento. Estallan para llevarse por delante todo lo que esté cerca. La rabia es el único virus sin cura y con un cien por cien de letalidad. Cuesta asimilar ese concepto: sin cura. Y ahora hay que explicarlo en palabras que pueda entender un hombre roto.

—Usted fue boxeador —empieza Martín.

—Ya vale de tratarnos de usted, porque creo que nos encontraremos a menudo.

—Pues eso, fuiste boxeador.

—¿Y?

—Y que cuando te noquean, aunque puedas levantarte antes, siempre debes esperar hasta que el árbitro cuente ocho, ¿verdad? Seguro que has visto muchas más veces que yo a esos púgiles que se ponen en pie a la de tres, tambaleándose, solo para recibir el golpe definitivo. Pues aquí todavía estás cayendo a la lona. Estate quieto, Frankie. La cárcel es para los demás.

Frankie admite que no resulta una mala improvisación para un policía. Luego deja un toquecito de pulgar en el hombro de Martín, que comienza a considerar a las víctimas como el segundo misterio.

—También lo era el asesinato.

—No falles a tu familia perdiendo la cabeza.

—Ahí abajo el cura ha tenido los cojones de hablar de «la otra mejilla». —Frankie sube el tono, chirría los dientes—. Pero no porque los cristianos prefieran dos golpes en vez de uno, sino porque son incapaces de responder al primero. Yo no soy cristiano. La habitación que compartía con mi hermano tenía una cruz colgada de la pared, manías de mi madre, pero no he visto que valiese para nada. Aunque sí fui boxeador y no me tumbaron ni una vez. —Examina la tarjeta profesional que le dio el investigador—. Martín... Martín Melgar, traiga el coche por el taller y se lo arreglaré gratis. Pasaré unas ventosas por la carrocería y con pegamento termofusible quedará como nuevo. Será un trabajo rápido.

—¿Qué tal si se olvida de mi coche y me cuenta quién es el del

anillo?

Frankie se aleja por el camino opuesto.

—¡La policía tampoco está hecha para comprender, Martín!

—¡Pruébalo contestándome quién es!

—Es el hombre del saco —contesta Frankie, en bajo, para sí, cuando ya dibuja una sombra—. El hombre del saco…

Frankie abre el taller a mediodía de ese domingo. La persiana metálica gruñe en un sonido que le parece reconocer por primera vez. En contraste, dentro lo recibe el silencio, ese del que surge la verdad y al que siempre vuelve para esconderse. Cualquiera de sus vecinos se ha convertido en sospechoso. Y no pertenecen a otra especie humana que se distinga de la suya. Sospechosos el panadero, el taxista, el repartidor, el albañil, el camarero; todos los trabajos rutinarios que colecciona el barrio. Qué variada se le muestra la suerte y qué vacío su resultado. No recuerda haber hecho nada para merecerse aquello. Así como tampoco creía merecerse una mujer como la suya, desde luego que le maten a la hija todavía va mucho más allá de merecimientos. Solo espera que en el futuro alguien pueda asegurarle que Carla no sufrió, que su propia desesperación le ahorró el pánico. Con catorce años no se está preparada para eso de que te maten. En realidad, no se puede demostrar que nadie lo haya estado nunca.

Frankie agarra la máscara de soldador y su soplete preferido, el rojo.

Se acuclilla junto al Mercedes para terminar el trabajo.

Él se considera de la vieja escuela, una idea de la masculinidad basada en no mostrar debilidades. Aquellas tuercas, tubos, baterías y líquidos ya solo la sostienen a medias. La muerte de Carla tiene derecho a derrumbarla, supone, pero a Luisa aún la sigue queriendo más de lo que se fustiga a sí mismo. Ha visto la consecuencia y ahora ha de conseguir ver la acción. Y puede que la cuenta ya pase de ocho, como dijo ese policía con pinta de saber unas cuantas cosas de la vida y nada del asesinato.

Cuando enciende el soplete, Frankie pretende olvidar por un momento lo que será inevitable. De tal forma, cambiaría la miseria por una especie de consentimiento. Desliza la camilla de mecánico hasta llegar al colector rajado. De acuerdo, ese coche ha de tener la pegatina verde de la ITV el lunes y nada más le importará ahí abajo. Horas de trabajo artesanal por delante. El mejor mecánico. Sí, el mejor.

Aunque, al mirar la herramienta que escupe fuego, piensa en

cuánto se parece a una pistola.

Y deflagra la llama.

9

Gotera sobre el balde del pasillo entre celdas.

Los calabozos de la comisaría de Arganzuela parecen un horno, porque lo único que saca aquella bomba de aire acondicionado es un agua pertinaz, filtrada desde otra rosca de goma rota. El split no se mueve y apunta casi directamente al techo.

Martín observa a Coco a través del ojo de buey de la salita de interrogatorios. Desparramado en la silla, aquel hombre revuelve la mirada por la habitación más austera posible. Una mesa con otras dos sillas, ordenador e impresora de los noventa. Tóner siempre a punto de agotarse. Las paredes, rajadas de humedad. El detenido ha pedido un abogado de oficio: está tieso o menos tieso y no quiere gastar en una defensa que se le antoja fácil. Tampoco se muestra nervioso. Comercia con un producto como tantos del mercado global. Oferta, demanda y comisiones de intermediarios. Se dice que nunca fue culpable de meterse en aquello, que nació en un mundo donde era un esclavo más y no podía perder el tiempo buscando culpables. Solo salir adelante sin coger demasiado apego a las cosas.

Porque los esclavos suelen terminar como empiezan.

A cambio de no pagar impuestos tiene que pagar abogados, a cambio de no pagar multas administrativas tiene que pagar años de prisión y a cambio de no pagar reclamaciones tiene que pagar la amenaza, la paliza o el cañón en su sien. En ocasiones le disparan y todo termina hasta que, a cualquiera como a él, lo sustituyen ese mismo día.

La rueda del asesinato es, a su vez, un engranaje de la rueda de la droga.

Tampoco se detendrá.

El inspector Cañas se acerca a Martín en el pasillo. Toda una sorpresa que baje a los calabozos. Él, que un día, cuando aún iba de uniforme gris, se manchaba las manos y no se conformaba con dar instrucciones para no desentonar en los nuevos tiempos. Entonces tampoco había tantas contemplaciones. Ahora todos tienen una justificación o un culpable alternativo. Una jodida excusa. Sujeta a Martín del brazo y le indica que lo siga a la sala contigua, donde nadie pueda escucharlos. Semblante serio en el rostro. Los pelos del bigote decimonónico caen descuidados sobre el labio superior. Por lo demás,

su aspecto es la definición habitual de sobriedad.

—¿Ya has dormido, Martín?

—Un rato.

—Dormir te mantendrá atento a los detalles.

Incluso en plena ola de calor, Martín ha soñado con algo tan banal que decidió olvidarlo al despertarse. Su cama es la típica de detective de novela, metro y veinte centímetros de ancho, somier quejoso, sábanas a medio colocar y a medio lavar. Las horas allí se suceden sin penas ni alegrías, sin cuentas ni calendarios. Casi siempre solo. Piensa que el amor entorpece cualquier trabajo policial. Induce a una intriga contraria a la del caso a resolver, a no ser que considere ese amor que suma un peligro para el investigador. Ese tan falso que no debería ni creerse en las novelas donde es típica aquella cama.

—En cuanto a tu compañero: conmoción cerebral leve —informa Cañas sobre Toni—. Mi sobrina acaba de llamarme.

—Ah, por eso has venido —dice Martín—. Encontraron el palo partido bajo un coche. Tremendo golpe, lo tendrá tiempo de baja.

—Me parece que no es de los que las estiran.

—Puede que no resuelva asuntos todos los días, pero siempre está dispuesto a patear la calle. Mal dormido, con resaca y olor a pescadería, Toni se patea la calle.

—A la larga, eso te convierte en un buen policía.

—Pues hay esperanza con él.

—Y mi sobrina dijo que por la mañana pronunció las palabras de costumbre.

—¿Cuáles son?

—Eres la mujer de mi vida. —El inspector Cañas resopla—. ¿Cuántas habrá conocido?

—¿Si se ha enamorado de verdad?

Martín se imagina a su compañero con la cabeza vendada, tirado en la cama del hospital, lamentándose por las pocas proteínas del menú y repitiendo las mismas mentiras hasta que él mismo se las crea. O, le concede la duda, tras semejante palazo ha reflexionado sobre sus relaciones adventicias con las mujeres.

—Mira —dice Cañas—, han de aprovechar estos momentos, porque luego sale igual para casi todos. La gente se casa o se inscribe como esas parejas de hecho o, vaya, tiene la conversación sobre que los dos juntos hasta el final, se quiere un tiempo y a continuación viene el cansancio. Es imposible que la persona con la que compartes cama treinta años sienta que la quieras..., entiéndeme, como la querías al principio y hacías y decías semejantes estupideces. —Nota amarga en su voz—. Solo queda el cansancio. Por todas partes.

—¿Ya no le vas a preparar el dosier? —pregunta Martín.

—Una cosa es distraerte y otra faltar al respeto.

Martín acepta que su jefe resulta, en tales términos, un hombre justo.

—Sobre el cansancio del que hablas, ahora no tengo claro que los parientes de la muerta hayan llegado a ese punto. El padre y la madre… no sé, algo flota a su alrededor y no distingo de qué se trata.

—Para ellos ahora lo importante no debería ser lo que sucedió, sino cuánto tiempo tardan en olvidarlo —sentencia Cañas.

Se refiere a que casi todos los recuerdos son inútiles cuando asesinan a un ser querido. Incluso aunque una persona abandone a otra en la ruptura más traumática, los recuerdos pueden seguir teniendo utilidad. Porque a menudo se idea el regreso. Una mañana, los que se han marchado llamarán al timbre, olvidándose de aquel otro hombre, mujer o del penúltimo agravio de familia o de amistad. Hasta cabe la posibilidad de que el ausente, enredado en nuevos cuentos y lugares, se acuerde de los buenos momentos cuando mira al mar. O de los malos. Y entonces el dejado se empeñe en merodear por su nueva casa, su nueva pareja, su nueva familia, su nueva red social. Hacer de su decisión la peor y que sea un juzgado el que dicte una orden de alejamiento. El asunto se pone feo, pero la orden aún se podría quebrantar.

Todo eso es imposible con el asesinato.

Nadie regresa de los dos metros bajo tierra y ninguna otra cábala existe.

Salvo con la otra opción: enloquecer.

—Avisé a Frankie de que su familia no merecía que enloqueciese.

—Pues, Martín, a mí no se me ocurre mejor motivo.

—Y yo tengo miedo de que haga algo.

—Eh, tampoco seas de los que juzgan a los demás por lo que resisten.

Martín evoca entonces la conversación con el mecánico. Hablaba como alguien que había resistido mucho, desde luego, pero también como el que todavía busca diez mil euros y hacerse un nombre.

—¿De verdad viste al detenido de la otra sala tirar droga en una alcantarilla? —pregunta Cañas.

—Lo imaginé.

—Antes indujiste una venta.

—Esta vez no induje una mierda. Creo que me confundió con el que estaba detrás de mí por comerse a la camarera con los ojos.

—Deberías haber esperado a que te dejase algo en la mano. ¿Ya no te acuerdas de tus primeros trabajos como agente encubierto? Siempre

venías con el cuento de que te gustaba ir un paso por delante y que, con uniforme, siempre ibas un paso por detrás.

—O lo de ganar la espalda al delincuente y no ofrecerle la mía... Sí, me acuerdo de unas cuantas tonterías que decía de novato. Ni siquiera sé si Coco es un intermediario de otra persona del antro, si le sobraba algo de lo suyo o si, en fin, esto es un malentendido. Cantaba a policía en la discoteca e iba a presentarme como tal para que fuese mi primer interrogado. Sencillamente, él no prestó atención de inicio. Sabes cómo es su negocio, un día llegas un poco tarde, un poco antes, hablas dos palabras de más o no prestas atención durante unos segundos y se acabó.

—Cualquier atestado, aunque sea fantasioso, tiene un hecho verdadero —dice Cañas—. Cuando lo lees con detenimiento, notas que no encaja en el molde y así lo primero que duda el juez es que justo lo verdadero sea lo falso y no al revés.

—Vale —Martín también pide explicaciones con las manos—, no siempre resulta fácil entenderte. ¿Qué hago, Alfredo?

—De momento lo empapelas.

—¿Por la cara?

—Sin ponerte ni colorado. Harás una redacción imprecisa para matizarla a su favor en el juicio si nos da algo.

—Yo no me atrevo a...

—Claro que te atreves. El estilo de tu obra dice más que el contenido. Y este solo es un hijo de puta más, pero también sería un hijo de puta menos. Por supuesto, no creo que acepte que le realicemos la prueba del ADN.

—Negarse solo indicará que es un delincuente habitual —dice Martín—. ¿Y qué sentido le encuentras a que esa prueba siga siendo voluntaria? Encerramos a personas durante décadas y no podemos meterles un bastoncillo en la nariz.

—Tenemos que regalarles un poco si queremos seguir teniendo mucho.

Martín se encoge, reflexionando sobre cuánto tiempo de policía necesitará para soltar las sentencias de piedra de su superior.

—Aunque lo consintiese —dice después—, la forense asegura que no hay restos de otra persona en el cuerpo de la chica.

—Te toca inventar una oportunidad para un oportunista.

—Joder, Alfredo.

—Es que no tienes nada contra él, salvo tu chantaje.

—¿Podrías llamarlo de otra forma para que me sienta más cómodo?

—Coco quizá sea el informante que buscas en el barrio. Llámalo

como quieras, pero hazlo.

—De acuerdo…

—Y una cosa importante, Martín. Comprobé antes la localización de la placita del cadáver. Déjate ver por los bloques de prostitutas en cuanto termines con el detenido. Se encuentran muy cerca. Puede que no sea casualidad y aquellos negocios atraviesan dificultades.

—Lo había pensado con Toni.

—Envié un par de patrullas a actualizar la situación y el 127 cerrará por varios procedimientos de desahucio. El 133 caerá como una ficha de dominó en cuanto se carguen el otro. No debe de haber paz en los edificios… Cuarenta años llevan abiertos como burdeles. Entraba entonces en el cuerpo de policía y muchos compañeros ya iban allí.

—¿A multarlas?

—A follarlas.

—Los tiempos han cambiado.

—En eso, afortunadamente.

—Voy a ver cómo respira Coco —dice Martín—. Los de la UCRIF me dieron la carta alta por jugar: consiguió los papeles de residencia gracias al matrimonio con una tal Carmen Heredia.

Cañas carcajea con la noticia.

—¿Lo mandarás a la cárcel por no tener licencia para amar? —La carcajada se convierte en tos seca—. Y eso que llevo diez años sin fumar. —Aclara la garganta—. ¿Quién sabe? Igual quiere a la gitana e igual también es el asesino.

El inspector se marcha a sus oficinas pensando en las remotas probabilidades de que cualquiera de las dos cosas sean verdad y también, otra vez, en el nombre de Frankie Gómez. Lo único que jura de momento es que en esos calabozos no hay nada nuevo. Ni las fundas de metal en los dientes del portero de discoteca. Todo fue, es y será lo mismo: batir de sangre en las sienes.

Antes de entrar, Martín coge el formulario de derechos del detenido.

Lee los cuatro primeros como si pudiera cambiarles cualquier cosa.

DERECHO A GUARDAR SILENCIO Y A NO DECLARAR CONTRA SÍ MISMO. No debería ser un derecho, sino una obligación. Improbable que un sospechoso haya sacado algo positivo de hablar de culpabilidades propias y ajenas sin un juez delante. Aspiran a una rebaja de condena y, como compensación, garantizan esa condena más la caza del chivato.

DERECHO A DESIGNAR ABOGADO Y A SER ASISTIDO POR ÉL SIN DEMORA. Los delincuentes profesionales siempre llaman a su letrado de confianza.

Ya sea por una alcoholemia o por un alijo, un traje de mil euros al lado iguala fuerzas. Expertos en pintar lo negro de blanco y viceversa, hasta que el juez sentencia a gris y se entiende que un buen abogado gana casi la misma proporción de asuntos que uno malo.

DERECHO A COMUNICARSE TELEFÓNICAMENTE CON UN TERCERO EN PRESENCIA DE UN POLICÍA. Martín ya no descuelga el teléfono ni comunica la detención. Ahora, con la última reforma de la ley, es el detenido el que habla. La presencia policial, es decir, el agente que escucha, solo intenta adivinar si usa un mensaje encriptado para el tercero que quizá acaba de enterarse que debe escapar muy lejos.

DERECHO A SER RECONOCIDO POR EL MÉDICO. Martín lo acepta como el derecho a válium. Si hay lesiones, se encargará el médico del juzgado, no el de los calabozos, de explicar cómo te has caído por las escaleras o cómo te han destrozado la cara los policías. En el segundo caso, esos funcionarios ya tendrán sus propios partes de lesiones para acreditar que no hubo más remedio, que la violencia civil nunca puede ganar a la institucional.

Martín abandona la lectura maquinal en el quinto, en el derecho a traductor que tantas anécdotas deja en comisaría. Cómo olvidar cuántos compañeros juran haber estado en la detención del senegalés que pidió intérprete de euskera. Después, el investigador dobla esa página que le han de firmar al pie.

El formulario de derechos del detenido prueba que romper las reglas es excitante, por supuesto, pero que resulta preferible crearlas.

10

Martín aparece en la salita con un saludo jovial.

—¿Cómo te han tratado, Coco?

Coco alza las cejas. Es un ciudadano, hasta con papeles de momento, en un estado más o menos libre, más o menos democrático, nada de lo que preocuparse demasiado a no ser que aquel investigador tenga una convicción contra él que bordee la locura.

De esas hay muchas, aunque todavía no se conocen tanto.

Después de leerle sus derechos, Martín debería decirle que aquello resulta muy garantista, pero que en su situación todavía existen atajos. Si no tiene nada que ver con la chica muerta, ha de darle algo que esté relacionado con ella. Y de ser importante hasta seguirá con su negocio nada importante. Martín, como todos, prefiere conocer a los camellos a no conocerlos. Conque el momento de hablar es antes de que llegue un picapleitos cualquiera a creerse su trabajo. Entonces no podrá ayudarle y la sospecha, puede que delirio, de la droga en la alcantarilla será una percepción casi inequívoca y directa. Casi, como le recordó el inspector Cañas. El juzgado no le enviará a prisión preventiva por eso. Sin embargo, faltan muchos meses hasta la sentencia y puede que vaya conociendo detalles del asesinato como el gran portero de discoteca que es y, así, también quizá Martín declare en el juicio que tanto tiempo después no está seguro de que las ratas se envenenasen con su cocaína. Únicamente el acusado tiene derecho a mentir, aunque ¿cuántos culpables habría en la calle si a veces la policía no tuviera también la obligación de mentir? «*Testilying*», lo llaman en Estados Unidos. Aquí se prefiere no ponerle nombre. Solo un novato se indignaría por esa práctica y Coco no es un novato.

Incluso existe una remota posibilidad de que sea el asesino.

Pero en comisaría nadie se hace ilusiones tan pronto.

—¿Comprendes por qué estás aquí? —pregunta Martín.

Sonrisa completa en la cara de Coco.

—Porque has querido, tigre.

—Venga, inténtalo otra vez.

—¿Cuándo llega mi abogado?

—Has pedido uno de oficio. Esos siempre vienen en metro. Y a él y a mí nos importa una mierda que vendas papelas cada noche, pero te digo más, en realidad a los jueces tampoco. Ellos toman la precaución

de no comprárselas a alguien con fundas de metal en los dientes. Y podemos convenir que les va mucho mejor que a ti y a mí, Coco, aunque tampoco me las tiraré aquí de lo dura que es nuestra vida cuando solo tú estás en problemas.

—No hay droga, pero sí un montón de testigos a mi favor… tigre.

—Volvamos al principio. ¿Comprendes por qué estás aquí?

Coco se sorbe los dientes a modo de burla.

—¿Sí o no? —insiste Martín.

No le da el gusto de responder.

Sin más teatro, el investigador pone sus cartas literalmente encima de la mesa. Se fija en cómo respira el detenido cuando enseña una foto del cuerpo de Carla y la copia, tachado el apartado de identidad, de la declaración de uno de los chicos peruanos sobre lo rápido que apareció y desapareció Coco de la escena del crimen. Típico de alguien que se mete en todos los fregados del barrio.

—Se puede decir —sigue Martín— que, con lo que vi el otro día y el acta firmada por el testigo, lo sé todo sobre ti. Un cabrón despiadado, ¿sí? Hasta llamas «tigres» a los policías. Pero no te han ido tan bien las cosas. Tienes tu residencia legal, de acuerdo, te casaste con una tal… —Martín ojea los papeles como un actor mediocre— Carmen Heredia… ¿Cuánto cobraron los primos por esto? Hace un par de años pedían cinco mil euros. Extranjería debió haberos investigado mejor. Te libraste entonces, sin embargo, ahora no podrías sostener ese matrimonio de cara a una inspección, malvendes coca en un garito que te paga cincuenta euros la noche y arrastras asuntos pendientes por echar de malas formas a los niñatos. Te cuidas de que tus peleas sean delitos leves, tonto nunca fuiste. Aunque, como decía, tampoco te han ido tan bien las cosas.

Media sonrisa en la cara de Coco.

—Me podrían haber ido peor.

Lo de su matrimonio ilegal no le hace ni pizca de gracia. No sabe dónde andará su mujer, pero los primos no le cobraron cinco mil euros, sino siete mil en incómodos plazos. Y aún les cuelga el teléfono por los intereses de los retrasos. No quiere acabar en la cárcel gracias a ese chanchullo y menos aún deportado en República Dominicana, donde debe otro tipo de intereses. Recordarlos le provoca un miedo atroz. Arrebato que asciende por el vientre hasta su boca, seca y agria, mientras la cabeza visualiza secuencias sangrientas en Santo Domingo. Consigue cuadrar el latir del corazón y regresa a la mejor cara de tipo duro que encuentra. Cuánto echa de menos para eso el bling bling de sus collares, que han guardado en una bolsa junto a los cordones de las zapatillas y otras baratijas.

—Ahora es cuando te irán peor —dice Martín—. Da igual lo que haya visto, escribiré en mi atestado lo que quiera y enviaré nota a la UCRIF para que compruebe otra vez cómo de enamorada está Carmen de ti. Eso seguro que te preocupa más que nuestra anécdota en la discoteca. ¿Y sabes por qué haré todo eso?

Coco amaga levantarse con las esposas puestas y, raudos por el ruido metálico, aparecen los policías de calabozos.

—No será necesario, compas —dice Martín.

Miran al detenido con todas sus ganas de atizarlo.

Ha cumplido una edad, pero Coco sigue aspirando a la juventud perdida. El pelo ensortijado sin una cana, varias rayas de cuchilla sobre las sienes, los brazos tatuados con mujeres neumáticas y aquel pecho hipertrofiado ya caído en su parte interior. Ahí está la misma persistencia que lo había llevado a cometer el error: creer que todavía entraba en las quinielas de alguien como la camarera de la discoteca. Y entonces lo detuvieron.

Uno de los policías de calabozos se había enfundado sus guantes. Se saca el derecho haciendo más ruido del necesario en su pulgar. El aviso sobre que no vendrán más avisos.

—Dejamos la puerta entornada, por si acaso.

—Gracias, compas. —Martín vuelve a la carga en cuanto se quedan a solas—. Haré todo eso porque eres un cabrón despiadado. Y alguien así se entera de cualquier cosa que suceda en ese barrio. Con lo que perdona el tópico, Coco, pero nos necesitamos.

—¿Dónde está mi abogado?

—Tómate tu tiempo para pensar en lo que he dicho antes de consultárselo a alguien que, al contrario que yo, no te conoce de nada.

—Sabes que no tengo nada que ver con lo de esa niña.

—Hoy solo sé lo que me cuentes.

Ya no queda ni un atisbo de sonrisa en la cara de Coco.

—Esperaremos a mi abogado.

—¿De verdad eres tan iluso?

El abogado había llegado. Un veinteañero de gafas flotando en un traje de estameña y abotonado en el primer ojal. Se adivina una herencia familiar, porque el corte de la tela es demasiado holgado. Lleva una hora en la planta superior de comisaría, caminando en círculos para llamar la atención de los policías a los que no se atreve a preguntar por qué tanto retraso. Lo único que logra es que se fijen en las manchas de la camisa de nailon que le cae sobre el cinturón de hebilla. Al fin, surge Martín recitando su nombre apuntado en un papel. El abogado empuja el puente de las gafas y se apoya en la pared con fatiga, a pesar de que, estrictamente, ni ha empezado a

trabajar. A continuación el investigador lo guía hasta la zona inferior de los calabozos. El olor pasa a ser nauseabundo, como de costumbre, aunque se nota el esfuerzo de unos ambientadores de lavanda.

Martín abre la puerta de la salita de interrogatorios al abogado, del que, por su perfil, supone una experiencia similar a un mono pulsando teclas.

—Le cogeré una silla, letrado.

Coco también suspira por la pinta del que defenderá cuatro años de su vida, siempre que la acusación no sea el enésimo farol. De un nuevo repaso comprueba que el abogado va mal afeitado, como si la maquinilla se hubiera quedado sin batería cuando abordaba la mandíbula y el carrillo derecho. Una patilla en forma de hacha se recorta sobre su piel irritada. Coco le debe tres mil euros al suyo privado, casi de confianza. Rubio espitoso, buena verborrea y cutis facial impecable.

—Me llamo Jorge —se presenta el de oficio.

Coco, que asume que decretarán la nulidad de su matrimonio de no colaborar y todo lo que vendrá después, ha tomado una decisión antes de devolverle el saludo.

—Hola, Jorge. ¿Tienes apellido?

—Morales.

—Jorge Morales...

—Colegiado 45203 del ICAM.

—Bacano.

—¿Eh?

Martín llega con otra silla y la coloca a un metro del detenido.

—Letrado, póngase cómodo.

—Muy amable.

—Rodolfo Cuello —empieza Martín—, voy a leerle sus derechos en presencia de su defensor de oficio. Tiene derecho a...

—No será necesaria la lectura.

Martín advierte la nueva debilidad en el tono. Le acerca un bolígrafo, forrado con plástico a fin de que no se convierta en arma, para que firme el formulario.

—¿Quiere declarar aquí o delante del juez?

—Cógele los datos a mi abogado. —Coco se cansa de la pantomima—. Cuando tenga algo que decirte sobre tu tema...

—¿Lo tendrás?

—... que tal vez lo tendré, lo haré en su presencia y con un acta firmada como testigo protegido. No con un tachón como el que has puesto sobre el nombre de uno de esos chicos de la plaza, sino con un número de testigo protegido, uno de doce cifras. Mientras, no rondes

la discoteca. ¿Estamos bien, mi pana?

Martín baila las cejas al abogado, que no entiende nada.

—Estamos bien si tú tampoco rondas a los chicos peruanos —contesta.

—Listo —dice Coco—. Cumple con lo de la gitana y yo cumpliré. En las discotecas a la gente le encanta hablar de más. —Alza sus esposas—. Mírame a mí.

—¿Alguna sugerencia de dónde trabajar entretanto?

—¿Nadie te ha hablado del 127 y 133?

—Sí…

—Encontrarás a personas muy oscuras rondando ese negocio.

—Quisiera que me explicasen de qué va esto —interviene el abogado.

—Su cliente —dice Martín— le contactará en las próximas semanas para ofrecernos datos en un caso de nuestro especial interés. Pasa mañana al juzgado de guardia por un delito contra la salud pública, pero si quiere mi sugerencia… que tampoco declare de momento.

—La dirección letrada es solo mía.

—Cállate la bocaza —dice Coco— y escucha a este policía.

Martín aguanta la risa como puede.

—Le sugería que ya daremos detalles en el juicio dentro de un par de años. ¿No le parece bien a la dirección letrada?

La dirección letrada se revuelve en su gran traje.

No dirá una palabra más.

Tantos años estudiando códigos y la abogacía era eso.

—Por mi parte he terminado, Rodolfo, a no ser que permitas la prueba del ADN. —Martín se levanta de la silla cuando Coco niega con la cabeza—. Lo imaginaba… Oye, ¿es guapa Carmen Heredia?

«Guapa».

La mayoría de los pensamientos se componen de elementos cuyo alcance concuerda, aproximadamente, con el de la palabra.

Coco hincha los carrillos como si estuvieran llenos de grasa.

—Pesa ciento veinte kilos, pero es guapa.

—Un cabrón despiadado, sí.

11

Dos señoras charlan en camisón a través de las ventanas de sus pisos.

Uno frente al otro.

Toda la calle se entera de la conversación, hasta que la mayor se retira al interior con el cierre de su abanico. Aquella noche no ha conciliado el sueño por la canícula. La segunda se queda mirando a la presencia rotunda que castiga la acera, a taconazos, y entra en la mercería del barrio. La ha visto pasar infinidad de veces, pero con otro paso y con otra inercia. No juzga. Se limita a constatar esa llegada y, por tanto, ese punto y aparte.

Luisa ficha en su trabajo el lunes. Puntual a las nueve de la mañana, aunque para avisar de que no la volverán a ver. Dimite de la retahíla de ropa interior, camisones, pijamas; de la infinidad de botones y carretes de hilo que ha vendido desde el día que Frankie comenzó a trabajar de mecánico. La propietaria del negocio, una anciana reacia a dejar el decrépito local y a sus decrépitos clientes, se muestra comprensiva con su decisión. Ya resulta admirable que esa mujer haya logrado levantarse de la cama. Lo único que la incomoda es que Luisa no le permita otro abrazo antes de salir por la puerta. La propietaria rumia cuánto cambiará la tragedia a la mejor empleada que ha tenido. Aquella de pocas palabras, aquella que no contaba nada de su vida. También lo atractiva que va esa mañana con vestido oscuro y borsalino a juego, casi de copa, que ha situado sobre el esternón para despedirse. Nunca la ha visto así de elegante. Bastantes probabilidades de que su pensamiento no sea una exageración.

Ese vestido, aunque no lo aparenta, tiene veinticinco años.

Luisa se coloca de nuevo el sombrero al salir. Apenas baja el ala para protegerse del sol, observa a la pandilla de Edu en su banco de la plaza. Esos niñatos en cuerpos adultos llevan la mitad de la existencia ahí sentados, frotando el tiro del pantalón por la madera, excepto cuando se avecina alguna fiesta, algún dinero o alguna condena de prisión. Entonces hay ausencias durante un tiempo. De un vistazo, Luisa no localiza a su hijo. Pero sí a Científico, Karim, Montoya pequeño, Tuercas y los gemelos de apellido armenio con sus socavones de acné, que aguantan una mochila agujereada donde han colocado un altavoz. Suena trap en compás de cuatro por cuatro y sus cabezas se mueven arriba y abajo. Los amigos, a su vez, también repasan el

caminar de Luisa. Intuyen que merece algún rumor de los que ni siquiera han hablado. Ella chasquea la lengua. Tan fuerte que los chicos lo oyen antes de que doble la esquina y desaparezca del plano.

Ese es su barrio, esa es su astilla.

—Bastante *hot* —dice Científico—. Vaya, por qué poco nos hemos perdido una escenita.

Edu surge del otro acceso a la plaza cuando su madre ya se ha marchado.

—Respétalo, hermano —le contesta otro amigo, Karim—. Si te escucha, te da una hostia que te cambia de código postal.

—Ojalá, pero a mí no me sacará nadie del 28045.

Edu se acerca a su gente. Se saludan con movimientos de cuello y, luego, los más próximos le palmean el pecho en señal de que ahí seguirán hasta que se canse de verlos. A su manera, ya son todos viejos. Bastante les costó olvidar sus candidaturas a un destino mayor. Ahora centros comerciales, parkings, casas de apuestas y siempre su banco de madera. Nadie les sacudió los hombros a tiempo porque, en su mayoría, a nadie tuvieron al lado. Y Científico solo puede ser un mote que se burla de esa derrota.

—Necesito verlo —dice Edu a Karim—. Y pronto.

—Hermano, ¿seguro que es buena idea? Quizá debieras aflojar un poco.

—Necesito verlo —repite Edu.

—Dale, Karim —dice Científico—. Este nunca fue un burchado, ¿sabes? —Pasa una hoja de khat por el paladar y la escupe al suelo—. Tiene derecho… tiene derecho.

Científico ignora que con esas dos palabras siempre vienen problemas. Ningún argumento que deba preocupar a un veinteañero abandonado en un cambio de rasante. Karim mira a Edu sin saber si quiere su confirmación o su bendición. Por el gesto que le devuelve, parece querer una tercera cosa con sus billetes amarillos de doscientos euros.

—Tengo derecho, ¿no?

Karim se incorpora del banco cuando asoma aquel dinero por el bolsillo del pantalón.

—Supongo que sí. Pues vamos, her…

—Y no me llames más «hermano». —Luego Edu señala al resto—. Que nadie vuelva a llamarme hermano o se arrepentirá.

Científico sonríe cuando los dos se alejan.

—A ver quién se atreve a desobedecerle con un hierro del 38 —dice mientras saca varias hojas de khat de una bolsita—. Necesita suerte, que es una palabra que se parece a «muerte». —La droga le

está subiendo y Tuercas aplaude la ocurrencia—. ¿Alguien masca?

Varias manos se estiran hacia el khat. Y ninguna de ellas necesita suerte, ni de la buena ni de la mala. Todo lo que les ocurrirá tras masticar las hojas se explica mejor por la doctrina de la causa y efecto. Así, los planes que trazan esos chicos no son más que cartas desparejadas. Para ellos, pueden resultar culpables de sus acciones, pero no de sus delitos, porque dependen de que una de las muchas variables no se cumpla para acabar detenidos. Y Científico siempre opina que el delito no existe si no te detienen. El resto son tentativas de delito. Ha robado un ciclomotor hace un mes y ya lo ha vendido a piezas. Nadie sospecha de él. Entonces, jamás fue un delito.

Tuercas se introduce en la boca la hoja de khat, estriada y algo seca por el almacenaje. La globalización ha hecho que una costumbre del cuerno de África acabe malvendiéndose a los jóvenes madrileños, que buscan la misma evasión que en Kenia. Aquel chico se quedará colgado en la calle hasta que el sol se esconda tras los bloques y luego, también con suerte, conseguirá que le fíen un par de porros para jugar toda la noche al *FIFA 2007*. Estamos en 2019. Su madre, desesperada, le trajo el otro día un folleto que decía «Alístate en la Marina, vivirás mil aventuras». Tuercas lo ha hecho trizas para ahorrarse un paquete de boquillas en el estanco.

—Además, con un hierro del 38 que le compran a él —dice después, poniéndose la hoja bajo el paladar—. Seguro que el suyo dispara aún más fuerte.

—Sí. —Este es Científico en su visión caleidoscópica—. Van a reunirse con el jefe final del videojuego, el señor de la guerra, el espalda plateada, el capo de *tuti*...

—Con el inmortal —lo interrumpe Tuercas.

Científico lo mira como a una mascota revoltosa.

A través de un caleidoscopio.

—Todo el mundo es mortal, ¿sabes?

—Pues a mí me contaron que...

Ahora Científico lo interrumpe a él:

—Venga, di lo tuyo, di que la Tierra es plana.

12

Luisa avanza por el paseo de las Delicias.

En dirección Gran Vía.

Aquellas coordenadas son la frontera del Madrid sumido en la desigualdad sistémica, con pisitos atestados de currantes que cogen el metro hacia el norte, a servir a sus anchas avenidas y paseos floridos, a apellidos compuestos y familias rollizas. Cruza terrazas desérticas, olor a pincho de tortilla y alguna gente mal dormida con las nuevas bolsas de lona de los supermercados. Se acerca a dos proyectos de culturista que charlan frente al gimnasio The muscle. Un tercer hombre, aún más fornido, aparca su Triumph enfrente y pone la pata de cabra de un golpe de talón. Casi se le cae la moto de trescientos kilos al suelo cuando advierte la figura de Luisa. A pesar de sus esfuerzos, ella no le corresponde al contacto de ojos. Incluso hubiese disfrutado de contemplar cómo esos cromados se derrumbaban sobre la acera.

Y los tres vuelven a charlar demasiado alto cuando se aleja.

Press de banca, cien kilos, veinte repeticiones.

Al último no se le levanta desde el ciclo de Deca y Testo.

Luisa gira en una bocacalle y llega a la persiana metálica de una sala de juegos. Las firmas grafiteras se superponen en jeroglífico sobre el cierre. Encima, un letrero que dice ostentosamente CASINO, tipografía encarnada sobre fondo marengo, pero dentro solo hay una docena de tragaperras, una ruleta electrónica y un panel de bingo con polvo. Se acaban de llevar la máquina del hipódromo a otro local, esa de la que se quejaba la clientela por su sospechosa imparcialidad. A la izquierda de la entrada, un callejón donde zumban extractores de aire acondicionado entre contenedores. Luisa lo recorre con calma, recreándose en la mugre, y llama al interfono de la puerta gris de la esquina. Tras cuatro pitidos, la luz de la cámara oval la enfoca al otro lado de un monitor. No tiene que decir ni una palabra para que el guardaespaldas del entierro le abra enseguida.

La recibe con una sonrisa de veintinueve dientes.

—Vale. ¿Este es lugar para una mujer tan guapa?

—Este no es lugar para nadie. ¿Braulio?

—Creo que no le sorprenderá tu visita. —El guardaespaldas se hace a un lado para que entre—. ¿Quieres que te guíe?

Luisa comprueba que el local solo ha cambiado algunos detalles. Color de las paredes, muebles minimalistas, luces de led. Todo con un nuevo gusto entre lo hortera y lo olvidable.

—No será necesario.

Menos olvidable que la cara de pan del guardaespaldas que vuelve a sus sudokus y sopas de letras a medio rellenar, como siempre. Aunque para cambiar de libreto suele inventarse las respuestas con la convicción del que cubre las casillas a boli.

—Vale —dice mientras se ubica bajo un ventilador.

—¿Ni me vas a cachear?

El guardaespaldas resopla. Se levanta con el cuaderno en la mano y hace una pantomima por el cuerpo de ella. Bajo la tela no cabe ni un estilete sin que se perciba a simple vista.

—Pues vale.

Luisa, sola, sube unas escaleras a la derecha. En el primer piso se fija en una tragaperras rota y montada en una carretilla. Por sus dibujos recrea una historia de gánsteres de los años veinte en Chicago, donde el imaginario siempre los ubica. Al lado, dos espejos tachonados de bombillas. Juraría que alguna vez se miró en ellos. Camina el pasillo hasta la puerta blindada a medio abrir. Cuando fue madre se prometió no regresar a muchos sitios, pero ni se le ocurrió que tuviese que hacerlo sobre aquel. Nunca se sabe que la última vez que se hace algo es la última vez. Siente que una sombra corre a su espalda y se abalanza sobre ella. Al final, un peso desmadejado del que se libra apenas mirando atrás. No hay nadie. Todo y todos vendrán a su debido momento. Ahora la conciencia no le recordará lo que un día fue.

Empuja la puerta.

De repente, la boca le sabe a metal.

—Hola.

Allí la han esperado veinticinco años.

—Hola —la saluda de vuelta Braulio, sentado en un sillón poco ostentoso para lo que cuesta acomodar sus hernias—. No te lo pude decir en el entierro, pero sigues conservándote mucho mejor que yo.

—Eso es fácil.

Braulio se rasca la nariz, muestra su acuerdo.

—Ha hecho falta semejante tragedia para que me visites. Creo que eso es injusto conmigo... con nosotros. —Chispazo en los ojos—. Antes de nada y sin rodeos, ¿Frankie sabe que has venido?

Luisa no se quita el sombrero.

—No hasta que yo quiera que lo sepa.

—Bien, un trato razonable.

La mímica le indica que tome asiento. Para elegir, hay tres sillones neoclásicos y un *chaise longue* color marfil. Sin embargo, Luisa los rechaza con gesto adusto.

Y dice:

—Júrame que tienes una idea de quién ha sido y júrame que no la han asesinado por nada relacionado con mi familia.

—¿Incluyendo a Edu?

—Incluyendo a Edu.

Braulio prepara una mirada de zorrillo, levanta el mentón y lo amasa con los dedos. En el fondo, la presencia de esa mujer le hace sentir extraño hasta en su propio despacho. Donde han claudicado toda clase de potentados, a ella le sobra cuajo para exigencias.

—Estoy seguro de que no la han asesinado por nada relacionado con vosotros —contesta Braulio con naturalidad—. Ni siquiera con tu hijo.

—Entonces sabes quién fue.

—No sé quién fue.

—Lo supones.

—Tampoco lo supongo. —Como si no lo supusiese.

—Si en algún momento se te...

—Eh. —Braulio corta el tercer reproche—. ¿Piensas que, de poder evitarte esto, no lo haría? Yo hubiera cuidado de Carla si lo permitieses. Esa oferta siempre estuvo encima de la mesa por mucho que me ignorases.

—Tenía otros cuidadores.

—Los que le han fallado. —Braulio se arrepiente de la frase cuando percibe un temblor en Luisa—. Perdón, no quería decirlo así. Sé que al final estas desgracias nunca piden permiso. Solo suceden.

—¿Qué no me estás contando?

Braulio mide cuán cargado está el aire para contestar.

Opta, como le gusta últimamente, por la diplomacia.

—Seguro que intuyes que mi empresa atraviesa dificultades.

—Yo veo a puteros entrar en tus edificios.

—Cuestión de tiempo que dejen de hacerlo. Esto se acaba.

Luisa se muerde el labio inferior, comprobando que aquel espíritu sigue envenenado de codicia. Algunos odian el dinero, pero aman las cosas materiales que compran con él; otros aman el dinero, pero odian las cosas materiales que no compran con él. Ese hombre nunca se molestó en diferenciar. Su codicia es el poder.

—¿Y cuál sería la relación entre tus negocios y lo de mi hija?

—Espera, un hecho así no admite versiones —contesta Braulio negando también con las manos—. No debes buscarlas en los que no

lo cometieron.

Braulio entiende que el relato de la muerte de Carla solo podrá tener alteraciones en su forma: adelante, atrás, detallista, generalista. Pero cuando alguien te habla de su versión de los hechos, en realidad te habla de su opinión. La de Braulio dice que no hay nada más peligroso que la ciega justicia, donde podrían haberse subido cada uno de los miembros de esa familia. Y algunos le preocupan más que otros.

—Aunque me gustaría avisarte de que ya no controlo todo como antes. Y a veces, Luisa, surgen personas por esos dos edificios con las que es imposible hacer tratos. A pesar de que cumplas tu parte, ellas ni consideran cumplir la suya. Llevas las de perder cuando te das cuenta demasiado tarde. Y podríamos pensar que en el fondo tienen principios, pero más allá de los que cualquiera comprendería. Hace mucho que camino por estas calles y te aseguro que me he encontrado con pocas personas así. Una de esas mató a Carla... No sé más de momento. —Braulio mira hacia el cartel colgado en una de las paredes—. Frankie, por ejemplo, tampoco cumplía su parte del trato.

Luisa observa de soslayo la imagen de su marido. Guantes dorados de catorce onzas por delante, posición de guardia con su calzón negro de boxeador y el torso tableteado. La cara en mueca torcida. Pelo a la taza. Mirada ardiente, sin descanso. Las letras anuncian el campeonato de la federación madrileña para el 12 de julio de 1994. Su rival era el Tornado de Orcasitas, para el que había una imagen más pequeña al pie del cartel. De él destaca el tatuaje de un toro sobre el pecho y una nota que dice «boxea a lo mexicano».

—¿Tienes el cartel colgado como fetiche? —pregunta Luisa.

—Como recordatorio de que debió poner una rodilla en el suelo durante el cuarto asalto. —Braulio descorcha las palabras gran reserva—. Hubiera sido mucho dinero para todos.

—Sobre todo para él, que nunca lo tuvo.

—Tampoco lo perdió como yo. ¿Todavía lleva esos tornillos en la mano?

—Sí, una operación complicada.

—Imagino que, tanto tiempo después, le sigue doliendo cuando hace frío.

—¿Por qué no se lo preguntas a Frankie directamente?

—¿Te refieres a una revancha del destino? —Braulio simula un golpe bajo con el puño—. Eso no existe, cariño. Da igual lo que él te haya sermoneado estos años de sus aspiraciones, honradez y demás mierdas. Nunca estuvimos en la típica historia del boxeador que no se vende por sus ideales.

—Frankie decía que a esas historias nunca les interesan los

boxeadores a los que les va bien.

—¿Y que no hincó la rodilla porque no supo hacerlo?

—Resulta sencillo de hacer.

—Cierto, pero tu hombre es un perdedor que ni vale para perder.

Braulio habla de la moral de los que no conocen más que las reglas del juego que les permite ganar. Un juego que además es distinto según la mesa a la que él se siente. Frankie, por su parte, ha apelado desde entonces al trabajo duro que jamás hizo a nadie dichoso. El mito para que haya menos competidores en lo que de verdad importa, porque el esfuerzo quizá debe ser necesario para juntarse con la gente adecuada, traicionar a la inadecuada y urdir tramas que dejen fajos de billetes encima de los cuerpos de los demás. Esos demás, los del sudor en la frente que, en cambio, no quieren ensuciarse las manos, siguen en su pisito con una manta sobre el regazo. Para Braulio, el talento actual de Frankie es nombrar la falta de talento. Si tuvo otro, no merece la pena reconocérselo.

—Se retiró invicto, Braulio.

—Lo retiré yo, y esa es la única razón de que tenga su cartel.

—No tendría que haber venido...

—Hace la misma función que el busto de un animal cazado.

Luisa amaga con marcharse del despacho.

—Ha sido un error verte —dice después.

—Un momento, un momento... —Luisa consigue la reacción que quería de Braulio—. Se me ha calentado la lengua, lo reconozco, pero es que entras aquí sin un mínimo de diplomacia.

—¿Te haces una idea de por lo que estoy pasando?

—Siento mucho lo de Carla. —Braulio se esfuerza en parecer sincero—. Y también siento mucho lo que nos pasó.

—Tampoco fue más importante que lo que no nos pasó.

Braulio la observa, valorativo, y entonces Luisa se da cuenta de que aquella autoridad ya es de prestado y que solo funcionará mientras la puedan sostener sus matones. Hay más grietas en aquel hombre, las coincidentes con sus nuevas arrugas y achaques.

—De acuerdo —dice Braulio—, cambiemos el rumbo de la charla porque supongo que sigues siendo igual de práctica.

—Supones bien —contesta Luisa, brazos cruzados.

—Imaginemos que en el futuro puedo traerte a la persona que le hizo eso a tu niña.

Luisa se inclina hacia el escritorio para dar sentido a su ropa.

—Imaginemos... Yo cumpliría la parte del trato que tanto sueñas.

—¿Ahora es cuando me adelantas las gracias?

Cuando ella se da la vuelta sin adelantárselas, Braulio reconoce que

gastaría el resto de su vida viendo ese culo salir del despacho. Hace veinticinco años ya sabía que no se tenía que enamorar. Fue la equivocación: meter el amor, lo único que puede cambiar a alguien, por el medio. Y así se termina después, con la mirada fija sobre el mismo vestido del ayer. Ese recuerdo cada vez más difuso del amanecer compartido, del beso con sabor a champán casi caro, de la despedida con billete de diez mil pesetas en el escote y un cachete. Ahí quedó la huella que se convierte en llaga.

«Por algo fuiste la mejor de mis chicas —piensa Braulio ya a solas —. Y por algo todavía quiero que vuelvas».

La misma razón por la que rompía con ella para siempre una vez a la semana.

Al rato.

Braulio manda subir a su guardaespaldas preferido al despacho. El mayor tormento del viejo gánster en los últimos tiempos es la condescendencia que, por algún motivo todos aceptan, según la cual a él no lo está dejando el tiempo atrás, sino que declina dignamente y que basta con que se atenga a su reputación para manejar los prostíbulos hasta que expire, sin sufrimientos, mientras echa un último polvo con pastilla azul. Le horroriza que nadie admita que o se retira de la partida o no durará un envite más. De tal forma le obligan a participar de la condescendencia. Por eso en aquel cabeza rapada, con nula capacidad para adelantar nada que no sea un pie y luego otro, deposita la confianza que ya no le merece el resto.

—Vamos a tener que localizarlo nosotros antes —le dice.

—¿Antes que quién?

—¿A ti qué te parece? —Braulio se toquetea su anillo de sello—. Antes que la policía y, sobre todo, antes que esa mujer.

—Frankie no será ningún problema.

—Estúpido —lo corta Braulio—. El problema será ella y tú aún no lo sabes, pero no la queremos poner a prueba. —Lanza los brazos al aire—. Venga, encuéntralo.

—Quizá se haya marchado.

—¿Después de que le hayas rajado la mitad de la cara? Eso es que no lo conoces. —Braulio se quita el anillo y lo examina a contraluz—. En mi época había soluciones razonables para problemas razonables. Este anillo lo prueba. Ahora, en cambio, él se está divirtiendo y mira cómo lo hace.

—Vale.

13

Martín vigila el 127 del paseo de las Delicias.

Pantalón corto, camisa remangada y sandalias de piscina.

Segundo café con hielo y azúcar moreno.

Gira el parasol de la terraza según inciden los rayos en su frente, con esas entradas que cada vez marcan un zigzag mayor. El propietario del bar Madroño, oriundo de Tianjin, le ayuda cuando manosea el soporte. Está casi roto. Dos cafés nunca pagan un nuevo soporte. Sus toscos movimientos hacen que Martín ni piense en volver a girarlo. Quiere discreción, no un camarero desplegando aspavientos ante su solitario cliente en el exterior. Ya resulta bastante raro que haya alguien allí a mediodía. El pavimento, humeante.

El 127 es el único edificio con el portal abierto, el cuadro del interfono oculto bajo cinta aislante y un tráfico de personas distinto: hombres solos. Hace un rato subieron varios muchachos con un carrito de supermercado lleno de papel higiénico. Trabajarán para la empresa. Aunque lo que constata Martín es que hoy, ya martes, ha pasado más gente por el kebab del 125. Nada que merezca apuntarse en la libreta y el investigador resuelve que abandonará la terraza. Cuatro carriles mediante, dos por dirección, y un atasco ocasional le han permitido ser un figurante a pesar de las escenas con la sombrilla. Ninguna contravigilancia. Esta vez sí pone ambas manos en el fuego.

Llega al 127 un cincuentón con camiseta del Atlético. Las bandas rojiblancas se curvan por su grasa abdominal, el nombre de Forlán impreso sobre la espalda y un tatuaje tribal en el cuello. Titubea delante del portal al que se le ha despegado el 7 y, truco final, simula una llamada de móvil para superar el quicio de la puerta.

«Qué asco de tipo», piensa Martín.

El mismo hombre, como si hubiera escuchado ese pensamiento, sale entonces del portal. Apoya sus codos en la barra del kebab y recoge un dúrum en papel de plata. Ya no se molesta en simular nada cuando vuelve al 127. No es un primerizo, es un individuo que no quita el belén de Navidad hasta agosto.

«Mucho asco».

En cambio, el 133 pretende inspirar otra profesionalidad. Obra casi reformada, cristales templados, estuco a chorretones de colores y apliques en cada esquina. Su puerta entornada sobre el brillo de los

azulejos. También dispone de vigilante, que ahora amenaza a unos basureros municipales claramente borrachos.

Martín arquea los labios con el último poso del café. Guiña un ojo para atisbar su disposición en el fondo de la taza por lo de ver el futuro. En el presente se pierde bajo el mismo sol que esos personajes, agotado de intentar entender el contexto. A veces los ha observado como si le dolieran, como si acabara de despertarse de un sueño corto. Dobla el periódico que en las páginas centrales ilustra la escena del crimen de Carla con un diagrama. En realidad, podrían presentar la misma noticia cada quince días solo cambiando los detalles. Alfredo Cañas estará encantado cuando lea «incertidumbre de la investigación», «aparente falta de móvil» o «poca colaboración vecinal». Seguro que él no ha pronunciado ninguna de esas frases ni tampoco habrán sido deducibles de sus declaraciones protocolarias. El reportero que logre identificar las concatenaciones de un suceso así encontrará una fuerza que, como casi todas, no puede ser narrada en un diario.

—No me la líes —murmura Martín cuando una chica grita en la puerta del kebab—. No quiero más policías aquí hoy.

Los informes del inspector Cañas se ajustan a la realidad actual e histórica de ambos edificios y sus réplicas de las cercanías. Aquello de aparente baja estofa es, a su modo, el Distrito Rojo de Madrid. Sin escaparates, sin neones, sin una sonrisa embaucadora, pero operan treinta burdeles al salir de la estación de metro de Legazpi o Atocha. Nada que ver con los aseados prostíbulos de la zona contigua a Capitán Haya, en el centro de la ciudad, ahora con nombre de poeta por el revisionismo. Aquí, al sur, el tercer vértice del llamado Triángulo de la Prostitución se ubica entre los paseos de Santa María de la Cabeza y el de Choperas.

—Eso es —vuelve a murmurar Martín cuando la chica se queda en el dintel del 127 con otro dúrum—. Mañana ajustas cuentas con ellos por haberte puesto salsa.

Al investigador le aseguran que el 127 funciona como la opción de bajo coste. Su público, por los módicos precios, suele dar más problemas. Según el catastro, el edificio cumple doscientos años y carece de ascensor, con cuatro plantas de cuatro pisos cada una. Algunos ya han sido precintados. Caen los procedimientos de desahucio donde han debido de caer los clavos de mil cristos. Los papeles generan muchas más dudas sobre la propiedad de los inmuebles. Un ecuatoriano es el testaferro que compró la finca a un conglomerado de sociedades.

—¡Luciana! —gritan desde el segundo piso—. ¡Ven ahora mismo!

Ya hay nombre para la chica rubia.

Martín también ha repasado todos los incidentes que se registraron durante las madrugadas de años anteriores. Muchas intervenciones, mucho trabajo. Incluso en 1991 dos hondureñas fueron degolladas por un tarado que luego se arrojó al vacío. Antes de saltar, dejó su reloj en la mesilla, con todos los ademanes de la insignificancia.

—¿Algo más?

El camarero chino saca a Martín de su vigilancia.

—La cuenta.

Y el camarero regresa con un tique que factura tres euros junto al:

—Regalo de la casa, señor.

Martín aparta la bolsa de chips de gambas.

—¿Cuántos kilos de gambas hacen falta para conseguir esto? —El camarero no le contesta—. De acuerdo, con la cuenta es suficiente. —Martín deja un billete de cinco—. Y quédese con el cambio por el mal chiste.

El camarero vuelve a la barra y grita en mandarín a su hija, que atiende la cocina. Martín ha cometido un error de novato. La propina y el comentario son detalles de los que se acordarían en ese bar si alguien luego preguntase por él. Al final mueve la cabeza, sabiendo que no supondrá ningún inconveniente. Lo cierto es que, a las pocas semanas de calle, los policías pierden el rigor de la academia. Entonces los veteranos ya les han convencido de que estudiar el reglamento está bien, pero que pueden ir olvidándolo para el trato con la calaña. Y de no ser calaña deberían tratarlos igual, por si acaso. Tampoco han de confiar en sus superiores. Los envían a patear las aceras con dos uniformes al año, equipamiento obsoleto y una sola pistola, a veces descargada, en turnos de catorce horas. Ni chaleco antibalas para un sueldo de mil ochocientos euros brutos por lidiar con toda clase de perturbados, olores, enfermedades contagiosas e imágenes que nadie querría ver ni por, suponen, cuatro veces ese salario. Todo tiene un precio, pero según estos funcionarios el suyo es ridículo. Claro que si estuviera bastante mejor pagado, la mayoría no aprobaría las oposiciones.

Cuando un policía se siente tan solo, tan corporativo y tan autoritario gracias al sistema que lo colocó ahí, lo mínimo que desarrolla es una tendencia al cinismo.

Martín cruza la carretera. A trescientos metros está la rotonda que vadea el Manzanares, la M-30 o la autovía de A Coruña. No es extraño que haya tantos coches en esas coordenadas y el investigador supone que la accesibilidad es importante para el negocio.

Los paquistaníes del kebab se toman un descanso y, en el exterior,

observan a Martín más de lo que a él le gustaría.

—*Aap kaise hou*?

—*Theek*.

Vuelven al interior. Sudando a mares.

Es el hecho de estar en la propia condición social, histórica, psíquica: todo aquello que logra que uno sea uno mismo y que el uno mismo se encuentre limitado y obcecado frente a un rollo de carne congelada.

14

Un olor a amoniaco aborda a Martín en la entrada del 127.

De la primera planta desciende un runrún por el descansillo.

El investigador constata que hay una discusión al pisar la escalera. Resulta extraño que con la cantidad de personas que tienen razón en ese mismo momento en el mundo, gritándola a sus interlocutores, no se llegue a un acuerdo para hacer de él un sitio sin atisbo de dolor y venganza. Que toda esa sabiduría, demasiado similar a la insistencia, no traiga más que nuevos problemas.

Este rebumbio tampoco será la excepción.

Una pelirroja abandona la trifulca y agarra a Martín para meterlo en un piso. El investigador la aparta con delicadeza. Queda claro que ella no es ni española, ni latina, ni aparenta conocer el idioma. Y Martín solo paga por palabras. Salen otras chicas para volver a discutir a gritos. Martín se hace invisible y sube a la segunda planta. Allí hay tres puertas precintadas. Bajo el marco de la única abierta, una señora de aire novelesco fuma un cigarro con boquilla. Mediana edad, en discreto conjunto de encaje, mide los tiempos de cada calada y evoca el orgullo marchito de un pasado. Ella no ha cambiado, han cambiado las circunstancias. Y con esa actitud no aparenta haber sido una persona que se gobernaba por aspiraciones.

—¿Quiere ver lo que tengo disponible? —pregunta.

—Venía justo a eso —contesta Martín.

—A qué otra cosa si no.

La señora estira una última calada y apaga el cigarro contra el marco. Luego echa la colilla en un cenicero de pie, festoneado el soporte en latón.

—No se preocupe. —La señora señala el piso de abajo—. Aquí mis chicas se saben comportar.

Martín entra en el recibidor y se sienta en un sofá marcado por quemaduras de ceniza. Detrás, un cristal estallado como pared. Desde luego, ese no es uno de los muchos negocios que, cuanto más dinero deben, mejor aparentan ir.

—Hacía un par de años que no me acercaba —dice Martín, montando una pierna sobre otra—. Esto ha cambiado bastante.

—Antes funcionaban los dieciséis pisos del bloque —contesta la encargada, a la que le capta un deje sudamericano—. Quedamos la

mitad y ya ha comprobado cómo las gastan las del primero. Arriba sobreviven las chinas. Y le aconsejo que no se meta allí, aunque le gusten las orientales. —Enarca los hombros—. Haré pasar a las chicas. Puede verlas sin compromiso, pero no tarde mucho tiempo en decidir, es una cuestión de respeto. El mismo que le tengo yo, se lo tiene usted a ellas.

—Por supuesto.

—Gracias.

A Martín le gusta esa mujer que no cae en el señuelo de la importancia.

Más tarde apuntará su descripción y rol en la libreta.

—¿Cuánto es el servicio?

—Veinticinco.

La respuesta incluye el dolor por el saldo.

—Veinticinco... ¿Cuánto tiempo?

—Media hora, si las trata bien.

La encargada se pierde por el corredor. Un piso mal dispuesto, sin mucha luz natural. Un solo pasillo comunica muchas habitaciones y el baño al fondo a la derecha. Aquella encargada aporrea varias puertas y lamentos de bisagras se confunden con bostezos. También con un reproche en una lengua que Martín no entiende. Cuando aparece una joven africana en el recibidor, supone que ha sido ella la que estaba disfrutando de un bonito sueño. Lejos de una pequeña habitación con bidé, toallitas húmedas y gel hidroalcohólico para pulsiones animales. Lejos de las deudas con los que la trajeron engañada desde Nigeria. Lejos, por unos instantes, de su nuevo asilo en la nada.

—Esta es Perla —dice la encargada.

—Ajá. —Martín asiente con displicencia—. Hola, Perla.

No se gana el saludo de vuelta.

Aparece una mulata legañosa, una trigueña con aspecto de no haber dormido en años y luego, con actitud diferente a la que vio antes, la rubia que gritaba a los del kebab.

—Y esta es Luciana —acaba el repaso la encargada.

La mirada de tasador de Martín ha elegido con quién probar suerte.

—Hola, Luciana —dice.

—Sí, holita —contesta ella. Y para la encargada—: ¿Puedo volver al cuarto mientras se lo piensa?

—No, porque me quedo contigo.

La encargada esboza un gesto arisco, suspicaz. Al final, todo un mohín contenido. Y entonces, anticipa Martín, no quisiera tener a esa mujer por enemiga. Aquellos ojos evocan demasiados sótanos. Nada que ver con el fatalismo inocente que cree ver en sus chicas.

La encargada se aproxima a Martín para contarle una confidencia:

—¿Le puedo recomendar a otra?

—Luciana está bien —dice Martín.

Luciana sujeta al investigador del cinto y lo dirige hacia la habitación. En ese momento cruza la puerta un señor bajito y patizambo, enseñando la típica cara de centro comercial. Debe de ser un buen cliente, porque lo reciben con honores. Enseguida señala a Perla. La encargada parece satisfecha con la elección y aún tiene tiempo de sacarle a Martín los veinticinco euros mientras este camina por el pasillo.

Martín concede con apuro el aseado en el bidé. Acto seguido, se vuelve a abrochar el pantalón casi por completo. La habitación tiene ocho metros cuadrados, suelo de terrazo, cama doble con cabezal metálico y una bombilla que cuelga de un cable retorcido. También el bidé, claro. Ni un armario, ni una cajonera, ni una mesita de noche. Otro escenario en el que resulta efectivo fijarse en las ausencias. El investigador repara en las cicatrices de los brazos de Luciana. Ninguno con trazo vertical, de los que se hacen para acabar una vida y no para llamar la atención. Ella muestra ojos huidizos, aunque nada aparenta justificar que quisieran cambiarla. Tiene un físico indefinido. Casi guapa, casi alta, casi turgente, casi bien conjuntada con esos shorts vaqueros y top negro. Ese tipo de personas para las que el «casi» es el mayor lastre. La encargada le ha dicho varias veces que debería estar ganando el triple en club de carretera. Luciana siempre ha preferido ignorar sus consejos.

—Hacía un par de años que no venía —empieza Martín con lo mismo—. Esto ha cambiado bastante.

—Para nosotras no. —Su acento es argentino—. ¿Ya estás limpio, cariño?

—Muy limpio. —Martín se recuesta en la cama—. ¿Vives aquí?

—Vengo, trabajo, pago mi habitación y me marcho. Algunas duermen en el piso, pero tampoco pregunto. ¿Te quitas la polera?

—¿Cómo?

—La camiseta, cariño.

—Bueno…

—Carajo, estoy recontracansada. ¿Te la quitas o coges con ella puesta?

—En realidad, solo busco hablar.

La nuez prominente de Luciana sube y baja, tragando saliva.

—Platicar… Muy bien. —Se sienta al otro lado de la cama—.

Algunos lo hacen. Así que por el mismo precio cuéntame cómo de mal te va con tu mujer. —Luciana saca papel de liar, una boquilla de cartón y un montoncito de tabaco envuelto en una servilleta—. Pero no la llames puta. Me ofende.

—No tengo mujer y no he venido a hablar de mí.

—Espera, ¿darme órdenes?, ¿rollo BDSM y onda rara? Serías el segundo del mes, pero en mi anterior piso hacía esas cosas por cámara todos los días. Trabajábamos en una página que se llamaba misfetiches.com. —Saliva la pega del papel—. ¿Qué quiere que haga, mi señor?

—¿BDS...?

—Así no vales para dómino.

—Me pierdo.

Luciana toma carrerilla, porque ha desayunado macedonia y anfetamina.

—Recuerdo a un tarado que por cámara me pedía que derramase leche de vaca sobre mis senos. Y esa gente pagaba muy bien a través de la web. Fui al frigo y mis compañeras apenas tenían un cartón de leche de avena. La llevé a la habitación, la puse arriba de mi cabeza, fuera del plano, y comencé a echármela por el torso desnudo. Oía cómo el pelotudo comenzaba a machacársela, pero de repente se puso a gritar igual que si le arrancaran los ojos y a llamarme estafadora. El muy... decía que no era leche de vaca por cómo me caía por los pezones. Y, claro, parece que él solo funcionaba con leche de vaca. Tuve que devolver el cargo de cien euros y me colocó una mala *review*.

Martín se rasca la nariz unos segundos.

—Leche de vaca...

—Muy mala *review*.

—Igual es más sencillo que eso. Hago un reportaje sobre los prostíbulos de la zona.

—¿Periodista?

Martín guarda la pausa que precede a algo importante.

—Creo que pretendo su misma información —contesta.

—Entonces no vamos a hablar, poli. —Luciana tiene problemas para encajar la boquilla de su cigarro—. ¿Piensas que no me he dado cuenta de cómo nos has observado? Lo último que te importaba era el físico, porque entonces ya te estarías cogiendo a la negra. Por lo demás, hueles más o menos bien, vas peinado, te mantienes casi en forma y solo te has traído unas chanclas para simular alguna tara, como el resto que viene aquí. Pero no te imaginas lo lejos que estás todavía de ellos.

Martín se pellizca la cutícula de las uñas derechas. Luego enseña su

placa como capitulación, lentamente, lo que equivale a un reconocimiento a la perspicacia de aquella chica. Ha elegido bien.

—¿Qué calzado debería llevar?

—Podías haberte dejado esas chanclas si vinieses con un pantalón de chándal y una camiseta de tirantes. —Al fin encaja la boquilla—. Muy sucia.

Con el consejo, Martín recuerda sus primeros años patrullando de secreta en Villaverde. Los veteranos le decían que apestaba a «madero» con unas zapatillas sin las suelas rajadas por jeringas y botellas.

—Te garantizo el anonimato.

—¿Tan boludo de pensar que en realidad me llamo Luciana?

—Y te pagaré el doble por servicio a cambio de unas preguntas sencillas. Si algún día he de informar sobre esta conversación, serás... no sé... ¿Yasmín?

—¿La brasileña del 133?

—Sí, esa que no existe.

Luciana consigue prensar su cigarro y se lo guarda bajo el escote.

—Me vas a pagar el triple. Cincuenta euros en mano y preguntas muy sencillas.

Martín se abrocha por completo el pantalón para incorporarse de la cama.

—¿Cuánto llevas en España y cuánto trabajando aquí?

—Por adelantado, poli.

El investigador resopla y abre su cartera con ochenta euros. Separa un billete marrón, hace ademán de dejarlo en la mano de ella y luego lo retira. Se ha dado cuenta de cómo se desnortó la expresión de Luciana. Ya no estaba en ese antro cochambroso. Ya se había ido a un centro comercial, a comer un menú del día, a comprarse dos vestidos de verano en Bershka y a rematar la tarde perfecta con un sorbete. El gesto de Martín le ha quitado lo que le parecía propio y, en cambio, nunca tuvo.

—Te doy cincuenta, pero no quiero sentirme estafado —dice Martín—. ¿Entiendes qué sucede cuando alguien estafa a la policía?

—Entiendo todo.

El pase del billete ahora es más lento. Luciana lo estira y lo dobla antes de guardarlo en el bolsillo de sus shorts. Parece una buena mujer llena de malas intenciones.

—¿Cuánto llevas en España y cuánto trabajando aquí?

Luciana ha contestado a esa pregunta bastantes veces, incluso alguna vez ha dicho la verdad, como en ese instante.

—Cuatro años desde que llegué a Barcelona y en este lugar unos

siete meses... —Hace un recuento con los dedos de las manos—. Ocho meses.

—¿Fuiste a Barcelona para esto mismo?

«Otro clásico», piensa Luciana, con cara de querer responder poco y mal.

—Para ganarme la vida que no tenía en una villa miseria de Buenos Aires. Lo pasé rebién al principio, laburaba en una tiendecita por el barrio de Horta, salía de fiesta, me tiraba los fines de semana en la playa y hasta iba al gimnasio. Pero las cosas se torcieron y tenía una amiga en Madrid que me ofreció quedarme una temporada.

—Dime qué significa «se torcieron».

—Ganaba un sobresueldo con la caja de la tienda y otros policías como tú me jodieron.

—Seguro que no fue nada personal.

—También tenía un novio que me partía la cara a la segunda cerveza.

—Lamento eso.

—Claro, lo lamentas. Al poco de estar en el departamento de mi amiga y ver sus horarios, me confesó que trabajaba de escort. Yo no manejaba ni su cuerpo ni sus contactos y acabamos peleadas por otros cuentos. Así que llegué aquí de forma provisional. Al principio en el 133, el lugar donde también trabajaba por cámara. Leche de avena y tal... Luego me mandaron al 127.

—¿Por otro sobresueldo con la caja?

—Por algo que no incluye tus cincuenta euros.

Luciana le dedica la sonrisa más falsa.

Y Martín casi ha cumplido el trámite de hacer aquello un poco personal.

Le queda la clásica pregunta sobre lo cotidiano:

—¿Y cómo es el día a día en este sitio?

—A mí me da un poco de miedo, pero tener a esa mujer regentando el piso ofrece tranquilidad. Sabe amenazarte en cinco o seis idiomas. Por ejemplo, el otro día desapareció mi móvil, la llamé a gritos cuando se marchó el cliente y el vigilante del otro bloque ya lo había parado en el portal. —Asoma un móvil ceñido en la tira del tanga—. Que te roben el móvil es una mierda.

—Estará bien conectada con el dueño.

Dos arrugas verticales se marcan entre las cejas de Luciana.

—Supongo.

—¿Quién es?

—Dicen que un ecuatoriano.

—¿A ti quién te parece que manda de verdad?

El silencio no es todo lo carente de ruido. Incluso las respuestas anteriores eran más silenciosas que ahora, cuando nadie abre la boca y suena un estruendo de sospecha en los oídos del investigador.

—Ella reporta a los vigilantes del otro bloque.

—Como llevas ocho meses en los edificios, comprenderás que busco nombre y descripción de un tipo, o tipa quizá, que venga por aquí de vez en cuando, a lo mejor bien vestido o enseñando un reloj caro, a dar un par de órdenes y yéndose con la mitad del dinero que hacéis.

—No lo sé.

Martín recupera los cincuenta euros de un movimiento brusco.

—¿De verdad quieres seguir a tu manera?

—¡Eso es...!

—Ni se te ocurra gritar. —Martín interpreta a su poli malo—. Así solo harás que consiga la información con otra persona, pierda más tiempo y me acuerde de quién me lo ha hecho perder.

—Sabía que me ibas a joder.

—Estás a tiempo de arreglarlo.

Luciana resopla y vuelve a pensar en su tarde en el centro comercial.

—Vale, vale... Hay alguien que viene los jueves. —El dinero regresa poco a poco a su mano—. Alto, fuerte, cabeza rapada. Hace todo eso que has dicho, menos lo de dar órdenes. Y no sé su nombre. Creo que ninguna de nosotras lo sabe.

—Lo podrías reconocer en foto.

—Depende. ¿Cuánto me pagarías por eso?

—Primero déjame hacérsela. ¿Jueves a qué hora?

—Sobre las siete de la tarde, a veces antes.

—¿Y has notado algo extraño en los últimos días?, ¿movimientos o personajes fuera de lo normal?

—Siempre pasan cosas extrañas.

Martín frena la conversación un instante.

Se relame con la siguiente frase de manual:

—Hasta que disparen a una chiquilla en una plaza.

Cejas alzadas de Luciana. Ya está. Ya ha soltado la bomba y en algún momento detonará en la cabeza de aquella chica.

—¿Esto qué tiene que ver con la nena esa?

Luciana se recoge en posición de confesorio cuando Martín deja la pregunta sin contestar. Así sus dudas se cernirán sobre el aire y, después, sobre la conciencia. De tal lugar a una llamada con información importante hay menos trecho.

—La anterior semana venía otro a recoger el dinero —dice

entonces Luciana—. Solo lo vi un momento, pero la encargada le tenía pánico. Él estaba al otro lado del pasillo. Más alto todavía que el de la cabeza rapada, iba con gorra, pelo largo y barba. De esas cosas a nosotras siempre nos mantienen al margen y aquí no hay mucho compañerismo para contarnos secretos.

Se oyen pisadas en el pasillo ahíto de humedad. Cuando se detienen, Luciana pide silencio con el índice sobre los labios y simula unos gemidos de placer. Parece que los tiene muy ensayados, por su puesta en escena. Las pisadas de la encargada continúan hasta la habitación de Perla.

—Eso es lo que hay por cincuenta euros —dice Luciana.

Martín se dirige a la puerta para marcharse.

—Puede que vuelva a verte.

—Todo es oferta y demanda —contesta Luciana.

—Todo. —Martín saca su contacto profesional de la cartera—. Apunta este número en tu móvil, no quiero dejarte la tarjeta. Y hazme ahora una llamada perdida desde tu aparato, por favor.

Luciana le obedece y el investigador registra su teléfono como L127.

—Oye...

Martín guarda la tarjeta.

—¿Sí?

—Ojalá tengas suerte.

—Tal vez no haya venido aquí por ese asesinato. Las preguntas que cuestan dinero las hago yo, así que ni lo intentes.

—Es que a mí también me mataron a mi chiquilla.

El investigador no puede disimular su desconcierto.

—Eso podría...

—Al menos no había nacido y se ahorró este mundo de mierda.

Martín, aclarado el suceso, recompone el porte y empuña la maneta con una despedida fría. Sale al recibidor para, en contraste, decir adiós a la encargada con la mejor actitud. Justifica su rapidez del servicio alzando las palmas al techo. Él no funciona como antes, deben de ser los cuarenta años, que le caen pronto. Y entiende por qué esa mujer no le recomendaba a Luciana. En un mal día, la chica puede contarle a cualquiera que alguien del negocio la obligó a abortar.

Ya en la calle.

Bofetada de calor, Martín se mete en el kebab para comprar un botellín de agua. La temperatura del interior debe de sumar diez grados más y el paquistaní le sirve el botellín, pero no le quiere

cobrar.

—La policía... gratis —acaba diciendo cuando Martín insiste con la moneda—. ¿Hay noticias?

—¿De dónde sacas que soy policía?

—Nos avisó el chino.

Martín fulmina con la mirada al camarero del bar Madroño, que continúa corrigiendo la posición del parasol. Desde luego, todos, hasta él mismo, pueden creer que es un investigador competente, pero no sirve para infiltrado o cualquier otro trabajo semejante a los de su primera época.

—Lo importante —dice el paquistaní—: ¿ya lo han detenido?

—¿De quién hablas? —pregunta Martín, a punto de perder la paciencia.

—El hombre que nos atracó el otro día... Loco, muy loco.

—¿Qué hizo para estar tan loco?

—Puso un destornillador en mi garganta la noche del jueves. —El paquistaní coge el cuchillo de cortar carne y se lo coloca encima de la yugular—. Por una cerveza caliente.

Martín agarra el botellín de agua.

—El agua tampoco está muy fría.

—Me hizo daño.

—Lo siento, no vengo por eso.

—Y llamé al 091 toda la noche.

—Es que yo solo soy un cliente del burdel, pero tal vez pase algún agente a pedir las grabaciones de las cámaras. ¿De acuerdo?

—¿Cámaras?

Martín observa las esquinas mugrientas de local sin cámaras de vigilancia, deja la moneda en el mostrador y ni un mal chiste. Alguien tiene que encargarse de la esperanza y de buscar al del destornillador, pero no será él.

Aunque sí se le ocurre preguntar antes de salir:

—¿Qué aspecto tenía el loco?

—Fuerte, pelo largo, barba. —El paquistaní se toca la propia, apenas rizos sobre la mandíbula—. Más barba. —Martín es todo oídos —. También una herida en la cara.

—Supongo que hablas de una cicatriz.

El paquistaní deduce la diferencia por el gesto de Martín sobre la piel.

—No... Aún sangraba. Loco, muy loco.

15

Dos días después.

Jueves de esos en los que se recoge el dinero, Toni está con su cámara de fotos en un terrado frente al 127.

Clics de la máquina enfocando la calle.

Su nuevo sombrero protege del sol los puntos, aún circundados por costra, que luce en la coronilla. En cuanto le dieron el alta hospitalaria pidió el reingreso, se rapó la cabeza para disimular el mal afeitado de la enfermera y, viendo la cremallera que le dejaron, gastó veinte euros en un bonito panamá. Martín y el inspector Cañas intentan no reírse cada vez que aparece pellizcando el ala cual actor de wéstern.

Ya recuperado, a nivel físico el golpe no le ha afectado, pero su ánimo sigue perturbado por el compañero de habitación en el hospital, un veinteañero que salía de tres operaciones tras partir su casco de moto contra el maletero de un taxi. Los médicos le miraban a cada rato la amígdala y no reaccionaba. En un delirio nocturno, antes de que lo devolviesen a la UCI, habló embrolladamente a Toni de «vivir». Vivir cuando ya era tarde para que la esperanza se cumpliese, olvidando lo rápido que iba por el asfalto, cuentarrevoluciones en rojo, mientras algo que se llamaba «amígdala» sí reaccionaba.

Hasta entonces Toni no sabía que «vivir» era un milagro.

Pasan de las siete de la tarde, el disco rojo declina, y este policía ha hecho cincuenta fotos a la fauna que entra en el portal. De momento, ninguna a una persona semejante al perfil dado por Martín, que tiene una de aquellas intuiciones detestables sobre el que pasa el cepillo por los burdeles. Todavía no tiene ni eso del incidente en el kebab la noche que mataron a Carla. Prefiere ver el rostro del primer cobrador antes de intentar atar el otro cabo suelto del segundo, que quizá no lo sea tanto entonces.

Ahora Toni pulsa el botón de ráfaga en la cámara. Supone que esa chica rubia que grita a los paquistaníes del kebab será la que le refirió Martín. Ella les tira de malos modos un billete de cinco euros. El dinero fluye por Luciana y rara vez llega a ser suyo. Pero el investigador ha anotado en los informes de uso interno, los que nunca llegan al juzgado, vagos detalles de una entrevista con una brasileña del edificio contiguo. A su manera, Martín es un tipo de palabra. Toni siempre dice que, si él apareciera tiroteado en un callejón, querría que

fuese su compañero el que llevase el caso.

—¡Sin salsa!, ¡sin salsa! —se puede oír desde la acera—. ¡Sin salsa, boludo!

Toni aprieta los párpados y no es por la discusión sobre el dúrum.

El borracho que le abrió la cabeza deambula, con las mismas eses, por delante del portal. Después abanica su palma en el rostro y se apoya en el capó de un coche. Bracea a los paquistaníes, que le niegan con la cabeza en un acto de mera rutina. No son de hacer cuentas a los clientes.

—Desgraciado —dice Toni entre dientes—. Sonríe para la foto.

Toni aprieta el disparador y, cuando piensa que debe bajar a detenerlo, el corazón se le pone en la garganta. Esa mirada oblicua, legañosa de bochorno, contempla a otro hombre que se acerca. Entonces sus ojos dibujan briznas de luz. Toni palpa de modo maquinal el botón, tira más fotos y cree que, al fin, dará una alegría a sus jefes mientras el objetivo se mete en el portal. A sus veintiséis años, y después de haber visto en pocos meses a tanta gente rendida y a tanto violento destrozando al vecino que siempre saludaba, prefiere quedarse en las pequeñas alegrías desde las, también, pequeñas expectativas que le mandan cubrir sus superiores. Esos que, se convence otra vez, le felicitarán por su trabajo. Ya le tocaba.

Toni ha imprimido las fotos en todas las proporciones.

También ha logrado que su mentor lo reciba en casa media hora después.

Muchas llamadas perdidas justificaban algo importante.

Martín observa varias veces la imagen, temeroso de que la aparente conexión cambie si deja de contemplarla. Enfrente, Toni hincha el pecho y pega un trago a la Fanta que tenía Martín en la nevera al lado de un frasco de pepinillos, dos botes de mostaza y un paquete de salchichas a medio abrir. Por los demás estantes apenas hay un pack de yogures y una bolsita de cilantro podrido. Un recuerdo para el investigador de su última cita, que le enseñaba cómo de fácil era coronar un tartar escultórico de salmón. Lo devoraron antes de discutir, tener mal sexo y no contestarse nunca más a los mensajes. Cuánto odia Martín esas pegajosas despedidas. Fórmulas de cortesía por intercambiar fluidos mientras la otra persona lo descarta de sus aspirantes a jardín con niños. Pero, a veces, el investigador trabaja demasiado como para hacerse preguntas incómodas sobre sí mismo. ¿Por qué siempre es un descartado? Y menos contestarlas.

—Al fin en este caso el horizonte no es una pared —dice.

—Salió al rato con la misma cartera de mano —contesta Toni—. Apuesto a que llena.

—Y las imágenes son muy buenas. —Martín vuelve a admirar el trabajo—. Servirá a los informáticos para la pericial fisionómica.

—¿Eso era...?

Si la infancia es el estado de excitación por lo nuevo, no cabe duda de que Toni todavía es un niño en cualquier investigación.

Martín explica:

—Unos peritos llenan de vectores la foto y comparan sus dimensiones y rasgos con los coincidentes en nuestra base de datos. Pero, en todo caso, yo me acuerdo de él y anoté la matrícula del coche que conducía. —Martín agarra la foto del cabeza rapada que vio en el funeral—. En nada sabré su nombre y el del tipo del anillo con sus respectivos historiales. Te apuesto lo que quieras a que ese viejo pone sus dedos encima de todas las tartas. Así que, recopilando, Toni...

—Recopilando...

—Tenemos a una niña asesinada en una plaza, hermana de un maleante e hija de una modesta pareja que, al menos ella, parecía mantener relación con el presunto dueño de los burdeles más turbios de la ciudad. Esos que tanto nuestro inspector jefe como el portero de discoteca sugirieron investigar. El primero por intuición y el segundo por algo que aún tiene que explicarme. Ya que tú —ahora Martín habla al cabeza rapada de la foto— solo eres una pieza intercambiable en todo esto. Los capos nunca deberían necesitar a un guardaespaldas en particular, pero al revés sí los necesitáis. ¿Qué coño harás cuando se te muera la vaca?

—No puede ser casualidad.

Martín cabecea hacia Toni. Casualidad e intención son dos caras de la misma moneda. Puede venir mejor que caiga una, pero su consideración es muy aleatoria. Luego el investigador descorre la cortina para contemplar cómo, a pesar de los truenos, no cae ni gota sobre las aceras. Parece que el cielo cerró sus espitas desde el asesinato de Carla y las nubes electrificadas se deslizan al oeste.

—Claro que puede serlo —dice Martín mientras se dirige a la nevera—. En nuestro trabajo solemos empaquetar deprisa los regalos. Aunque, hasta hoy, no tenía ni esta casualidad y justo mañana me había llamado a filas su señoría.

—Te van a dar la vuelta al contador del caso.

—Exacto, con lo que te has ganado otra Fanta de naranja.

—¿Light?

—Light no sé, pero de naranja.

Toni sigue inquieto como un perro al que agitan las llaves.

—Dile a Alfredo lo de la foto, por favor.

—No necesitas un resonar de trompetas por tu trabajo, aunque tranquilo, que se lo diré al inspector jefe. —Martín revuelve la mirada por el frigorífico—. Y lo siento, solo te puedo ofrecer unos chupitos de mostaza o agua del grifo. —Rastrea los estantes con la nariz—. Algo huele raro. No serán estas hierbas que trajo Débora hace meses... Están marrones... No, no serán.

—¿Ha vuelto Débora por aquí?

—Mira sus hierbas y contéstate tú.

16

Edu y Karim patean el acceso oeste a la Cañada Real.

Sector 6.

Los han citado hoy para que el muchacho compre la pistola del 38, la que dispara argumentos definitivos y balas grandes.

El barrio chabolista continúa entregado a un deterioro sin nombre. Surgen *kundas* desde cualquier camino, controles policiales desganados y la sensación de que, por el momento, a los planes de urbanismo les interesa focalizar el mercado de la heroína. «Interesar», de ser esa la palabra. Así evitan al resto la violencia sonámbula de los yonquis. Porque a todos les han enseñado que un yonqui, en sus torpes acercamientos, siempre pide algo a cambio de nada. Y entonces sigue sin existir objeto que deshumanice tanto como una jeringuilla.

Los dos amigos atraviesan una vereda flanqueada por árboles descortezados, tierra y fango. Las zanjas laterales convertidas en letrinas. Diseminadas botellas rotas, jirones de ropa y el cadáver de una rata sobre el que se suspende un enjambre de moscas. Muchos recortes de papel albal. Edu había merodeado cerca del lugar, aunque nunca a horas diurnas. Allí no se oculta nada cuando sale el sol y su luz siempre alumbra la noche anterior. Algo imposible por las otras coordenadas de la ciudad, donde los funcionarios municipales dejan la mejor vista para los que se levantan a trabajar cada mañana.

Edu y Karim esquivan un camión con voluntarios que atienden a los drogadictos. Humea una cocina móvil frente a la cola de sombras, casi muertos de permiso, aguardando con un plato y un vasito de plástico. No todos son furibundos politoxicómanos. Bastantes se han limitado a una mala decisión tras otra hasta acabar entre el suicidio y la metadona, los dos metros bajo tierra y Servicios Sociales. Huele a rancho recalentado de ayer, lentejas y arroz. También a lejía. Con el cazo lleno se reparten nuevas jeringas si entregan las usadas.

Estricto control de daños.

No hay mensajes de tazas de desayuno.

—Puta mierda —dice Karim—. Mi primo siempre me avisaba: «Nosotros vendemos, pero no usamos. El día que uses, te echaré del negocio».

—Al final lo echaron a él —contesta Edu.

—Por once años, sí, pero ya ha cumplido varios meses.

Edu se extraña con las cuentas optimistas de su colega, que a veces es de mano rota para explicar cualquier secreto del universo.

—Aún le queda para salir de la cárcel.

—La razón por la que hago estos favores para comisionar cuatro perras. —Las facciones de Karim se han vuelto duras, inexpresivas, como si escapasen a un lugar distinto—. Ahí dentro no te hagas el listillo, por favor. Esto no es nuestro barrio... Esto es otra cosa.

El sur del sur de Madrid.

Más allá de toda esperanza, aparecen los asentamientos en un tramo de la Cañada Real Galiana. Y, aun así, presumen de que el centro geográfico de España se ubica en esta zona enganchada, toda ella, a la acometida eléctrica. Sus habitantes no se realizan abriéndose un perfil en una aplicación de citas, fotografiando la cena del viernes para una red social o comprándose un pantalón. Aquí solo se piensa minuto a minuto.

—¿Es cierto lo que cuentan de él? —pregunta Edu a Karim.

—Le puedes pedir cualquier deseo, desde droga caníbal a un esclavo camboyano, que lo consigue en un parpadeo.

—Pues nuestro encargo será el más fácil del mes.

—Dicen que, cuando llegó aquí, en los ochenta, se alimentaba de las gachas de un caldero en el que metía la cuchara toda su familia, caminaba kilómetros recogiendo chatarra y vestía con harapos de la basura. Entonces, lo de siempre, se hizo recadero de alguien grande.

—Y un buen día ocupó su lugar.

—Imagínate cómo.

Un heroinómano se acerca a los dos amigos señalando su plato vacío. Otro desquiciado. Las calles de la ciudad los coleccionan a puñados. Respiración ronca, casi líquida, se detiene al entender que lo único que sacará de los chicos es un empujón. No siempre fue así para él. Quizá era un niño de notables en el colegio o hasta un adolescente revoltoso, pero no siempre fue así para él. El heroinómano opta por sentarse sobre el barro. Emite una salmodia incomprensible. Se balancea adelante y atrás, cuando una sonrisa corta en dos su rostro. La estampa del que ha hecho varias veces el viaje al confín del infierno. Y ahí viene el mono otra vez a susurrarle que solo nació para ser quemado.

El cielo ya es cárdeno por poniente y los chicos llegan a una barraca. Como acceso tiene una puerta blindada a la vista de cualquiera. También de la policía, que interesadamente la suele ver poco. Karim la golpea y se abre una mirilla con pupilas aviesas al otro lado. La puerta se entorna para descubrir a un crío magrebí. Los separa una verja de hierro.

—*Salam.*

—*Salam*… ¿qué?

—Venimos a verle —dice Karim cambiando al castellano—. Nos han citado hoy a las ocho.

—¿Quién responde de la cita?

—He dejado la referencia de k —dice Karim.

El niño, tras la pregunta de consultorio médico, vuelve a cerrar la puerta y oyen sus pasos cortos por el interior. Después, un murmullo que debe de ser una conversación y otro ruido más, como si se corriese una silla con saña. Al cabo, el mismo niño les abre. Aparenta guardarles un respeto que no había estado allí hace un minuto.

—Adelante.

No lo reconocería, pero Edu siente miedo por primera vez en mucho tiempo. Y así no mira a los lados del pasillo oscuro, donde hay otras habitaciones y presencias que lo analizan con expresión dislocada. El suyo es un miedo reflexivo sobre lo difícil que es desandar ciertos caminos, porque en ese mismo instante, apenas a unos barrios de distancia, sus vecinos están cenando, yendo al cine o a bailar salsa. Los tres salen por la parte trasera de la barraca y bajan a un sótano que se abre con un código en un panel digital. El niño pulsa varias cifras y unos pasadores domóticos giran el portón. Dentro, apenas pueden distinguir sus propias manos. Siluetas que se mezclan en plano único y sin relieve. El niño enciende a rosca una bombilla en el techo y quedan de cara a un cristal. Los deja solos con una reverencia. En realidad, es una burla.

—¿De qué va esto? —pregunta Edu a Karim.

El ruido de una descarga eléctrica y luego un flash.

Una luz violeta ilumina el otro lado del cristal blindado. Treinta centímetros de grosor con tres láminas de seguridad. Pueden ver tras él, de medio perfil, al jefe de aquello, al que merecía las citas de Científico en la plaza. Luce camiseta de tirantes y cilindro corporal de pesas sobre el que cae una enorme cadena de oro. De oro de veinticuatro quilates sin necesidad de bling bling. La cara continúa en un degradado de oscuridad.

Y su voz distorsionada por un micro:

—¿Qué queréis?

Restalla sentenciosa a pesar de los interrogantes.

Karim traga una pelota de saliva.

—Hablé con…

—No se dicen nombres. ¿Qué queréis?

—Una pistola del 38 —interviene Edu, decidido—. Con la que pueda volar unos sesos a buena distancia.

El hombre aparenta pensar en su elección.

Y la tasa:

—Mil doscientos euros.

—¿El número de serie? —pregunta Edu.

—Limado, pero no tiene ningún marrón. O te puedo ofrecer algo a mitad de precio si no preguntas cuántos muertos lleva encima. Depende de a quién quieras disparar puede ser un problema o solo un inconveniente. —Zumbido del micro—. Decide.

—Problemas o inconvenientes...

—Volar unos sesos es fácil. —Otro zumbido—. Lo complicado viene luego.

Edu pega un bufido. Asume que nunca fue tan noble como para no negociar, aunque hoy hasta lo parecerá. Tiene la suerte de que allí no debe estar a la altura que él espera de sí mismo. Sale a doscientos euros más de lo que dijo su amigo, con lo que «las cuatro perras» de la comisión han podido encarecerse. Luego, cuando el hombre tras el cristal cruje el cuello, solo quiere escapar de ese sótano y probar puntería con unas latas y un gato. Opta por los simples inconvenientes, si es que es posible.

—Me la quedo.

Lo dice en tono neutral, desapasionado. A diferencia de los hechos, con algunas palabras aún puede haber vuelta atrás. Menea el fajo de billetes amarillos delante del vidrio y, acto seguido, un mecanismo en la pared descubre un buzón.

—Deja el dinero ahí.

—¿Qué viene luego tan complicado? —pregunta Edu—. Lo que has dicho... Después de disparar.

Distingue una mueca extraña al otro lado.

—Cualquier excusa para tirar del gatillo de nuevo —le contesta—. ¿Ya sabes si eres una mala persona?

—Sé que tengo derecho a hacerlo.

—Eso nunca salvó a nadie que se haya convertido en un asesino. —El hombre cruje una última vez el cuello y levanta la mano para contener más preguntas—. Vamos, deja el dinero.

Edu obedece. Si aquello ha sido una advertencia, llega tarde. Hay un movimiento mecánico que succiona los billetes y el hombre desaparece. La luz violeta también se apaga. Como si la función hubiese terminado.

—¿Me ha robado la pasta? —susurra Edu a Karim.

—Imposible. Su fama es la razón por la que pedí verle.

—¿Quién decías que te había dado el contacto?

—Otra vez... Mi primo conseguía sus pistolas aquí desde que era un

niñato.

—¿Y él recordará quién es tu primo?

—Me estás jodiendo, Edu. —Karim se pone de espaldas por si desde aquel ángulo los abordara una mala noticia—. No tendría que haberte acompañado.

La luz violeta se vuelve a encender, pero sin nadie al otro lado. Se oye un ruido en el buzón donde ha desaparecido el dinero y se abre su portezuela. Rutilante, aparece una Taurus PT 111. Número de serie limado. Les parece preciosa.

Karim expira la congoja.

—Cógela y larguémonos cuanto antes, Edu.

Ahora habla despacio, menos seguridad y menos energía.

Edu trastea la pistola por parecer profesional y luego se la mete, un tanto torpe, en el costado del pantalón. La empuñadura todavía se nota bajo su camiseta tres tallas más grande. El chico fuerza un guiño que no logra cuajar. A continuación saliva su boca, porque aquella conversación le ha dejado el paladar como una lámina de estraza. Antes de ir a la Cañada creía que el que le vendía el arma era único. Ahora juraría que es uno entre miles.

Los dos amigos toman otro camino por la última cancela que les abre el niño magrebí. Se despide el crío con desdén estudiado, de funcionario que quiere cerrar la ventanilla, aunque sea de una puerta blindada. La trampa de la infancia es que no hace falta comprender por qué para saberse un desgraciado. Su posición en el mundo es tan frágil que a todos les da igual que intermedie en la venta de una pistola más o menos.

Dibujándose el crepúsculo, a Edu y Karim la inmundicia del barrio ya se les asemeja a un decorado de teatro. Recortes de papel maché. En el horizonte se acerca un manto de nubes chispeando electricidad. La tormenta de verano se situará sobre sus cabezas en media hora, así que apuran el paso hacia el Madrid más civilizado. Aquel que lleva siglos instalado en la contradicción, el ruido de sables y de tripas llenas o vacías, encabezando la lista de lugares difíciles de comprender. Al doblar la esquina no reparan en un coche, a un centenar de metros, encendido al ralentí tras un árbol desmochado. Es un Simca 1000 del año 79, granate, con un ancho de rueda enorme, tuneado hace décadas por dos hermanos que querían abrir un taller en el barrio de Legazpi. Uno se estrelló demasiado joven y el otro casi logró cambiar las llaves inglesas por guantes de boxeo.

«Primero tu madre y ahora tú —piensa Frankie—. A mis espaldas todos vais a ver a la persona equivocada».

Saltan centellas de sus ojos. Reflexiona que hubiera corrido más

rápido por la vida sin unos hijos en brazos y una mujer de la mano. Enseguida se siente un miserable porque ese pensamiento haya incluido a Carla. Pero le surge la duda de si lo esencial de aquella historia ha sido decidido antes de empezar y, en el presente, cualquier acto solo puede llegar, por propia naturaleza, demasiado tarde como para arrepentirse.

Todavía sin una respuesta, Frankie arranca hacia el norte.

17

El hielo en la bebida dura un minuto sin aguarse.

—Ponme otro cubito, Luis.

Antes de comenzar la jornada, Coco apura el último ron en un colmado de Guillermo de Osma. El dueño, compatriota dominicano, se las ha ingeniado para colocar una barra en el local y que los del ayuntamiento no le multen, a pesar de que la acera se vuelve intransitable por los combinados a tres euros y el merengue sonando desde un móvil.

—Mucha sed, Coco.

—Y eso que tu ron huele a gasolina.

—Será que se te avecina una noche en candela. —El del colmado suelta el cubito en el vaso de tubo—. Que he estado veinte años sirviendo cócteles a gringos desesperados en Bayahíbe… ¿Sabes lo que es un Flying grasshoper?

Coco no lo sabe.

Oscila aquel tubo de plástico para vaciarlo de una tacada.

Pero sí sabe que cualquier fracasado puede sentirse una figura histórica cuando te pone copa y anecdotario por monedas, sea a un ejecutivo gringo o a un delincuente rebotado como él. El pasado ofrece una identidad y el futuro, unas cuantas promesas, pero ¿qué hacer con aquel presente que es lo único que existe?

Pues seguir trampeándolo:

—Luis, apúntame este ron en la cuenta que no tengo.

Coco toquetea su cadena. No es un tipo demasiado gracioso. Siempre que bromea, o intenta hacerlo, la conversación se detiene cuando la otra persona trata de saber lo serio o no que es aquello. Desde luego, lo de beber gratis no es una broma. Inspira hasta el diafragma e inicia el camino de doscientos metros que lo separa de su discoteca. Bling bling otra vez. Hay pocas zonas grises para él, por algo nadie le pide que abone el ron. Sin embargo, siente esa ansiedad de las seis o siete copas de más. Desde la noche en los calabozos no asimila la nueva personificación de la muerte. La percibe sentándose al lado en el banco de la plaza, cogiendo el asa libre del bus en el que regresa a su habitación, tirada en el rellano donde últimamente no quiere entrar. Como si se diese la misma importancia de un vendedor de seguros a puerta fría. Y solo tiene que mover un dedo para

llevárselo.

Además, todavía ha de contarle algo a ese policía.

Pasa los días intentando ganar un tiempo indisponible.

En su angustia, con la mirada tirada en el suelo, una bicicleta frena para no llevárselo por delante. Chirrido de ruedas. El Rider pone un pie en tierra mientras acciona la zapata delantera, aunque no evita que se le caiga la bolsa de repartidor, amarilla, letras verdes, forrada con papel de aluminio. Lleva dos pizzas casi calientes. El chico tampoco repara en a quién ha estado a punto de atropellar. Hasta que, mecánicamente, alza la vista y observa a Coco, sin moverse ni pronunciar palabra, limitándose a sacar una chusta de cigarro. Parece indiferente a todo. Recoge una de las pizzas y enciende la colilla.

—No dije una palabra sobre ti a los tombos.

El Rider puede darle dos caladas cortas antes de pisotearla contra el suelo.

—Ya imagino quién de vosotros fue —contesta Coco.

—Nos apretaron mucho en comisaría.

—A ti no te gustan los tombos, ¿verdad?

—Los odio. —El Rider mira la colilla sobre la acera—. Por algo soy hijo de un rondero.

Coco lo escucha como si aquel paria asumiera cuanto fuera a suceder. Él también los odia. A los de aquí, a los de allí y seguro a los de más allá. Eso hace que se considere casi cercano al chico.

—Bueno, tigre. —Coco se agacha para recoger la otra pizza y le ayuda a meterla en la bolsa—. ¿Qué eran los ronderos? —pregunta después.

El Rider calibra si en la duda hay ironía o juicio. Se da cuenta de que Coco no enseña sus fundas de metal y que, por alguna razón, lo trata con el mismo respeto que siempre ha recibido de su parte. De igual a igual.

—Eran vecinos que perseguían a los ladrones en el campo… —El Rider titubea sobre si seguir o no.

—Dale, tigre, cuéntame más.

—En Perú se ocupaban de que no robasen cabras, asustasen a las familias o atacaran a las mujeres. Vestían poncho y llevaban un látigo en la cintura. El de mi padre tenía varios nudos en la punta.

Coco ya le presta toda su atención.

—¿Como un trabajo?

—No, como un orgullo. El pueblo les preparaba hojas de coca para mantenerse despiertos y aguardiente para soportar el frío. Ningún tombo solucionaba nada allí con su uniforme y su paga del Gobierno, conque, en teoría, a los ladrones que detenían las rondas había que

entregárselos, pero... pero no lo hacían. Mi padre tampoco. Volvía cada mañana de la sierra, echaba el látigo en un cubo de agua que a veces se volvía roja y se acostaba un rato. Después salía todo el día con los animales a buscar pasto. —El Rider coloca la pata a su bicicleta—. Yo llevo pizzas a blanquitos fumados y a parejas que discuten en pijama. No he telefoneado a mi casa desde que llegué a Madrid por vergüenza de lo que hago. Y si el barrio... si el barrio tuviese un rondero, habría destrozado a latigazos al que mató a esa chica y los tombos no nos molestarían, ni a ti ni a mí.

Coco deja dos palmaditas en el sillín de la bicicleta.

—Puede que por aquí también tengamos ronderos.

—No los veo.

—Dales tiempo... Dales tiempo.

—Coco, sabes que Ronald no pretendía joderte.

—Es igual, garantízale que lo de dar mi nombre está perdonado. A uno también le van mejor las cosas cuanto más olvida. —Coco continúa con el paso balbuciente hasta su trabajo—. ¡Y llama a tu casa! ¡Por muy lejos que esté, tienes una!

El Rider se queda ahí, cariacontecido mientras la aplicación de los repartidores vibra con mensajes del que espera demasiado por la cena. Le va a caer una mala reseña y una sola estrella en su perfil. Apaga el móvil. Una racha de viento caliente como único sonido. Se recuesta en un portal, a tragarse el trozo de pizza que se pegó a la acera. Es una tropical con enormes cortes de piña. Cree que a veces hace demasiado calor como para preocuparse por nada, pero si dispusiera de papeles de residencia, contrato laboral, factura de la bicicleta, una novia cariñosa y tantas otras cosas, gritaría.

Gritaría.

Coco descuelga la cadena de varios candados y abre la puerta de la discoteca con su llave. Siente una presencia a la espalda y, pese a su estado, se gira con un cuchillo en la mano izquierda y coloca la derecha en guardia. A continuación resopla y baja el filo.

—Vaya susto.

—Vale.

El cuchillo vuelve a su escondite.

—¿Qué haces aquí hoy? —pregunta Coco—. No es día de cobro.

—Braulio quiere saber si lo has visto.

El guardaespaldas, en realidad, quiere saberlo tanto como Braulio.

—¿Te pongo un ron bien bacano antes de que comiences tu jornada? —le pregunta Coco—. Tengo una botella de Negrita

guardada en el armario de la limpieza.

—No bebo.

—Bacanamente, me lo pongo yo y así te contesto.

Coco enciende un plafón sobre la barra. Se mete en el interior de un armario esquinero, revuelve botes de lejía y saca una botella de ron con marcas de nivel en su etiqueta. Sujeta un vaso y lo llena a la mitad, sin hielos. La mano derecha está temblando.

—¿Lo has visto o no?

Coco estampa la botella contra el suelo.

La pesadilla pintada en su cara.

—¡Claro que no!

El guardaespaldas ni se inmuta por más cristales rotos.

—Solo quería preguntar eso —dice, dándose la vuelta.

Coco rechina sus fundas de metal.

—Espera.

—¿Sí? —Se gira otra vez.

—Nuestra situación ha terminado con la paciencia de la única persona que me importa.

—¿Quién es esa?

—Yo mismo, así que pásale un mensajito a Braulio.

El guardaespaldas no parpadea.

—De tu parte.

—Asegúrale que este dominicano no conseguirá ni una negra más para sus burdeles por comisiones ridículas.

—Vale.

—Ni por comisiones no ridículas. —Coco vuelve a vaciar la copa de una tacada—. Ciertas cosas no compensan. —Eructa—. ¿Es que no le tienes miedo al otro?

—Le rajé la mitad de la cara la primera vez, solo tengo que arrancársela a mordiscos la segunda.

—Tu jefe es un imbécil por permitir entrar a semejante animal en el barrio.

—Ningún imbécil llevaría tanto aguantando su negocio.

—Habría muchas chicas que extorsionar y en un día limpiaría a todas las dispuestas a declarar, pero, a partir de ahí, no es lo mismo estar encima de los problemas que en medio.

—Vale...

—Braulio me dijo que están montando una operación para cerrar los burdeles y meternos a todos en la cárcel. Que tiene contactos en algunos cuerpos de policía y que mi nombre sale en los papeles junto a los grandes proxenetas chinos, rumanos y nigerianos. Rodolfo Cuello brillando en otro informe policial. ¿Debo sentirme orgulloso y

agradecérselo?

—No se me da bien hablar de sentimientos.

—Pues la cuestión importante es si tu jefe también tiene contactos con los investigadores del caso de la niña asesinada.

El guardaespaldas proyecta la cabeza hacia atrás, sin idea de lo importante que sería la respuesta.

—¿Seguro que quieres dejar de traernos dominicanas a los pisos? —pregunta a continuación.

Coco no ha estado tan seguro de nada en su vida.

—Segurísimo.

—Entonces nos vemos el mes que viene y, a cambio, avisa al propietario de este antro que el porcentaje acaba de subir al 10 por ciento.

—No decides eso sin consultarlo con Braulio.

—¿Cuándo he decidido yo algo? Pero él se olía tu renuncia y me dio instrucciones.

—El propietario no me dejará trabajar aquí como...

—Braulio dice que sí te dejará trabajar —lo corta el guardaespaldas —. Pero que no te dejará cobrar.

El rostro de Coco enseña su último disgusto. Seducido por un concepto irrevocable de la miseria, no es algo recomendable para desenvolverse en cualquier otra vida que no sea aquella. Ni tampoco para tener un gesto de humanidad como el que antes recogió comida del suelo. La conversación se ha llenado de cautelas y por eso decide resolverla.

—Bien. —Coco agarra una botella de ron de las de la barra, de las caras y que no tienen marcas de nivel en la etiqueta, de las que sirven en el reservado a adolescentes con la cartera diez veces más llena que la suya—. Te contaré algo que he estado pensando los últimos días... Que una buena manera de terminar este asunto sería sentarse en una mecedora junto a mi mar Caribe, guardando silencio durante muchos, pero muchos años, mientras miro al horizonte con un puro encendido en la mano. Bonito, ¿a que sí?

—Vale.

—Aunque intuyo que no será posible.

El guardaespaldas sale de la discoteca. Caribe son tres sílabas sin significado alguno para él. Nunca sufrirá los nuevos problemas de Coco: no va a donde no quiere ir, no se le recompensa por lo que no es, no se reprocha no reflexionar sobre la trampa de lo bueno y lo malo. Para ser efectivas, al final rentables o no rentables, las personas como él deben apartarse de los demás. Y ya.

Dentro, Coco carga un palé de refrescos gaseados al almacén.

Ahí está el hombre de gorra, pelo largo y barba; con una herida que ya es cicatriz surcando la mitad de su cara.

—Lo has hecho bien, Coco.

18

Juzgados de plaza Castilla.

El inspector Cañas y Martín esperan a la instructora del caso.

A partir de ese edificio, la ciudad bifurca su destino tanto como el de los acusados que pasan por los banquillos. En la zona colindante del norte, se ubican los pisos caros del entorno del Bernabéu. En la del sur de Bravo Murillo, las casitas bajas de muchas nacionalidades diferentes; además de locutorios, peluquerías para degradados a cuchilla y ultramarinos.

Sentados en sendas sillas de la oficina, a Martín no le ha gustado que su jefe quiera acompañarlo a lo que considera un trámite. Aunque supone que nadie alcanza ese rango sin ser amable con los jueces, por mucho que él crea que esta es solo otra instructora incompetente. Resultado de encerrarse durante años a cantar de memoria los temas de la oposición que, en definitiva, están mejor escritos en los códigos. Al alcance de cualquier mano y ahora de cualquier móvil. Selección negativa a la manera de la que también suele opinar sobre los políticos. Porque, cuando los que juzgarán la calle deberían estar comprendiendo qué sucede en sus esquinas, se internan años en una habitación con café y pijama y luego, claro, los problemas de su clientela parecen de otro mundo. Y lo son, pero tienen jurisdicción sobre él.

—La ratoncita de biblioteca se ha debido de quedar atrapada entre tomos.

—Por favor, Martín —dice Cañas—. Si querías un trabajo donde no haya que dar explicaciones, te equivocaste tanto como ella.

Martín suspira, porque Cañas le ha vuelto a ganar la partida dialéctica cuando él aún no había movido el primer peón.

—Vale, Alfredo...

—¿Te está saliendo un lunar al lado de la nariz?

Martín se toca el puntito negro que lleva semanas asomando en su piel.

—Trae buena suerte, ¿no?

—O un cáncer de piel.

Martín suspira otra vez y decide perder la vista por los expedientes apilados en el despacho, con su número de diligencias e iniciales que aluden al nombre de la operación policial. En unos años, cuando

llegue la citación para declarar en el juicio, todo aquel trabajo se convertirá en un reto para la memoria de los investigadores, que se preguntarán quién respondía a esa identidad y tendrán que estudiar de nuevo los atestados que entonces parecían tan importantes. Todavía más tarde, los horrores ya sentenciados pasarán al sótano donde se guardan los archivos, cogiendo polvo junto a otros miles de expedientes. Antiguas obras maestras a merced de las polillas. La excepción será que un funcionario diligente los escanee para remitirlos a una base de datos. Y de ahí al olvido, salvo que algún abogado joven rebusque jurisprudencia por orden de otro abogado no tan joven y encuentre un precedente para el futuro que, extrañamente, repite los patrones criminales del pasado. El Derecho es todo un misterio. Como lo demás.

Pero hoy Carla Gómez todavía ofrece un sentido a aquello. A medida que languidece esa mañana de viernes, ocho días después del asesinato, cualquier indicio que se plasme en papel es un éxito ignorado por todos los que no están en esa sala. A la que llega la instructora con pasitos cortos y altivos.

—Buenos días.

—Buenos días, señoría.

Metro y medio de altura, falda de azafata y chaquetilla entallada; lo que destaca del conjunto son las patillas rojas de sus gafas. Martín recuerda que las cambia de color según la fecha. Es la osadía de aquella mujer a la que considera de proposiciones tacañas.

Los dos policías se levantan, porque la cortesía salva muchos trabajos.

—Hagan el favor de sentarse, agentes.

La jueza tiene el expediente de Carla encima de la mesa y comienza a leerlo como si fuera un libro de saberes arcanos. Martín entiende que es la primera vez que estudia sus informes. Intuía que el secreto sumarial se había dictado por inercia, aunque esperaba guardar las apariencias. Asiste al enésimo espectáculo de quién te decepciona y quién no. Cañas también cae en la cuenta, pero a él no le importa. Reconocería, sin mayor problema, que le da igual que la jueza no tuviera motivos para esa dejadez y, menos aún, que no supiera explicarlos.

—¿Todavía no disponemos de un sospechoso? —pregunta ella.

Cañas se adelanta a cualquier respuesta menos diplomática:

—Estamos consiguiendo un perfil. —Cadencia suave en sus manos —. No es un caso sencillo, sin testigos y sin móvil aparente.

—Y con la prensa encima —dice la jueza, al tiempo que cierra el expediente—. Esa circunstancia no es culpa suya, pero aquí no

queremos juzgar circunstancias, solo al asesino. Conque el famoso móvil, el famoso motivo que buscan los periódicos para sus historias, no nos lo conducirá al juzgado. Además, ustedes dicen que lo importante siempre es el cómo y no el porqué.

—Lo difícil de asumir —interviene Martín— es que se dicte un secreto de sumario mientras ciertos periodistas consiguen la misma información confidencial que nosotros trasladamos aquí.

—Ese es un tema muy manido... ¿agente...?

—Martín Melgar.

—Incluso cuando hay investigados en prisión preventiva y continúa el secreto sumarial, los abogados vienen con la misma queja. Ellos saben menos del caso que los periodistas. Una exclusiva está mejor pagada que muchos sueldos. —La jueza desliza las gafas por su nariz, diminuta como un silbido—. Si supiese quién filtra las noticias, le garantizo que tendría un expediente disciplinario y un cambio de destino cruel. El Juzgado de Primera Instancia en Collado-Villalba, por ejemplo.

Martín sonríe por la extrema crueldad.

De expedientes de homicidios a divorcios.

Aunque, al fin y al cabo, la policía es la primera que filtra a la prensa cualquier investigación que considere exitosa. Pero desde luego que por el momento no es esa. Ahí solo contestan con la fórmula del «estamos trabajando en ello».

—En las próximas semanas esperamos traerle nombres —sale al paso Cañas—. Sé que todos lo necesitamos.

—La policía los necesita, que es la que opera bajo la presunción de culpabilidad —replica la jueza—. El problema es que quizá no consiguen distanciarse lo suficiente de la víctima y su entorno.

—Aquí estamos bastante distanciados —dice Martín.

—En este asunto fui yo a levantar el cadáver como jueza de guardia. Recuerdo a la niña con la frente agujereada, el vestido manchado de sangre... bueno... aquello tan desagradable. Pero no me produjo nada parecido a una emoción. Solo puedo aceptar las tragedias como parte de una pila de papeles y no hay otra forma de ser efectivos. ¿O no, inspector Cañas?

—Señoría, acaba de hablar sabiamente.

—Espero que el que designó para encabezar la investigación también lo comprenda.

—Trabajamos siempre en equipo y...

—Mire, Cañas, me refiero al que firma estos informes con su número profesional. —La jueza mira a Martín—. El agente M. M. está decepcionado porque no he estudiado sus párrafos enunciativos y

sencillos. Sin embargo, a mí también me decepciona que no me ofrezca un sospechoso para empezar, al menos, a leerlos en diagonal. Mientras, renovaré el secreto sumarial cuando me lo requieran y también firmaré intervención de teléfonos, geolocalización, domicilios o cuentas bancarias. Todo lo que se vincule a nombres concretos.

—¿Y si no los traemos tan pronto, señoría?

—Pues suelo recordar que la policía redacta un atestado y manipula las consecuencias para unas pocas personas. Los reporteros, en cambio, redactan un titular y manipulan las consecuencias para toda la opinión pública. —La jueza se regala una pausa teatral—. Y si no traen los nombres concretos tan pronto, agente Melgar, seguirá habiendo filtraciones a la prensa de alguno de los doce funcionarios de este juzgado y al final saben de quién hablarán mal los periódicos. No será de mí, mientras no pueda empezar a redactar mi parte.

Martín recuerda lo que le dijo Cañas de que los casos difíciles acaban en malas sentencias, pero también sabe que un atestado de miles de folios no se hace para ser leído con detenimiento. Solo para que pese en las manos del fiscal y de los magistrados, porque el peso, como el sello de la policía, ahorra muchas trabas de pruebas. Incluso policía y Estado son lo mismo, así que sus párrafos podrían convertir cualquier ficción en realidad.

Aunque Martín no ha escrito ficción ni más de treinta folios.

No está dando lo que le piden entre rodeos.

Aguanta el contacto visual de la jueza unos segundos. Después, ella vuelve a subir el puente de sus gafas y otea la pared como señal de que la reunión ha terminado. Semeja sufrir del narcisismo que imposibilita comprender cualquier punto de vista que no sea el propio. Y quizá, concede Martín, el distanciamiento del que les ha hablado tan solo sea el del lugar donde se cometió el crimen: un barrio popular cualquiera. Aquello que, tras unos gambones y una botella de vino de aguja, a la jueza le queda muy lejos de su casa pareada en Las Rozas.

—Intuyo lo que se está preguntando, agente Melgar.

—No me estoy preguntando nada.

—Claro que sí. Le preocupa qué clase de jueza soy.

—Dígamelo entonces —la desafía Martín.

El inspector Cañas se agarra al reposabrazos de su silla.

—Una muy profesional —contesta la jueza—. Esta reunión ha terminado.

Cañas sale unos metros por delante en las escaleras de los juzgados de plaza Castilla. En su cara inciden los rayos que refractan en las

ventanillas de los coches, tan calientes que dentro podría hacerse un pollo al horno. Está molesto con su investigador. Hasta el punto de dudar si coloca a otra pareja de refuerzo para dirigir las pesquisas. Los policías no son diferentes a cualquier otro oficio, sin ningún objetivo más que perpetuar y mejorar, un poco, su sueldo; pero, en eso, a veces Martín tiene menos estrategias de supervivencia que una bacteria.

—No me gusta la cara que has puesto a la jueza.

—Alfredo, te dije que era una incompetente.

—A mí lo que me ha parecido es sincera.

—¿Esa jueza de instrucción? ¿La única que puede encerrar a alguien que no es oficialmente culpable y cuenta semejantes mierdas...? Y me ha llamado M. M.

—M. M. es lo mejor que ha podido llamarte.

Martín se pone delante de Cañas, como si fuese a detenerlo.

—Quiere limpiarse las manos buscando esos nombres que le importan mucho más que la verdad. Por eso firmará cualquier autorización sin leerse ni el atestado.

—¡Es que la verdad es un incordio, Martín! —Cañas se lleva los índices a sus oídos tras el grito—. Mierda... Otra vez.

—¿Qué te pasa?

Cañas se agarra del brazo de Martín y se sienta en las escaleras graníticas. Ahí, los abogados y clientes que las transitan hacen ademán de sumarse a la preocupación, pero pasan de largo cuando reconocen al inspector. Tampoco nadie es el mejor samaritano camino del cadalso.

—Me han diagnosticado acúfenos en los oídos —dice Cañas.

—No... no sé qué es eso.

—Pitidos, zumbidos... Al principio creí que me estaba volviendo loco. Después recordé que voy a cumplir sesenta y cuatro años y, vaya, ahora son los oídos y mañana Dios sabe. Envejecer es una enfermedad vergonzosa. Debes esconderla todo lo que puedas.

—¿Tiene tratamiento?

—Morir.

—Los pitidos, Alfredo.

—El doctor me ha recetado tranquilidad.

—Y no te la estoy dando.

—Con las caritas de ahí dentro, desde luego que no.

—Lo siento... Llevas razón.

—¡En el despacho de una magistrada hay que ganarse el derecho a estar!

—Por favor, Alfredo, así te volverán a pitar.

Cañas mira a su investigador con nueva condescendencia.

—Un asunto como este siempre nos presiona, pero tienes que aflojar delante de ella. Si hay suerte y llevas a alguien al banquillo por tu caso, será cuando ya esté jubilado. Entonces no podré protegerte.

—A Ramírez solo le importan las estadísticas.

—Por eso fue el elegido para sustituirme. ¿A quién te crees que piden los políticos? ¿Al policía cínico, descreído pero idealista, que se considera un artesano maltratado por los reglamentos?

—Yo no tengo ideales más allá de atrapar al asesino.

—¡Cállate un momento! —Ahora Cañas aguanta el nuevo pitido y mira a su investigador como si acabase de despertar de un trance—. ¿O a un policía de carrera, riguroso con el protocolo, que no reclama demasiadas mejoras para sus subordinados y que respeta la cadena de mando, aunque eso signifique joder la investigación del año?

Martín termina claudicando:

—Supongo que piden a Ramírez.

—No lo supongas, acéptalo. Porque solo quieren que la tasa delictiva sea cada vez más pequeña. Les tiene sin cuidado que lo consigamos siendo eficaces o ineficaces, coordinando a doscientos policías en una redada o que esos mismos se dediquen a mirar hacia otro lado. Y Ramírez lo entendió desde más joven que tú. —Cañas coloca las manos sobre las rodillas—. El futuro no será como esperas, sino como temes.

Martín le tiende la mano para levantarlo.

—Vamos, cógela.

—Medio colegio de abogados de Madrid está contemplando nuestro espectáculo. —Cañas se la coge—. Con lo que los detesto.

Martín tira de él, lo yergue y se reserva su opinión para mejor lance. En el inspector encuentra cada cosa y su contraria, por eso suele llevar razón. Nada mejor que un soplo de realidad confirmando los prejuicios de aquel hombre. De Ramírez apenas considera que es la respuesta de la policía a una pregunta que nadie ha hecho. Se limitará a pasear por los despachos y los cócteles, poniendo cara de cansado o de simpático según le toque, y a aportar píldoras de falso liderazgo. Y pensando en más nombres concretos, espera tener mañana los de aquellos personajes del funeral de Carla.

—¿Se han ido los pitidos, Alfredo?

—Solo han dado la vuelta a la esquina.

19

Treinta y dos grados marca el climatizador.

El guardaespaldas de Braulio acaba de girar el contacto del BMW M5. Pone el aire acondicionado a dieciséis. Sale el chorro frío y se desabotona los enganches del polo antes de arrancar el coche. Entonces juraría que, a través de la luna trasera, acaba de ver una sombra. Se apea por la puerta del conductor, lanza una mirada perimetral al garaje y contempla los relumbres del último sol por los ventanales. Después traquetea la lengua como un caballo. Solo dos personas tienen llave electrónica para entrar y Braulio no puede moverse tan rápido.

El guardaespaldas se preocupa, porque hoy le viene mal morir.

Un ruido a la izquierda del vehículo.

Desenfunda la pistola.

—¡No tendré la suerte de que seas tú! —grita.

Al siguiente ruido, un tapacubos saliéndose del eje, responde con un disparo a ciegas por encima de la carrocería. Le parece intuir la misma sombra corpulenta detrás del todoterreno aparcado en la otra plaza. Y dispara dos veces más. La tercera bala emite un chispazo al rebotar contra una barandilla, se enrosca en una trayectoria helicoidal y queda tintineando en el pavimento.

Tres oportunidades.

Va a disparar la cuarta cuando lo sujetan por la espalda, le ponen un destornillador en el cuello y lo desarman.

—Haremos esto de forma justa —dice el otro, arrastrando el aliento a su oreja—. No como hiciste tú la primera vez.

—Vale... Pues suéltame, Héctor.

—¿Todavía crees que saldrás de aquí caminando?

—Déjame intentarlo.

—Sí. —El destornillador se aparta del cuello—. Inténtalo.

—Por errores así nunca te contrataron como profesional. —El guardaespaldas se separa y se da la vuelta—. Este será tu final.

—No —dice Héctor—. Él me contó cómo será mi final.

—¿Quién te contó...?

—Un monstruo de cuatro mil años.

—¿Te das cuenta de lo loco que estás?

El guardaespaldas se toca la sangre que ha dejado el rasguño en su

carótida y observa cómo Héctor vacía el cargador de su arma. Toda la munición perdida por el suelo vinílico. Queda una oportunidad para correr, pero no hará eso por primera vez. Héctor se quita la gorra, se hace una coleta y se abre la camisa abotonada con broches. Una trinidad de puñaladas circunda el corazón en su piel llena de cicatrices, llagas y quemaduras. Los casi dos metros de altura proyectan una sombra que llega a los zapatos del oponente. Y la barba moteada de canas tiene el mismo color del hierro que sus ojos.

Ninguno se mueve.

Ninguno dice nada más, porque nada más hay que decir.

El guardaespaldas solo oye el sonido de sus sienes a punto de reventar. Cerca de perderlo todo gracias a un trabajo que nunca pudo comprender a través de un destello de empatía. ¿En qué piensa un sicario en momentos como ese? ¿A quién recuerda y a quién olvida? La respuesta es la nada. Porque siempre lo han gobernado instrucciones. Desliza la vista un poco más arriba de Héctor, considerando si queda otra salida. Vuelve a enfocar al hombre que le había avisado de lo que pasaría cuando lo encontrase de nuevo, pero aquel ya no tiene más avisos que dar y avanza hacia su posición. Para bien o para mal, el guardaespaldas de Braulio acepta la pelea. Se está encontrando a sí mismo y no quería.

Supone que es la hora.

Supone que nació para esa pelea.

Una patada frontal lo tira varios metros atrás, aunque consigue levantarse tras hincar la rodilla. Su croché lo esquiva Héctor alejando el tronco como un muelle, que regresa a la misma posición vertical para conectar un directo a la mandíbula.

Luego mano abierta.

Bofetón.

Ese golpe ha cambiado la expresión del guardaespaldas. Aun así, intenta enlazar dos puñetazos sin éxito. La siguiente patada de Héctor le rompe el brazo cuando se cubre las costillas. Le tira una, dos, tres más a la misma altura. Ambos achinan los ojos. Y el guardaespaldas ya sabe que, en la distancia, no sobrevivirá. Entonces toma carrerilla, saca un sonido gutural y embiste a Héctor. Lo agarra por las piernas, a la altura más baja de los muslos. Clava la frente en su esternón y lo proyecta al suelo.

El golpe, brutal.

Suena un crujido de vértebras, pero todavía no se sabe de quién son. El guardaespaldas queda encima de Héctor para machacarle con los nudillos. Sin embargo, esos brazos largos y fibrosos rodean su cuello como una guillotina para apretarlo mientras le arquean la

cadera. El guardaespaldas trata de zafarse de la llave hasta que se rompe los meñiques. Y no funciona. Lo que siempre funcionó ahora no lo hace.

Perdió la discusión sobre cuál de los dos estará mañana azul.

El oxígeno no le llega al cerebro. En unos cuarenta segundos las contantes dejarán de ser vitales y aquella furia se volverá un expiro. Imágenes inconexas en su mente. Una pelota de playa, un coche desguazado. A continuación flota por una ciudad rara, aún más gris que el sur de Madrid, con el horror de no saber a dónde va y menos de dónde viene. Lo rodean bultos inmóviles en un paisaje que nunca había visto. La última ensoñación sitúa su existencia en una tragedia en la que él es el único protagonista. Aunque nunca hubiera sabido explicarlo cuando podía hablar.

Héctor le hunde la nuez en la tráquea para que no despierte. De adolescente hacía lo mismo con los perros callejeros del barrio. Crac, crac. Chasquido en dos tiempos y el gaznate siempre se rompe. Sabe que al menos ese hombre evitó el juicio y entonces también la condena.

Lo mira como a otra pieza abatida en la montería.

—Te digo lo que me hubieras dicho tú a mí: vale.

Extraño cómo esa palabra resumía tantas cosas.

20

Martín pasa las hojas de la pericial fisionómica.

Se ha convencido de que las fotos de Toni son excelentes y así tiene que haber premio entre tanto papel reciclado. Él, como la jueza que detesta, tampoco presta atención a las letras hasta que llega al final del informe del perito. La profesión enseña a no perder las esperanzas, pero a no confiar demasiado en ellas. Lo último que querría encontrar en las conclusiones periciales es «Perfil compatible no encontrado».

—¡No me jodas!

Ahora sí atiende a los datos de referencia del expediente. Relee la descripción del individuo de las fotos y la metodología para analizar los rasgos que deberían cuadrar una identidad entre los miles de detenidos, en cualquier momento de sus vidas, de la base de datos policial. Es ciencia criminológica. No se puede trampear. Y de momento aquella identidad seguirá velada bajo píxeles.

Cañas lo ficha desde la sala común de investigadores.

Sábado al mediodía, casi vacía.

Tres compañeros trabajando en el homicidio de ayer. Un vagabundo acuchilló a un turista alemán que no pagó limosna en la plaza de las Ventas. Ahora saben que el vagabundo había sido denunciado por amenazas, pero hasta entonces lo único que había acuchillado eran ruedas de coches mal aparcados. La UVI móvil logró reanimar a la víctima y luego, con un bache, murió camino al hospital Gregorio Marañón. Descamisado a pinchazos por un euro. Sin entender una palabra ni de su asesino ni de los que querían ser sus salvadores.

La noticia ocupa alguna esquina de portada, aunque la previsión es que mañana no haya más reseñas. A la prensa no le interesa saber por qué sucede algo semejante. Cómo de cargado iba el vagabundo cuando cargó el arma o, menos aún, si al final no era tan culpable como se dijo en el primer titular. Su único propósito es comunicar el suceso. Con un detenido, los lectores se creen a salvo de la maldad que pasea por sus parques. Ellos siguen vivos. Algo harán bien para no terminar llenos de cables y lamparones de masa encefálica.

Sin un detenido, en cambio, continúan las reseñas sobre Carla.

En unas horas llegarán más agentes para tramitar los picos de trabajo de la noche. Cañas no pedirá la baja mientras pueda controlar

el zumbido en los oídos, pero su presencia en fin de semana solo obedece a recoger las entradas para el fútbol. Ha abierto muchos sobres a su nombre en su carrera como policía y desde hace años contienen buenas noticias. Peina las cejas con los anulares y se acerca a Martín vadeando mesas, con más resignación que paciencia, ante lo que prevé la enésima complicación del caso.

—Empieza por las malas noticias.

Martín amaga con levantarse, preocupado por su salud.

—¿Qué tal lo llevas hoy?

—Las malas noticias, Martín.

—¿Por qué no te coges un par de semanas y consultas con más especialistas lo de los acúfenos?

—Mi mujer me ha hecho visitar a todos los especialistas del seguro de policía. Hasta el director general se habrá enterado de mis pitidos. Martín...

—¿Sí?

—Dame las malas noticias y me voy al Bernabéu.

—¿Con todo lujo de detalles?

—He venido a esta mesa a por todo lujo detalles.

—El que sale en las fotos de Toni no está fichado.

—¿Y la matrícula del coche aquel?

—El BMW se ha ido vendiendo entre varias sociedades. Ninguna tiene actividad, cuentas anuales presentadas ni sede fiscal. Y su administrador lleva muerto una década. Un tal Hipólito Guayabo.

—No suena al delincuente más buscado de Madrid.

—Espero el informe de la UDEF, pero los de blanqueo de capitales sabrán tan poco como yo. Imposible de rastrear a esos hijos de perra por el momento. Ahora... ahora entiendo tanto saludito en el funeral.

Cañas se sienta en el borde la mesa.

Por un instante, su saliva casi se convierte en serrín.

—Mejor cuéntame las buenas noticias.

Martín aprieta los puños.

—Dicen que la ola de calor remite la semana que viene.

Cañas estudia el pisto de fotos, diagramas, apuntes de libreta y recortes de periódico que acumula Martín por la madera llena de rayazos. Al inspector le parece más una disposición de guionista que de investigador de Homicidios. Y por eso siempre duda de si su hombre es uno de los que prefieren el martirio al triunfo.

—Todavía hay esperanza, Alfredo. —Martín percute las uñas, duras, cortadas rectas—. Una chica podría decirme algo más sobre esta imagen. —Levanta la foto del guardaespaldas de Braulio.

Cañas oscila un dedo para proponer silencio. Toma un recorte de

periódico que muestra una foto de la familia de Carla y se fija en Frankie. Endurece los párpados. Lo tenía todo el rato al alcance de la mano y no se lo enseñaban. En eso le han convertido: en un fedatario de los asuntos que conoce por conversaciones de despacho. De buen policía solo le queda lo que elige recordar.

—Este es el padre.

—Sí, Francisco Gómez.

—¿Hay más imágenes de él?

—En prensa solo esa, Alfredo. La familia no quiere saber nada de los medios. Como de nosotros, en realidad. ¿Quizá las del DNI de la base de datos?

—Enciende tu cacharro y muéstramelas.

Martín pulsa la tecla de encendido del ordenador, cuyo uso relega a circunstancias tan especiales como que Cañas rodee el monitor como un animal de presa, estirando los mechones amarillentos de su bigote. Hace años que dejó de fumar, pero la nicotina sigue dibujada en los pelos.

—¿Te relames, Alfredo?

—A ver, hostia.

—Dale unos segundos, está cargando.

Rueda de actualización en la pantalla.

Nombre de usuario y contraseña.

Luego Martín teclea FRANCISCO GÓMEZ MIÑARRO, comprueba las otras ocho personas que se llaman igual y abre la ficha identificativa de Frankie.

—No me lo puedo creer. —Cañas se desplaza en un paso de baile mientras mira a la pantalla—. Con razón me sonaba su nombre. Bueno, coge un Seat Altea de los nuestros y llévame a casa.

Martín sabe que a veces al inspector jefe le gustan los trucos baratos, los juegos torpes de manos, las bromas demasiado pesadas, poner a prueba la voluntad de su equipo y después decirle que olvide todo aquello. Que no es tan importante.

Pero también sabe que esta no es una de esas veces.

—Igual no llegas a tiempo al partido.

—Pretemporada —contesta Cañas, que va a por el sobre a su despacho—. Puedo asumirlo.

El Seat Altea encara la Castellana para llegar a Chamartín.

Cañas vive con su mujer en un piso de ciento veinte metros que ha liquidado la última letra de la hipoteca, aunque desde hace un tiempo el inspector tiende a escaparse a la finca que compró en Colmenarejo.

Su placer de estos años es haraganear por la huerta en la que planta tomates rácanos, pepinos deformes y una retahíla de fresones que no germinan. En ocasiones pasa una bolsa de plástico con el excedente entre sus investigadores, que cogen las piezas por obligación y algo de condescendencia.

Martín baja el parasol del conductor y Cañas lo imita.

Los rayos arrancan matices cobrizos a las torres KIO, que se divisan como centinelas del horizonte. Tantos años después, sus ciento quince metros de altura siguen narrando una historia de codicia, de desafío vertical y de vivir con permiso en el entorno de plaza Castilla. Un mejunje entre las discotecas de Azca frecuentadas por suburbiales y los edificios llenos de trajeados que se recomiendan monitores de yoga.

Martín aparta la vista de las veintiséis plantas para enfocar la carrera de unos vendedores ambulantes. Cuatro muchachos llevan la mercadería embolsada en las mismas telas que despliegan para los paseantes. Corren como gamos, hostigados por escúteres de la policía local. Los agentes echan pie a tierra cuando los vendedores comienzan a sortear los vehículos parados entre el tráfico. El primero de esos chicos brinca de capó en capó hasta que aterriza en el del Seat Altea. Entonces la chancleta derecha se le sale del pie, resbala y cae sobre el parabrisas. Sus ojos se enfrentan a los de Martín y Cañas, que le devuelven un gesto indiferente. El vendedor ambulante resulta una multitud en sí mismo y la suya es una pobreza dignificada. Los que tienen algo, aunque sea muy poco, pueden elegir echarse a perder y ese proceso suele dejar momentos divertidos. Con la bolsa de lona a cuestas, su única pertenencia, él ni se lo plantea.

—Pon la radio —dice Cañas—. A ver si ya cantan las alineaciones.

—¿En qué frecuencia?

—Prueba la 94.5.

El vendedor ambulante reúne la mercadería que se le ha caído y vuelve a saltar de capó en capó ante la disonancia de cláxones. Pero sobre el radiador del Seat Altea olvida un par de cinturones falsos de Dolce & Gabbana, una gorra roja de Nike y su chancleta.

Los policías locales desisten de la persecución en el tercer carril de subida. Regresan, brazos en jarra, a los escúteres que aparcaron sobre el empedrado del paseo. También recogen los cinturones y gorras desperdigados como si fuesen pruebas de un delito.

—Es que es un delito contra la propiedad intelectual —dice Cañas.

—El mantero ha abollado un poco el coche —contesta Martín—. Últimamente no hay coche que devuelva a la unidad sin desperfectos.

Martín abre la ventanilla, saca medio cuerpo por ella y estira la

mano para apartar la chancleta, que se había enganchado al limpiaparabrisas. El calor del exterior es sofocante. Duele de solo sentirlo. Vuelve a subir la ventanilla y ajusta a dos grados menos el aire acondicionado.

Pie jugando con el embrague.

Avanzan un centenar de metros.

Atasco.

Primera y segunda marcha.

Otro centenar de metros.

Tras un cuarto de hora detenido, el Seat Altea logra incorporarse al ramal a la izquierda de la Castellana. Después callejea Chamartín. En esa zona, algo alejada del Bernabéu, las tascas castizas se cambian por gastrobares, vinotecas, restaurantes de diseño y locales minimalistas donde desayunar por los doce primeros euros del día. De torreznos sorianos a frappé y bagel. Esa mentira urbana, como todas, un día se liberará de sí misma. Y así abrirán nuevos negocios en cuanto llegue la siguiente.

Un hombre pelirrojo, con unos enormes auriculares sobre su cabeza, toquetea el móvil mientras cruza el paso de cebra. No levanta la mirada. Tampoco se inmuta por el frenazo de Martín. Parece un ser insípido, colado por el veganismo y el pilates mientras sean tendencia.

—Esta es la clase de individuo que siempre ves por aquí con un café para llevar —dice Cañas—. Nunca puedes adivinar exactamente su trabajo ni de dónde viene o a dónde va. Quizá él tampoco lo sepa explicar, pero sería algo parecido a diseñador gráfico.

—O community manager.

—No sé qué significa. —Cañas bosteza—. Si me hablas del mundo de las ideas, entra en el perfil.

—Creo que todo es problema del aire —dice Martín.

—¿Cómo?

—El aire de esta ciudad.

Entretanto, una familia con dos carricoches avanza por el paso de cebra. Martín ya pone punto muerto y tamborilea los dedos sobre el volante. A la derecha hay un parque infantil repleto de niños que brincan en el suelo esponjado, rodeados de columpios, toboganes y padres comprobando la seguridad de los juegos a unos metros. En el centro, unos cañaverales rodean un estanque de patos con una escalinata hacia la casita de madera donde deben de descansar los más viejos. Al resto, los chavales les tiran migas de pan para ensuciarles el agua.

Y el mismo pelirrojo cruza de vuelta el paso de cebra.

Sigue sin despegar la vista del móvil.

Martín recuerda la cara de susto del vendedor ambulante y quiere pensar que no existen vidas más importantes que otras. Solo vidas mejor contadas.

—¿Me puedes decir ya por qué tanto misterio con la foto de Frankie y qué vamos a buscar a tu casa?

—Ya no —contesta Cañas mientras señala el paso de cebra al fin vacío—. Conque no me lo preguntes una décima vez y arranca antes de que pase más gentuza.

Cañas entra en su vivienda con Martín a rebufo. Aquella gata blanca, aquel animal extraño que lleva quince años ronroneándole cuando le interesa algo, se acerca a la puerta, maúlla y zigzaguea entre las piernas para desaparecer. Su mujer está en la cocina con la radio a todo volumen mientras da forma a unas croquetas de jamón. Es una de esas personas que se han pasado la mayor parte de su existencia de pie. Afectuosa, sin doblez ni malicia, hasta ingenua, y de las que jamás se olvidan de felicitar unas fiestas y preguntar qué tal todo. Como si el todo fuese algo que se puede contestar. En los últimos tiempos, Cañas habla de ella igual que de una intrusa. No tan diferente de su gata siamesa. Por ahí ronda la sospecha de no haber sido a veces lo que debería ser, no haber querido lo suficiente a quien debería querer y lo demás que, nunca, podría darse sin un pacto de silencio entre los dos.

—Cariño…

Ella pega un respingo y se lleva los dedos al delantal.

—Qué susto me has dado.

—Perdona, me traje el trabajo a casa.

—Hola, Mercedes —saluda Martín desde el pasillo.

—¿No ibas al Bernabéu, Alfredo? ¿Los pitidos otra vez?

—En fin —Cañas mira su reloj de reojo—, he de subir al trastero y espero llegar para el descanso.

El inspector remueve la cajonera de la entrada y encuentra el llavín del plástico verde.

—¿Cómo lo lleva Toni? —pregunta la mujer a Martín—. No sé si este te ha contado que mi sobrina…

Cañas gesticula para pedir tiempo muerto. Ahí siempre se habla de la sobrina como si fuese un talismán, un billete de vuelta a la juventud de la vieja pareja sin descendencia, tan acostumbrada a hacer asociaciones y a sobresaltarse con ellas. Y esa devoción enseguida puede convertirse en sufrimiento.

—Vamos, Martín. —Cañas planta un beso en la frente de su mujer —. Si marca Benzema, tampoco me lo voy a perdonar.

Salen al pasillo. Cañas empuja a la gata con el pie para que no los acompañe. Después, el inspector pulsa el botón retroiluminado del ático y los engranajes del elevador rechinan. Ya dentro de la caja, Martín estudia el techo en la clásica postura de ascensor, con las manos en el bajo vientre y un tembleque en la pierna derecha. Solo le falta comentar algo del tiempo, cuya conversación aquí monopoliza el calor en verano y el frío en invierno. Madrid es de extremos también con el termómetro.

—Hay una ordenanza municipal para protegerlos —dice Cañas.

—¿Estos ascensores viejos?

—Sí, pero podrían colocar dos electrónicos en su lugar que la comunidad seguirá siendo una ruina. Y aunque ahí fuera veas cada día nuevos edificios, plazas, fuentes, chavales de ideas rarísimas y hombretones con fundas de metal en los dientes, Madrid también es una ruina. Solo hay que fijarse bien y te lo voy a demostrar.

Martín pone toda su curiosidad en lo que ha de suceder.

Cañas, a cambio, consigue ver las ruedecillas moviéndose dentro de la cabeza de su investigador. Asume que en ocasiones se erige como un salvador que habla en acertijos interminables. Entonces no salva a nadie. Por lo que ha de percibir si su oyente mejor necesita una frase de ánimo, un chiste o un silencio, pero eso que jamás pretende con Toni sí lo disfruta con Martín.

El ascensor se detiene veinte centímetros por debajo de la puerta del ático.

—Lo que yo te diga. —Cañas pega un saltito para salir—. Una ruina.

El acceso a los trasteros está en penumbra. La silueta precedente de Cañas se recorta en la claridad que, a medida que se acercan a su puerta, entra por el otro lado de la galería. El disco solar calienta las techumbres. Cada vez más perpendicular, derrama cien tonos de naranja.

La estancia del desván resulta, en síntesis, un mercadillo de muebles antiguos, colecciones por fascículos y viejos complementos de deporte. Todo de aspecto apolillado. Lo único bien ordenado son unas raquetas de tenis de madera, circulares, con las redes destensadas y las gomas del mango entrecruzadas como en un ramillete de flores. Cañas coge la blanquiazul y la sostiene en la mano, recordando lo bueno que era su saque para ganar el torneo de la Brigada de Información del año 1983. Su gesto, sombrío. Aquella es la primera vez que Martín admite que el jefe envejece días por minutos y que, siempre, su

mirada enfoca hacia atrás. Se pregunta si es un proceso natural en cualquier policía.

Cañas sacude la raqueta y acaricia el trozo de tela que anudaba a cada una de ellas.

—Nunca ganaba si se me olvidaba atarlo.

—¿Mandabas las pelotas al pasillo de dobles?

—Pues casi, Martín. —Ni a Cañas le convence su respuesta—. La superstición es una sutil forma de locura, pero locura al fin y al cabo.

Cañas aparta unos trastos de cocina para descubrir varias cajas de cartón. Allí se apilan carteles de eventos. Muchos del hipódromo, algunos de tiro al pichón, uno de un concierto de Springsteen en el 88, otro de Prince en el 90 y luego, con una lámina de separador, varios de veladas de boxeo y *full contact* repartidas por pabellones de barrio.

—En los noventa, gracias a Policarpo Díaz, la ciudad se enganchó al boxeo. Los bares de la zona de Felipe II retransmitían los combates como hoy hacen con los partidos de fútbol.

—Ajá.

—Y ya podrás comprenderlo.

Cañas busca el cartel de aquel campeonato local.

—¿El qué?

—El que, mires a donde mires, siempre encuentras ruinas. —Cañas coge el cartel de la pelea de Frankie Gómez contra el Tornado de Orcasitas—. Igual que en tu recorte del periódico… Esa persona que salía ahí es la ruina de esta.

Martín entreabre la boca.

—No fue tan mal boxeador entonces.

—En aquellos años debí de ver doscientas peleas y nadie flotaba en el cuadrilátero como nuestro muchacho. Entraba y salía de rango igual que un bailarín y su diestra doblaba a cualquiera. No era un peleador de esos que insisten con el directo de izquierda, de ir marcando puntos y la cara del rival. Él los mandaba a la lona en el primer asalto.

—En el barrio me hablaron de aquello a modo de anécdota.

—Lo que brilla en algunos ambientes se apaga rápido como una cerilla.

—¿Por qué no fue más conocido?

—Por lo que te ha traído hasta aquí. —Cañas observa las pupilas exaltadas de los boxeadores impresos—. Ni siquiera recuerdo la vigésima parte de las investigaciones que he llevado. Y aun hablando de esas, la mayoría está en una zona oscura, esperando a que algo las traiga al presente. Como hizo la imagen de tu mesa. —Golpea el cartel con el dedo corazón—. Su promotor era un conocido confidente de la policía. Imagino que el mismo que le cambió el nombre de Francisco a

Frankie y solo nos dejó disfrutarlo unas pocas peleas.

Una ceja enarcada, la otra alerta.

—¿Y...?

—Y también era un conocido proxeneta.

—Voy detrás de...

—De alguien que escapó de nuestro radar hace mucho tiempo, de alguien que estará mucho más viejo de lo que le recuerdo y de alguien que te deberían poder localizar el portero dominicano o la familia de Carla. Pero seguro que se sigue llamando Braulio da Costa.

21

Héctor estira los dedos de su enorme mano derecha.

Coge el destornillador con la izquierda y clava la punta en el espacio entre falanges, cada vez más rápido, astillando la madera.

Odiar de verdad se aprende tras muchos años de práctica.

El bochorno de la tarde hiende en aquel sótano a través de una rendija. Un catre desplumado y un hornillo con una sartén llena de cáscaras de huevo. También treinta mil euros en efectivo encintados bajo la almohada.

Su voz es apenas un rumor.

No habla consigo mismo, ni tampoco con el de enfrente.

—De pequeño —dice Héctor—, mi madre me contaba que más allá de este barrio solo existía oscuridad, lluvia de ceniza y ríos de lava. Que había tenido una visión cuando nací y por eso debía estar a su lado hasta al final. Luego descubrí que esa visión la tuvo al enfermar de tifus, pero hasta los diez años me lo creí todo. «Oscuridad, ceniza, lava», repetía sus palabras y ni entendía el significado. Entonces una noche se la llevaron detenida. Me advirtió muchas veces sobre qué hacer si ocurría. Tenía que meterme en el arcón donde las mujeres guardaban la comida y taparme con los trozos de cerdo hasta que dejara de oír ruidos. Y ahí pasé un día entero entre hocicos y orejas. Ya no había ruidos, pero salí con los labios rotos del frío y el miedo a que aún rondasen los policías sobre los que me avisó, unos que raptaban a los niños y los separaban de sus familias. Ella apareció a la noche siguiente con el resto de las mujeres. Su maquillaje eran manchones de payaso donde solían estar los coloretes y pensé que nunca volvería a ser mi madre. ¿Cómo se iba a tratar de la misma persona que se paseaba con un vestido de encaje y fumando en boquilla? Me llevó a la habitación. Mientras me abrazaba, temblando, me contó que había tenido otra visión en el calabozo. En esa, un policía le susurraba que lo que llevó hace diez años en su vientre era un alma maldita, que su niño se transformaría en el monstruo que la partiría en dos. Ahí mi madre se convenció de que el hombre que la trajo a Madrid, a esos bloques miserables, la engañó con sus promesas y que, en lo que le quedaba de vida, lo único que vería cumplirse sería el susurro del calabozo. —El destornillador cada vez más rápido entre los dedos de Héctor—. Vería cómo el monstruo la partiría en dos. —

Más rápido—. Pero el monstruo solo quiere vengarse del que la trajo a Madrid engañada.

El destornillador queda clavado en la madera.

Héctor se chupa el pulgar y abre el paquete de pan de molde que hay encima de la mesa. También los plásticos de fiambre de pavo y queso. Dispone una rebanada sobre la superficie, la zigzaguea con mayonesa y pone lonchas de pavo y queso alternativamente, precisas, hasta que ninguna rebasa los bordes de la anterior. Coloca pepinillos sobre la última loncha de pavo y vuelve a un zigzag milimétrico de mayonesa. A continuación dispone la siguiente rebanada. Otras cuatro lonchas de pavo, queso y los pepinillos. Corona el sándwich con el último corte de pan. Lo aprieta con ambas manos y toma un cuchillo para quitar los bordes al molde. Lado por lado, de nuevo precisión quirúrgica.

Abre la boca y, de un mordisco, deja el sándwich a la mitad.

—Parece que no te interesan más mis historias —dice a la cabeza embolsada del guardaespaldas de Braulio, sentada al otro extremo de la mesa—. Por tu expresión, noto que ya quieres irte. Pero entiende que, si estás ahí, es porque te interpusiste en la misión.

Otro mordisco termina con el sándwich.

Agarra la bolsa con la cabeza por el nudo de su extremo.

Y la mete en otra bolsa, negra, de basura.

Las luces azules marcan el perímetro de coches de policía. El fogonazo rotativo de esas bombillas ilumina a cada segundo la ribera del Manzanares. Un helicóptero de policía hace el perímetro de la zona, encendiendo su foco aquí y allá sobre el agua, cauce baldío y vereda de fango. La máquina baja de altura y despeina a los agentes.

Hierbajos en horizontal.

Remolinos de arena.

Después se inclina a la derecha y vuelve al helipuerto.

Martín apoya el codo en el hombro de Toni. Intenta asimilar que lo malo siempre está a cinco minutos de lo terrible. Alrededor, los compañeros tampoco hablan de sus problemas cotidianos como es habitual. Dejan bromas y chascarrillos fuera de la escena, a pesar de que en su profesión se prefiere contar un mal chiste a no contar ninguno. Cerca de despuntar el alba, toda la atención es para la bolsa con una cabeza que ha aparecido entre los juncos del río. Dos ciclistas, culotes, maillot, zapatillas con calas y casco, siguen dando explicaciones del hallazgo a otros compañeros del grupo de Homicidios. De momento, sus teorías son toleradas con

condescendencia. Por algo se han llevado semejante susto. No dejan de decir que para qué un trabajo de cuarenta horas semanales, un sueldo, una bicicleta de mil quinientos euros, un equipamiento en colores combinados; para qué salir de madrugada a hacer ejercicio aprovechando los pocos grados menos si te pueden despedazar a la cuarta pedalada y nadie lo impide, aunque paguen sus impuestos. La rueda del que iba delante pasó por encima de la cabeza en el carril bici. La habían puesto ahí con el objetivo de que la descubriesen en poco tiempo. No inmediatamente. Sí pronto.

Se divisan los primeros buses deteniéndose en las paradas del Manzanares, luces que se encienden tras las ventanas de los edificios y personas que bajan a sus perros antes de ir a trabajar. Todo apremiado por una aguja de hora y otra de minutero. ¿Cómo cabría temer algo así de desagradable en un mundo tan reglamentado?

—Estás blanco, Toni —dice Martín.

—Soy blanco.

—Conocíamos unas cuantas cosas de este tipejo, menos cómo se llamaba. —Martín deja de apoyarse en el hombro de su compañero—. ¿Qué hostia está pasando aquí?

Cañas aparece a sus espaldas. Cara de maldormido tras el aviso a su móvil de urgencias entre urgencias, ese que suena una vez al año. Sostiene un cigarrillo en la boca y jura no encenderlo.

—Que ha llegado un huracán —contesta.

—Un huracán no durará mucho tiempo —dice Martín.

—Pero ahora nos damos cuenta de que estábamos en su mismo ojo.

La furgoneta de una cadena de televisión aparca frente al cordón policial.

—Y la calma será breve, Alfredo.

Los policías dibujan una mueca fastidiada. De ahí saldrá algún reportero explicando a los telespectadores que la cabeza no les pertenece a ellos, que le ha tocado a otro, y a saber en qué asuntos turbios andaba metido para no dejarse las uñas largas en cualquier ataúd. La audiencia del canal tendrá, a su modo, un motivo de alegría. Porque hoy se ha vuelto a escapar de un asesino que, puestos a especular, merodea muy cerca de donde mataron a aquella adolescente hace pocos días.

—Prueba de sonido —pide uno de los operarios.

—Uno, dos, tres, cuatro —canta el reportero—. *Check, check*.

—Algo saturado.

—*Check, check*.

—No nos concederán ni una declaración —dice el cámara.

—Tampoco estropearán la noticia. —El reportero se peina el

flequillo teñido con dos dedos—. ¿Has visto la imagen pixelada de la cabeza en las redes sociales? No necesitamos que ninguno de estos abra la boca.

—Me comunican por el pinganillo que abren el informativo matinal con las cifras de desempleo y nos dan paso.

—Venga, cabrona —dice el reportero a la máquina que lo enfoca —, enciende tu botón rojo.

Se enciende.

«Así es, compañeros, consternación por el macabro hallazgo a orillas del Manzanares...».

Los forenses se llevan la cabeza en una caja precintada, desplegando manotazos para apartar unas moscas. Entonces el embalaje se abre y la prueba del delito cae a un charco de fango. Cuatro guantes de látex la devuelven apuradamente a la caja, aunque policías y periodistas han visto la escena. También las moscas, que insisten en suprimir sin dilación aquel trozo de carne.

—Tal vez el que pasó a cobrar por los burdeles y que luego la lio en el kebab tenga que ver con esto —dice Martín.

—¿Es una corazonada?

Martín encaja la pulla de Cañas.

Y no es mucho más que eso que tanto detesta.

—Comprobé los datos de Braulio da Costa en la base de datos —sigue Martín—. Portugués, emigró a la ciudad en los sesenta desde Bragança y escaló muy rápido en la delincuencia de la época. Aunque había algo extraño en el archivo.

Cañas se fija en los meandros de agua sucia del Manzanares, concentrándose en el siseo que suena a peores crónicas por venir. Después se coloca el cigarro tras la oreja. Ahí resiste mejor la tentación del encendido.

—¿Nota de Interpol? —pregunta.

—No era eso. Estaba sin actualizar desde hace mucho tiempo, pero alguien dejó los códigos de impresión de su ficha en los últimos meses. Parece probable...

—«Parece probable»... Con esas dos palabras vamos mal —dice Cañas.

—Que haya otros investigándole —termina Martín.

—Pues el que esté cerca de él, no puede estar tranquilo.

Toni refunfuña, asustado con aquella carnicería, mientras la luz sepia de una farola le cae de perfil.

—¿Y esos otros no nos deberían decir dónde se esconde? —pregunta después.

—No sabemos nada de esos, pero sí a quién consultárselo —

contesta Martín—. A la familia de Carla. Interrogaremos al mecánico y a…

—Luisa Bermejo. —Toni rememora su impresión a primera vista—. Luisa Bermejo nunca fue una casualidad.

Los forenses pasan con la bolsa al lado del inspector Cañas. Él siente un zumbido punzante en los oídos, sin embargo, arregla el mejor ceño de autoridad. A su manera, da el beneplácito a cómo la trasladan. Después acaba por tirar el cigarro intacto a la ribera y lo pisotea con saña. No cree que lo de Carla y la cabeza arrancada sea fruto de la cólera. La cólera deja pistas por todas partes. Semeja fruto de la pericia y una incapacidad técnica para la humanidad. Peor combinación imposible. ¿Y su conclusión es de admirar o simple lógica del espectáculo? Le pita el oído derecho de nuevo para no contestarse algo conveniente. Quiere regresar cuanto antes a casa. Aparecerá viejo, sudoroso y con un mundo a cuestas, pero quizá ya no sea el suyo, quizá se esté acercando la hora de hacerse a un lado, recluirse en sí mismo, prepararse antes para acogerse allí y dejar de temer ese momento. Ese que siempre llega, ese en el que uno se sabe un cobarde.

Le dice a Martín antes de marcharse:

—A este paso será Braulio el que te quiera encontrar a ti.

—¿Habías visto algo parecido, Alfredo?

Cañas siempre opina que el tiempo pasado no fue mejor.

Fue igual de malo.

—Un asunto que investigué en el 78, pero nunca hablo de aquello.

El huracán.

En su mismo ojo.

22

Edu llega al portal de Científico.

Karim, al lado, se frota la muñequera deportiva por la frente.

Llaman al interfono.

No suena el timbre y se dan cuenta de que hoy la puerta tiene un tope. Un folleto de una cadena de supermercados doblado diez veces sobre sí mismo, porque se ha estropeado el telefonillo en el bloque. La mayoría de sus pisos están okupados, con k, como le gusta decir a Científico, y cualquier avería dura una vida. Esas viviendas son propiedad de un fondo de inversión norteamericano que aprovechó la crisis de 2009 para hacerse con un gran parque inmobiliario. No costean abogados ni procuradores para desalojar espacios que, al día siguiente del lanzamiento judicial, volverán a estar llenos. Tal vez de la misma gente. Incluso en este bloque las familias se meten de patada en las viviendas que antes estaban a su nombre, de cuando podían pagar las hipotecas y los seguros médicos, las cenas sobre mantel de tela y los viajes a Gandía.

Al entrar, Edu y Karim observan el cuadro eléctrico lleno de empalmes, puentes de cableado y un triaxial enganchado a la acometida del suministro. Los buzones, rotos y sin facturas de la luz. Nombres a rotulador tachados unos sobre otros. Identidades superpuestas de extraños que se ven a diario y se saludan por complicidad.

—Mira eso —dice Karim.

Cucarachas doradas corren por el suelo del portal.

Una llega a planear para meterse por el hueco del ascensor.

—¿Vuelan estas desgraciadas? —pregunta Edu.

—Lo que nos enseñaban en la ESO... El tal Darwin.

Los dos amigos, con todo el asco, saltan sobre las escaleras carcomidas para llegar al sobreático. Edu cree que ha pisado una cucaracha voladora por el crujido bajo sus suelas. Algún personaje que no recuerda le había dicho: «Así se llevan los huevos a casa, pegados a las suelas».

Reluz pendular en el descansillo.

Pulsan el timbre de la letra B.

Tampoco suena y Karim aporrea la puerta.

—¿Quién? —pregunta una voz de cazalla al otro lado.

—Karim y Edu.

Científico gira los pasadores por dentro con el habitual concierto de cerrojos. Lo único irrompible en el edificio es su cierre de seguridad, porque Científico siempre dice que él no sufre de paranoia, que a él solo lo persiguen.

—*Alhamdulillah*. —Mueca burlona y su hoja de khat paseando entre los dientes picados—. Hola, hermano —para Karim—. Hola, amigo —para Edu.

Edu le pega una palmada de aprobación en el pecho.

Nunca olvida que, si quiere, su colega es más un imbécil con chándal de mercadillo que otra cosa. Aunque le irritan esas últimas gracias, desenvolturas y agudezas de drogado, cualidades que le recuerdan a lo que él mismo había sido días antes. Cuando Carla respiraba. Nada fluye de pensar en lo absurdo de su ausencia, saberla arrancada sin explicación.

—Ojo al lío que habéis montado en el cuadro eléctrico. —Karim niega con la cabeza—. Cualquier día se incendiará el edificio.

—¿Acaso mis vecinos no merecen una décima oportunidad para tramitar el alta en Endesa?

—Tenemos la pistola —dice Edu.

—¿Dónde has estado estos días? —Científico lo olfatea—. En algún sitio sin ducha.

—Patrullando el barrio, créeme. —Edu lo aparta de un empujón para entrar—. No volveré con el fracasado de mi viejo mientras no arregle las cosas.

—En su día, tu viejo metía hostias como panes —dice Científico.

—¿Y a quién le importa el boxeo hoy? —Las palabras de Edu le llenan la boca—. Eso es un deporte para abuelas, como el puto taichi. —De un movimiento rápido, se pone a la espalda de Científico y le marca un mataleón al cuello—. Lo nuestro son las MMA.

Científico pelea con las manos para liberar la presión y lo voltea a su vez. Simula otro estrangulamiento, este de cara, mientras Edu le hace una entrada a una pierna que lo derriba. En el suelo del recibidor, Científico logra colocar el empeine de su amigo bajo la axila. Fuerza una palanca con ella. La llave de pie es demasiado fuerte para un *sparring*. Edu le da las tres palmaditas de sumisión en el muslo y frunce el ceño. Científico suelta el pie antes de que se rompa algo. Un hueso, un ligamento. Aquello ha escalado hasta casi hacerse daño. Ambos son cinturón azul de *jiu-jitsu*, pero llevan muchos meses sin ir a las clases que los ascenderían al color morado.

Karim lo levanta del suelo.

—Venga, McGregor.

Edu recupera la vertical y dice:
—Pues por eso vine aquí: ¿tienes cama libre?
—Hay dos *ladies* en la habitación de emergencias —contesta Científico, también incorporándose—. Si te hacen sitio, por mí bien. En caso contrario, tírate en el sofá del salón. Aunque este salón es complicado, ¿sabes? Todos van y vienen, y los peores son los que se quedan.
—¿Quiénes son ellas?
—Una es Jess y la otra... No recuerdo el nombre. Lleva una semana en pijama mientras se come mis hamburguesas congeladas. Hasta deja la cama llena de migas. Me molesta... migas en la cama, ¿has visto algo igual? Escapa de... no sé, pero como todos... como todos.
—¿La cotorra?
—En la habitación pequeña.
—¿Por qué no sueltas al bicho?
—Ya no quiere marcharse. El otro día la llevé a la Casa de Campo y pasó de volar en cuanto vio el percal con los demás pájaros, los *runners* y los travestis. Se ha acostumbrado a seguirme a todas partes, pero se caga en cada esquina. Con eso no hay forma. Le he puesto unas cajas de arena, aunque no es como un gato, ¿sabes? No le da rutina a su culo.
Las cotorras convertidas en otra plaga madrileña. Unas cuantas domésticas fueron abandonadas el año pasado y se multiplicaron para echar a más pájaros de los nidos. Con sus berridos hasta se ha comenzado a añorar a las palomas, a las ratas con alas de toda la vida. Hace meses Científico rescató a una que quedó prendida sobre la antena del edificio, al lado de donde mantiene conversaciones con su sombra tras la dosis del día. En realidad, los terrados de los bloques forman un gran patio adosado. Muros de un metro de altura como divisorias. Los vecinos los usan desde para tender la colada a escapar por el edificio contiguo.
El hermano pequeño de Científico sale al recibidor. Él duerme en una litera junto al mediano, ahora en un campamento de verano de una asociación del barrio. Ocupan un anexo tabicado a la habitación principal con una chapuza de paneles de corcho. La boca manchada de chocolate y un incipiente tic en el ojo, saluda a Edu y Karim, que lo despeinan de una caricia. Los hermanos pequeños suelen ser los más graciosos, porque necesitan llamar la atención de los mayores.
—No se parece mucho a ti —dice Edu.
—Se parecerá —contesta Científico con un punto amargo—. Se parecerá.
Llegan al salón.

En la estancia hay un armario de lona con dos focos y ocho plantas de marihuana de medio metro de altura. Científico está descontento con la producción que viene. Problemas con una planta macho y, además, esas semillas Amnesia son las peores que ha conseguido en años. Un ventilador atiza el pequeño invernadero, pero el salón apesta a hierba. Incluso la calle rezuma el aroma cuando abren las ventanas. Aunque se han metido tantos en el negocio de las plantaciones domésticas que, simplemente, a nadie le importa. España se convierte en el invernadero de Europa, dicen a veces los reportajes de la televisión de setenta pulgadas, que es el tótem del espacio. Debajo parpadean las lucecitas de la PS4 y la Xbox365. Hoy cuatro muchachos, gregarios y decorativos, juegan al *Call of Duty*, insultando por sus auriculares con micrófono a otros repartidos por el mundo. Mientras, se pasan un cigarro rebozado en tusi, la droga lila de moda, la misma que se vendía en pastillas blancas por dos mil pesetas a principios de milenio con el nombre de 2CB. Ningún gancho comercial de aquella.

Todas esas cosas, no cosas cualquiera, Edu las vio y no las vio.

Pero esto es distinto.

—Le has pegado un repaso. —Edu se detiene en el grafiti del pasillo, antes de entrar en la habitación de Científico—. ¿El azul eléctrico?

—Montana de doble pulverizador y boquilla ancha —contesta Científico—. El bote vale treinta euros, me los traen de Holanda con las semillas.

—Caros.

—¿Cuánto cuesta la alegría?

Edu se aleja dos pasos y observa aquellas letras deformes. Científico logró una perspectiva de inmersión sin pretenderlo. Ha de recorrer el contorno de los caracteres, uno por uno, hasta leer…

—¿Qué pone ahora? —pregunta Edu.

—Ya no lo sé.

Karim se ríe a sus espaldas.

—¿Hace cuánto tiempo que no pintas, Edu?

—Unos… ¿tres años? Lo último fue tacharle la firma a aquel retrasado de Comillas. Y todo lo que vino después.

—La gran batalla por una pared casi derruida —dice Científico.

—Que el ayuntamiento tiró semanas más tarde —remata Edu.

—Espera aquí —pide Científico tras una carcajada.

Se mete en la habitación de la cotorra a por más pintura.

Se oyen unos graznidos y el pájaro sale con él.

—Pínchale algo de rojo. —Científico pone a Edu un bote nuevo en

el pecho—. A ver si no has perdido el toque.

—El bueno siempre fuiste tú.

—Venga, Edu —anima también Karim—. Por los viejos tiempos.

Las letras del grafiti tienen un estilo anguloso, complejas en su yuxtaposición, fileteadas con el azul eléctrico que le da aspecto de descarga. Un buen trabajo. Edu se acerca a la mayúscula con el aerosol. Sin duda, es una c. La única legible a simple vista, porque las demás parecen estructuradas para ser leídas en vertical. Toque corto y preciso, rellena el hueco entre los contornos y cruza la pintura como si fuese un punto de mira.

—No está mal —dice Científico—. No está mal... Bueno, quédate el bote y enséñame el arma de una vez.

Pasan a su habitación.

La cotorra, detrás.

Edu saca la pistola de la presilla de su pantalón y la deja en la mano de Científico, que calcula lo que pesan las explicaciones finales.

—Taurus P11 —reconoce este toqueteando el juguete—. Vamos a buscar munición compatible de la buena en internet.

—¿Qué es «de la buena»? —pregunta Edu.

—Ahora lo verás.

Científico se sienta frente al computador con una pantalla no mucho más pequeña que la del salón. Sobre él, otra pintada, esta legible y arqueada, dice MUERTE AL ALGORITMO. Se coloca sus gafas de cristal amarillo y la cotorra vuela hasta el lateral del teclado. Trastea dos webs a toda prisa y se detiene en la tercera que abre en el navegador. Usa la red Tor. IP dinámica, sin rastro, criptomonedas como pago de cualquier mercancía en el internet más profundo. Monero es la preferida. Bitcoin deja demasiado rastro. Su módem con VPN acaba de colocar esa sesión en Kuala Lumpur, bastante lejos de un bloque de Legazpi que se cae a trozos. Científico cruje los nudillos y teclea la búsqueda de balas ZBD compatibles con la Taurus.

—Ahí lo tienes. —Lee la primera entrada de una web en donde se mercadea todo—: «Máxima capacidad mortífera...».

—Lo que viene después de «mortífera» siempre es la hostia.

—Calla un poco, Karim. Sigo: «Tras el impacto con la carne, las balas ZBD se expanden tres veces su diámetro, alcanzando una profundidad fatal y dejando letales cortes de entrada».

—¿Fatal?

—Fatal para el que las recibe. —Científico baja el *scroll* del navegador—. Hay una reseña de un tipo que disparó a otro y dice que «la bala entró por el costillar derecho y salió por la axila izquierda, haciendo papilla los pulmones y partiendo la columna vertebral a su

paso. Muy contento con el resultado». Cinco estrellas, les pone. —Científico se gira hacia Edu con cara de pedir algo—. ¿Me dejas la pistola para el golpe de la semana que viene y te pago yo esta munición?

—No me lo puedo permitir.

—Ah.

—Y creo que tampoco lo has pensado demasiado bien. Recuerda, la relación entre coste y beneficio de la que a veces hablas todo colocado.

—Es que por fin tengo una cifra para mi objetivo de marcharme del barrio —dice Científico—. Sesenta mil euros… al mes.

—Siempre clavas tus disparates.

—Proyectos.

Edu pide calma con las manos.

—Ve con cuidado —también se la pide con las palabras—. A un juez le cuesta mucho más sacar a alguien de la cárcel que meterlo.

Científico frunce el ceño. Cierra la sesión de internet, teclea un código de ocho caracteres y oficialmente la conexión de Kuala Lumpur jamás estuvo a punto de comprar balas ZBD. Con máxima capacidad mortífera y tan buenas reseñas.

—Nunca has estado en la cárcel, Edu.

—Y tú sí…

—Y yo sí, recuerda.

—Porque siempre improvisas y a veces te sale mal.

—Tampoco tienes ni idea de quién ha matado a Carla —dice Científico después, con una dureza que no siente—. ¿Cuál es tu gran estrategia, entonces?

Karim se tensa por la duda de Científico, que ha brotado de sus labios como una acusación con la que está de acuerdo. Aunque se muerde la lengua y, claro, sabe a veneno. Vueltas y vueltas han dado por el barrio, preguntando a cualquier desgraciado que, de conocer una respuesta, la guardó para otro postor. Silencio en los camellos de la zona y sus chivatos, en la banda latina con la que tan mal se llevaban, en los neonazis de Peñuelas, en los aluniceros de Chopera, hasta en aquellos moteros 1 por ciento del bar de la esquina. Pero si alguien merece una venganza, si alguien merece usar ese aparato en la boca de un psicópata desconocido, es Edu. Y no Científico en el enésimo atraco a traficantes de poca monta. De los que no pueden denunciar a la policía ni tampoco recuperar su droga. De los que enseguida te obligan a planear otro golpe, porque hay poco que robar.

Alguien gira el pomo de la puerta, aunque no se atreve a abrirla. Tiene tantos cerrojos como la de la entrada, pero Científico solo los

echa en ocasiones más especiales que comprar balas militares con el ordenador mientras una cotorra vuela por la habitación.

—¿Sí?

—Soy Jess.

—Guarda eso —dice Científico a Edu—. Mejor cuanto menos vean.

—Si ya habrán visto de todo… —murmura Edu.

Y esconde la pistola en su pantalón.

La aparición de la muchacha firma la paz entre los dos.

—¿Puedo entrar?

Karim le abre tras el cabeceo de Científico.

Detrás, aparece la amiga con su pijama y una hamburguesa recién descongelada. Su expresión nublada por la idiotez narcótica. Esas dos chicas intuían qué era Científico, pero solo cuando empezaron a vivir en la casa supieron quién era Científico. La cotorra salta a por el pan y lo arranca con las garras. Anécdotas de una forma de vida de la que se puede decir que no saben demasiado y, sin embargo, demasiado deberían ya saber. El pájaro revolotea por el pasillo ante las carcajadas de todos.

Menos de Jess.

—Me ha escrito mi primo por Instagram —dice—. Ha aparecido una cabeza en una bolsa a trescientos metros de aquí.

Sobre la cintura, Edu se lleva la mano instintivamente a la pistola.

—¿Hay foto? —pregunta Científico—. Eso tendría un montón de *likes*.

—La compartió, pero le cerraron la cuenta y ahora solo se ve… negro.

23

Luisa pelea con el enganche de las nuevas cortinas.

Ha decidido cambiar todo lo que pueda de su casa. Y de momento eso se reduce a las cortinas y a las sábanas de la cama matrimonial, donde ofrece la espalda a Frankie desde hace once días, incapaz de decir nada que justifique por qué comparten colchón. Nunca fueron una pareja de melindres, mucho menos teatralizados, como esas que tienen que exhibir que aún hay amor para justificar una elección hecha tanto tiempo atrás. Pero, ahora, ni siquiera una conversación a medianoche salvará la distancia que existe entre los demás y su resentimiento.

Frankie está con el periódico deportivo a un palmo de su cara, aunque no puede leer ni un titular mientras su mujer forcejea con el enganche, subida a la silla desde la que ha rechazado ayuda. La contempla ahí, frustrada, sabiendo que cualquier relación marital basa el éxito en omisiones de información, leves mentiras que no se cuentan y así nunca lo son. Sin embargo, visitar a Braulio a sus espaldas y seguir escondiéndolo queda lejos de un acuerdo. Se pregunta cómo vive con eso. Y la respuesta la tiene clara por los bufidos de Luisa: no vive.

Frankie dobla el periódico, lo tira en la mesa y se incorpora del sofá.

—Quiero ayudarte.

—Pues entonces quédate donde estás —contesta Luisa.

Frankie, a cambio del desplante, se pone a dar vueltas por el piso como un trastornado. Manos al frente. Buscando un cuello donde aterrizar. Luego palpa cualquier objeto doméstico para centrarse en algo que no sea su pensamiento circular lleno de traidores. No hay caída sin previa declinación. Y lo había ignorado demasiado tiempo en el trayecto sedante del taller a su casa y viceversa. En realidad, él no estaba diseñado para renunciar a sí mismo por miedo a otro. Con tanto afán en querer ser un número en la multitud, al fin lo había logrado, y ahora comprende que eso podía ser seguro en circunstancias normales y no se le ocurren circunstancias menos normales que las suyas.

—Voy al supermercado, Luisa. ¿Te traigo algo? —Silencio—. ¿Un... un bombón helado de esos que te gustan?

Ni le contesta.

Frankie chirría los molares.

Decide dar un tiempo más a su mujer para la charla pendiente. Después, si sigue el silencio, debería ser el impulso el que dicte la lógica. La máxima de experiencia de su boxeo: lanzar golpes cuando aún no los había imaginado. También se refieren a eso como instinto.

—Estaré de vuelta enseguida —dice.

Frankie abre la puerta de casa y encuentra a Martín y a Toni en el rellano. Sus rostros doblados de cansancio. Una decapitación supone bastantes noches de insomnio para los policías de Homicidios. Incluso, en ocasiones, también una conversación con el espejo, intentando razonar qué te ha llevado a escoger un trabajo así.

—Seguro que continúas con el teléfono en algún cajón —dice Martín mientras enseña su pantalla con llamadas perdidas a Frankie —. ¿Podemos pasar?

—¿Quién es? —pregunta Luisa soltando las cortinas.

—Sí, pasad.

Toni se pellizca el ala de su panamá cuando contempla a Luisa encaramada a una silla, la silueta turgente recortada contra el ventanal. Qué porte y qué forma de mirarlos. A él le toca el rol de poli bueno, porque en esas ocasiones solo Martín sabe interpretar al malo. Un papel más difícil.

—Vosotros diréis —les da el turno Frankie.

Martín ya casi aborrece el eterno lamento de ese hombre que encadena palabras como si la pena fuese su lenguaje natural. Se fija en aquellos brazos, deltoides y tríceps contorneados bajo una camiseta de publicidad cualquiera. También en la incipiente barba de trinchera que oscurece su perfil. Piensa que hace no tanto le daba una paliza al Tornado de Orcasitas y ahora ha decidido dibujarse como una caricatura. Si le aseguró en el entierro que nunca creyó en ningún dios, ¿por qué se obliga a humillarse?, ¿a componer la resignación de alguien acabado? Para Martín, esas respuestas importan mucho menos que saber dónde está Braulio da Costa y quién va detrás de él.

—¿Os habéis enterado de las últimas noticias? —pregunta Martín.

Por un instante, Frankie y Luisa se pierden en su propia pose.

—¿Sí o no? —interviene Toni, ya sombrero en mano.

—No nos hemos enterado.

Martín camina unos pasos en semicírculo.

Todos esperan a que solvente ese dilema tan elemental.

—Uno de los asistentes al entierro de Carla acaba de aparecer decapitado a orillas del Manzanares. —El investigador atiende a la reacción del matrimonio, pero no encuentra nada—. Así que cada uno

de nosotros puede seguir haciéndose trampas al solitario o empezar a colaborar con el de al lado.

—¿A quién te refieres? —pregunta Frankie, cauteloso.

—Al que guardaba las espaldas a un viejo con un enorme anillo de sello. Por cierto, chófer de un cochazo dorado. ¿Recuerdas que te pregunté por él entonces? Si me hubieses contestado que se llamaba Braulio y que estaba relacionado con los prostíbulos del paseo de las Delicias, quizá no tendríamos una cabeza separada de un cuerpo y, sobre todo, no tendríamos por ahí suelto al que la separó. ¿Os dais cuenta de que incluso podría ser el mismo que mató a vuestra hija?

El investigador vuelve a comprobar la reacción

Nada.

No logra percibir, como siempre le demanda Cañas, en qué vértice del triángulo de la conciencia se esconden: saben algo y les importa, saben algo y no les importa o directamente no saben.

Luisa gana unos pasos de distancia y la iniciativa.

—Esperamos que lo encontréis cuanto antes. —Se muerde el carrillo derecho hasta hacerse sangre y se la traga—. Y os ruego que salgáis de nuestra casa.

Los investigadores cruzan miradas de desconcierto.

—No sé si comprende… —intenta explicarse Toni.

—Intuyo que a ti te toca el papel de poli bueno —lo corta Luisa.

Toni la observa, pretendiendo traducir su lenguaje corporal. Según los apuntes de la oposición a policía, desviar la mirada podría ser una señal casi inequívoca de engaño. «Podría», «casi», repetían sin convicción aquellos cuadernos, pero esta mujer lo mira a los ojos todo el rato. Se da cuenta de que ella siente una alergia natural a su profesión, que algún motivo habrá para eso y que, tal vez, puede relacionarse con la tragedia que arrasa a la familia. Él juzgó a Luisa por las apariencias y las apariencias suelen ser lo único que se tiene en un primer momento.

—Vas a hacer el favor de escucharme, Luisa —dice Martín—. Y tanto que sí.

Entonces inicia un monólogo durante el que se erige en la máxima autoridad mientras los demás, oyentes, son individuos a su disposición. Pauta su invencibilidad a partir de ese instante. Nadie puede engañarlo a estas alturas de la partida. Ni siquiera intentarlo. Alterna voz grave con cierres de frase más suaves. Y así insinúa que conoce el secreto de cualquiera, que su atestado reproduce la teoría literaria del iceberg, conforme en el papel se anota lo más relevante, pero podría escribir la historia de todos los habitantes de ese piso, de ese bloque, de ese barrio y, si esa maldita jueza de instrucción 17 le

dejara, la de todos los que pueblan el tercer planeta más cercano al sol.

Capaz de aquello y de mucho más.

—... y de mucho más —termina.

Siempre existe un riesgo cuando el investigador revela demasiados datos, aunque en ese asunto el riesgo es que Luisa pierda el hilo del soliloquio, toda vez que lo que menos revela es, precisamente, los datos que no tiene. En compensación, mil conjeturas. Martín se ha convertido en una máquina de teorías y especulaciones.

—¿Entendido?

No le contesta nadie.

Martín admite que no consigue llegar al matrimonio y busca apoyo visual en Toni. Este expone, por segunda vez y de manera torpe, la supuesta lógica irrebatible de su compañero. Más que esperanza es insistencia. Sus frases dignas de misal tampoco ayudan.

Luisa tose para que olviden el intento.

Y señala la puerta que ya les abre Frankie.

—Os ruego que salgáis de nuestra casa —repite.

Martín se marcha hecho una furia y lanza los brazos al aire.

—Me parece que aquí os importan muy poco las consecuencias de los silencios —dice cuando pasa al lado de Frankie—. Veremos cuál será la próxima.

Sucede algo nuevo: el mecánico cierra la puerta de un golpe.

Veinte minutos más tarde.

El matrimonio ha tirado la mirada al suelo desde que se han quedado solos.

—Saca a Edu de la calle —dice entonces Luisa. Y añade—: Por favor.

—Estará buscando al que también buscaba el hombre de Braulio.

—No queremos que lo encuentre.

Frankie asiente a su mujer. Coge la cartera, las llaves del coche y hasta el teléfono móvil. Antes de marcharse, apunta a Luisa con el dedo índice.

—Después hablaremos de lo que tenemos pendiente.

Luisa vuelve a subirse a la silla para colgar las cortinas.

—Por supuesto, Frankie.

—Quizá el poli tenga razón y es momento de empezar a colaborar con el de al lado. Así que no necesito saber cuál es todavía, pero ¿hay un plan?

Frankie busca sus ojos con la mirada y Luisa no se los da. Lo que le

confirma que cualquier cosa que a él se le pudiera ocurrir, a ella ya se le había ocurrido antes. Toma cuenta de que su lástima tiene fecha de caducidad, que nadie la aguanta un día tras otro sin apartarse de los cenizos, que solo se entiende en el plazo de cortesía de cualquier desgarro. Ese plazo que él, piensa, ahora sí toca a su fin. La vena de la carótida le palpita por primera vez en muchos años.

Luisa consigue pasar la tela por el primer enganche.

Su rencor, lejano de repente.

—Nosotros nunca dejábamos nuestros asuntos en manos de policías.

—Más bien, escapábamos de ellos.

—Así era, Frankie.

—Y a estos dos se les pasó su oportunidad.

—¿Está de vuelta el hombre del que me enamoré? —pregunta Luisa.

Frankie asiente otra vez.

—Puedo estarlo.

—Entonces siempre hubo un plan.

24

El perfil de Braulio velado por volutas de humo.

Hace veinticuatro horas que casi no pestañea.

Los asistentes a la reunión lo observan y escuchan como a alguien con más apuros de los que aparenta. En cada facción arrugada está el capo que fue y ya no es. No los hubiera convocado en caso contrario. Detrás, sus nuevos guardaespaldas de confianza. Esos que llevaban años esperando el relevo natural en el negocio, que la cadena trófica saltase un eslabón y así han recibido la deseada llamada para la emergencia. Aunque ahí, incluidos ellos, todos temen que quizá no serán suficientes si el más eficaz ha terminado plantado entre los cañaverales de un río.

Braulio insiste a sus socios en que ahora han de aportar la cuota extra de protección. Porque, de acuerdo, hoy el objetivo es él, pero mañana pudieran serlo los demás. Lo persigue un loco. Los locos hablan un idioma en el que no importan los negocios. No tienen miedo a la cárcel o a la muerte, están ahí sin permiso y el suyo es un estado de impunidad mental.

—Una cooperativa se hace para casos como este —repite Braulio.

—Hasta ahora no nos sentíamos parte de ninguna cooperativa —contesta la mujer, la más dura de los que se sientan en torno a la proposición—. Salvo cuando había que pagar el porcentaje.

Braulio mueve los dedos sobre la rodilla. Disimula el desánimo e intenta reconducir la charla a una narrativa más ligera, jovial, con fogonazos de sosa cáustica, ya que al fin y al cabo «han matado a uno de los nuestros». Era un tipo aplicado como cobrador, incluso se prestaba a colaborar con cualquiera de los allí reunidos. Solo había que llamarlo y se encontraba disponible sin rechistar.

—Sin embargo, era de los tuyos —contesta otro, codos sobre la mesa elíptica, negando a medida que se le hacen groseras las trampas del relato—. De los tuyos...

Braulio repite, por pura obligación, una última vez el mantra de la cooperativa que jamás se ha creído y así, definitivamente, los tres hombres y la mujer llamados a filas declinan ofrecer su ayuda. Consideran que es un milagro que haya llegado hasta ahí sin pisar la cárcel, porque la historia de los reformatorios portugueses, puñaladas y fado nunca interesó a nadie. Lo mínimo, con su historial, es que

alguien quiera asesinarlo. Momento de la retirada, de compartir su cuota de negocios, de disfrutar del tiempo libre en sus propiedades llenas de objetos y vacías de personas. A cambio, compensarán con sicarios la cuota extra de protección. Todo irá bien sin su presencia.

—Eso sería una forma de cooperativa —dice la mujer a modo de resumen—. Si no, además de por el loco, deberías empezar a preocuparte por esas mafias extranjeras que todavía te miran con cierto respeto. En cuanto sepan que eres tan débil... Adiós.

—Yo lo considero una forma de traición —contesta Braulio.

La piel de su cara ha perdido más firmeza en los últimos días que en los últimos años. El pelo cano, corto, ya enralecido en virajes a ninguna parte. Alberga pocas esperanzas y lleva una hora dando argumentos y no órdenes, como le gustaría. Burlado en su propio juego. Pero elige la desesperación a la obediencia. De un chasquido hace que sus guardaespaldas acompañen a la salida a los asistentes. Hoy aún lo recordarán como alguien que se pega puñetazos en el pecho, no puesto de rodillas. La mujer ríe por esa última muestra de orgullo. El orgullo está muy bien, aunque hay que saber qué precio cuelga de la etiqueta para averiguar si compensa pagarlo.

—Pensaba que las desgracias te hacían más sabio —se despide ella —. Y que seguías siendo un buen comerciante.

Otro chasquido y los guardaespaldas despejan la vista a empujones.

Braulio sube a continuación a su despacho en la sala de juegos. Cruza la tragaperras con los gánsteres de los años veinte en Chicago, que continúa estropeada y montada en una carretilla, esperando a que el servicio técnico la recoja. Todos aquellos personajes del aparato son, en el fondo, él mismo. Igual que los que acaba de despachar en la reunión. Y admite que le han dado la vuelta a su reloj de arena, porque es lo que él haría en su lugar.

En ese trabajo no hay jubilados.

Hay desaparecidos.

Puede que alguno se esconda en una isla paradisiaca, pero la mayoría yacen bajo la misma tierra labrada por ellos.

Se sienta en su sillón ergonómico y le duelen los huesos, desde el parietal hasta el metacarpiano, reconociendo las heridas talladas por la vejez. Lo único que nunca pudo comprar es tiempo. Ni siquiera mueve una ceja cuando ve, por el monitor de seguridad, cómo Luisa saluda a la cámara oval desde el callejón. Repasa esos rasgos cincelados, preguntándose si una persona como él tiene derecho a amar a alguien o a morir solo en un asilo. Braulio espera que no venga justo ahora a por su parte del trato. Cumplirlo se ha complicado. Aunque todavía no quiere renunciar a esa piel y al final sí mueve la

ceja izquierda. Ordena a los guardaespaldas que la hagan subir. Si le queda tan poco tiempo en su sillón, nada mejor que aprovecharlo con ella. Hasta entonces, la única manera de tenerla cerca era dormirse.

Luisa entra con la misma determinación que la primera vez.

En vaqueros y camiseta.

Y Braulio acepta que aguarda mucho menos de él.

Cuando intentan contar sus pesadillas, las personas escogen palabras en una forma más o menos coherente. Pero ellos dos se miran de arriba abajo y tienen claro que, de momento, una pesadilla como esa se compone de imágenes y no de discurso. Una adolescente modélica con un disparo en la frente, una cabeza de un asesino en una bolsa, una mujer que se sienta en el *chaise longue* que rechazó la primera vez y descalza sus sandalias sobre él. Cada imagen plena de significado sin necesidad de palabras.

—Parece que todos estamos perdiendo seres queridos y que tú también eres de los que incumplen su parte del trato —dice Luisa como saludo—. ¿Entiendes por qué nunca hay que adelantar las gracias?

—La segunda ocasión en que me visitas durante veinticinco años y vienes...

—Basta de rodeos —lo corta—. Basta, por favor.

—Dame tiempo. Aún no hemos visto el último giro de la bobina.

—Claro que no, porque resulta que han aparecido los de la investigación de Carla en mi casa. Otra vez. Aunque en esta traían un pequeño avance.

—¿Cómo de pequeño?

—Casi insignificante para nosotros. Tú lo valorarás de otra manera. —Luisa aprieta los labios en un desprecio—. Tienen tu nombre, tu profesión y lo que queda de tu matón preferido. —Sus dedos de los pies, uñas en rojo, juegan con las sandalias—. Y quieren encontrar como sea a Braulio da Costa para preguntarle tantas cosas...

—Yo no he hecho nada a Carla.

—Has hecho mucho a muchas personas. —Engancha la tira de la sandalia derecha con el dedo gordo—. Elegirán cualquier delito del Código Penal cuando te tengan esposado.

—Y traes una oferta que no podré rechazar para que no se lo digáis. No seas ingenua... Nos mudaremos a otro local, a otro barrio, a otra ciudad. Llevo décadas con todos mis delitos y todo mi dinero a cuestas. Tener tantos fajos de billetes es algo mágico cuando puedo meterlos en cualquier doble fondo de unos camiones.

—No dispondrías de tiempo. —Luisa clava la mirada en el cartel de la velada—. Frankie, el de la foto, me espera a la vuelta de la esquina.

Si en quince minutos no regreso con la información que queremos, hará que se presente aquí el que dirige la investigación, un tal Martín Melgar. Parece competente en lo de encerrar a personas para los restos. Un poco cínico, un poco gracioso, un poco inteligente. Estarás de acuerdo en que solo con eso es mejor investigador que la mayoría. Así que no podrías ni respirar antes de que llegase todo el escuadrón de la policía.

—¿Una amenaza?

—Una promesa. Por mi hija.

Braulio vuelve a medir cuán cargado está el aire.

—Tú no eras de hacer promesas.

—Y tú deberías preocuparte también por lo que luego pudiera hacerte Frankie. Con lo que deja de tratarme como a una imbécil y dime quién es el que acabó con tu hombre, porque seguro que lo mandaste a cumplir tu parte del trato conmigo.

Braulio asume que el aire está muy cargado.

—Nada mal para una chica que saqué de la calle a los quince años —dice.

—Y la pusiste en un piso de alterne. —Luisa mira su pequeño reloj de pulsera—. Nos quedan doce minutos para volver a estarte agradecida.

—Luego te llevé a mi casa.

—Once minutos y cincuenta y cinco segundos, Braulio.

Ella no quiere hablar de un pasado que, de tocarlo, todavía la mancha. Y él sigue siendo un comerciante. No entiende cómo antes, durante la reunión, lo han podido dudar. Empieza a ejercer como tal, a sumar números en su cerebro contable, a valorar qué productos serán objeto de trueque esta vez. Siempre hay una proposición que hacer.

—Sospechaba de alguien, aunque ya no puedo llegar a él.

—Esfuérzate en tomarme en serio.

—Te daría más señas, pero te matará.

—A mí puede que sí.

—Oh, crees que Frankie...

—No le faltes al respeto, Braulio. Esta vez soy yo la que pone las condiciones a la charla.

—¿Mejor comprobamos si te espera a la vuelta de la esquina?

—Inténtalo.

Braulio se hunde en el respaldo ergonómico.

Nunca es una mentira cuando te la crees.

Como buen comerciante, toma dos decisiones antes de comprobar algo que, en el fondo, comienza a ser irrelevante para sus intereses. La

primera, dejar de mostrarse como alguien invulnerable para esa mujer. Cae en la cuenta de que hace el ridículo y de que han cambiado las tornas. Es viejo, con cojera, las manos resecas, la boca agria, dientes postizos en un vaso de agua por la noche y una analítica llena de asteriscos. Los pasos siempre fueron cambiados para ellos. En el único momento donde se cruzaron, veinticinco años antes, llegó el chico popular del barrio.

Y Frankie estaba tan loco por ella como ahora lo está Héctor por él.

Así que convertirse en promotor de boxeo era una oportunidad de embaucarlo, ganar dinero a su costa y luego destrozarlo. Tal como sus hombres le destrozaron la mano en diez fracturas y liquidaron esa carrera. Pero midió mal las consecuencias. Perdió millones de pesetas y sobre todo a Luisa Bermejo, que extrañamente no se comportó como Luisa Bermejo, como cualquiera hubiera calculado. En vez de volver con el ganador, se quedó al lado del perdedor. Atrapada en una mercería mientras Frankie giraba tuercas a cambio de un plato recalentado. ¿Por qué?

Sin embargo, la mujer que tiene delante sí se comporta como esperaba.

«¿Veinticinco años disimulando?», se pregunta.

Por eso hay una posibilidad de que pueda quitarle de encima a Héctor.

—No te enfrentes tú a ese desgraciado —dice Braulio.

—Palabra de Luisa Bermejo.

—Cómo la echaba de menos. Recuérdame que, en cuanto todo esto termine, te pregunte por qué.

Si él muere pronto, da igual en una cuneta o en una cama de geriátrico, espera que ella entienda que aquel cuerpo suyo, ya inútil para casi cualquier cosa, hubiera ido y vuelto del mismo infierno si se lo pidiese cuando aún tenía vigor en sus ojos. Cuando aún ignoraba que el amor por un deseo, no por una persona, te cuelga para siempre de una cruz.

Y, en el fondo, no renuncia al deseo.

Porque la otra posibilidad es que Héctor le quite de encima a Frankie.

—Vete a hablar con Clotilde. —Braulio acepta al fin el trueque—. Os entenderéis.

—¿En serio?

—Por lo que respecta a mí, te evitaré pasar la vergüenza de comprobar que tu marido está cambiando aceites en el taller, no en la esquina. —Toquetea el anillo de sello, que pertenecía al hermano mayor de Frankie—. Voy a entregarme. Solo me siento seguro con la

policía.

—¿En serio me dices que Clotilde...?

—¿Frankie jugará a ser un héroe trágico? —la corta Braulio—. Pues yo no. Prefiero seguir como un profesional del desmontaje, de retirar mis posiciones cuando me interesa y volver cuando no hay peligro. Eso me llevó al éxito hace décadas. Desde entonces, casi siempre fui un amigo de la policía.

Ahí está su segunda decisión de comerciante.

25

Frankie no cambia aceites en el taller.

Hace la ronda por los locales que frecuenta la pandilla de Edu los domingos. Muchachos que se empeñan en protagonizar una historia de perdedores, sin demasiados decibelios por el momento, de clase humilde pero no sumisa. Al menos, como pobres, no caen en la trampa de imitar a los que no disponen de su privilegio de andar por ciertos barrios a ciertas horas, donde los de las cuentas bancarias con cinco ceros se limitan al vistazo desde la ventanilla.

Frankie ha entrado en las plazas, los recreativos y los bares gastados por aquel chico, antes niñato con la misma tendencia a perderse entre rótulos de neón. Se prometió no volver a buscarlo cuando cumplió los dieciocho y le escupió delante de sus amigos. Mientras ellos se quedaron jugando al billar, colgados de éxtasis, Frankie se marchó limpiándose la baba. Al llegar a casa le dijo a Luisa que no lo había visto.

Hoy sí lo busca.

Es el hijo que le queda y sabe que corre peligro, que lleva años pretendiendo estrellarse en una mala noche y no desmoronarse poco a poco, sin darse cuenta. El asesinato de Carla es la única razón que lo justificaría.

Hoy sí, promete, se lo lleva de vuelta.

En su recorrido ha pegado voces a rostros familiares, de los que no acaba de ubicar en amigos o enemigos de Edu, pero todos se han limitado a sellar labios. Cae la noche y el calor sobre el asfalto. Frankie recuerda que los más bronquistas se reúnen los domingos en un callejón cercano a la estación de metro de Méndez Álvaro. Ahí abren tres afters durante todo el fin de semana. Con lo que, técnicamente, son más que afters. Madrid sigue coleccionando antros y horarios que han tenido que cerrar en otras ciudades del país.

Frankie ha cogido el Simca para conducir hasta las inmediaciones. Lo aparca en línea azul tras varias maniobras sin dirección asistida. A su lado, unos basureros empujan contenedores a la prensa del camión. Se quedan mirando lo bonito que ha quedado su coche, de un estilo tan retro que puede pertenecer al futuro.

—¿El Simca es del año 77? —pregunta uno de los basureros—. Mi padre tuvo uno muy parecido.

—Casi, del 79 —contesta Frankie mientras lo cierra con llave—. El modelo es el mismo, apenas cambia el diseño de los relojes y de la guantera.

—¿Le puedo sacar una foto? Se lo han dejado precioso.

Frankie no quiere ser rudo, pero no habrá foto.

—Prefiero que no.

—Venga, es para mi padre. Le hará ilusión.

—He dicho que prefiero que no.

El basurero municipal pasa de discutírselo.

—Oiga, pero no se meta ahí, que llevan liándola desde el viernes —avisa a Frankie, ya desde la plataforma del camión, cuando observa cómo encara el callejón—. O saldrá corriendo.

Frankie entiende la advertencia al doblar la esquina.

Es un intruso.

Una división de ciclomotores se alinea en la acera. Sus propietarios se ríen, se besan, se insultan, se pelean. Con ausencia de cara propia tras otro fin de semana a ciento veinte pulsaciones. Casi convencidos de que no hay mejor lugar en el planeta que aquellos metros cuadrados.

Vendrá el lunes con trankimazin y omeprazol.

Ahora no dan ni piden ayuda.

Suena un claxon a la espalda de Frankie. Se aparta para dejar pasar un Ford Focus naranja, tuneado con alerón, faldones y luces lilas en los bajos. Su música es una melodía pastelosa de sintetizadores y voz filtrada hablando de, sorpresa, perreo de última generación. Detrás, lo acompaña un Seat León en negro mate. Ruge un tanto anémico por el doble silenciador con colectores que el mismo Frankie le colocó en el taller. El conductor baja la ventanilla y lo saluda entre el estruendo techno de sus altavoces. Ahora recuerda que incluso le reprogramó la centralita. Ese chico se ha cargado la garantía de fábrica por siete caballos más de potencia en *stage 1*. Es el tipo de cliente que, en cuanto crezca un poco, dentro de unos años, se delata colocando neumáticos chinos y amortiguadores Monroe de oferta a un Cayenne, un Touareg o un X5. Repostando gasolina de veinte en veinte euros hasta que el banco se quede el coche por no pagar los plazos del préstamo.

Intuye que en esas decisiones ridículas también hay algo de lo que él y su hermano creían importante para meterle un año de trabajo al Simca.

Solo lo intuye.

Ahora una Ducati Hypermotard esquiva los coches con la rueda delantera despegada del asfalto. Picando embrague. Peso corporal

sobre las estriberas y suela en la palanca del freno trasero. El piloto, sin casco para el vídeo, calcula mal la maniobra al aterrizar de morros sobre el pavimento. Centenares de carcajadas y futura operación de mandíbula. Las puertas de los afters, más que un territorio, son un concepto que se idea repleto de narcos en chándal, reloj Patek Philippe y riñonera de marca para guardar seis móviles, un pen USB con criptomonedas al que llaman «cartera fría» e, incluso, los más pobres llevan ahí fajos de billetes y algo de droga que venden a manadas de violadores expertos en artes marciales. Frankie progresa entre la muchedumbre apelotonada por el accidente, casi rebotando en la masa que lo señala como a un marciano. Al final de la calle, en la entrada del local más concurrido, distingue una especie de filloa. Tiene que ser Edu con su cabello decolorado.

Y se vuelve a acordar de Carla.

De que nunca se metió en un lugar semejante por ella, de que ni siquiera llegó un día media hora tarde, de que fueron catorce años enseñándole las mejores notas en el regazo, prometiéndole al fin que alguien de la familia tomaría un camino distinto. La primera que se sacudiría el mal fario acabó en un ataúd. Él debería gritar allí, en mitad de la locura, que la vida salva. Si uno logra agarrarse a ella, incluso en antros como esos, se está salvando y quizá sus padres le avisen equivocadamente de lo contrario.

—¡Cuidado!

Una pandilla encaja mal el paso apurado de Frankie.

Ni les presta atención, a punto de tirar de la camiseta al joven de la coronilla amarilla. Se voltea antes de que lo toque.

No es Edu.

—¿Algún problema? —le pregunta el chico.

Después analiza a ese cincuentón de manos largas para arrojarle un cigarrillo sobre el pecho. La generación del chico ha comenzado a derribar barreras de orientación sexual, a abrazar a las mujeres como referentes de acción, a poner sobre la mesa el tema de la salud mental y a desafiar a la belleza normativa. Puede que él no, pero su generación sí. Sin embargo, todavía nadie sabe cómo apreciar la irresoluble cuestión de volverse viejo.

Frankie, viejo, se limpia la ceniza y atiende a unos metros más lejos.

Cristales rotos en la puerta del after.

Salen varias personas en un remolino de puñetazos. Una melé que parece caminar con sentido e iniciativa propia, de izquierda a derecha y de atrás adelante. Arrastra a los que sueltan golpes por compromiso hasta que comprenden que no se pelean los suyos.

Sin duda, uno con coronilla azul pertenece al disturbio.

—Azul —murmura Frankie—. Además, hoy te has teñido el pelo de azul.

Edu y Karim se enfrentan a los mismos moteros que callaron cualquier información sobre el asesinato de Carla. Los que se relacionan con la gente más peligrosa en la zona y a los que han vuelto a preguntar por el asunto. Uno de ellos, chaleco en el que pone PROSPECT, lleva un cuchillo jamonero por delante. Edu, de momento, solo las pupilas dilatadas como monedas de euro. Lo han desafiado delante de todo ese mundo que apenas le conoce. Entonces la única regla es que, pase lo que pase, debe quedar por encima del otro.

Edu saca su arma del 38, pero no levanta el cañón.

—¡Baja eso!

Porque Frankie le dobla el brazo y lo desarma.

Mientras, Karim repta por el suelo. Huye de la golpiza que le daba el segundo motero. Los espectadores le dejan un espacio para que conserve los dientes y el del cuchillo ahora enfrenta a Frankie, que guarda la pistola en su bolsillo posterior.

—Ya nos vamos —dice a ese que acerca el filo de quince centímetros—. Por favor, ya nos vamos.

Frankie continúa doblando el brazo de su hijo.

Cuando el PROSPECT tira un cuchillazo al aire.

—¡Suéltame y dame la pipa! —grita Edu a su padre—. ¡Nos van a rajar, puto fracasado!

Frankie suelta a Edu, aunque para lanzarlo detrás del Focus naranja, detenido entre la muchedumbre y donde también logra refugiarse Karim. La música latina ha enmudecido y un grupo de chicas sube al capó para tener mejor perspectiva. Sus tacones pican la pintura metalizada.

Los moteros se centran en Frankie.

—Por favor, ya nos vamos —ruega él de nuevo—. No quiero haceros daño.

El gentío se congela durante unos instantes. Duda de si aquel señor ha terminado la súplica con un «no quiero haceros daño» a dos animales a los que dobla en edad y entretanto uno sujeta un cuchillo gigantesco.

No. Quiero. Haceros. Daño.

Aquel ruego convertido en ofensa.

El del cuchillo se convence de que, si ha elegido ser mala persona, lo importante es no flaquear ni en la pelea más fácil. Le sacará las vísceras a puñados a ese hombre. Así de fiel a su elección. Hoja por delante, embiste a Frankie. Este puede notar, como si fuese un proceso

involuntario, que sus dedos se retraen hasta formar sendos puños en las manos. Después finta con pasos laterales, uno, dos, tres, baila sobre la acera, y golpea un cruzado a la nariz que acaba de partir. El otro motero se permite unos segundos para comprender el movimiento. Algo tan rápido que no podría describir con palabras. Su gesto amaga con batirse en retirada, pero, acto seguido, se toca el parche del chaleco y le tira una patada a la cabeza. Frankie la detiene con el antebrazo. Después llega un volado de derecha y Frankie lo esquiva balanceando el torso adelante. Pasos en diagonal, uno, dos, tres, los pies del mecánico saltan, flotan, pivotan alrededor de los cristales.

Directo de izquierda, directo de derecha.

Croché a la mandíbula.

Resultado: nocaut técnico.

—¡Cuidado, papá!

El del cuchillo trata de clavárselo en el costado y Frankie se gira para desarmarlo de un puñetazo en el codo. Ha crujido. Lo dobla en el sentido inverso al natural. Cruje otra vez. Gancho a la pera y el motero despega hasta caer junto a su amigo. Los dos no parecen tan fuertes cuando están inconscientes.

El resto de su banda sale del after. Una veintena con los chalecos que sí señalan cargos en la jerarquía. Aspirantes años atrás, ahora se han ganado el derecho a los colores y a putear a quienes los quieren.

—¿Qué demonios ha sucedido aquí? —pregunta el del chaleco de PRESIDENTE.

Aunque los números redondos siempre son una aproximación, Frankie no dispone de ninguna oportunidad delante de esos veinte. Además, la mano derecha operada le duele como si se la fueran a amputar. Enseña la pistola y la mira tal que no comprendiese su finalidad. Edu, sin quitársela, le acciona la palanquita que desactiva el seguro. Frankie sonríe. La sonrisa es una protección muy débil, así que después grita. Lo que sabía de las pistolas es que causan muchos problemas y esa pelea se lo ha confirmado. Apunta al cielo roturado de nubes, pega tres tiros al aire y el gentío le abre un pasillo para que saque del callejón a Edu y Karim.

Comienzan a correr hasta el coche.

Aquel basurero municipal tenía razón.

El presidente pide al tesorero y al secretario de armas que se acerquen.

—Las motos de estos dos quedan requisadas para el club —les dice.

—¿Y los chalecos?

Toquetea su bigote, apenas una línea a lápiz.

—Quitádselos.

Proceden. Sin levantarlos, les arrancan las piezas de cuero y sus parches de aspirantes. Se acaban de echar por la borda cuatro años de recaderos. En el crimen organizado de Madrid, como en todos los negocios, no se es nadie sin padrinos. Los dejan ahí desmayados para que el presidente orine sobre sus caras. Poco a poco, recobran la consciencia de gusto amargo.

—¿Quién sería el señor que ha escapado corriendo? —pregunta un cualquiera a Científico, que sale de uno de esos antros a comprobar cómo no hace falta su ayuda—. Nunca vi nada igual.

En sus ojos brilla la necesidad de ser creído mañana en el instituto.

—Seguro que recuerdas al Tornado de Orcasitas —dice Científico.

—Todo el mundo lo recuerda. Una leyenda de Madrid.

—Pues ahí está el problema, ¿sabes? —Científico escupe su hoja de khat y observa a los moteros meados en el suelo—. En a quién recordamos y a quién no.

Dentro del Simca, nadie habla durante los trece minutos de trayecto. Edu mira absorto las luces de los semáforos, concentrado en el verde y el rojo para olvidarse del morado que le han repartido por la cara. Karim, acostado en el asiento trasero, se palpa dos costillas que jura rotas con lo que le duelen al respirar.

—Karim, este mes tendrás que dormir del otro lado —dice al fin Frankie—. Lo sé por experiencia.

Después baja marchas; tercera a segunda, segunda a primera; retención del motor con petardeo del escape. Maniobras bruscas que requiere un coche de cuarenta años. Encaja punto muerto y sube el freno de mano enfrente del bloque de Karim.

—Creo que tú te bajas aquí —dice Frankie.

El chico se incorpora con un quejido.

—Gracias…

Frankie se ahorra cualquier respuesta al agradecimiento que ni tenía que dar. Un amigo es alguien que no te deja solo en una pelea tan jodida como aquella. Así que, en el fondo, su hijo tiene suerte de conocer a Karim desde la cuna.

—Gracias, de verdad —repite el chico.

Karim abre la puerta con un último sollozo y pone la mano sobre el hombro de Edu. Quiere decirle que ojalá tuviera un padre como el suyo. En realidad, se conformaría con saber quién es, pero las palabras se le pierden en la boca. Solo las desgracias ajenas se cuentan casi sin querer.

—Nos vemos mañana —se despide Edu.

Frankie conduce un trecho más. Mira por el retrovisor mientras suplica que no aparezcan luces de policía. Si los detienen, lo de menos es lo que pasó. Lo importante será lo que escriban en los papeles con membrete oficial y las posibilidades que de eso se deriven. Porque, desde ahí, al suceso real no se le suele tener tan en cuenta. Al fin, sin sirenas a la espalda, Frankie encara la rampa de su garaje comunitario. Baja al segundo piso y da marcha atrás para aparcar el Simca en su plaza. Sale del coche, inspecciona que no quede nada inconveniente sobre tapicería y carrocería y lo cubre con la lona.

Devuelve la pistola a Edu.

Suspira.

Ojalá él pudiese volver a los veinte años, cuando aún no se ha aprendido a fingir, las cosas nunca dejan de llevar a otras y su hermano estaba vivo.

—¿Qué vas a hacer con este cacharro, chico duro?

Edu la recibe en un movimiento taciturno. Otea la negrura de la última planta del garaje. Coches como únicos testigos. Sujeta la pistola, manos temblorosas, para apuntar a su padre con el cañón en horizontal.

A los veinte años tampoco se tiene la misma compasión que a los cincuenta.

—Eso que sientes todavía no es odio —dice Frankie.

Edu rompe a llorar y tira la pistola al suelo.

—¿Por qué no has sido siempre el de hoy?

Frankie se agacha a recoger el arma y parpadea con una lágrima a punto de caerle por la línea del ojo.

—Creí que no te gustaba el boxeo.

—Y no me gusta.

—En el móvil siempre estás con las peleas de MMA en jaulas.

—¿Vas a decir otra vez que esos peleadores se retuercen por el suelo?

—Es lo que veo.

Edu amaga con dejar de llorar y repite:

—¿Por qué no has sido siempre el de hoy, papá?

—Porque le tengo pánico a ese tipo. —Entonces Frankie abraza a su hijo, acribillado a recuerdos—. El que dejaba al resto inconsciente en el primer asalto… No quiero volver a verlo. Le tengo pánico a ese tipo.

—Al hombre del que se enamoró mamá. —El lloro de Edu se convierte en un llanto espasmódico—. ¿Te han dejado alguna otra opción?

—No lo creo.

Ahora es Edu el que se abraza a su padre.

—No quiero ir a la cárcel. No… no sé ni qué cara tengo que poner al resto cuando entre en la galería. Me faltan tres vidas para parecerme a ti. —Se abraza a Frankie aún más fuerte—. Y echo muchísimo de menos a Carla. Siempre era… Era la mejor de todos nosotros.

Frankie está de acuerdo con eso y parpadea otra vez.

La única certeza, la única que pudo haber.

Pero él no va a llorar.

26

Braulio se despierta en un grito ahogado.

Mirada al techo.

Confirma que está solo en su habitación de cuarenta metros cuadrados. Ya apenas le visitan espectros por la noche. Una cara, un lugar, una anécdota, los nombres se han borroneado en la memoria. Esté donde esté esa gente, seguro que no es en una casa como la suya. Pasos lánguidos y nerviosos hasta el aseo, toma la dentadura postiza del vaso y se la encaja en la mandíbula.

Bocanada de aire.

Dentro.

Fuera.

A su pesar, reconoce en el espejo su calavera.

Recuerda estar soñando un pasaje en los montes de Portugal. Caminaba de la mano de su padre, que se apoyaba en un cayado mientras cruzaban un sendero de matojos y nieve grisácea. Hacía mucho frío. Se cubrían con mantas y el padre bajaba su sombrero para protegerse de la ventisca. Llegaron a una cueva y Braulio temblaba, sin sentir los dedos de las manos ni los de los pies. Ahí, en el mismo centro geométrico, les esperaba un fuego blanco que ascendía en serpentinas de colores. Crepitar de leña. Braulio se acercaba al calor y se sabía a salvo cuando escuchaba «*Ja passou, menino*».

Entonces despertó.

Aquello había ocurrido sesenta años antes. Una tormenta los sorprendió en el paso para el contrabando con Galicia, pero su padre intentó encender el fuego durante horas, insultando a cien dioses distintos, a punto de morir congelados cuando las ramas prendieron una chispa. Después, lumbre naranja, no blanca como el fuego fatuo de esas divinidades insultadas. Los acompañaba una mula con dos serones repletos de botellas de aceite, bobinas de cobre y medicamentos nunca vistos en la frontera. El animal se acomodó en las patas traseras y sus pupilas reflejaron las llamas durante la noche. Aunque no apareció en el sueño, esa mula se llamaba Constanza. Recorrieron los últimos kilómetros hasta la cueva arrastrándola del ronzal, porque perder la mercancía en esa época era como perder la vida. Al despuntar el día, salieron hasta el risco donde se veían, muy lejanas, las torres eléctricas repitiéndose en la hilera que marcaba la

divisoria con Galicia. En pocas horas volverían con los serones de la mula vacíos de mercancía y llenos de dinero.

Hoy Braulio, ya dentadura reluciente, sale del aseo y pulsa varios botones en el cuadro digital al lado de su cama *king size*. Sabanas de satén y toalla enrollada en hilo egipcio a los pies. Se levantan las persianas automáticas, se apaga el aire acondicionado, se enciende la radio con el canal de música clásica. Las cosas le fueron mejor de lo esperado después de las carreras delante de carabineros o guardias civiles, según el lado de la raya. Sin embargo, su fortuna, colmada de lujos inútiles, como todos, le obligó a caer en la misma trampa que el resto. En verdad, solo ha hecho lo de siempre en otro entorno. Creyó aquello de la realización personal y no acierta qué pensar cuando ha empezado a desrealizarse. Salvo entregarse a la policía. Es su último movimiento para dejar la partida en tablas.

Pero, como piense tanto, llegará tarde a la cita.

Se mete en el vestidor, elige el traje de tres piezas gris y los zapatos negros de hebilla. Camisa siempre blanca. Nudo del pañuelo rojo, emulando una flor de solapa, igual que el padre. No suele hablar de su etnia y debería, porque, a pesar de ser mestizo, solo asegura una cosa: si siguiese en Bragança, tendría a dieciocho nietos dejándole la mejor silla del salón antes de servirle el desayuno, la comida y la cena. Reconoce que, entre gitanos, se respeta a los mayores. Aquí solo traman cómo apartarlos, ya sea mandándolos a una residencia o, en su caso, disparándoles una bala en la nuca.

—Don Alfonso, tiene el desayuno preparado —dice su asistenta cuando él baja por la escalera de mármol—. Del huevo, solo la clara. Como pidió esta semana.

Braulio se apoya en la barandilla hasta el último peldaño. Ha encargado un elevador automático que lo pueda transportar al primer piso por su cojera cada vez más marcada. El día que se vea subiendo aquellas escaleras en una plataforma sabrá que todo ha terminado, que la vergüenza le jubilará de cualquier ambición.

—Antes llamó al timbre el hijo pequeño de los Somoza. —La asistenta limpia la vitrocerámica con una bayeta—. Espero que no le haya despertado. Su balón había caído en la finca.

«¿En mi finca?», se pregunta Braulio.

Vive en una urbanización con un campo de golf contiguo. Las parcelas de las viviendas son enormes, delimitadas por muros altos y anchos para que no haya interacción social. Esto no es el bajo de un edificio cualquiera donde caen los calcetines tendidos del de arriba y luego timbran preguntando por ellos. Que existan pocos lugares comunes y pocos saludos de cortesía define la comunidad. Y por eso

Braulio la eligió. Para que nada caiga en su finca.

—He reñido al chaval —dice la asistenta—. No puede pegar esos pelotazos.

—Por favor —Braulio también pide pausa con las manos—, cualquier persona merece desayunar sin que nadie le hable.

Al cabo, lo pasan a buscar por su chalet.

Conde de Orgaz.

Norte de Madrid.

Casas blancas en módulos de ángulos rectos, jardineros expertos en hortensias y servicio doméstico con cofia. Muchos vigilantes privados conectados con la policía. Una ciudad tiene que ofrecer la mejor protección a sus famosos y que así crean posible vivir tan libres como imaginan, con lo cual su cotidianeidad no deja de ser un encargo. Vecinos casi puerta con puerta: Zidane, Manuela Carmena o el Gran Wyoming.

Braulio saluda a las señoras que se acercan por la urbanización. Esa cortesía sí es obligada, porque siempre pasean su senectud a esas horas.

—¿Otra semana encontrando tesoros, don Alfonso?

—El negocio del arte no permite bajar la guardia —contesta Braulio—. Estamos tasando un Moreau desconocido hasta el día de hoy.

—No nos diga... ¿Quién era él?

—Profesor del mismo Matisse. El lienzo llevaba décadas en una alcoba de París. Lo descubrió la nieta del propietario y se pensaba que la firma era de una vecina. —Braulio se despide cuando un guardaespaldas le abre la puerta del coche—. Me lo traen esta misma tarde al despacho.

—Manténganos al tanto, don Alfonso.

Braulio besa la mano de aquella última señora, pelo ahogado en laca y bótox sobre las arrugas de expresión, que le han vuelto la cara del todo inexpresiva.

—Siempre.

Ella toma el adverbio como una expresión poética.

Braulio, impaciente por perderla de vista, sube al Mercedes AMG G63 negro. El BMW dorado ha sido retirado tras los últimos acontecimientos. Asiente a sus dos nuevos guardaespaldas de confianza, porque ahora son dos para confiar más, y apoya la nuca sobre el reposacabezas. Aceleran a ritmo suave.

Esa zona de la ciudad inerte a su paso.

La calma en aquellas calles, ya casi abandonadas en pos de segundas, terceras o cuartas residencias, le parece una obscenidad. Nunca sucede nada que le llame la atención en el trayecto de seis kilómetros hasta el despacho de los abogados en Velázquez. Nada que le indique que podría ganar dinero con los vicios del norte de Madrid y su propio producto. Ahí, entre camas adoseladas, todo ha de ser caro para considerarlo una opción. Así Braulio se relame cuando hace el trayecto a la inversa, del sur al norte, por la A-1. Donde los demás solo observan paredes desconchadas y vidas rotas, él oye el tintineo de monedas en esos barrios que siempre son el mismo barrio de cualquier ciudad.

Atraviesan Núñez de Balboa.

Ya están en la calle Velázquez.

Más gente sin rostro escapa de oficinas y comercios en los últimos días de julio. El coche de Braulio se detiene frente al edificio donde se ubica el bufete. Placas de apellidos compuestos compiten en el directorio de la entrada. El portero, vestido de etiqueta, frota un producto por el suelo para acentuar las vetas del mármol. Un guardaespaldas rodea las baldosas con sus puntas y Braulio pisa justo donde esparce la crema abrillantadora.

—El producto…

—¿Qué le pasa al producto, señor? —pregunta el portero a Braulio.

—Huele a barato. —Hay que atender a todo lo que la frase de Braulio no dice—. Conozco bien ese olor.

El segundo guardaespaldas se queda en el coche y simula que vigila por los retrovisores. Después se cansa de la pantomima. Baja la cabeza para curiosear fotos de rusas en el móvil con aspecto de decir «Le esperaba, señor Bond».

Entretanto, Héctor estudia los flancos de la calle desde su Harley Nightster. Destartalada, picada de óxido en cada cromado y matrícula lateral junto a la rueda trasera. Sin quitarse el casco, descansa los brazos sobre el cuelgamonos que tiene por manillar. Cierra los ojos y vuelve a imaginar el cuerpo de Braulio suspendido de una verja. Los abre cuando una aguja de luz se le clava por la visera. En su bandolera, tan solo un destornillador y una pistola del calibre 25 con balas de punta hueca. Tantea si ese es el lugar adecuado para matarlo, a pesar de los guardaespaldas y de los peatones. Entiende que no cuando sale del edificio con otros dos hombres de traje y corbata. Conjetura cientos de situaciones más fáciles ahora que por fin lo ha localizado. Incluso para un pensamiento dislocado y obsesivo, para el que cree escuchar un monstruo de cuatro mil años en su cabeza.

Patada a la palanca de cambios.

Primera marcha, maneta del embrague.

Segunda marcha es suficiente.

Héctor sigue al coche a distancia por Príncipe de Vergara y por la calle Costa Rica. Avanzan a trompicones del tráfico hasta Pinar del Rey. Siempre una hilera de vehículos mediante. Por allí no debería haber nada de su interés, considera Héctor, hasta que otea los edificios que le ponen en guardia. El Mercedes aminora frente al complejo de la Policía Nacional de Canillas. Un giro a la izquierda y frena en una de las plazas de aparcamiento para civiles.

Braulio y sus abogados se bajan del vehículo.

Estrechan las manos de los policías nacionales.

Héctor sacude la cabeza ante la estampa de respeto común. Rememora lo que al final escuchaba a su madre sobre Braulio. Que era un ser despreciable, de los que andan por ahí con ofertas cicateras y recompensas aún más tacañas, enjuto, débil, mil caras y mil artimañas, sótanos y pasadizos, regala el mazo y a continuación la tirita, la explicación gruesa y luego el matiz. Todo un superviviente a la sombra. Por eso, el candidato ideal para traicionar a los que se crucen con él.

Y ahora está desapareciendo en el interior del edificio.

27

—¿Por qué tenemos que venir aquí?

Martín lleva una hora formulando la pregunta que Cañas no acierta a contestar. Por eso calla cualquier suposición. El lado izquierdo de la cabeza le palpita, tal que los huesos fueran a reventar la piel, y comienza el zumbido en sus oídos. Avanzan por los largos pasillos del complejo policial de Canillas a no saben dónde ni con quién. De repente, el futuro de la investigación ha cobrado una forma extraña. Ahora hay más espionaje que nunca, pero lo hacen los profesionales privados desde la comodidad de un ordenador, a sueldo de grandes corporaciones y grupos de comunicación. Husmear en los asuntos de compañeros de policía ha perdido el poco reconocimiento que un día tuvo. Así que quieren sacudirse cuanto antes la sospecha de haber estado pegando tiros al aire, porque la distinción entre lo hecho con lealtad y lo hecho con deslealtad debe regir hasta en el infierno.

—¿Por qué tenemos...? —La pregunta de Martín en bucle.

No hay resabios del viejo inspector para contestarla.

Tarjetas identificativas al cuello, sortean los controles hasta el anexo de despachos. Derecha, izquierda. Todo recto y derecha de nuevo. Pasan el código de la tarjeta por uno de tantos escáneres. Cañas lo tiene que repetir tres veces para conseguir que el torno se abra. Sus habituales dificultades con la tecnología. Un control personal más y ahí, bajo el marco de la puerta y las fotos de antiguos directores generales de policía, otro inspector jefe los espera. Bastante joven para su rango y con el pelo tocado de canas, los saluda con una cordialidad exagerada. Cañas le devuelve la sonrisa, porque lo conoce de actos oficiales. Martín se limita a un cabeceo cuando se fija en su gran hoyuelo en la barbilla. Piensa que, seguro, ahí está otro funcionario que se dormía en clase de ética y no puede disimular que sus labios rezumen indignación.

—Buenos días, compañeros.

—¿Por qué tenemos...?

—¿Ni un buenos días de vuelta?

—¿Que por qué tenemos...? —insiste Martín.

Pero no termina una vigésima vez la pregunta.

—Ha pedido hablar con el agente Martín Melgar en cuanto se ha entregado —dice el inspector joven—. Alguien le habrá dado buenas

referencias suyas.

—Me encantaría saber la razón —contesta Martín—. Seguro que aquí disponen de un gráfico que dice todas las veces que ha sucedido esto.

—¿Sucedido el qué exactamente?

—De las veces que pisan el trabajo a unos compañeros y los obligan a acudir a su edificio sin una explicación previa.

—Imagino que no es la primera ocasión en la que viene a este gran complejo —dice el inspector joven.

—Lo frecuenté durante mis primeros meses como policía. Me habían encargado unas gestiones por el atraco del Solitario al banco de ahí al lado. Aquel del que, aun cometiéndose a pocos metros de este «gran complejo», logró escapar andando.

El inspector joven mira a Cañas y le pregunta:

—¿Su investigador no puede evitar ser así?

—No lo quiere evitar.

—Pensé que estarían satisfechos.

—Es que llevamos un tiempo detrás de Braulio —dice Cañas—. Nos aprieta el juzgado, la prensa y esto, bueno... convengamos que ha sido sorpresivo.

—Estamos al tanto de lo de Carla Gómez, de la cabeza en la bolsa...

—¿Ha confirmado su relación con el asunto? —Martín se vuelve loco intentando ver por la puerta entornada de la estancia dónde se sienta Braulio—. ¿Los acompañantes?

—Sus letrados.

—Que ya nos íbamos. —Los trajes, raudos en cuanto detectan la presencia solicitada, abandonan el despacho con los maletines—. Todo suyo.

Al pasar, Cañas los mira con el desaire que le permite el cargo de inspector. Hay muchos picapleitos que no preparan bien sus casos, pero advierte que ellos no encajan en ese molde. Si se marchan, es por algo que comienza a intuir. Los bufetes mediáticos viven mucho mejor del delito que los agentes de policía.

—Mis prejuicios me ahorran mucho tiempo con los abogados —dice Cañas después—. Quiero estar presente en el interrogatorio, compañero.

—Me gustaría que mejor viniese conmigo arriba —contesta el otro inspector—. Hemos de tratar un breve asunto en jefatura mientras su hombre y Braulio charlan.

Cañas dobla el ceño.

No será un interrogatorio y entonces nada bueno puede ser.

—Sí, le acompaño.

—¿Así de fácil? —pregunta Martín.

Recibe la ceja alzada de su superior.

En realidad, una seña sobre si no puede adivinar lo que sucede.

—Pues así de fácil —contesta Cañas.

Sube a jefatura cuando su investigador le devuelve una mirada bovina.

—¿Qué pasa?, ¿que solo los tontos preguntamos por el truco?

Toni los espera fuera del edificio. Primer día que sale sin su sombrero. El pelo le ha crecido lo suficiente como para no tener que preocuparse por los puntos en la cabeza. Chupa, besa incluso, el cigarro electrónico con nuevo sabor a menta, y a punto está de conseguir un corazón exhalando el vapor. En el último momento, las líneas de humo se descomponen en espirales amorfas. Después, tras sus gafas de sol de espejo, observa como un autómata a los coches que cruzan delante del complejo policial. Cuántos posibles clientes para una buena multa. A continuación clava la vista en el margen de la calzada. Ya se había fijado antes en la motocicleta hecha polvo y detenida en el arcén, pero con el motor en marcha. El piloto no se quita el casco integral ni los guantes, recalentándose bajo los rutinarios cuarenta grados. Aquello incumple unas cuantas normas del reglamento de tráfico y Toni intuye una espera larga por el semblante de Cañas y Martín al entrar.

Conque decide trabajar un poco.

Un policía aburrido piensa muchas tonterías.

—Caballero —dice al piloto mientras cruza la carretera—. Caballero, no puede detenerse ahí.

Héctor lo mira como a un insecto, pero no se nota bajo su visera ahumada.

—Enseguida me voy —contesta tras unos segundos.

—¿Disculpe? —Toni no le ha entendido con el ruido del tráfico—. Le repito que no puede detenerse ahí.

—Enseguida me voy. —Dos octavas más alto.

Toni guarda el cigarro electrónico y coloca sus brazos en jarra.

—Ahora mismo si no quiere una multa, caballero.

Le enseña la placa.

El casco se voltea hacia el complejo de Canillas. Por alguna razón, ha dejado de enfocar al agente que lo interpela y repasa aquel mastodonte de ladrillos y cristales, de banderas de España y de Europa. Las instalaciones policiales más grandes del país, con cuatro mil agentes trabajando en su interior. Ahí están los despachos de la Dirección General de la Policía Nacional y las unidades importantes,

como la UDEF para blanqueo de capitales o la UDYCO para narcotráfico. También algunas secciones de la misma Policía Judicial ocupan sus espacios. Cualquier servicio a disposición, salvo un gimnasio que llevan años reclamando.

Héctor apoya los codos sobre el manillar.

Una posición confortable para negar con la cabeza.

Y Toni siente mucho calor en la suya.

—De acuerdo, enséñeme su documentación y la del vehículo. —Toni describe un giro alrededor de la moto—. Necesito los papeles de homologación de estos intermitentes llenos de mierda y del guardabarros trasero. Seguro que no pasa la ITV con ellos. —Pero Héctor no se mueve—. Inmediatamente, caballero.

—No tengo documentación.

—¿Se la ha dejado en el domicilio?

—Yo nunca tuve ni apellido.

Toni pega el último bufido de su paciencia.

—O me enseña la documentación o tendrá que acompañarme a comisaría para filiarlo. Y luego le pondré tantas multas que no sacará del depósito este hierro oxidado que conduce nunca más. ¿Estamos, caballero?

—Me marcharé en cuanto vea lo que quiero ver.

Toni agarra la extensible enfundada en su pantalón corto.

La saca y la golpea contra el suelo.

—Caballero...

La porra gana los treinta centímetros de longitud.

—¿Caballero, qué?

—Su documentación.

Ante aquello, Héctor le pregunta con calma:

—¿Y tú tienes domicilio?

En ese momento, los abogados salen del edificio sin su cliente. Héctor entiende lo que acaba de suceder y aprieta el manillar. Ronronea de forma imperceptible, como si una emoción estuviera cerca de embargarlo, y gira la llave del contacto lateral de la moto. Mete un acelerón sin marcha puesta para asustar todavía más a Toni con el tubo de escape, que tampoco está homologado para pasar la ITV.

—¿Tienes domicilio? —le vuelve a preguntar.

—Sí. —Toni no sabe qué hacer con el segundo acelerón sin marcha puesta—. Y novia.

—No se puede responder tan rápido con una mentira. —La expresión de Héctor, bajo el casco, es furiosa—. Pues dale un beso al llegar y anota este punto en el mapa de Madrid, porque encontraste a

un monstruo.

Parece que proyectan las fotos de la vida de Toni en su cara.

—¿Qué?

Héctor acelera.

—¡Y sobreviviste!

28

—Hola, agente Melgar.

Entre Martín y Braulio hay un tablero de tres de metros de largo por dos de ancho y una botella de agua con un vaso de plástico. También el resentimiento creciente desde los saludos del entierro. Como a casi todos, a Martín no le importa tanto resolver el crimen como imponer su método al del delincuente, al del hombre del que, parece, sospechó demasiado poco. Una búsqueda como esa se suele convertir en algo personal. Y en lo personal, la policía siempre tiene que ganar. Es para lo que los han formado y es en lo que cualquier vecino confía. Al investigador se le ocurren una docena de situaciones en las que aquello no se cumple, pero seguro que Braulio escogerá la idónea para su caso.

—Al fin nos encontramos —dice Martín.

—Sí —contesta Braulio.

—¿Ha visto en los periódicos a su chófer?

—No suelo leer la prensa.

—Tenía muy mala cara en la bolsa.

—Supongo que la cara de cualquiera en esa situación.

—¿Tampoco ha visto las noticias sobre Carla Gómez?

—La verdad es que no.

Martín casi se indigna por aquellos rodeos iniciales, que considera de mala educación, de detenido primerizo que no sabe ni cómo poner el pulgar en el tampón de tinta. Y a lo mejor se lo merece por tardar tanto en llegar hasta él.

—Braulio da Costa, tengo medio Código Penal para elegir contra usted.

—Ah, eso mismo dijo una buena amiga.

Martín recuenta con ayuda de los dedos:

—Proxeneta de los edificios de burdeles más conocidos de la ciudad, blanqueo de capitales por los beneficios que coloca en sociedades pantalla y a saber cuántos delitos contra la vida —el investigador recuerda el aborto de Luciana—, extorsión o secuestro a lo largo de estas décadas. —Baja la mano del recuento—. Desconozco qué ha querido montar entregándose a mis compañeros, pero son hechos muy graves en cualquier comisaría.

Braulio intenta salivar su boca y no lo consigue.

—¿Puedo beber?

—Solo hay un vaso, ¿no?

Braulio agarra la botella de agua. El pulso le tiembla, pero Martín detecta que no por nervios. Serán la edad y las pastillas de Sintrom. Está tranquilo, como si aquella fuese una cháchara de sobremesa. Llena el vaso hasta la mitad, bebe con extrema moderación y, al bajarlo, lo dobla un poco por los extremos.

—No lo imaginaba así, agente Melgar. Aún es un hombre apuesto, con esas manos finas que tanto gesticulan. Y pese al trabajo que le fatiga el rostro, tiene un aire simpático. Si me fijo bien, diría que ojos tristes en facciones de niño. Con lo que le pido que paladee el momento.

—Lo estoy haciendo, créame.

—Y que me acuse de ser el responsable de lo de Carla, de la bolsa con la cabeza, de todo lo que ha pasado en esos burdeles.

—Solo podré repetirlo como siga con esa carrerilla.

—De la legión de prostitutas enganchadas a la heroína, de las que me pedían que les sacara a sus bebés de las entrañas, de las que antes se dejaban quemar el brazo por una moneda de veinticinco pesetas o ahora de un euro. Y puede seguir con las comisiones que cobro con todo lo que se mueve a través de ellas. Esas chicas tocan mucho dinero, aunque rara vez es propio.

—No quiero hacerme ilusiones, pero ¿comisiones de drogas?

—De drogas, por supuesto.

—Paladeo el momento.

—Hay drogas por todas partes como para negarme un porcentaje. Y de las cajas de las discotecas y bares de la zona, de los pedidos al supermercado, del consultorio médico, de lo que pagan para que las metan en España, de sus trámites de residencia posteriores, de las mordidas de las empresas que fingen contratarlas una vez legalizadas…

—¿Seguro que no necesita a esos dos abogados?

Braulio se sirve otro vaso de agua.

—Cobran quinientos euros la hora. Estoy bien sin ellos.

—Voy a acabar esta pantomima y escribir su declaración —dice Martín— con o sin picapleitos, porque yo mismo aseguraré a la jueza que fue una confesión espontánea. ¿Se entera? No sacará ni un mes de rebaja en su condena por estas palabras.

—Su momento ya ha pasado. ¿Le ha sabido bien?

—¿Es que quizá esté senil?

—Ojalá lo estuviera. Así me dejarían en paz en mi jardín… Mire, no he inventado nada. Cuando llegué a la zona de Legazpi ya existían los

burdeles de la Colonia del Pico del Pañuelo, unos edificios construidos por Primo de Rivera en los años veinte. Abarcaban tramos del paseo de las Delicias, del de Choperas y la calle Guillermo de Osma. Los chulapos pusieron ahí a sus chicas y comenzaron a abrir nuevos bares cada semana, llenos de buscavidas haciendo de enlace con los clientes. Ni había horario para esos tugurios. Siempre abiertos. Recuerdo…

—De verdad que se puede ahorrar la batallita.

—Es solo una introducción —dice Braulio—. Recuerdo que, hace unos cuarenta años, la asociación vecinal llevó el asunto a los tribunales, pero el juez escribió aquello de que la prostitución en este país no es legal ni ilegal. Y tomé nota de la sentencia para poner orden en el barrio. Me costó… me costó. Muchas navajas, muchas comisiones. Claro que, desde mis tiempos de contrabandista, estaba bien conectado con las pistolas y pagaba un sueldo digno a los matones. A partir de ahí he podido, aun con los problemas típicos del negocio, mantener el orden.

—Los juzgados precintan sus pisos mediante desahucios.

—Algunas facturas ya no merecían pagarse, aunque antes habló de blanqueo de capitales. Pregunte eso a los testaferros, si los encuentra.

—No investigo delitos económicos.

Braulio se ríe, por primera vez con desconsideración.

—Creí que esa tontería la decían en los despachos de abogados caros como los que me asistieron. Delitos económicos… Así creen que son más éticos por defender la corrupción de un concejal antes que la paliza de un chiflado. Resulta casi imposible encontrar un crimen en el que no esté detrás el dinero y me viene aquí con esa dignidad de policía de Homicidios.

—Hay unidades especiales para el blanqueo de capitales, pero esos policías no salen de la oficina. Calentar la silla no es lo mío.

—Blanquear capitales significa responder bien a determinadas preguntas o no ponerse en posición de responderlas.

—Hacerlo con sus BMW y Mercedes no resulta tan sofisticado como quiere creer.

—Quizá le parezco el típico que se pasa el día diciendo «hay que liquidar a este o a este otro», por respeto, por venganza o cualquier concepto de esos caros, y que así vendo vehículos para ingresar cuatro euros mientras mis billetes se pudren en un sótano. Sin embargo, hoy hasta el tema de los coches presenta beneficios que ni imagina. En España ya no se pueden pagar más de dos mil quinientos euros al contado, pero en Alemania sí. Hasta cincuenta mil. Entonces nuestras operaciones son fáciles.

—¿Otra confesión?

—Otra lección gratis. Mis testaferros, paletos del barrio en su mayoría, a veces de Ecuador o hasta de Argelia, tienen sus sociedades en Múnich. A través de ellas compramos coches a los concesionarios de allí con el dinero negro. Luego enviamos los vehículos a Madrid en cesión de venta y otro de mis hombres los compra. El que vende se queda la comisión correspondiente y el resto del montante regresa a Alemania legalizado. Y lo habrá deducido...

—La comisión es suya.

—Y el dinero blanqueado en el banco alemán también.

—¿Para qué me cuenta esto?

—Para que comprenda lo que logran los juzgados que precintan mis pisos.

El rostro de Martín tenso en su propia hilaridad.

—No se guarde nada, por favor —dice después—. Vuelva a iluminarme.

—Logran mover los burdeles a otro lado más lejano al centro. Cruzando el Manzanares, qué remedio. ¿No le informan? Decenas de cuchitriles recién abiertos por Vicálvaro. Nadie lo ha impedido y ahora pasarán cuarenta años más hasta que los cierren. Cuando, de nuevo, los moverán a otro lugar. Eso es lo que siempre han hecho los ayuntamientos, los juzgados, los policías... Mover lo que consideran basura cuando huele en sus narices. Solo moverlo. Mientras, el dinero que sale de ahí se sigue usando en todas partes y levanta edificios tan grandes como este. Son unos farsantes. Igual que yo.

—Tal vez se puede elegir ser prostituta, pero no ser una prostituta obligada y explotada.

—¿Cree que las escorts que cobran mil euros la hora en las mansiones de la Finca están solas en el universo?

Martín simula unos tijeretazos con los dedos para cortar la conversación.

—Le reconozco su labia, pero no volverá a pisar la calle.

—Volveré a pisar la calle en un rato.

Se oye una discusión creciente fuera de la sala, en el pasillo.

—A su edad —dice Martín—, aspira a que lo trasladen a algún hospital cuando no pueda ni sostenerse en pie. De ahí, vuelta a la celda o a la morgue. Este es su final.

Braulio toquetea su anillo de sello.

Hace ademán de cambiárselo de dedo, pero acaba dejándolo donde está.

—Me gusta esa determinación, agente Melgar. Hasta admitiría que entiendo su punto de vista, pero permítame un pronóstico sobre lo que sucederá a partir de ahora.

Martín se retuerce en la silla, a punto de perder la paciencia.

—Ve el futuro mientras recuerda el pasado.

—Es que el futuro resulta una réplica del pasado.

—Lo curioso es que casi habla igual que un amigo mío.

—¿Igual que Alfredo Cañas? Viejo conocido de confidencias y una sorpresa agradable que estuviese buscándome. —Ahora Braulio apoya los brazos en la mesa—. Se adquiere la misma sabiduría tras una vida de policía que tras una de criminal, por eso hablaremos parecido. Y mi pronóstico es que en esa discusión del pasillo, de la que oímos un rumor, varios inspectores convencen a Cañas de que no estaba haciendo un mal trabajo, de que tiró de la cuerda correcta y había mucho atado al otro lado. Aunque eso era objeto de una operación en la que aquí llevan trabajando meses otras unidades y en la que seré el testigo de cargo más importante.

—Delira.

—Entonces entrará Cañas a decirle que salga de este despacho, que lo acompañe al aparcamiento donde está su coche. Que Braulio da Costa queda libre, que es el delincuente de la casa, de confianza, alguien que administró durante décadas su negocio y lo mantuvo con no tantas molestias. Pero que han llegado mafias extranjeras que ganan millones de euros al día y generan un sinfín de dificultades por Madrid. Ni podría asimilar cómo manejan ellas su dinero a través de internet, y lo que matan, y cómo matan, para lograrlo. Y casualmente mantengo contacto profesional con sus capos, porque al final me consultan asuntos que no se puede ni imaginar. Llevo aquí mucho más tiempo que ellos. El delincuente que podemos asumir… Eso es lo que piensan las nuevas mafias y la policía de mi figura. Me ven con los mismos ojos. ¿Por qué será?

—De-li-ra.

—Y Cañas le dirá luego que, a cambio, he dado las señas del responsable del homicidio de Miguel Linares, el nombre que pongo a la cabeza de la bolsa. El asesino es un individuo al que llaman Héctor, expulsado de todos y cada uno de los clubes de moteros criminales, esos que llevan el parche del 1% y tienen secciones en cualquier ciudad del mundo. ¿A qué clase de tipejo echan de clubes muy peligrosos por ser demasiado peligroso? Al que busca y es capaz de matar a una adolescente porque quizá aquel día no le gustaba el color del cielo. Ahí tiene su excepción. No creo que haya dinero detrás de ese asesinato. Y ha vuelto a su barrio. No lo encontrará en ningún registro, aunque nació en los burdeles de las Delicias.

—Héctor qué… pero qué…

—Y Cañas también le dirá que pondrán muchos agentes a su cargo,

que las mejores unidades colaborarán para encontrarlo y que así la prensa dará por fin una buena noticia del caso. Entre todos harán de Madrid un sitio mejor. Sueñe el titular: «Detenido el asesino de la glorieta de San Víctor». Hasta puede que en unos años alguien recuerde su trabajo. No su nombre, su trabajo. Solo a los villanos como yo se los recuerda por el nombre.

—Está absolutamente loco si cree que va a suceder eso.

—Y Cañas terminará diciéndole que esos datos los mandarán en un informe que tendrá que unir al atestado final para la jueza de instrucción 17. Esa mujer pequeñita, pero con tan mala hostia. Entretanto, yo quedo libre y sin cargos. Este es el precio de su integridad. ¿Lo va a pagar?

La discusión fuera, en los pasillos, sube de volumen.

—Alfredo Cañas nunca lo haría —dice Martín.

—Claro que lo va a pagar —resuelve Braulio—. No tiene otra opción.

Hay un golpe de frustración en la puerta y la discusión baja hasta quedar en susurro, del que Martín sigue sin poder identificar las palabras.

—Agente Melgar…

—Renunciaré a la placa si…

—Cuidado con la segunda parte de la frase —dice Braulio—. El secreto para durar en esto es no declararse la guerra a uno mismo. Y ya va a aprender mi última lección para su futuro: a veces la policía no puede ni quiere ganar.

Se abre la puerta del despacho.

—No, no, no… —murmura Martín.

Entra Cañas, proyectando su mano al oído derecho.

Su pitido es casi ensordecedor.

—Martín —le dice—, sal, por favor.

—No, no, no… —sigue murmurando Martín.

—Tenemos que hablar.

29

Luisa mira con gesto serio a las chicas del rellano.

Primera planta, portal 127.

Ninguna se le acerca a reprochar su presencia, ni siquiera a preguntar por qué, donde las mujeres ajenas al negocio jamás fueron bienvenidas. Luisa sube las escaleras con desaire estudiado, pero no se cree mejor que nadie. Solo ha de aparentarlo el instante después de que ellas le den un consentimiento tácito. Algún motivo tendrá para entrar en el edificio. Seguramente el mismo que un día la llevó a salir de él.

En la segunda planta encuentra las tres puertas precintadas y el único piso operativo con la suya entornada. La empuja sin golpear la aldaba. El pomo rebota en la pared. Tiene un manchón, pronto boquete, de esa rozadura. Un tope despegado corre por el suelo igual que una canica.

—Ya voy. —Escucha a Clotilde desde el pasillo.

Luisa observa cómo varias mujeres salen de sus habitaciones. Una lleva un balde con ropa interior fosforescente, otra habla por videollamada y la rubia remueve una infusión. Luciana alza una ceja al comprobar que no se trata de más clientela. Es la única que ha mostrado una educada incertidumbre por aquella presencia. Después, recuerda la conversación con Martín y se mete en su cuarto. Y se queda ahí, con la oreja pegada, como si tuviese una oportunidad de escuchar lo que esa mujer va a tratar con la encargada.

—Disculpe que... —Clotilde sube la vista cuando llega al recibidor—. Vaya, no es un cliente, ¿verdad? —De primeras, no le agrada la sorpresa y no puede disimularlo—. Jamás pensé que volvería a verte aquí.

Luisa ya ha escuchado esa frase más de lo que le gustaría.

—¿Cómo estás, Clotilde?

Cabecea como respuesta de que, al menos, está. Luego trata de aparentar alegría por ese interés y ensancha su sonrisa. Todos los sentimientos se pueden imitar. Clotilde enciende un cigarro que coloca al final de su boquilla. Nunca ha habido mala sangre entre ellas.

—Tal como me dejaste en los noventa —contesta Clotilde—, pero ¿más arrugada?

Luisa le acaricia el pelo, aún sedoso en sus tirabuzones.

—Yo te veo bonita.

Clotilde le aparta la mano.

—Queda claro que las realmente bonitas no duran mucho en este sitio.

—¿Así que ahora mandas tú en el piso?

—En la regencia. La promoción habitual de nuestro trabajo.

—Seguro que eres una buena encargada.

—Habrías de preguntárselo a mis chicas. Lo que puedo jurar es que soy mejor que la que tuvimos nosotras y que, quizá, me han puesto un mote más cariñoso.

—De vez en cuando me acuerdo de esa zorra. —Luisa modula una voz aguda, casi ridícula—: «Con tus ojeras no te contratarán ni en el carrito de castañas de la esquina».

—¿Y qué me dices de aquel tema de pisar?

—Las lecciones de pisadas, ¿cómo no?

Clotilde consigue una voz todavía más aguda:

—«En París, a las vedetes les sobra con saber pisar. Un pie delante del plano del otro». —Imita unos pasos torpes de ida y vuelta—. «Atentas al garbo, no os lo van a enseñar en la discoteca o en la universidad... Un pie delante del...». —Clotilde llega a la altura de Luisa y le deja un beso en la mejilla—. Siento lo de tu niña. Me enteré a la semana, aunque... tantos años... No tenía ni cómo hacerte llegar el pésame.

Luisa, protocolaria, logra que dos ganchos tiren de sus labios.

—Apuesto a que sigues teniendo una botella de jerez esperando por mí.

—Ya no bebo como antes, ¿eh?

Luisa se dirige a la cocina sin necesidad de invitaciones.

—Yo tampoco... Yo tampoco.

Al final del pasillo, después del cuarto de la lavadora, hay una gran cocina con suelo alicatado de verde. Todavía dispone de la misma mesa cojitranca con cuatro sillas, de los mismos hornillos, del mismo frigorífico y de la misma cafetera que agita una chica, desesperada porque la han vuelto a dejar sin su dosis de cafeína. Clotilde le indica algo en un idioma encriptado y la chica abandona la estancia. A continuación la encargada saca unas copas modernistas, trasluz azulado, de la alacena superior. Las coloca en la mesa recién despejada. Vuelve a un estante inferior y, tras apartar un brik de vino que suele echarse al coleto en tardes malas, enseña una botella de jerez a la mitad.

La sitúa al lado de las copas y de unas piezas de fruta.

Clotilde estudia el bodegón.

—Me da pena deshacer el cuadro, pero vamos a la azotea.
—Como en los viejos tiempos —dice Luisa.
Luciana las observa marcharse cuando ya le ofrecen la espalda.
Eso merecerá, por si acaso, una llamada a aquel policía.
Y más de cincuenta euros. Mucho más.

Escaleras.
La tercera planta está desmantelada. Cierres de metal, de los que se venden como «antiocupas», atornillados a los marcos de las puertas y bajo el precinto amarillo de los desahucios judiciales. Sin embargo, en la cuarta siguen todos los inmuebles abiertos. En el rellano hay una mujer con una caja de cambio propia de rifa de pueblo. Y en ese momento sale un grupo de chinos de uno de los pisos. Intercambio de monedas, golpes de voz, leves negativas de cabeza. El último se queja de la actitud de una chica ahí dentro. Es de la opinión de que ese trabajo se elige y entonces ha de estar con mejor disposición de la que él enseña en el bazar. No comprende que los embistes a aquellas piernas abiertas tampoco deben ser un contrato de compraventa entre iguales.
El grupo de chinos se marcha.
Uno roza el pelo de Luisa y ella lo separa de un cachetazo.
Sus compañeros ríen mientras bajan las escaleras.
—Esta es la que más o menos sabe hablar castellano. —Clotilde señala a la mujer de la caja—. No sé para qué la ponen aquí si por cada cien chinos viene un español y esos enfermos siempre se hacen entender.
—Mucho trabajo —dice la de la caja—. Arriba siempre más trabajo.
—Tus clientes guardan la polla al lado de la cartera, como los míos —contesta Clotilde—. Pero los chinos tienen las dos cosas muy pequeñas.
Luego, cuando la de la caja sigue contando monedas de cincuenta céntimos, Clotilde encabeza la subida de los últimos escalones. Agita las llaves del terrado y deja pasar a Luisa al exterior tras abrir la cerradura. Duda de si aquel gesto no marca una definitiva relación de sentimientos. ¿Qué ocurriría, en cambio, de recrear su pasado común sin ese sesgo afectivo? Lo único cierto es que las decisiones mentales tampoco volverían a transformar aquella realidad. Nada cambia el pasado. Solo se dispone de la enmienda y del perdón, pero casi nunca resultan suficientes. ¿Y la venganza?
Azotea.

La omnipresente ola de calor.

Allí, tres cuerdas atestadas de ropa de cama recién lavada, un cubo de basura semivacío y varias sillas de Coca-Cola de las antiguas, rojas y con las letras borroneadas por el paso del tiempo. El horizonte presenta su colección de cubiertas de uralita, depósitos de agua y otros terrados idénticos que se alinean hasta confundirse con la línea encarnada que fragmenta el cielo. Vuelven a intuirse las torres KIO con reflejos cobrizos.

—¿Vas a soltar tu frase? —pregunta Clotilde.

—No sé si me saldrá igual.

—Oh, por favor.

—Dame gasolina entonces.

Luisa pide que primero le sirva vino.

Cuando ve el cristal tintado, ensancha los brazos y dice con voz ronca:

—Por fin nos vemos las caras, Madrid.

Ambas ríen entre algodones y fracasos. Fueron algo casi milagroso, pero la inercia resultó tan apabullante que, poco después de entrar en los burdeles, terminaron por aceptar sus roles. Los únicos que, en realidad, podían aceptar con deudas, aquellos físicos turgentes y el mal chiste que les pagaban por fregar escaleras.

Hasta que llegó Frankie.

Coincidía con Luisa en el bar de la esquina con Guillermo de Osma. Un antro de tragaperras, brandi y humo de tabaco con «grifa», como decían en la época, que ensuciaba cualquier perspectiva. Acudían legionarios a revender el hachís filamentoso, nada que ver con las fichas duras y envenenadas de amoniaco que ofertaban los camellos madrileños. Frankie acompañaba allí a su hermano mayor algunas noches, pero tenía mejor porte que el resto de los hombres juntos y era el único que no se acercaba a Luisa con proposiciones roñosas. Al final se acercó con la más inocente: acompañarla a casa cuando el bar cerrase. Luisa se convenció de que mejor sería liquidar el siempre incómodo asunto del amor. Lo dejó caminar un centenar de metros a su lado y, cuando llegó al 133, le advirtió de que esa era su casa. Frankie cayó en la cuenta y arrugó el ceño un par de segundos. Después le dio un pequeño beso en los labios. De esos de quinceañero. Mientras Luisa se despedía para siempre, él preguntó si podía volver a acompañarla mañana.

—¿Has visitado a Braulio? —pregunta Clotilde.

—Pasé a saludarlo tras el entierro —contesta Luisa.

—Me encantaría haber visto cómo le brillaron los ojos. —Clotilde prueba el vino—. Siempre lo tuviste donde quisiste, Luisa.

—Lo quería tener lejos antes de lo que lo conseguí.

—Recuerdo que hasta yo elegía tus vestidos —dice Clotilde, con sorbos que puntúan su conversación—. Si luego no te gustaban, en vez de descambiarlos me los regalaba a mí. Dudo que a eso lo podamos llamar «regalo».

—¿Las joyas?

—Esas las elegía él, cariño.

—Mejor, porque las empeñé todas hace mucho.

En aquellos años, Luisa también logró que Braulio nunca alcanzase la certeza de que habría una próxima vez. Le permitía sus bandejas de desayuno inglés, pendientes, vestidos o entradas para el teatro por un simple interrogante. Como si cada velada que pasaban juntos fuese garantía de que debería conquistarla a la mañana siguiente. Cualquier mérito borrado tras el sueño y Braulio recorría todo el camino para que, entonces y solo por esa noche, volvieran a compartir unas horas.

—Lo fui a ver por si sabía algo de Carla —dice Luisa evitando más rodeos.

—Será muchas cosas, pero un asesino de niñas...

—Mira alrededor y haz memoria. Siempre fue un asesino.

—Bueno. —Clotilde se pone a fumar de manera compulsiva—. No puedo ayudarte con...

—¿Ha vuelto Héctor por el barrio?

El cigarro de Clotilde se desencaja de la boquilla tras la pregunta. Se agacha a recogerlo, pero luego decide aplastarlo contra el suelo. Desenfunda otro y se lo echa a la boca; lo enciende mal, pega tres caladas y ha de rotar el filtro para dar lumbre a la parte sin prender. Mastica los lados de su lengua con los molares. Hace patente el mayor trauma.

—Nunca sabemos dónde están realmente nuestros hijos. ¿Te suena esa sensación, Luisa?

—No nos pongamos a comparar.

Clotilde asiente con algo de diplomacia.

Claro que no los puede comparar: Edu al menos tuvo una familia.

Ella fue madre demasiado joven y demasiado vieja para aquel lugar y tal vez por eso no tuvo la suerte de su compañera. No surgió el salvador en forma de boxeador, de mecánico, ni siquiera de aquel taxista que tanto la rondaba y se retiró cuando vio que cargaba con un niño extraño y arisco.

—De saber algo de... No... ¿Qué voy a saber dónde está Héctor? Vino a pedirme dinero hace un par de meses. Lo creía en alguna cárcel o en alguna cuneta, y lo primero que hizo tras presentarse aquí fue pedirme dinero. Ni una..., ya no digo un beso o una caricia, ni una

pregunta sobre los últimos años. Nada… Nada. Ahora lleva desaparecido un tiempo. Aunque no pienses que… Eso es impensable hasta para él.

—Braulio sabía que merodeaba por aquí.

—Llegó pidiéndole favores. Luego tuvieron algún desacuerdo que no me han contado y Héctor le robó el pago de unas semanas. —Clotilde retuerce los brazos a la defensiva—. Si le arrancó la cabeza al otro desgraciado, sería porque era esa o la suya la que iba a aparecer en una bolsa. Y para elegir entre dos psicópatas, mejor que no haya sido la de mi hijo.

—¿Ya intuye que también es hijo de Braulio?

Clotilde rellena maquinalmente su copa.

—Se lo confesé tras cuarenta años. —Bebe un trago largo—. Llevaba tiempo sospechándolo y no pude negárselo más.

—¿Cuándo le robaba su dinero?

—Fui estúpida de pensar que quizá eso lo haría reflexionar.

—¿Sobre no robarle? ¿Sobre… su vida?

—No puedo enfurecerme con él, Luisa. Se crio en este edificio. El único niño que, por gracia del padre, podía vivir con una de sus putas. Me pasé aquellos años escondiéndolo de Servicios Sociales, intentando darle una educación cuando yo apenas sabía leer o cuando solo la veía en las películas en blanco y negro. Está claro que me equivoqué. En la época… En la época salvaje —a Clotilde se le humedecen los ojos—, prefería ocultarlo bajo la cama mientras hacía el servicio a dejarlo en las habitaciones de aquellas yonquis. Está loco y nadie le puede culpar por ello. No adivino qué piensa su mente, qué tiene por cierto o a quién encontrará cuando se pone delante del espejo. Lo he reflexionado muchas veces… Es una bala perdida en un tiroteo, un rayo que cae en mitad de tu casa, una ola que te arrastra por sorpresa… Hay que juzgarlo igual. Solo puedes tener la suerte de no encontrártelo.

—¿Y es impensable que se encontrase con Carla?

—No sé si…

—Si ella tuvo esa suerte.

Clotilde avanza hasta la posición de Luisa.

Espumarajos de saliva en los labios.

—¡Es mi hijo!

Luisa no quiere enfrentarse a la mirada ni a los argumentos de una madre.

—Lo entiendo, Clotilde. Cada uno vuelve de la feria como vuelve.

—Ojalá alguien lo hubiera matado también a él a los catorce años. —Rechina los dientes—. ¿Te puedo pedir que te vayas?

Luisa deja su vino en la mano libre de Clotilde, que no reúne el valor necesario para devolver el desplante o lo tiene reservado para miedos más importantes. Queda en una expresión muy suya, con la que no se identifica si está enfrascada en una reflexión o solo ausente. Entretanto, Luisa encara la salida para bajar a la calle y se gira hacia su antigua compañera. Ella, al contrario, no va a quedarse atrapada en la tragedia.

Prefiere el arrojo de la que lo tiene todo claro.

—Espero que sigas guardando tu pistolita de bolso, como la llamabas, de aquella época salvaje.

—Vete, Luisa.

—A Carla la mataron con una de ese calibre. El que lo hizo tuvo que acercarse mucho a su frente para poder atravesarla. —Simula el arma con su mano, igual que la forense—. Y disparar a bocajarro.

Clotilde cae en la tela de araña que le ha tejido.

—Vete.

Y Luisa recuerda el símil que le acaba de hacer con balas perdidas, rayos fulminantes, olas que te arrastran mar adentro. Toda suerte de casualidades ante las que solo queda preguntarse por qué se coló ahí la desgracia y, quizá, declamar para los dioses que, hasta ahora, sobrevivían respondiendo con un silencio.

Después, se despide:

—Por tu razonamiento, sabes que no será nada personal.

Horas después.

Clotilde mira a ambos lados al salir a la calle. Paranoica, pero no determina si lo suficiente. Encuentra la estampa habitual de esas noches de verano: gente alrededor del kebab, pandillas charlando en círculos con quintos de cerveza y los individuos de siempre forrados de bajón, que no se adivina si empiezan la noche o terminan la anterior. Cruza la carretera con sus bolsas del súper. Carga naranjas, pastel de maíz y unas arepas con carne. Cada pocos metros se detiene, echa un vistazo a los escaparates y desarrolla los tics de la contravigilancia. Rodea el mercado del barrio y jura que nadie la sigue, como el resto de los días durante dos meses. Saluda al señor del estanco y se adentra en la plaza José de Villarreal.

Ignora a una pareja que le dice algo desde su ciclomotor y se mete en un almacén de muebles viejos.

A continuación desciende al sótano.

En la otra esquina de la placita, Luisa asiente bajo una vieja camiseta con capucha de Frankie. Logo Lonsdale en el pecho, ribetes

en las mangas, dos cordones para ajustar el cuello. Un latigazo de desprecio en sus ojos. Las madres suelen tener el mismo punto débil y aquello debe de ser lo que parece, como casi todo. Pierde la vista por el cielo, tal que las estrellas no estuvieran en orden, y se convence del hallazgo.

Una paletada de cal viva y la historia termina.

Queda por saber quién estará debajo.

30

—Y cualquier duda deberéis comentarla con el jefe de equipo.

Cañas señala a Martín tras la arenga a la docena de nuevos investigadores que trabajarán en el asesinato de Carla y su conexión con Miguel Linares o, como ya se le conoce allí, la Cabecita. Los inspectores del complejo de Canillas han cumplido su parte con los refuerzos.

—¿Jefe de equipo?

—Aquí estoy.

Martín levanta la mano, entre abrumado y asqueado por la compañía. Le han reclutado a cualquier cliché de series de policías. El justiciero de calle, el introspectivo de la Científica, la resolutiva de Informática o el veterano que mira a los demás como si el pescado no estuviese fresco. Pero de las series de televisión hay que saltar a la realidad manchada de vísceras, de los casos siempre solventados a los fracasos algo recurrentes y del verso libre de esos guiones a la cadena de mando que, a menudo, lo convierte todo en un pliego de formularios al juzgado. Los expedientes de Martín ignoran sus críticas del momento en que nacen y, a la vista está, tampoco ejerce la influencia deseada sobre su desarrollo. Por ahora se limita a anotar palabras en su libreta, pero no es más que un truco de baja estofa para que los compañeros crean que, de la perorata de Cañas, hay mucho que apuntar y, sin embargo, no son tan hábiles como él.

Cañas se despide y parte cabizbajo a la oficina de la que, hace no tanto, semejaba salir años más joven. Aquellas son sus últimas palabras a esos hombres y mujeres con rasgos esbozados para folletos policiales, únete al cuerpo, a los que la juventud se les pierde por la mirada.

Martín y Toni dan las palmadas de cierre que significan «a trabajar».

Luego siguen al inspector. Pero, antes de entrar en su despacho, Toni tiene la prudencia de quedarse fuera. Intuye que hay una conversación pendiente y no es con él. Por su parte, solo quiere comentar, quizá una tontería, lo del tipo parado con su moto enfrente del complejo de Canillas. Aunque habrá de salpimentar la anécdota para no pasar más vergüenza, de la que ya le carcome, al explicar por qué le permitió marcharse sin ser capaz de mover ni una ceja. Allí,

congelado a cuarenta grados sobre el arcén, diría que ridículo, con la extensible en la mano y las órdenes en el estómago mientras la Harley petardeaba. Una de esas circunstancias en las que adivina que nadie se sentirá en sintonía con él. Y viendo las caras de sus superiores, tampoco tiene el menor deseo de saber cuánto y cómo discreparán de lo que no ha hecho. Porque lo que no se hace siempre acecha más a un policía que lo que sí. Reconcome lo insuficiente, la conversación corta y no la larga, los silencios y no las explicaciones y, en general, que a un motero salido de algún inframundo no se le paren los pies cuando te desafía.

—Tú dirás, Martín —le da paso Cañas.

Martín casi se compadece del inspector mientras este toquetea sus pisapapeles de cristal. Tienen insectos atrapados en ámbar en una alegoría que a veces le ha explicado de forma confusa. Alfredo Cañas ha decidido poner la muesca definitiva a la lealtad. Lo ha reflexionado desde la noche en la que descubrieron la cabeza: pasará el tiempo que le quede intentando conocer a su mujer e intentando cosechar buenas frutas en la huerta de Colmenarejo. Ya no puede confiar en su cuerpo, ni pronto en su mente, para seguir con ese trabajo estricto. El mundo rebosa perezosos e incompetentes, pero él solo se ha vuelto viejo y nadie debe reprochárselo. Como Braulio. Como también le pasará a su investigador favorito, que lo analiza lleno de condescendencia sin saber que, con el paso del tiempo, muchos asuntos serán negociables para él.

—Siéntate ahí y arranca, coño. —Cañas apunta a una de las sillas Steelcase tapizadas que, muy de vez en cuando, ofrecía a sus interlocutores—. Para algo estaban, ¿no?

—Te suplico que aguantes unas semanas —dice Martín, sentado y directo—. Siempre que tus pitidos lo permitan.

Cañas se tira del extremo derecho del bigote con los dedos.

—El lunes que viene puede que ya esté aquí Ramírez.

—¿Has visto el guateque que nos han montado ahí fuera con los nuevos?

—Lo siento, Martín.

—No me jodas. ¿Te zumban los oídos ahora?

—No me han vuelto a zumbar desde lo de Braulio, así que eso debería darme alguna pista sobre lo que funciona mal. Nos pagan por investigar, ¿verdad? Pues parece una pista fiable. Me he hecho oficialmente mayor. No es que esté mayor como solían decir, es que lo soy. Y has comprobado cómo hasta la insignia nos revienta a veces el trabajo. No tengo fuerza para ganar más discusiones y por eso acepté el auxilio que ves.

Martín se rinde y agradece a su inspector haber llegado hasta ahí.

—Me portaré bien con Ramírez.

—No, no. Primero hazle sudar un poco gracias a tus delirios de artista.

—Supongo que me he labrado una fama.

—Me ha preguntado por ti antes que por cualquier otro. Al final eres un investigador competente y leal con tus cadáveres, a pesar de que nos ayuden tan poco como esa niña.

—Llegó la pericial de su móvil.

—La vi antes. Nada de relevancia.

—Ni una palabra que subrayar en sus redes sociales, chats o contactos. Era modélica, Alfredo.

—Modélica de verdad.

—Y eso ahora solo lo puedes saber de alguien si le destripas el teléfono.

—Vale que los muertos no rebaten conclusiones, pero Carla no ha dado siquiera una pista falsa desde que la conociste. —Cañas deja de pellizcar su bigote—. ¿Cuál es tu porcentaje de resueltos?

—Debo de superar el ocho de diez.

—E imaginemos que solo has mandado a un inocente a prisión de cada veinte de esos resueltos.

—Mierda, ¿qué inocentes...?

—Son buenos números y provienen de la testarudez. He visto a investigadores competentes cansarse con el paso del tiempo, bajar los brazos y desentenderse de la identidad del asesino. Y la identidad del asesino en muchas ocasiones es como... líquida.

—Líquida...

—Recuerda que estoy cansado, así que manipula mi discurso, por favor.

—Identidad líquida, entendido.

—Sí, incluso la que se condena a veinticinco años de cárcel en el último párrafo de una sentencia. A partir de que admitas esto, has de perfeccionar tu estilo volviéndote más corporativo. Por ejemplo, deja de hacer el numerito tomando notas sobre nada cuando hablo. Esos hombres y mujeres de ahí fuera son tus compañeros.

—De momento, tanto como las ratas de Asuntos internos.

—Pues cuando hayáis hecho migas, también cuida de Toni, porque su único pecado fue admirarte.

—No es un pecado, es una ingenuidad. —Y Martín repite—: Me portaré bien con Ramírez, prometido.

—La clave está en los buenos modales, Martín.

—Te aseguro que me morderé la lengua.

—No me malentiendas, que esto siempre se ofrece, pero recuerdo lo tranquilo que era todo en mi niñez.

—¿Con Franco?

—Con Franco, sí… Me habían enseñado a llevar las bolsas del mercado a las señoras, a dejar tu asiento del metro a cualquiera, a dar los buenos días, las buenas tardes y las buenas noches… Y entonces casi no había delitos. Cuando quise hacerme policía, pensaba que mediaría en problemas vecinales y, de vez en cuando, cogería a un ladrón, a un estafador, a gente simpática que te robaba. Después estalló la cuestión política y las calles andaban calientes por otros motivos, pero a continuación vinieron las drogas y en los primeros ochenta ya teníamos a toda clase de delincuentes en ellas, matando para venderlas o para comprarlas. Y juro que casi ningún chaval daba ya los buenos días. De ahí a un tirón al bolso de una anciana había menos recorrido. —Cañas coge uno de los insectos petrificados en ámbar—. El crimen es malo, las guerras conllevan muchos crímenes y vuelven malos a los que trabajamos en ellas, también a nosotros. Y la guerra contra las drogas no lo es tantas generaciones después. —Deja la pieza de ámbar otra vez sobre los papeles—. Porque sería la primera que dura para siempre. En la sombra del asesino de Carla también encontrarás drogas, no falla. Vi algo parecido a esto en 1978, cuando era investigador, como tú, muerte tras muerte en la ciudad y una persecución que… —Se calla.

Martín siente que su superior está tan atrapado como ese insecto.

Entonces Toni golpea la puerta.

—¡Creo que es importante! —grita al otro lado.

—Venga, Martín, no le hagas esperar.

Cañas quiere quitarse jerarquía y se pone a ordenar sus cajitas de mudanza.

Martín, pensativo y con otras cien dudas nuevas, regresa a la sala común para que Toni le agite en la cara un informe de la comisaría de Arganzuela. Consigue que su compañero vuelva al presente. Está deseando que alguien saque la misma conclusión de ese contenido que él.

—He pensado que te podría interesar, Martín.

El pequeño atestado, inconcluso, con alguna falta ortográfica sonrojante, colmado de interrogantes y especulaciones, queda encima de los diagramas del caso de Carla. Martín lee en diagonal el relato de los hechos. Una pelea más en la puerta de un after. Dos muchachos, uno enseña una pistola, moteros con sus navajas, aparece un individuo al que el teñido de azul llama «papá», noquea a los macarras como un profesional y, balas al aire mediante, escapan corriendo. Se alejan en

un coche antiguo, según los testigos. Búsqueda de sospechosos en punto muerto. Los noqueados no colaboran y la maraña de jóvenes responde, como era de esperar, con una maraña de datos contradictorios.

Martín admite que esa familia se lo empieza a poner difícil como para, en contra de su deseo, no detener a Frankie. Una vez cruzada la línea, ya no hay vuelta atrás. Si empieza a disparar al aire, cuestión de tiempo que termine disparando a quien considere culpable. Pero lo que más le escama es que semeje estar más cerca de resolver aquello que todo su equipo de investigadores.

Sí, Frankie ha tomado una decisión.

Y Martín también: pasará por su taller a que le arregle el coche gratis.

Fue el mecánico quien se lo propuso en el entierro.

—¿Estará relacionado? —pregunta Toni.

—Puede ser. —Martín le devuelve el atestado—. Las piezas encajan en el molde.

—¿No resulta bastante extraño?

—Eso me dirá el padre cuando le pregunte por la pelea. Que cómo puedo dar crédito a que el héroe del domingo sea un pobre hombre que arregla abolladuras para olvidar que su hija está en una caja de pino. Su problema es que no me engaña más. —Martín tira un gancho de izquierda al aire—. No siempre fue un mecánico desdichado.

—Hablando de cosas extrañas, el otro día en el complejo de Canillas tuve…

Martín no escucha a Toni, porque piensa en voz alta:

—Ha llegado el momento de visitar a nuestro amigo Coco.

Toni deberá encontrar otro momento para su anécdota.

—Se está haciendo de rogar.

—Por eso, o abre su boca de metal hoy mismo o doy parte a la UCRIF para que le anulen sus papeles de residencia. —Martín muestra el empuje de quien lo intentará hasta el final—. Nos vamos de disco, Toni.

Al rato, Cañas los observa en la calle desde el ventanal.

No hay investigación sin contradicciones. Da igual auténticas que imaginarias. No le importa diferenciarlas para saber que Martín no querrá detenerse hasta encerrar al asesino en el Centro Penitenciario Madrid IV, Navalcarnero. Por su parte, el inspector iniciará mañana el proceso de convertir su rutina de cuarenta años en un simple recuerdo. Algo que evocar, no que tocar. Le costará al principio,

aunque luego se acomodará en la sucesión de días libres, viajes de jubilados, la pereza como forma de resistencia cuando no tiene la obligación de ser productivo. Precisa mirar con más optimismo al futuro. Los horrores siempre han estado ahí y la civilización sigue avanzando, a pesar de los malos modales. No vendrá una catástrofe a arrasar lo que queda de su estancia en el mundo. Un virus en forma de pandemia o alguna tontería de esas. Jamás sucederá.

Cañas baja su persiana metálica como si también bajase el telón.

31

Coco pulsa el botón y el asiento se reclina.

Irreflexivamente, contempla la pantallita que hay en el respaldo del pasajero de delante, que también se mueve para encontrar su posición de dormir. El confort siempre esquivo en los Airbus de Iberia. Aquellos números cambian a medida que el aparato avanza en la imagen del mundo azul y verde, a veces moteado de marrón. Faltan cuatro horas para llegar a Santo Domingo, mil kilómetros por hora en velocidad crucero, seis mil metros de altitud, –62 grados de temperatura exterior. Desde que despegaron, el fugitivo escucha la misma queja del que se sienta tras él: los aviones son más incómodos y más lentos que hace cuarenta años, involución en el sector, ni rastro de aquellas cenas con cubiertos de metal.

La pantalla marca tres horas cincuenta y nueve minutos, misma velocidad de crucero, misma altitud, pero –63 grados.

Coco se pregunta si alguien puede sobrevivir a tal frío.

Los inviernos en Madrid ya le daban ganas de llorar.

A su lado, una niña recita las cifras como un robot. Juguetea con el monitor táctil y entonces también lo hace en millas y Fahrenheit. Su madre pone cara de circunstancias a Coco por la cantinela. Él le devuelve un guiño relajado. Significa que no tiene importancia, que coree números feliz y radiante, que son cosas de chiquillas y menos mal que, si un día matan a esa, nadie le vendrá a preguntar por ella.

Coco había viajado una sola vez en avión.

Billete de ida.

Salió de Santo Domingo hacia Madrid con cuarenta cilindros de cocaína en el estómago. Al cambio, kilo y medio de producto. Una buena mula. De las que se comían el embalaje en pocos minutos, de las que no se quejaban de pinchazos en el esófago, de las que caminaban sin parecer una embarazada de ocho meses. Y jura que nadie se acuerda de aquel vuelo como él. Todo el trayecto arrebujado bajo la mantita, con dolores estomacales, negando a la azafata cuando traía comida. Al final cogió las galletas y el yogur que enseguida regaló a la mujer del asiento contiguo. Había escuchado que el primer aviso a la policía lo da la tripulación si uno apenas bebe agua durante diez horas, si uno está pálido y doblándose en retortijones, si uno ya mueve con dificultad hasta los labios, si uno, en definitiva, presenta

los signos de llevar el sistema digestivo forrado de droga desde ayer.

Después llegó la luz de los cinturones de seguridad, el aterrizaje suave, los pasajeros estúpidamente de pie mientras esperaban el desembarco, la misma azafata dándole las gracias a la salida y las respuestas sencillas al funcionario de fronteras. Sencillas para alguien como él, tan acostumbrado a ser preguntado por la policía. Acreditó la dirección del domicilio en destino, las señas del familiar que lo recogería, la documentación con el billete de vuelta y el dinero requerido en la cuenta bancaria a su nombre para entrar en el país. En Madrid, sus jefes le habían tramitado el resto de los papeles. Así unas vacaciones de quince días se alargaron quince años.

Y todo fue tan bien que decidió esquivar al enlace.

Se encerró en una pensión de Parla a expulsar los cilindros. No había puesto su vida en juego por cinco mil dólares y unos laxantes. Sabía, eso no eran rumores, de unas cuantas muertes por el reventón del equipaje. Merecía más dinero y tuvo que cobrárselo vendiendo él mismo aquel producto. Rodolfo Cuello nunca volvería a República Dominicana con esa deuda y esos acreedores, pero ahora regresa Jeremy Alonso. Todo por delante gracias a un pasaporte falsificado y con las marcas de agua originales. Las perspectivas seguirán siendo mejores que quedarse otro día en Madrid, a merced de aquel asesino o de aquel policía. Pensar en la cara de Martín cuando no lo encuentre en la discoteca, ni en ningún otro lado, le amplía la sonrisa. Y ojalá empapele como venganza a su exmujer y a sus primos. Que la casen en cuartas nupcias al salir de prisión.

—¿Le relleno la copa de vino? —le pregunta la azafata de este vuelo—. También puedo traerle unas aceitunas.

Coco le sonríe aún más sin grillz en los dientes.

Vuelve a mirar la pantalla.

Disfrutará del vino, de las aceitunas y de esos números que cambian a cada momento como, al fin, parece haberle cambiado a él la suerte.

—¡Tres horas cincuenta y seis minutos! —grita la niña a su lado.

Un viento templado asciende en espirales por la pasarela. Funciona a modo de ansiolítico, la primera promesa cumplida del viaje a las Indias. Los pasajeros caminan con esa sensación mientras otean el manto de hierba que rodea el Aeropuerto Internacional de las Américas. Coco se fija en las enormes palmeras que deben crecer desde el aparcamiento. Recorre los pasillos de la terminal siguiendo al grupo, espera a que su maleta sea vomitada por los intestinos

mecánicos, la recoge y encara el control de pasaportes. Dos chicas del estand turístico de Santo Domingo le ponen caritas. O eso cree él cuando se toca la sien con el índice como si estuviera pellizcando un sombrero. Las chicas carcajean. Una se acerca para darle un folleto. Coco lo acepta, pero toda la atención es para su falda de tubo naranja conjuntada con camisa blanca y boina otra vez naranja.

—Cualquier día te trancan por abusadora.

Las chicas vuelven a carcajear y Coco rememora la sensación de estar en casa, de piropear a pleno pulmón y que, además, a la mujer le parezca divertido. En ese momento su maleta golpea los talones del policía que organiza la cola de pasaportes. A Coco se le cae el librillo del ocio en Puerto Plata y lo recoge con apuro.

Fuerza una disculpa y se coloca el último de la fila.

Veinte documentaciones después, el mismo policía solicita el pasaporte a Coco. Sigue el protocolo del resto del pasaje, aunque se queda observando sus letras impresas.

—¿Vuelve para siempre, señor Alonso?

—Para siempre... Eso espero.

Algo en el pasaporte no convence al policía. El sello holográfico, la marca de agua y la tipografía son los del documento estatal, pero él presume de detectar a los farsantes y entiende que la desconfianza no es por el visado. Es por aquel hombre de treinta y ocho años que se conserva peor de lo que piensa y que disimula una de esas aversiones naturales a la autoridad.

—Chequearé su maleta en el control de rayos.

—Ningún problema —contesta Coco.

La cinta transporta su equipaje hasta la caja metálica, proyectan unos cuantos rayos y sale por el otro extremo. El policía le da zoom a la imagen y Coco se muerde el labio inferior. No recordaba tanta tecnología en el país.

—¿Esas pastillas? —El policía señala dos blísteres en la pantalla, aprisionados entre ropa interior—. ¿De qué se trata?

—Ah, una bacanería... Viagras.

Y lo son.

Nada ayuda tanto a mentir como colocar pequeñas verdades.

—Enséñeme las pildoritas de hombre.

Coco se esfuerza por esconder las ganas de desmembrar al policía y abre el candado de mano de la maleta, corre las cremalleras y busca los blísteres de Sildenafil. Revuelve calcetines, calzoncillos, algunas camisetas falsas de la NBA. Le da los comprimidos a aquel policía.

—Las enviaré al laboratorio para que lo confirmen —sigue el policía.

Coco casi se dobla del pasmo por el, seguro, farol sin cartas de mano. No se cree que haya recursos en Santo Domingo para enviar a un laboratorio cuatro tristes pastillas azules. Si en sus primeras detenciones le apuntaban los tatuajes en una libreta en vez de tirarles fotos. Aunque ese debe de ser el precio por envejecer en una mecedora, mirando a su mar Caribe y con un puro en la mano derecha. Que un paleto de uniforme, por el acento promocionado desde un pueblo perdido, moleste al compatriota que viene del gran Madrid y que así, quizá, sufra un gatillazo tras contar batallitas europeas a chicas como las del estand turístico que están deseando escucharlas.

Un precio justo, en definitiva.

—Las puede botar, si quiere —contesta Coco—. O quedárselas para alegría de su mujer.

La última frase no ha gustado al policía. Le devuelve la mirada con un odio digno de enmarcar. Es un funcionario, de los que tanto abundan, al que uno solo puede dirigirse en un vocabulario concreto: el suyo. Inverosímil otra opción que no aguanta cuando recuerda que no tiene mujer esperándolo en casa. Se voltea para chivar algo al intercomunicador de la solapa y aparecen otros policías.

—¿Dije algo malo? —pregunta Coco.

—Acompáñenos.

—Llegaré tarde a la guagua que me lleva al norte, a Puerto Plata.

—No se preocupe. En una hora y media sale otra que lo deja cerca, al lado de Santiago de los Caballeros.

—Pero hoy he de estar...

—Ha de estar donde yo le diga —lo corta el policía.

La escolta por el aeropuerto devuelve a Coco al lugar donde, también, siempre ha estado. En el del sospechoso. Lo introducen en un cuartito, aunque allí no hay mesas, sillas ni ordenadores. Apenas una balda de madera con un fax y un tampón de tinta.

—Déjenos sobre la madera lo que tenga en el bolsillo —dice el policía—, incluidas las pastillitas de hombre. Después presione el pulgar y el índice sobre la tinta.

—¿Me metí en algún problema?

—Protocolo, Jeremy Alonso.

Coco deja un móvil prepago sin conexión a internet, sin capacidad para guardar aplicaciones y, por tanto, sin capacidad para guardar problemas, una cartera con pocos euros y la llave de un cobertizo en su barrio de Los Mina. Reboza los dedos por el tampón de tinta y los coloca en el plástico que prepara otro policía. Este respira como quien ronca.

—Ya tenemos el mismo sistema informático que en Europa —dice el policía que lo detuvo—. El Gobierno creó una base de datos de huellas y se sorprendería con las coincidencias que encontramos en crímenes sin resolver.

—Yo vendía seguros de coche en Madrid.

—¿De carros?

—Sí, de carros caros.

La explicación de Coco suena a arañazo en la piedra, así que se calla y asume al funcionario como uno de esos tipos por los que hay que pasar. A él nadie tiene que enumerarle la cantidad de formas en las que se puede joder una vida.

—También nos dejará su pasaporte para analizar.

—¿Cuánto tiempo me van a tener aquí?

—Podemos retenerle hasta tres días. Nos gusta que los delincuentes se queden en España, aunque, si los interceptamos en este control, chequeamos dónde se enfrentan al cargo más grave para deportarlos o no. —Luego el policía aspira a la pregunta conveniente y a formularla—: ¿Su asunto pendiente es con la justicia de aquí o de allí?

Increíble que, tras siglos de incesantes charlas entre las personas, nadie invente un aparato fiable que detecte las mentiras y haya que recurrir a dudas capciosas como esa. Cualquiera logra que lo real pase por falso y al contrario. Nuestro don más preciado. La moneda siempre cae para uno de los dos lados y en ese aeropuerto sale cruz.

Coco, que evoca aquellos ojos verdes estallados, no sonríe más. Se aproxima el momento conmutable que le sellará la boca y, después, se quedará en República Dominicana para los restos. Aunque no frente a su mar Caribe.

—No tengo nada pendiente..., tigre.

32

Frankie introduce la cinta en el VHS.

Tiene aquel trasto conectado a la televisión solo para revisitar, como esta madrugada, su pasado.

Su combate, su mayor error.

Aparecen las rayas horizontales ensuciando la imagen. En la memoria se revela siempre más nítido y con colores vivos. Dentro de otras cien reproducciones el vídeo será una sucesión de siluetas, sin plano ni relieve, identidad o movimiento. Reconoce que algo semejante a lo que se han convertido los protagonistas. La voz del locutor anuncia su presencia y Frankie Gómez hace el paseo hasta el ring. Bata negra y dorada. El séquito del gimnasio alrededor. Cara de chulo, pose de número uno. Le pisan la cuerda baja del cuadrilátero y se mete en la que era su segunda casa.

Plano del Tornado de Orcasitas en la esquina.

Nervioso, oscilando el cuello a un lado y al otro. Mandíbula como un percutor y calzón con la tricolor mexicana, aunque fuera del sur de Madrid. Pega pequeños botes sobre la lona. Avisa a su entrenador y este le quita el bucal para limpiárselo con un chorro de agua. Comentan que ahora pesa ciento treinta kilos y que, a menudo borracho, llama al concejal del distrito para que pongan su nombre a un polideportivo.

La retransmisión vuelve a Frankie.

Ya sin bata, torso trazado en líneas rectas y marcas de vaselina sobre las cejas. Suelta una combinación al aire con los guantes dorados de catorce onzas. En el presente pulsa el *stop* del mando. Ese es el momento en que siempre distingue a Luisa en primera fila. A su izquierda, Braulio con sombrerito y camisa despechugada. Ella tiene la actitud de quien también sube a pelear. Él, los ojos llenos de codicia. Bracea y conversa con sus hombres, que se sientan detrás haciendo los mismos aspavientos. Matones alterados y obsesivos tras la penúltima raya. Nunca intuían si su jefe quería que le rieran las gracias o que le dieran una paliza a alguien hasta que, claro, se volvía demasiado explícito.

Fast-forward. Play.

Imagen del árbitro.

Camiseta blanquinegra sobre la que cae un cordón con silbato.

Llama a los peleadores al centro. Ofrece las indicaciones llevándose las manos debajo de la cintura y después a la nuca: golpes prohibidos. Frankie se ajusta el calzón negro y el árbitro sugiere que, además de miradas desquiciadas, choquen los guantes. El Tornado de Orcasitas solo choca el izquierdo y regresa corriendo a su esquina. Allí gruñe y abre mucho la boca.

Suena la campana.

Frankie se sabe el combate de memoria. Domina el cuadrilátero, cerrado de guardia, y tira puños de tanteo. El Tornado se mueve con su buen juego de pies, pero en el primer asalto no hace más que fintas y exagerar reacciones a las de Frankie. Durante los últimos segundos, gastadas esquivas y señuelos, el Tornado parece atornillarse contra las cuerdas. Su forma de pelear precisaba golpes cortos y el intercambio terco al estilo mexicano que decía representar. Frankie lo tenía estudiado. Así que en aquel vídeo, amaga croché de derechas y conecta un gancho a la mandíbula. Casi supone la primera cuenta del evento. Ambos vuelven a la esquina. El público jalea la última acción y en un plano general vuelve a salir Luisa, aplaudiendo de pie.

Segundo asalto.

El locutor repasa la prometedora carrera de Frankie y las cuarenta victorias del Tornado, con una trayectoria deportiva mucho más larga. Regresan al centro del cuadrilátero. Fluye el uno-dos de Frankie mientras su rival deja un cabezazo no tan involuntario. El árbitro los separa a duras penas. El público grita y, a la señal de reanudación, aquello es un canje desquiciado de cuero.

—Míster Paté...

Frankie murmura el apodo que le habían puesto justo antes de su gancho al hígado. El Tornado dobla la rodilla izquierda. Rasgos desdibujados en la cara. Un bufido abrasador le sube desde las entrañas y lo inmoviliza ocho segundos antes de levantarse. Los ocho segundos de los que hablaba Martín. A partir de ahí, el combate queda desnivelado.

Tercer asalto.

Frankie enlaza combinaciones. El Tornado responde con una que honra el tatuaje del toro sobre el pecho y los años de mocho por los gimnasios de Vallecas, cuando sujetaba el saco a los mayores y rogaba que le dejasen ayudar con el vendado de manos. Intenta jugar en las distancias. Lo de pegar con los puños y boxear con los pies. Sin embargo, Frankie lo manda a la lona antes de que termine el asalto. El Tornado se pone en vertical, tambaleante, sin miedo ni odio. Apenas algo peor: dudas respecto a sí mismo. La paliza se detiene cuando recibe, sin querer, un golpe bajo. Su coquilla se descoloca. Después de

la cuenta de protección vuelve más agresivo, lanzando el volado de derechas que pone a Frankie en apuros. Otro volado de derechas al aire y suena la campana.

Cuarto asalto.

El maldito cuarto asalto.

Braulio le había asegurado que sería su única derrota, que enseguida conseguiría la revancha y el campeonato de la federación madrileña. Conocía a los que había que conocer en la ciudad para eso: desde los locos de los suburbios hasta los altos funcionarios. Le repetía que ningún boxeador acababa invicto su carrera, que el numerito en su casillero no significaría nada comparado con tres millones de pesetas y que, además, el futuro junto a Luisa lo requería si ella insistía en dejar a los, cada vez más ocasionales, clientes de dinero con los que se citaba. Su trabajo y su relación sentimental ya eran incompatibles.

Frankie se dirige al centro del cuadrilátero con una expresión distinta. Poco cerradito de guardia, encaja buenos directos del Tornado. El público se enardece con la revancha del ídolo local. Lo llevaban viendo partirse la cara por ellos muchos años. Frankie era el aspirante, la promesa de un futuro, aunque en aquel presente solo lo habían subido al pedestal para bajarlo a hostias. Y le llega otro volado de derechas. Frankie cierra los ojos en su sofá. Lo ha visto cientos de veces. Le impacta tras la oreja izquierda, su equilibrio se compromete, pero no hinca la rodilla en el suelo como prometió. Lo peor es que no supo hacerlo. Se limitó a mirar al rival. Terminado el *round*, ya no tenía sentido su derrota. La apuesta combinada era nocaut técnico en el cuarto asalto. No supo perder y de ahí cree que pasó a perdedor profesional.

Apaga el vídeo.

Mucho tiempo atrás, dejó de hablarse a sí mismo de honestidad y asumió que lo que hubo fue incompetencia.

Lo que seguía, en cambio, no lo ha visto en la televisión, porque esa cinta jamás avanzó hasta las siguientes secuencias. Jugó con los rangos de impacto. Entró y salió, golpeó y esquivó. Tumbó definitivamente al Tornado en el octavo y le pusieron el cinturón de campeón mientras, con la pena que le quedaría para los restos, levantó los brazos al público que lo vitoreaba.

Excepto Braulio y sus hombres.

No iban a terminar la noche sin obtener una satisfacción.

Destrozada la mano derecha y sin el anillo de su hermano ya muerto.

Frankie mira los números verdes del reloj del vídeo. Quizá tiene

razón su hijo y los combates de MMA en el móvil son el presente y el futuro, porque el pasado duele como una úlcera. Dan las cinco de la madrugada en ese 29 de julio de 2019. Le falta un buen rato para ir al taller y acabar con el Mercedes. Entonces Luisa aparece en el salón. El pelo recogido con dos horquillas sobre la frente, su conjunto de satén púrpura y un collarcito de plata cayendo hasta el escote. Nada parece inocente en sus movimientos hipnóticos. Tampoco culpable. Solo natural.

—¿Por qué te quedas a vivir en esas imágenes?

—¿No duermes?

—¿Por qué, Frankie?

Luisa pulsa el botón de *eject*, saca la cinta y la deja sobre el televisor. Busca y encuentra su cajita azul. La esconde en el aparador del salón tras todos sus objetos inútiles.

—Siempre creíste lo de que no quise caer por honradez, Luisa.

—Creí que eras tan honrado como para no contarme más.

Frankie siente que es su última oportunidad de soltar lastre.

—Veo el combate y pienso en todo lo que perdimos ese día.

—Tampoco teníamos nada.

—Todo lo que dejamos de ganar, que es peor. Te quedaste a mi lado y cuando pude recuperar la mano ya solo servía para apretar tornillos.

—Pegando a la gente te pagarían más, sí.

—Y por eso has de conocer... Yo... Yo no supe tirarme a la lona. —Frankie casi se atraganta—. Es que recibí el golpe y no fue tan fuerte como esperaba. Me entró pánico de que no quedara natural. Que los locutores, los entrenadores, el público reconociese el amaño y con las televisiones allí... Después el Tornado no me conecta un buen puñetazo en lo que queda de asalto.

—Frankie, ¿te das cuenta de que nunca te volví a llamar Fran tras el combate? Porque sé que eres la persona del vídeo, aunque los demás no lo acierten a ver. —Luisa se sienta a horcajadas encima de él—. Yo te elegí antes y después de esa noche y no me he arrepentido.

—Pues deberías.

—Por favor, Frankie.

—Permití que el viejo se pavonease por ahí con el anillo de mi hermano, perdonándome la vida cada vez que me lo cruzaba, y tantos años más tarde la manera... la manera en la que te miró en el entierro de Carla...

Luisa ondula suavemente su pelvis.

—Eh, cariño. —Le muerde el lóbulo—. Él ya no existe desde la pelea y eso siempre te lo agradeceré. —La punta de la lengua por la

oreja—. Dejó de sernos útil.

Frankie queda con la vista clavada en el candelabro del techo. Mientras, Luisa recorre sus muslos para desabrocharle el pantalón. Entonces él la agarra del pelo y ella lo empuja hacia atrás, prohibiéndole que se mueva. A continuación sus dedos rodean el pene de Frankie, que respira fuerte y entrecortado. Luisa se aparta la tira de su tanga y se sienta encima de él. Gemido de placer compartido. Él la sujeta de las nalgas y ella empieza a arquear el cuerpo. Lo mira a los ojos con los labios apretados de placer. Aparta las manos de Frankie de sus glúteos y las pone contra el sofá, sujetándole de las muñecas. Domina la escena, como siempre. El boxeador invencible es un objeto a su disposición. Empieza a botar con violencia y él intenta resistirse, tal que impugnase su rol en el sexo arrebatado.

Luisa parece calcular las últimas ondulaciones.

Y se pasa la lengua por los dientes.

Frankie la levanta en el aire. La sienta sobre la mesa del salón. Con las piernas abiertas, ahora es Luisa la que no puede moverse mientras él la monta. La sacude con fuerza. Empuja hasta el final. Se abrazan y la cadera de él empieza a doblarse en espasmos.

Ella puede llevarlo a otro mundo y hacerlo sentir en casa.

—Yo te elegí —dice Luisa mientras Frankie eyacula.

Instantes después, Luisa escucha el portazo desde la cama. Supone que Frankie va a rematar el trabajo en el Mercedes y luego comenzará el otro en el sótano, donde se esconde Héctor. Ella le ha contado todo lo que sabe y él le ha prometido una respuesta al terminar el día.

Ambos esperan un sí.

Porque el hombre del vídeo es el mismo que ahora madruga para un certificado de la ITV.

33

Un chatarrero ecuatoriano, muy bajito, nariz chata y pómulos anchos, pasea por el taller de Frankie buscando alguna sobra que retirar.

—¿Estas arandelas? —pregunta—. Es cobre, hoy se paga a seis euros el kilo.

—Ni de coña —contesta Frankie.

—¿Para qué las quieres?

—Para que cosas como tu furgoneta arranquen.

Al chatarrero le faltan tres dedos de la mano izquierda. Una radial de tornero encendida, una pieza de metal cayendo a su espalda, un despiste de medio segundo por el ruido y se terminó su trabajo en la industria. Ahora recoge aluminio, hierro y cobre por las calles. Da la matraca a capataces de obra, mecánicos, a cualquier persona que en algún momento de su vida ha querido deshacerse de un hierro.

—Esa máquina pelacables parece que está en las últimas —dice.

—También puedes llevarte el toro montacargas y que te paguen quinientos euros por algo que vale cinco mil.

—Ay, Frankie, tienes razón. Desde el accidente veo cualquier cosa y me dan ganas de ponerla en la báscula.

—O de destriparla.

—Te he contado lo de los chips de las televisiones.

—Muchas veces. —Frankie imita su acento—: «Tienen un poquitito de oro».

—El dueño de la chatarrería a la que voy presume de que este sector mueve diez mil millones al año.

—¿De sucres ecuatorianos?

—De euros, cabrón.

—¿Y cuánto te llevas tú? —pregunta Frankie sin maldad.

El chatarrero saca de su mochila unos enchufes que ha encontrado en una casa derruida y la tornillería de un radiador. Los enseña con orgullo. Después, guardado en un paño, un grifo de aluminio que es la mejor pieza del día. En una buena jornada gana treinta euros, en una mala solo hay pérdidas de la gasolina y un chato de vino. Y cada vez encuentra a más competencia paseando con un carrito en busca de hierro. Se juegan el pescuezo entrando en cualquier ruina a ver si, por casualidad, aún quedan los marcos de las ventanas. Al cambio, una buena estufa es un billete de diez; una batería de coche, uno de cinco;

y una lámpara rota, quizá dos monedas. Por las mañanas, la bolsa de Londres marca los precios en las chatarrerías: valor del cobre, el plomo, el zinc, el aluminio y el níquel, y también el pequeño trucaje de la báscula.

—Llévatelas —dice Frankie al final.

—¿Cómo?

—Las arandelas. —Le pone la caja en el pecho—. Llévatelas antes de que venga el jefe.

El chatarrero mete la caja a toda prisa en su furgoneta y se marcha dando bocinazos. Frankie también le dice adiós con la mano en la que se ha colocado un par de arandelas entre los dedos. Por si acaso. Oye un silbido irritante y sabe que se acaba de librar por segundos de la bronca que, bien pensado, nunca le ha echado el encargado y menos en la situación de duelo que tanto le respeta.

—¿Por qué se iba tan contento hoy ese? —pregunta a Frankie.

—Tenía un grifo en la mochila.

Frankie trabaja todavía más desde que vinieron las peores noticias. Da igual cuán moradas sean sus ojeras, se pone bajo el Mercedes a soldar piezas que creía irrecuperables. Después puede carburar ciclomotores, mapear centralitas o hasta tocar los patinetes de los críos del barrio mientras admite nuevos coches para revisar. Los aparca en sitios ya absurdos del taller y promete a los dueños que mañana los termina. Y lo increíble es que cumple. El encargado le ha dicho que se tome unos días, que primero las personas y luego las tuercas, pero Frankie no muestra sentimiento alguno. Donde no se muestran sentimientos, suele haber problemas.

—Estaré debajo del Mercedes, por si me necesitas —dice Frankie.

—Te necesito de pie.

No ha contestado su jefe.

Ha contestado Martín.

Enseña la placa de policía al encargado del taller. Este la analiza como si fuese un recambio en garantía y su venia hace pasar al investigador. Martín les señala el coche de la unidad que acaba de aparcar fuera, abollado desde la noche en la discoteca latina y que el mecánico estuvo auscultando tras el entierro.

—Siempre voy a donde me invitan —dice Martín.

Entonces, además de ofertarle el arreglo, Frankie le habló de vidas propias y ajenas, de los detalles irrelevantes salvo para uno mismo. En realidad, del horror de que nada pase y de que, cuando pase algo, sea lo peor.

—Os dejo solos. —El encargado se encierra en su despacho y agarra el *Marca* tintado de café—. Conque definitivamente te vas a la

Juventus. —Suelta el periódico—. Vaya perro.

Martín observa con atención el Mercedes.

—¿Esto todavía gira?

Frankie se pone su paño sucio al hombro.

—Solo a la izquierda.

—Ya. —Martín no consigue cuajar una sonrisa—. Bueno, te acepto lo de arreglarme el Seat de mi unidad gratis.

—Haz el favor de meterlo aquí —contesta Frankie, incómodo.

—¿No me lo aparcas?

—No.

Martín pone morritos. A continuación sube al vehículo, encaja primera y lo mueve levantando el pie del embrague. Ofrece las llaves a Frankie al bajar, pero tampoco las quiere. Hace días que no quiere nada de ese policía. Si es que algún día quiso algo más que una pista de dónde encontrar al asesino de Carla.

—Será muy rápido.

—No tengo prisa, Frankie.

—Mira alrededor. —El mecánico refiere el trabajo acumulado—. Yo sí.

Frankie coloca una ventosa sobre la abolladura del parachoques y, tras el ruido de la succión, la chapa vuelve a su posición original. Frota una crema termofusible para quitar una marca en la carrocería. Después apunta a la abolladura más grande sobre el capó. Ha reconstruido motores diseñados por ingenieros con cuatro titulaciones, así que esos bollos del Seat son casi una ofensa para su habilidad.

Martín cambia el tono y le dice:

—Reflexiona antes de que lastimes a alguien de verdad o te lastimen a ti.

Frankie ni se inmuta.

—No sé de qué hablas.

—Lo último que quiero es mandarte a prisión.

—¿He de agradecértelo?

El sonido de la succión y la chapa vuelve a quedar lisa.

Martín lo intenta con un enfoque más profesoral:

—La justicia es la venganza institucionalizada, eso cuenta siempre mi inspector jefe… Tiene frasecitas para aburrir. Y un padre será muchas cosas, pero no una institución. Porque a un padre lo detienen cuando cruza el límite. Incluso si se mete en una pelea para salvar el cuello a su hijo.

—Te repito que no sé de qué hablas.

—En mi trabajo, en ocasiones me puedo permitir mirar hacia otro lado. No me dedico a enganchar multas en los parabrisas, aunque

tampoco me pongas a prueba disparando al aire frente a unos macarras. ¿Andas por ahí con una pistola cargada? ¿Qué será lo próximo?

Frankie junta las manos a la espalda, como si se prestara a que le colocara las esposas.

—Me harías un favor —dice después.

—Son cargos suficientes para ir a la cárcel.

—Seguro. —Frankie deshace el gesto y emprende la tercera abolladura—. Vamos, que no tienes nada contra mí y esta es otra de tus puestas en escena. Imagino que la última, en la que toca hablar de justicia al paleto del taller. Como si hubiera justicia cuando no hay culpable ni castigo.

Martín está molesto con lo que acaba de escuchar. Por supuesto que tiene lo que quiera contra él. Unas gestiones burocráticas con la comisaría de Arganzuela y les entrega al héroe del callejón, del que ha comprobado que consta a su nombre un Simca. Tan clásico como para que los testigos, acostumbrados a alerones, turbos, motores atmosféricos, lo llamen «antiguo». Frankie carece de las mañas y precauciones de un delincuente, porque no lo es, pero de justicia, efectivamente, mejor no hablarle dados los trompicones de la investigación.

—Colaborad conmigo, Frankie.

—Ya has entrado en nuestra casa dos veces.

—¿Esos moteros están metidos en lo de Carla?

—Si tanto sabes de mi familia...

—Mucho más de lo que nos habéis dejado saber.

—Pues ya supones mis respuestas —dice Frankie—. Reconozco que el barrio ha cambiado... Bastante universitario gafapasta, como los llama mi hijo, y bastante rebotado de lo que cuesta el alquiler en el centro. Hasta tenemos edificios lujosos por la avenida del Planetario. Pero mi mujer y yo llevamos toda la vida aquí y hemos visto muchas cosas. Lo único que no cambia es el miedo cuando terminan y aparece un coche de policía como este —Frankie alisa la última abolladura—, aunque con logotipos. Daba igual que vuestros uniformes fueran marrones, grises o azules. A los míos nunca los ayudasteis y un asesinato no iba a ser la excepción. Luisa incluso te diría que la jodisteis desde que era una niñata. ¿No sabes tanto de ella?, ¿te imaginas las cosas que tuvo que hacer al principio para que la dejasen en paz algunos policías? Así que con este arreglo quedáis en deuda conmigo, no al revés. —Frankie deja una palmadita en el capó—. Si no lo comprendes, todavía no sabes tanto de mi familia.

Martín no consigue ubicar la referencia a Luisa. Sospecha que, así

como aquel hombre no siempre trabajó de mecánico, aquella mujer no siempre fue dependienta de mercería. Ata cabos no tan sueltos y concluye una opción demasiado atrevida para equivocarse.

Prefiere hablar del miembro de la familia sobre el que hay más información:

—Los méritos para entrar en prisión son de Edu, no nuestros.

—Vosotros solo hacéis vuestro trabajo.

—Eso es.

—Y tú comentaste antes que eres especial porque no pones multas en los parabrisas. —Frankie se tumba en la camilla de mecánico—. Pensé que tendríais un buen seguro para estas cosas de los coches.

—Tenemos decenas de seguros. —Se miran directamente a los ojos —. Y te reitero que los méritos son de Edu y no…

—¿Ves? —lo interrumpe Frankie—. Los nombres de un hijo y de una hija justifican muchas cosas.

El mecánico se desliza bajo el coche.

Martín tira del extremo de la camilla y lo saca otra vez.

—¿De verdad quieres hacerlo así?

Frankie se levanta y pone su frente contra la del investigador.

El encargado del taller, muy nervioso, contempla la escena entre las lamas de la ventana de su oficina. Nunca ha visto así a Frankie. No discutió jamás con él. Los desacuerdos ahí se terminan sin resolver o recordar, conque no entiende el desafío a un policía, además, al que investiga la tragedia de su hija. El ruido que hace al separar la persiana delata al testigo, y Martín y Frankie dejan de chocar las cabezas.

—¿Me vas a detener o no?

—Lo pensaré… ¿Te puedo llamar «campeón»? Por algo ganaste aquella pelea.

—Puedes llamármelo.

—Pensaré lo de detenerte, campeón.

—Bien. —Frankie se retira del duelo—. Continúo con lo importante.

Coge la funda de piel con su soplete preferido.

—¿Qué llevas en ese estuche tan elegante? —pregunta Martín.

—Un buen mecánico necesita buenas herramientas.

Y, sin enseñársela, vuelve a rodar la camilla bajo el coche.

Martín acepta que ese hombre ya no es el del eterno lamento. Es otro. El del cartel de la velada, el de la paliza en el callejón, el que han traído de vuelta para, seguro, todavía algo más complicado y que le está escondiendo. También deduce quién lo ha conseguido. Ya no resulta un prejuicio su belleza y aquel pésame de Braulio, porque ese

hombre no ronda a nadie sin una maldición.

Hasta Toni lo dijo una noche: «Luisa Bermejo nunca fue una casualidad».

34

Al día siguiente.

Braulio echa una cucharada de azúcar a su descafeinado.

Su asistenta lo mira por encima del hombro. Después refunfuña para sus adentros. Le había puesto los sobres de edulcorante, tal como le tiene prescrito el médico. Él percibe el mohín de su empleada y sale con la tacita al porche. No tiene edad para regañinas. Ahí encuentra a uno de sus guardaespaldas sentado en las escaleras, siempre atento al móvil. Braulio duda de si será capaz de dejar de observar la pantallita cuando le toque disparar. La luz del aparato ilumina parcialmente su perfil.

—¿Todo tranquilo? —pregunta Braulio.

El guardaespaldas pega un respingo, guarda el móvil en el bolsillo y simula la mejor cara de mercenario.

—Aunque supiera dónde estamos, Héctor no se atrevería a entrar aquí. Ese tipo de gente no sabe moverse lejos de sus barrios.

—Él no es «gente». —Braulio se sienta en la mecedora del porche —. Entonces ya estaría arreglado con dinero o con tierra, las dos cosas que se pueden echar encima de la gente.

—¿Es verdad lo de que nunca ha perdido un duelo?

—Por eso, porque lo dicen, no hay que retarlo. Miguel casi lo consigue liquidar de improviso y por la espalda. Casi. Y al final Héctor quedó con una cicatriz y él sin cabeza.

—En algún momento cometerá un error. Mi compañero está haciendo guardia en el coche y con toda la vigilancia la urbanización… Quizá hasta sería mejor para nosotros que se acercase.

El sol se insinúa en la campana de contaminación de Madrid.

Braulio moja los labios en el café. Demasiado caliente.

—No me gustaban los colores del cielo antes del amanecer —dice entonces—. Apenas se colaba la luz por la ventanita, mi padre me despertaba para que diese de beber a los animales y montase los arneses. Me pasaba horas entre abrevaderos mientras el sol aún no alumbraba. Se insinuaba como en este momento, pero no alumbraba. —Moja los labios en el café de nuevo—. Ahora, en cambio, me encantan los colores del cielo antes del amanecer.

El guardaespaldas finge que le interesa y se coloca unas gafas oscuras.

—Son bonitos —dice después.

Braulio inclina la mecedora hacia atrás.

—Déjame con ellos.

Su mamporrero se retira al interior de la vivienda. Quizá su pose de interés no era tan categórica. Busca en la alacena si, entre tanto alimento dietético, sin azúcar, sin gluten, sin sabor, hay algo que desayunar para una persona normal. Encuentra unas natillas proteicas de farmacia y vuelve a sacar el móvil mientras las liquida a cucharadas soperas.

Braulio lo observa desde el porche. Por esos gestos de rabiosa actualidad a veces también se acuerda de su abuelo. Una mañana le dijo a la retahíla de nietos que no entendía a los payos, con sus caras tensas, los ojos atentos a demasiadas cosas y esa postura inquieta. «Siempre buscan algo, siempre quieren algo. Yo no sé qué es y creo que ellos tampoco. Para mí están todos locos». Puede aplicarse la reflexión a él mismo cuando dejó de vivir ligado a la tierra. Así que Braulio sigue proyectando pensamientos hacia el relumbre sobre su finca.

Lo que uno ve en el último instante es, a la fuerza, el final.

Comprende que todo seguirá sin él y que el trasiego en las calles no cesará un segundo porque, en algún lugar, otro desconocido haya expirado por rutina. Pero lo que queda tras su marcha tampoco importa. Forma parte de un sueño tan incomprensible como que él estuvo muerto una vez, antes de nacer, y que desde entonces no debe tener miedo a la segunda muerte. Lo que reconoce de las teorías estrambóticas de la religión, cultos, sectas, sean lo mismo o no, es que alivia más creerlas que no hacerlo. Aunque ya no puede, por utilidad, convertirse a la fe que le vaya mejor. Porque su verdad es más aterradora: no existe plan divino ni ningún tipo de control. Todos van a la deriva. El aprendizaje a través de la categoría y no de la anécdota. Y el suyo es que en ese caos se oculta el poder. El poder que siempre consiguió a cualquier precio. Por ello, quizá merece que alguien como Héctor lo busque.

«Yo lo engendré —piensa—. Al único que permití nacer, nació para matarme».

Ojalá su final fuese la contemplación de aquel amanecer.

Se levanta de la mecedora y regresa al interior del chalet por la otra puerta. El gran salón oval todavía en penumbra, cruzado por los primeros rayos a través de los ventanales. La asistenta limpia una lámpara de araña encaramada a un taburete. Él le ruega que lo coja del brazo para subir las escaleras. No sabe por qué, pero hoy ha dormido aún peor que de costumbre. Apenas una hora y media. No lo

sabe y, sin embargo, no deja de intuirlo. La asistenta le acompaña a la habitación, lo mete en la cama como a un niño pequeño y lo arropa. Le pasa una mano por la frente, casi enternecida por aquel hombre que no la ha tratado mal para lo que le paga. Supone que no se dedicará a tasar obras de arte, pero tampoco será nada horrible cuando le permiten vivir ahí, entre próceres y sus lacayos.

—Le despierto a media mañana, don Alfonso. Seguro que conseguirá descansar y será mano de santo para sus dolores.

La asistenta se dispone a salir del cuarto y a dejar la puerta entornada.

—Espera —le dice Braulio—. Por favor, enciende la luz del pasillo.

—Como quiera.

Clic al interruptor y la lámpara ilumina la entrada.

—Últimamente me da miedo dormir a oscuras.

Ocho y media de la tarde de ese mismo día.

A Toni y a la sobrina de Cañas los llevan hasta una mesa a la izquierda del escenario. Él discute con el camarero, ataviado con chaleco de raya diplomática y pajarita a juego. Había pedido la mesa central. Por alguna razón, allí hay un matrimonio que lo analiza con artificios de bodas de plata. El camarero, como es el caso, siempre responde mediante negativas educadas si no puede contentar al cliente. Se oyen algunos carraspeos para que se callen, porque el espectáculo está a punto de comenzar. Y cuando Toni entiende que la queja es inútil, se sienta a la mesa que le ha tocado y la presenta como un triunfo ante su novia. Lo tienen todo reservado, incluso en agosto. Reitera el dato de agosto. Ese mes vacío en Madrid ofrece una dimensión de la demanda.

—De verdad que es fenomenal —dice ella tras hincarle un morreo en los labios—. Me ha hecho mucha ilusión.

—Sé que últimamente hemos salido poco. El trabajo... Ya lees los periódicos y parece que, desde que saqué aquellas fotos, vamos tras la pista correcta.

—Mi tía me asegura que están muy contentos contigo y que te espera un futuro brillante en el cuerpo.

—Pero ahora Alfredo se marcha.

—Toni —ella lo mira con cariño—, no eres un enchufado. Así que tranquilo.

Toni abre la carta del menú sabiendo que es un enchufado y que su conseguidor se acaba de retirar, al menos de momento, por unos pitidos incurables en los oídos cuyo pronóstico es de peor a peor.

Además, se ha enamorado de su sobrina para olvidar a las mujeres con las que la engañaba por inercia y ahora teme que el sentimiento no vaya a ser del todo recíproco. Menos si lo degradan de unidad, si acaba como un monigote de los que dirigen el tráfico y que las anécdotas que pueda contar en una cena se reduzcan a que alguien se saltó el disco en rojo. Ha visto a esos policías con bocatas de chóped en papel albal y forro polar bajo el uniforme, quejándose del frío y de que no les dan cascos integrales para sus escúteres de ciento veinticinco centímetros cúbicos. Imposible que su novia neumática, que el inspector Cañas lo perdone, con barras en los pezones y anillo en el clítoris, salga ni a comprar el pan con uno.

Desconoce que ella no está enamorada, cierto, sino que ha optado por el amor. Lejos del delirio mental que todo lo justifica. No le urge la necesidad de que cada cita sea una obra de arte y que su compañía resulte, por avasallamiento, la única posible. La pifian los enamorados cuando insisten en rectificar a los que no lo están hasta que, razonablemente, esos se hartan. Cualquier éxito, incluido el del próximo minuto, queda fuera de su alcance.

Basta que a Toni le vibre el móvil y vea que es Martín quien llama.

—Cógelo si es necesario —dice su novia.

Toni deja el teléfono en la mesa con la pantalla boca abajo.

—No lo es, nena.

Le devuelve el morreo.

Ella aletea las pestañas e inclina su escote de encaje.

Se enciende la luz del escenario y baja de intensidad la de la platea. La pareja aparta las cartas del menú para el intermedio y atiende al señor con americana blanca que sale a hacer el monólogo. Su cara moteada de manchas con mal aspecto. Lleva una copa de whisky en la mano. La balancea, agita los hielos. Después la deja tras el telón corrido. No ha parecido muy profesional, a no ser que eso sea lo que pretenda. Es su primer número en aquel teatro de Gran Vía y nadie sabe muy bien qué ha ido a contarles. El local está lleno por la comida y por la sofisticación impostada de sus detalles. La brillante pianola del escenario, que no funciona, es un ejemplo. Al final, cualquier negocio nocturno tiene que capturar el momento y gastarlo hasta que también gaste la salud de los clientes.

—Buenas tardes y buenas noches, por si las moscas —empieza el monologuista—. Es un verano complicado en Madrid. Dos semanas a cuarenta grados y parece que la solución de la gente al calor es cambiar el metro por un patín eléctrico. ¿Han visto cómo van por las aceras esos locos? ¡Hasta se ponen casco! Diantres, me crucé con algunos artilugios que tenían asiento y luces en las ruedas. —Simula

sentarse sobre el aire—. Una auténtica majadería.

—¿Quién es el cómico?

Toni busca la respuesta a su novia en una notita al lado del menú. Lee DON COMEDIO y decide encogerse de hombros.

—Me han comentado que el jarrete en salsa de chocolate blanco es delicioso —dice después.

En el escenario:

—Y con esos nombres, Xiaomi, Hiboy, Bongo... ¿No se llamaban así unos personajes de dibujos aminados? —Silencio total entre el público—. Tampoco pongan esas caras largas, amigos. Hasta aquí llega el humor por el precio que me han pagado. Todos vienen a cenar y para mí apenas hay un pequeño porcentaje de sus cuentas. Así que o comienzan a pedir Vega Sicilia y caviar beluga o no podré mejorar este número.

—¡Espero que lo consigas por una copa! —grita un chico en una mesa del final—. ¡Voy a beber otra para aguantarte!

—Oh, tenemos a un retrasado mental al fondo —contesta el monologuista.

—Hostia —dice Toni—. Este no tiene miedo a que lo cancelen.

—¡Qué malo eres! —vuelve a gritar el chico—. ¿Al menos sabes cantar?

—¿Dónde está tu educador especial? —sigue el monologuista—. Amigos, repito, tenemos un retrasado mental al fondo. Sucede hasta en los mejores locales como este. ¡Bueno, den rutina a sus tarjetas de crédito para poder partirse de risa!

La sobrina de Cañas cruza los brazos, cara de circunstancias.

—De postre creo que ponen unas catanias buenísimas —le dice Toni—. Ya le he chivado al camarero que te encantan las de café.

Y su móvil vuelve a vibrar con otra llamada de Martín.

—Ahora, si alguien le obliga a tomar la medicación a aquel, continúo con mi trabajo. —El monologuista agarra el micro con nuevos bríos—. ¿Conocen el chiste del francés, el inglés y el español en un bote salvavidas?

—¡No estamos en los ochenta!

—Me cago en su estampa... —murmura el monologuista.

—¡Buuu!, ¡me aburro!

—Amigos, pueden comprobar que la estupidez de un retrasado siempre insiste. —El monologuista se rasca la cabeza—. En fin, con su comentario aprovecho para un inciso antes del chiste, porque ¿será que no recuerdan los maravillosos ochenta? La farlopa corría por Madrid y lo mismo terminabas de ridículo en ridículo con la Movida que perdiendo tus ahorros en bolsa o, incluso, produciendo películas

de Eloy de la Iglesia para comprarte un ático en Serrano. Todo era posible cuando el alcalde te animaba a colocarte en el pregón.

—¡Nadacadabra! ¡Me aburro!

—Tierno Galván cogía y... Un momento, he escuchado «un Vega Sicilia, por favor» en aquella mesa del fondo.

—¡Se te va la olla!

—Eh, eh. —El monologuista hace visera con la mano para ver al chico—. ¿En los ochenta ya habías salido del culo de tu puta madre?

El móvil vibra de nuevo. Toni voltea el aparato y comprueba que es la tercera llamada de Martín. Pide perdón a su novia, lo descuelga y se agacha para hablar en bajo a su compañero. No quiere perturbar todavía más la actuación.

—¿Dónde estás? —pregunta Martín al otro lado.

—Pues justo esta noche en una velada romántica.

—Bueno, da absolutamente igual. —Crepita la línea—. Tenemos otro cuerpo.

35

—Volveré a llamar a los de la Científica. Los quiero ya aquí.

—No ha pasado ni media hora desde el aviso.

—Me da igual —dice, desesperado, el inspector joven del complejo de Canillas—. Este no es un lugar que aguante semejante escena.

—Entiendo. —Martín cruje los nudillos y se acuclilla a dos metros del cuerpo—. Estropea el paisaje.

Como siempre, intenta comprender la técnica utilizada por el autor. Los focos de la finca revelan un rastro desde el interior del chalet. Culebrea una línea roja por el césped, se endereza en el adoquinado de la piscina y describe una curva delante de la casita auxiliar.

Cristales rotos en la entrada.

Manchas renegridas sobre los añicos.

El muerto debió de tambalearse hasta caer en la esquina del billar. Luego expiró sentado, apoyado en el lateral de la ranura del triángulo y las bolas. Por la posición del tronco, se quedó vigilando la puerta en su último aliento. Querría saber si el asesino lo perseguía desde la cocina del chalet, donde recibió el disparo en la cuenca orbital izquierda que, casi seguro, es lo que ha colapsado después su sistema nervioso. El impacto parece de un arma de poco calibre, pero el estallido del globo ocular no permite asegurarlo hasta que recuperen la bala. Se supone que ahí dentro sigue el trozo de plomo, estriado, quizá de punta hueca.

Martín no cree que el asesino lo siguiese por el recorrido, aunque será importante determinar si aquellas letras sobre la frente fueron trazadas con él vivo o muerto. Un final cruel. Un final que tal vez no podía ser otro. Hay una elaboración de oposiciones en ese desastre. Según se desplaza hacia el cuerpo, sus distinciones se tornan borrosas hasta que, por fin, permanece la esencia de la palabra grabada en el cadáver.

Un final.

Nada más que eso.

Martín apunta el croquis y detalles numéricos en la libreta. Se trata de un asesinato dentro de una vivienda. Al contrario que en la plaza, aquí encontrará mil pistas en el jeroglífico. Tampoco parece de esos crímenes en los que al autor le importe más no ser descubierto que el

propio acto criminal. Varios elementos hablan de brocha gorda, de última etapa de trayecto, y a partir de ahí la persecución policial es tan secundaria como inevitable.

Un trueno, algo lejano todavía.

Las nubes hipertrofiadas chispean azules y amarillos. Cada previsión de tormenta de verano sobre Madrid ha quedado en eso, en previsión. La ciudad humea por las dos semanas de la ola de calor y todavía ni gota para refrescar sus calles.

Uno de los investigadores de refuerzo se acerca a Martín.

—¿Has visto lo de la piscina? —le pregunta.

—Lo de la piscina...

—Atiende.

El compañero, siempre enguantado, pulsa un botón del cuadro de mandos del jardín. El agua de la piscina bulle y dos chorros marcan estelas a lo largo de su medio centenar de metros. Van de la parte anterior, donde el trampolín, a la posterior. Después pulsa otro botón y luces violetas la iluminan desde el fondo.

—Le había metido un sistema de corrientes —dice a Martín—. O sea, que nadaba en estático.

—Ajá.

Martín se larga de allí con un bufido. Estira sus guantes de látex. Al menos, reconoce, el compañero se ha trabajado más la intriga que el dato irrelevante. Entretanto, aquel inspector del complejo de Canillas se desgañita con varias llamadas simultáneas.

—¿Otro cuarto de hora? —El inspector se agarra el pelo tocado de canas—. [...] ¿En coche logotipado? Estás de coña. Mándalos de vuelta y que aparezcan aquí como civiles. Me da igual que sea en un jodido taxi, en un Uber o en la furgoneta de tu primo [...]. ¿Que han ido otra vez a la huelga los pesetos? Vale, vale. Oye, quiero a los de la Científica en la escena del crimen. Me da igual cómo, mientras no vengan en nada que ponga POLICÍA.

Cuelga y se dirige a Martín:

—¿Cómo lo ves?

—Muy intenso, pero la escena está bien conservada. Seguro que sacaremos cosas.

—¿Y qué le pasa a ese con la piscina?

—Ha descubierto que los millonarios nadan en estático.

—Supongo que avisarás a Cañas de este desastre.

Martín se masajea la quijada, pensando en la conveniencia de perturbar a su jefe, con la placa casi colgada y pendiente de trámites burocráticos.

—El estrés le agudiza los pitidos y me consta que el caso acabó por

ponerle nervioso. —Resuelve—: Merece que le avise mañana.

—Dicen que mañana se incorpora Ramírez.

—También lo avisaré a él.

—Cañas fue un gran inspector, aunque supongo que, con los años, llega un momento en que notas que todo va muy rápido y tú, muy lento.

—Siempre se quejaba de la velocidad de cualquier cacharro.

—No me refería a esa velocidad.

—Lo había entendido. Y esto… sí, parece rápido para cualquiera.

—Verás cómo Ramírez sabe convertirlo en un aburrido compendio de números —contesta el inspector—. Prepárate para el señor de las estadísticas y las ruedas de prensa con preguntas pactadas.

Martín vuelve a observar a la segunda víctima. El mastodonte con la yugular rota y la lengua descolgada, abatido en la entrada del chalet. Signos de no haber aceptado la derrota: uñas sucias de carne ajena. Los forenses se entretendrán con el guardaespaldas y sus muestras epiteliales. Por el correaje bajo la camisa, parece que intentó desenfundar su arma y no pudo. Quizá aquel móvil roto en el regazo tuviese algo que ver con su lentitud.

—Creía que protegíamos a nuestros confidentes —dice Martín, casi sin querer.

—No se te ocurra ir por ahí.

Casi sin querer evitarlo.

El inspector joven boquea, a punto de mandarlo a la mierda. Sin embargo, recuerda que este agente le servirá como aliado para las explicaciones que le pedirán desde lo más alto. El asunto conseguirá una llamada del director general. Se lo ha ganado a pulso. Ha entrado en juego la variable más peligrosa, la que hizo que el muerto y la policía tuviesen un apretón de manos. Esa que sucede más a menudo de lo que se piensa y de la que nadie quiere rendir cuentas.

—De alguna manera lo protegíamos —dice el inspector—, pero todavía no era un testigo judicial para llevarlo a una isla con otro nombre y, viendo las ganas que le tenían, con otra cara. A nuestra operación le quedaban un par de semanas hasta las detenciones y los reportajes en la prensa.

—No parece que haya sido una mafia.

—A mí me parece que esta es, precisamente, su forma de actuar.

El inspector rememora los atestados con fotografías de ajustes de cuentas entre cárteles mexicanos, excombatientes balcánicos, Mocro Maffia, Camorra, Mara Salvatrucha o cualquier otra mafia de moda en la ciudad. Primero bancarizan su dinero, luego vienen las vísceras. Con eso pagan carnicerías como la que observa. O eso cree, porque es

lo que se ha acostumbrado a creer.

—¿Y la palabrita en la frente? —le pregunta Martín—. El trazo es muy irregular y la hendidura, casi superficial. Da igual lo que te haya dicho el resto, eso no lo hizo un cuchillo.

—¿Alternativa?

—Apuesto por un destornillador, algo así.

El inspector enarca las cejas y se aleja para comprobar el perímetro. Acaba de ver, por encima del seto, que unas vecinas rondan la finca, preguntándose a qué se debe tanto movimiento en ese chalet siempre tranquilo. Ha de aprovechar el tiempo que le regalan los vigilantes de la urbanización antes de que cualquiera de ellos, mal sueldo y frustración de no llevar placa, contacte con los periodistas que cubren el papel cuché de sus vecinos. El suceso no será tan importante como dónde ha sucedido. Zidane vive a tres manzanas. El mismo ZZ. No quiere ni pensar que aquello salga en los titulares de un periódico deportivo, que se haga público que los bárbaros siempre estuvieron a las puertas de Roma. Y entraron.

Martín no sabe cómo interpretar la frase ambivalente «de alguna manera lo protegíamos». Después, lleno de dudas, amaga con entrevistar a la asistenta que descubrió la carnicería. Sentada en las escaleras de la entrada. Mirada extraviada y sin posibilidad de que regrese todavía. Una mantita le cubre los hombros bajo los rutinarios cuarenta grados. Otra compañera de la policía permanece a su lado y ya le habrá convencido de que, por supuesto, se pueden considerar amigas. Martín supone que aquella mujer todavía no está preparada para abrir la boca. Aunque al menos cree que no pertenecerá a ese tipo de testigos, tan abundante, que miente por automatismo. Se miente para proteger a un familiar, a un amigo o hasta al panadero si reía los chistes; se miente para que no se descubra aquel otro delito, a menudo nimiedad, que alguna vez ha cometido casi todo el mundo; se miente, por supuesto, cuando hay un antecedente penal que molesta; se miente para ocultar una infidelidad, parafilia o a veces todavía cuestiones de amor por el mismo género; se miente, en definitiva, porque nadie quiere testificar el día de mañana en un tribunal y que el malo esté mirándolo a dos metros mientras, en los estrados públicos, están otros amigos tan malos como él y libres.

Martín desanda el camino hasta el cuerpo en la casita.

Flash. Flash. No paran de tirarle fotos.

—Esta movida me da miedo —dice Toni, ya a sus espaldas.

—A mí también —contesta Martín—. ¿Has dejado a tu novia en casa?

—Solo me ha dado tiempo a ofrecerle dinero para un taxi.

—Creo que la mayoría están de huelga.

—Pues imposible que coja uno en Gran Vía.

—Lo siento, Toni. Te necesitaba aquí.

Para Martín, un asesinato es algo de carácter laboral. Se asesina desde que existe memoria y cualquier ciudad acumula un número increíble de homicidios en su recuento. Hasta la Florencia de los Médici tenía el triple de asesinatos que la ciudad más peligrosa del planeta hoy. Pero el asunto de acabar con la vida del vecino no evoluciona tan favorablemente como todo lo demás. Sigue habiendo demasiados en la sociedad más civilizada, tecnológica, que envía robots a los confines espaciales y come tofu. Y en este le descoloca el detalle truculento de saña personal, destinado a diapositivas en clases de criminología. Cuando le dieron el código quería investigar un asesinato. No más. No eso. Así que se propone arrancar aquella cadena de sucesos del nihilismo. El asesino nunca será un artista colmado de fervor poético, sino un delincuente que hay que encerrar.

Entonces se fija en que Braulio no lleva el anillo.

Luego, vuelve a leer las letras ensangrentadas de su frente.

PAPÁ.

—No me lo puedo creer. —Toni dirige su mano al cuello para comprobar que le han caído dos gotones de agua—. ¿Ahora?

Una serie de truenos más cercana y relámpagos en las nubes. El pavimento se llena, poco a poco, de puntos. Las gotas motean la entrada de la casita auxiliar y el adoquinado de la piscina. Deriva en acribillamiento. Granizo de mediados de verano.

—¿Dónde están los de la Científica? —pregunta Martín.

—¡Aquí! —grita uno, irrumpiendo en plano con su maletín—. ¡Recién llegados por cortesía de los últimos esquiroles de los taxis!

Martín también les grita para que lo escuchen por encima del aguacero:

—¡Os están jodiendo el cuadro!

Los agentes corren por la escena del crimen como si lloviese ácido. Toman muestras, recogen vestigios, pasan frotis por lugares de repente muy húmedos para la precisión que se les exige. Otro gran trueno confirma que se han abierto las espitas del cielo. Martín prefiere mirar el cuerpo de Braulio que el voluminoso manto de nubes. Y siente un ramalazo de pena. Ese tenía que terminar pudriéndose en una celda, no causando más trabajo, más dolores de cabeza, más llamadas de jefatura a los compañeros que se refugian de la tormenta en la misma casita auxiliar. El que pulsó el botón de las corrientes sigue contando su descubrimiento. Como si importase que el cadáver nadase en estático o tocase pared en cada largo cuando estaba vivo o, tal vez, si

sabía nadar y la opulencia solo se debía a las visitas.

Martín hace su repaso personal de los que quedan respirando: un padre en busca de venganza, una madre manejando los hilos de unas cuantas marionetas, un hermano pasado de vueltas y con propensión al escándalo, un psicópata sobre el que apenas consta alguna descripción y nombre de pila, una legión de mafias extranjeras que susurraban a la oreja del delincuente de confianza. ¿El mismo autor para cuatro muertos cerca de considerarse oficialmente relacionados?

Demasiado.

Está a punto de superarle.

Comentó a Cañas que iba a ser su caso más importante del año y ha resultado ser el de su carrera.

—Podría decir bastantes cosas. —Martín capta la atención de los compañeros, pero en la pantalla de su móvil lee L127. Lo llama Luciana—. Sin embargo, aún no las voy a decir.

Sale a la intemperie.

Con un pie en la intemperie se puede aprender mucho.

Y pulsa el icono verde de la imagen para escuchar:

—¿Estás sentado, boludo?

36

Frankie y Luisa vigilan desde el Simca.

El escondite del monstruo.

Sobre los cristales del coche arrecian litros de agua, pero no van a activar los limpiaparabrisas para aclarar la perspectiva. Pasarán desapercibidos si están quietos en medio de la tormenta, si lo único que se mueve son las ramas de los árboles y las colillas del suelo. Jarrea desde hace dos horas y solo han visto entrar a Héctor en el almacén de muebles. Aparcó una Harley destartalada en el zaguán, se descolgó del manillar de un saltito y caminó lentamente, recreándose en el paso, hasta el acceso al sótano. Tal que acabase de liquidar la cuenta definitiva y ya pudiera caer el diluvio universal.

—Ha sido él, ha sido él...

Luisa no tiene dudas. Él es el que ha transformado un sentimiento íntimo, como la pérdida de una hija, en el sufrimiento de un barrio que se levanta cada día sin noticias del asesino. Y Luisa no tiene dudas, porque sabe que Braulio le dejó el dato con la certeza de que, al menos, una de las dos personas que más detestaba saldría de allí con los pies por delante.

Pero Frankie no puede perder el duelo.

Ella se sentó en primera fila durante sus combates y no lo vio en apuros en ningún lance. Un mal gesto, un desaliento, un volver a la esquina derrengado o salvado por la campana. Nada. Después el martillo lo retiró, aunque eso no fue un duelo, fue un abuso de diez contra uno. Las operaciones en la mano derecha hicieron el resto, pero una persona puede cambiarlo todo, su físico, su cuenta bancaria, sus amigos, sus rutinas, sus manías, sus peores envidias y jamás cambiará lo que le fluye por las entrañas. Lo tienes o no lo tienes. Él lo tuvo. Quiere creer que aún lo tiene y que cualquier esfuerzo por ocultarlo ha sido inútil.

Frankie se cubre con un pasamontañas, ajusta un puño americano en la zurda, chequea la pistola de Edu por si acaso y recuenta cuatro bridas de plástico.

Está de vuelta.

—Lo haces por Carla —dice Luisa.

Lo hace por su ausencia. Que se presenta cada día en los vestidos amontonados en el ropero, en los libros escolares que no subrayará

más, en las tabletas de chocolate blanco que caducarán en la despensa y en cualquier objeto al que, hasta ese momento, nadie había dado un significado y ahora, por pertenencia, hay que apretar los dientes para pensar siquiera en guardarlo en una caja.

—Sí, lo hago por ella.

Y también por Luisa.

Frankie se baja del coche. Noventa decibelios de tormenta. Meandros de agua sucia corren por el pavimento y desembocan en las alcantarillas, embozadas de hojas muertas y plásticos. Trota hasta una tapia, avanza pegado a los ladrillos. Después la supera de un salto. Ya en el zaguán, engancha un cable de acero a la pata de cabra de la Harley y progresa en cuclillas, tirando de él, los metros que lo separan de la puerta del almacén. Se oculta tras unos palés de madera. El cable sigue alrededor de su mano. Calcula la distancia, la oscuridad del medio y el estruendo de la descarga. Ahora remolinos de lluvia en oblicuo. Todo encaja, más o menos.

Tira del cable con fuerza y la moto cae al suelo.

Hace más ruido del que esperaba.

Oye el concierto de cerrojos del almacén. Su puerta se entorna y así queda unos segundos en discreta curiosidad. A continuación se abre hasta la mitad. Héctor todavía no supera el quicio, valorando si, como parece, el vendaval ha derribado su moto y sus intermitentes aún llenos de mierda. Sale como un animal deshibernando. Frankie recordaba vagamente al muchacho de Clotilde: alto, escuálido y con pintas de desequilibrado. Se fue hace mucho del barrio y maldito el día que se le ocurrió regresar. En este momento sigue siendo alto, aunque ha ensanchado el porte y las pintas de desequilibrado con melena y barba trenzada hasta el esternón.

Héctor agarra el manillar con la mano derecha mientras la izquierda sujeta el guardabarros trasero. Pega el culo contra el asiento y, de espaldas, recupera la vertical de la moto con una liviana sentadilla.

Frankie anota otro dato: es muy fuerte.

Entonces corre para incrustarle el puño americano en la mandíbula.

No sabe muy bien por qué, o quizá sí, pero duda en el último momento y permite que Héctor se dé la vuelta. Este se gira poco a poco y se frota las manos como si lo mejor estuviese por llegar. Desengancha los broches de su camisa, aunque deja puestos los tres últimos.

—No debiste darme una oportunidad —dice Héctor—. Ni siquiera tú... Porque bajo el pasamontañas tienes que estar tú.

Frankie guarda el puño americano y acepta el duelo.

—Esas frases no te funcionarán conmigo.

Héctor sonríe y avanza. La pierna izquierda siempre delante, separándola lo justo de la derecha para evitar una entrada que lo derribe. Las manos, en cambio, muy bajas. Así oculta a la visión al rival de dónde vendrán los puñetazos. Sus pies un tanto inclinados.

—Acércate un poco más, Frankie.

—Voy.

Frankie finta un gancho con la derecha y entra con otro de izquierda mientras adelanta dos pasos para cambiar de guardia. Los nudillos ya están en la mandíbula de Héctor, que cae hacia atrás, con la mirada errática tras la velocidad del golpe.

Terminó el duelo.

Tan fácil.

Un invicto seguirá siéndolo.

Desde el suelo, Héctor balbucea palabras inconexas y recibe una patada en el estómago. Ya no puede balbucear más. Solo imaginar que hunde su destornillador en el cuello del hombre del pasamontañas, con furia y método, mirándole a los ojos inyectados en sangre hasta que sus párpados se desplomen. De inmediato, es arrastrado al interior del almacén y tampoco puede imaginar más.

Frankie lo agarra de las piernas.

Y Luisa, del pelo.

Luciana se ha citado con Martín y Toni en una cafetería del barrio. Ahí disponen de una terraza interior con mesita y cenicero para los clientes que, hace no tantos años, fumaban en la barra entre casquería y vasos de Soberano.

Luciana machaca contra el plato una colilla con carmín.

Hoy también ha desayunado macedonia y anfetamina.

Ahora pide el cuarto chupito de Marie Brizard.

Sus pies, calzados en unas bailarinas y bajo medias de rejilla, están muy húmedos, pero Martín no quiere que pasen al interior, a la vista de los que estiran la cerveza en el servicio de refugio. El investigador, escuchando cómo avanza la historia de Luciana, se desquicia pensando en la hora de retraso con la que llegaron por el atasco de la M-30. Dos carriles se inundaron a la altura del ruedo de Entrevías. Recuerda esa frase que se permite soltar en ocasiones de que, si ser policía ya es un sufrimiento, serlo en Madrid te coloca al borde del precipicio.

—Se puso a gritar como una loca. —Luciana tritura las palabras.

Martín anota, anota.
—Espera, ¿cuánto tiempo estuvieron en el terrado?
—Tal vez un cuarto de hora.
—Suficiente.
—Se fueron con una botella de jerez y un par de copas azules. Entendí que debían de ser amigas, porque las guarda para los buenos clientes.
—¿Amigas por qué?
—No quiero parecer… Carajo, entre putas nos reconocemos. ¿No os ocurre igual a los polis?
La lluvia comienza a barrer la terraza interior y Toni abre un paraguas. Luciana lo agarra del brazo, coloca sus dedos alrededor de aquel bíceps hipertrofiado y le guiña un ojo. Luego lo pega contra su busto. La chica se está destemplando.
—Me estoy destemplando.
—¿Os comentó algo después?
—¿Comentar? Tendrías que verla… Clotilde berreaba mientras ponía patas arriba su habitación y luego se largó del piso con unas bolsas llenas de comida. Últimamente lo hace. Prepara arepas, potajes, cosas así, las mete en bolsas y se marcha pidiéndole a Perla que quede al cargo durante su ausencia. Y la pelotuda de la negra no mueve un dedo hasta que Clotilde regresa. Hay otra morocha que sería mejor sustituta. —Luciana bosteza sin sueño—. Lanza pelotas de golf a varios metros con el orto.
—¿No serán de ping-pong? —pregunta Toni.
—De golf.
Martín apremia a Luciana con las palmas en alto.
—Lo de hoy, por favor.
—Lo de hoy…
«Lo de hoy» es el motivo de la llamada y las introducciones están claras. Es martes, última hora de la tarde. Los martes y los miércoles suelen ser lo mismo, aunque «lo de hoy» no. Es necesario que esa narración progrese sin dudas retóricas.
—Vino el otro hombre, el alto de melena y barba, a machacar el timbre. Discutieron en el pasillo. Ninguna lo oyó bien, aunque Clotilde le chillaba y él le contestaba más calmado. Empezó a pegarle en el pecho y el boludo ni se inmutaba. Cuando no tuvo más fuerzas, ese hombre le dio algo y ella miró hacia atrás a ver si estábamos cuchicheando. Todas nos habíamos asomado desde las habitaciones y Clotilde lo escondió bajo el vestido. Pero nosotras sabemos de qué se trata. —Luciana ya no pierde el ritmo—. Alguna vez, cuando se calentaba con la bebida, nos la había enseñado y prometía que daba

igual que los buchones no llegasen a tiempo si había un problema con un cliente. Que teníamos su pistolita de bolso a disposición.

—¿La llamaba así?

—Pistolita de bolso. Muy linda, con nácar en la empuñadura.

Martín mira a Toni, vértigo de una penúltima pregunta.

—¿En esos gritos llegó a decir el nombre de aquel tipo?

—Llegó a decir que ojalá Braulio se lo hubiese quitado de las entrañas, como hizo con las demás. —Luciana pierde la mirada por el suelo mojado—. Como hizo con las demás... ¿Recuerdas?

Martín cierra el paraguas de Toni.

—Recuerdo.

—¡Boludo! Si estoy empapada.

—¿Seguía en el burdel cuando saliste? —pregunta Martín.

Luciana tuerce la boca, suspicaz de si aquel es otro juego de cartas marcadas y ella aún no tiene ni pareja de mano.

—Para un momento. ¿De verdad me vas a ayudar con los papeles?, ¿o me meto en un quilombo bárbaro por nada?

—Soy policía.

—Los carnés de residencia no los dan los policías como tú.

Martín resopla. La va a ayudar hasta donde le dejen con su antecedente penal en Barcelona. Hará las mismas llamadas, con el mensaje contrario, que hizo por Coco. Siempre piensa que los inmigrantes deberían comprender cuanto antes que tienen doble penalidad: la del delito y la de ley de extranjería.

—Pero hay unidades que investigan, o quizá no investigan, determinados expedientes de regularización. ¿Entiendes, Luciana?

—Quiero tener alguna garantía, porque en España el único carné que me tramitaron es el de estúpida. Cuando llegué a Barcelona pedí un taxi para ir a la pensión, el conductor encendió el taxímetro, tomó una rotonda y me dejó al otro lado de la carretera. Desde entonces me han estafado demasiadas personas con trabajos supuestamente más honrados que el mío.

Martín no puede evitar sonreír.

—Tendrías que hacerlo más —le dice Luciana—. Sonreír.

—Uno siempre sonríe contra algo.

—¿Eso es que no me vas a dar la garantía?

—No puedo sacar un papel y ponerte un cuño de residencia.

—Martín, necesito...

—Mi palabra.

Luciana arruga la nariz. En su gesto hay algo de sumisión, del respeto al uniforme aprendido incluso en una villa miseria argentina. Quizá se le justifica la ignorancia. Inflamada de anfetamina, kebabs y

tirones de pelo. Después apretuja los labios para tirar un beso al aire y dirigirlo hacia Toni con la mano.

—Clotilde estaba en la cocina —dice—. Ya imaginas en la compañía de qué.

—De la botella, seguro. —Martín los apura con un chasquido de pulgar—. El problema es lo que quizá aguanta esa mujer desesperada en la otra mano.

—¿Lo tenemos? —le pregunta Toni, siempre un pasito por detrás.

—Casi.

37

Embridado de pies y manos, Héctor recupera la consciencia.

Delante, aquel matrimonio.

Luisa en plano posterior, observando al que de repente repta por el suelo. En algún momento ha creído que la violencia de su marido era excesiva, que lo iban a perder en uno de los golpes, pero nunca había visto una fortaleza parecida a la de ese hombre tumefacto.

—Gracias por devolvérmelo —dice Frankie a Héctor enseñando el anillo de su hermano—. Me lo arrancaron en una mala noche y no había podido recuperarlo.

No han gastado más de diez minutos en registrar su sótano. Una montonera de ropa, un balde a rebosar de aguas fecales, un hornillo con una sartén llena de cáscaras de huevo, unas rebanadas de pan sobre la mesa que escoltan sillas rotas, un catre desplumado y todavía treinta mil euros encintados bajo la almohada.

Luisa los recuenta con un movimiento de pulgar.

—¿El anillo significa lo que creemos? —pregunta.

Héctor aclara su garganta de esquirlas dentales.

—Mis significados nunca serán los vuestros.

—Conque viene ese tipo de charla.

—Solo si queréis —dice Héctor.

—No nos incumben tus significados. —Luisa se guarda los treinta mil euros—. Y sí dónde está la pistola de tu madre. Nos ahorrarías tiempo.

Héctor responde con un eructo, a punto de escupir puños de vísceras.

—¿Seguro? —pregunta Luisa.

—Seguro —dice él.

—Frankie, por favor.

Al ruego, su marido vuelve a colocarse el puño americano en la zurda. Cuadra aquel cuerpo en el suelo y le lanza un directo a las costillas. Al menos, las flotantes se han roto. Consigue una mueca risueña de Héctor. Repite el golpe en el mismo lugar y encuentra la misma reacción, con todos los ademanes de la futilidad.

Héctor mueve un dedo, tal que impugnase la paliza.

—Él me contó cómo será mi final. —Tose sangre—. Y no es este.

—¿Quién? —pregunta Luisa.

—Un monstruo de cuatro mil años.

—Ya...

Héctor cierra los ojos, como cogido en falta.

—Está dentro de mí, Luisa. Haz la pregunta definitiva.

La frase provoca a Frankie un escalofrío que asciende desde el vientre hasta el occipital, pero su mujer ni se inmuta. Si Héctor se quejase, se convertiría en una víctima. En cambio, si se explica, sigue en posesión de un poder. El que tiene la información va por delante, aunque sea embridado, machacado y en aparente delirio. A Luisa no le perturba escuchar su mente descompuesta, porque Clotilde la ha avisado sobre lo que iba a encontrar.

—No hemos de hablar con él para saber que la mataste tú —dice Luisa—. Ni siquiera estamos aquí para preguntar el cómo.

Frankie, a rebufo de la rabia, encadena una serie de directos contra el pecho de Héctor, que se ovilla a cada golpe. Su mirada continúa sin desvelar tensión desde el suelo. Un último puñetazo en la sien semeja haber desconectado su cerebro varios segundos. Las pupilas vuelven a enfocar tras un bizqueo y Luisa pide a Frankie que se detenga, que todavía no es el momento de que calle para siempre.

Pregunta la duda que sí la corroe.

No es el cómo.

—¿Por qué?

Poco a poco, Héctor recuesta la espalda contra la pared.

Busca un hilo en su cabeza para tirar de la respuesta.

—Este monstruo cree que todo se justifica en nombre del amor —dice—. Vosotros queríais a esa niña y por eso no sois diferentes a él. Miraos aquí, atándome de pies y manos, golpeándome con un puño americano y esa pistola preparada para pegarme un tiro. No... No sois diferentes. Primero debéis juzgar las mentiras de vuestras vidas.

Luisa pega su cara al aliento entrecortado de Héctor.

—¿Te dio Braulio la orden?

—Solo queréis escuchar lo que cerrará una venganza, pero no soy tan peligroso como el resto cree. Mi monstruo se esconde en muchos otros y así apenas terminaríais con un cuerpo.

—No puedo con esta mierda —dice Frankie—. Maldito loco.

—Y como cuerpo cumplí mi cuenta: acabar con el que me metió el monstruo.

—Maldito loco... ¡Carla no tenía que ver con tus historias! —Frankie le parte la nariz con la zurda de metal—. ¡Te mataré!, ¡te mataré!

Luisa le sujeta el brazo, pensando que, en el fondo, mucho tuvo que ver siempre con Braulio. Su historia, la de todos. Mientras, Héctor

se enrosca en el suelo y expectora coágulos de sangre negra. Los de los malos pronósticos a corto plazo.

—Decís que soy un asesino, pero ¿llevaríais de la mano a aquella niña a donde os encontráis ahora? ¿Es esta la imagen del amor? Pues claro… Claro que lo es.

—¿Qué hago? —pregunta Frankie a Luisa—. Porque no lo soporto más.

Ella duda un instante y Héctor aprovecha para seguir:

—Nunca tuve lugar en el mundo que habéis creado, aunque sí puedo contar lo que sucedió en él. —El matrimonio cruza otra vez miradas y sospechas y Héctor decide que va a contárselo—. La niña se acercó para preguntarme por mi cicatriz de la cara, que entonces sangraba. Me dijo: «Señor…». —Frankie y Luisa se quedan petrificados, la imitación de la voz de Carla es perfecta—. «Señor, ¿se encuentra bien?». Se encuentra bien… Me trató como si fuese una persona. El monstruo se dio cuenta de que eso podía debilitarme en mi misión, apuntó la pistola reservada para Braulio y tiró del gatillo. Ella cayó de espaldas en la plaza. Yo la arrastré un par de metros y luego la solté. No merecía la pena esconderla. Alrededor todo era silencioso y sin intermediarios. Una bala en la frente, nada más. Podía quedar ahí para que la recogieseis cuanto antes. —Repite—: Una bala en la frente, nada más.

—¿Por qué…?

—No hay razón que entendáis en vuestro mundo. Su muerte ocurrió cuando se metió en el mío. Antes casi rebano el cuello al que me sirvió una cerveza caliente, pero él intuyó que no debía tratarme como a una persona cualquiera y lo dejé. —Héctor proyecta la cabeza hacia delante—. Carla creía que sus cosas estaban empezando y en realidad ya estaban terminadas.

Frankie y Luisa deducen al fin que, si algo llegó a sentir su hija antes de caer, fue solo una confusión infinita. No hubo tiempo para el sufrimiento. Apenas enfrentarse a aquel desvarío, a la pistola humeante de un hombre que sangraba y al que preguntó si se encontraba bien. Ella no era responsable ni del primero de sus problemas. Ella caminaba por la plaza como lo había hecho otras tantas tardes de verano. Una posibilidad entre millones de encontrarse con alguien capaz de articular ese discurso y ejecutarlo.

Lo dijo Alfredo Cañas, lo dijo Clotilde.

Muchas veces no hay patrón.

Muchas veces no hay motivo.

Mejor ignorarlo que soportarlo: el asesinato puede ser absurdo y muchos asesinos ni lo consideran como tal. En el mundo de Frankie y

Luisa, en el mundo de casi todos, se urden planes, se venden cuerpos, victorias y derrotas, continuo canje por papel y números digitales. Y Héctor recuerda que las maldades cotidianas palidecen ante un acto aleatorio. Los policías que lo investigan jamás podrán explicarlo en el juzgado. Balbucearán respuestas inconexas, al fin y al cabo, el expediente quedó cerrado. Sin embargo, lejos de un tribunal nada ha sido consecuencia de convicciones o intereses. Solo una tómbola de verano. Y los personajes y sus pasados no liquidan la cuenta definitiva a través de una niña fría y azul. El hallazgo del cuerpo comienza la urdimbre. Nunca al revés.

Luisa sabe que a Héctor lo ingresarán en un psiquiátrico, que lo verán como un salvaje que no pretendía matar a su hija en particular, sentenciado a habitación acolchada mientras abogados, médicos y periodistas estudian durante décadas a él y a su crimen. Pero si los muertos ocupan un lugar fijo en la eternidad, Carla no puede quedar allí como la víctima de alguien que, en cierta forma, habían construido todos los protagonistas de esta historia menos ella.

Carla merece ser recordada por lo que fue, no por quién la mató.

—Hemos de terminarlo nosotros —dice Luisa.

Frankie hace su mismo razonamiento y susurra al oído de Héctor:

—A ver qué le parece al monstruo lo que vendrá a partir de ahora.

38

Clotilde tinta de morado otra copa.

Su pistola del 25 al lado del vino, quieta, dócil, aguardando contacto sin formular preguntas. La encargada oye cómo gimotea la puerta del piso. Ni le interesa quién la empuja. En su vestíbulo ha recibido a miles de clientes, policías, camellos, asistentes sociales y a una legión de chicas con maleta para pocas semanas. En muchos casos se han quedado años y en otros tantos las ha echado cuando el físico dejó de aguantarles. El juzgado civil ejecutará el desahucio pronto. Ojalá cuanto antes. Así que puede ser cualquiera, no piensa moverse de la cocina.

Prorrumpen pasos apurados por el pasillo.

Ahora, como si fuese una abstracción a cámara lenta, observa al cliente de hace dos semanas empuñar un arma mientras descuelga su identificación policial. A la izquierda, un hombre joven, apuesto y fuerte. Y Luciana, ¿cómo no? Siempre supo que la chica argentina traería problemas más importantes que confundirse de leche delante de una cámara.

Clotilde apoya la pistolita de bolso en su sien.

—Esperaba un tiempo de reflexión —dice después.

—No tienes por qué hacerlo —contesta Martín, bombeando adrenalina—. No venimos a detenerte.

—Coño. —Toni avanza en pasos laterales, su dedo acariciando el gatillo—. No me jodas.

—Cuatro muertos son suficientes. —Martín cubre el lado derecho de la cocina mientras habla—. Hemos de pararlo.

—Ese era vuestro trabajo —dice Clotilde—. El de una madre puede que sea justificar cualquier acto de un hijo.

Martín baja el tono, como en una confidencia.

—Solo una madre nos llevará hasta él.

—Luisa estuvo aquí y buscaba lo mismo. —Clotilde niega con la cabeza y el cañón sigue en su sien—. Esa es una madre que soluciona sus problemas, así que a él no lo encontraremos. Lo último que ha manchado Héctor es esta pistolita de bolso. —Mira el arma de reojo—. Mi hijo quería matar a su padre con algo mío y creo que ahí, en medio de la locura, se abrió un resquicio de amor.

—¿Su padre?

Toni ha ganado unos metros a la espalda de Clotilde. La encargada ni intuye cómo la aborda con un brazo bajo la barbilla en una maniobra muy rápida.

El sonido liso de un disparo.

Una bala de punta hueca impacta en la nevera.

De repente, Clotilde tiembla sobre el suelo. Toni, a horcajadas encima de ella, con un clavel de sangre en el hombro y palpándose el pecho. La respiración frenética. Aquel casquillo tintinea por los azulejos alicatados.

—¡Me ha dado!

—¡Mierda!

Martín se agacha y le rompe la camisa.

—¡Esta perra me ha dado!

No encuentra el orificio de entrada.

—¿Dónde, Toni?

Solo un rasguño cruza su axila como un latigazo.

—No... —Toni vuelve a cuadrar la respiración—. Me ha rozado.

Martín boquea del susto y Luciana aún sigue con las manos en el rostro.

Clotilde se rinde a los grilletes como una heroína mínima y barrial. Su capitulación nunca es debilidad. Ya no tiene que ignorar los hechos para imponerse a ellos, porque sobrevivirá a los hombres que la han pisado. Hace cuarenta años se puso a disposición de Braulio también en pasiones y ahora descubre que sus virtudes eran mañas. Siempre a rebufo de la elegida, de Luisa. De la única que, como suele ser habitual, le aplicaba a él las mismas tácticas de invasión e indiferencia.

Clotilde no ha cambiado. Han cambiado las circunstancias.

Y el hijo mata al padre y cualquier esfuerzo por blanquearlo es ridículo.

—Os llevaré a su escondite —dice cuando la incorporan, esposada—. Aunque no servirá de nada.

Martín exhala cinco litros de tensión. Para volver a inhalarlos en la siguiente bocanada. Está cerca de cerrar el círculo y jura que nunca sospechó que, bajo el cuerpo de una niña, cupiesen tantos desafíos.

—Necesitamos una orden judicial.

Sale al pasillo.

Las chicas del burdel y sus clientes se mueven como si no pudiesen recordar qué hacían ahí. Desde las habitaciones brota una protesta colectiva al ordenar Martín su identificación para los informes del disparo.

Un cliente habla como el fugitivo que no verá la frontera:

—Por favor, me esperan mujer e hijos en casa.

—Es testigo del incidente y deberá beberse ese mal trago —dice Martín—. Ni pestañee hasta que mi compañero lo filie.

—Habrá de investigar otro disparo si ella se entera.

—Mejor llamaré a la jueza en la calle —murmura Martín.

Escaleras.

Portal.

Enfrente del kebab, marca el número gran reserva.

Cuatro tonos y medio.

—Señoría, disculpe la llamada a estas horas.

Al otro lado:

—Es el teléfono rojo. Seguro que el motivo lo merece.

—Necesito con urgencia una orden de entrada y registro y a un secretario judicial para las actas. Creo que tenemos al asesino.

—¿Su nombre?

—De momento consta un nombre de pila. Es… es una larga historia.

—Las órdenes de entrada y registro se conceden por largas historias, pero escritas. ¿En qué ubicación, agente Melgar?

—Plaza José de Villareal.

—No la conozco.

—Lo de plaza le queda muy grande. Es otro recoveco del barrio.

—¿Y me enviará ahora mismo un correo electrónico o un fax con el informe para el correspondiente estudio?

Martín aprieta el puño izquierdo. Esa mujer desvaría si cree que en el carrusel de cadáveres, letras a destornillador y laberintos familiares hay tiempo para una reflexión y redactarla. Escribir un atestado es un acto permanente, pero ponerlo en blanco sobre negro requiere de un momento de calma que tampoco existirá en las próximas horas.

—Señoría, acabamos de pasar por una situación complicada y el sospechoso podría escapar en cualquier momento. Ni siquiera hay garantía de que continúe en la dirección.

—¿Me llama desde las inmediaciones, agente Melgar?

—Final del paseo de las Delicias, sí.

—Veo de dónde ha surgido su situación complicada. —Unos segundos de expectativa—. Espéreme cerca de ese domicilio mientras lo vigila.

—Es un almacén.

—Un almacén… Me solicita una orden para entrar en un almacén… A los policías les encanta pedir cosas en vez de leer las leyes. Salgo

ahora de plaza Castilla y no tardaré más de quince minutos.

—¿En el juzgado a estas horas?

—Estudiaba una investigación que me fascina.

—De acuerdo, seño...

La jueza le ha colgado.

Martín, que intuye que esa investigación fascinante no es la suya, tiene quince minutos para montar el dispositivo.

El coche de la jueza se detiene en el cruce de Santa María de la Chopera con calle Tarragona. Dos Seat Altea aparcados ahí. Prudenciales metros de distancia entre ellos. Otros policías acordonan la ubicación, con las miras en el almacén que ha señalado Clotilde, recostada sobre el asiento trasero de un vehículo de la unidad. Muestra una tranquilidad con las esposas puestas que nadie comprende. Como si lo esencial de aquel dispositivo hubiese sido resuelto hace tiempo, como si su colaboración solo le fuese útil a ella en caso de que presenten cargos en su contra.

—Nuestra jueza instructora es una caja de sorpresas —dice Martín a Toni, cubierto con una chaquetilla que le han traído los compañeros —. ¿Por qué Alfredo Cañas siempre lleva razón?

Martín se acerca al coche de la jueza.

Ella, desde el interior, le pide que suba.

—¿Seguro que es buena idea, señoría?

—No sea ridículo, agente Melgar. Este es mi segundo despacho.

Martín se pone de copiloto.

El diálogo con la mirada de ambos al frente.

—¿De cuánta gente dispone para entrar? —pregunta la jueza.

—He reunido a ocho de los designados en el caso.

—Más que suficiente para un solo hombre.

—Tenemos indicios de que no es un hombre cualquiera.

—¿Y con cuántos de los cadáveres se le relaciona?

—Con los cuatro, incluida la cabeza.

—*Voilà!* —La jueza se sube el puente de las gafas, hoy con montura verde—. Pues escuche, agente Melgar, un almacén no es un domicilio y tampoco me ha remitido un informe para que redacte una orden y se la envíe al secretario judicial de guardia. Que no le suene a reproche, entiendo las circunstancias y a veces se dan en cualquier investigación. Solo hemos de asegurarlas en el expediente para que los abogados no me frían a recursos. Entonces...

—La madre comentó que hay un colchón y un hornillo, cosas que...

—Si continúa hablando, yo misma decretaré la nulidad de la

entrada y registro. ¿Me permite seguir? —Martín cabecea y le da paso con las manos—. Sus policías van a entrar en un almacén que no dispone de la protección jurídica de una vivienda y esa mujer jamás le ha dicho que exista ningún elemento para suponer lo contrario. ¿Entendido?

—Entendido.

—Detengan al asesino, busquen pruebas de cualquier delito flagrante para cubrirse y no me vengan con tiroteos e historias de polis duros.

—Parece que, en su día a día, el sospechoso solo usa un destornillador.

—¿Es que tienen la pistola?

Un destello en los ojos de Martín.

Una expectativa de triunfo.

—Habrá que esperar a las pruebas de balística, pero la tenemos. Hay algo simbólico en que emplease esa arma contra Braulio da Costa. Le aseguro que mi atestado no le decepcionará. Es un caso de la hostia.

—¿Y lo de Carla Gómez?

—Lo de Carla… aún inexplicable.

—Prosiga con su trabajo sin más intromisiones. Estoy al tanto de quién era y de lo que se esperaba del viejo asesinado en Conde de Orgaz. —La jueza mira por inercia a través del retrovisor central—. Cañas me dijo que, con esta investigación, usted pasaría de ser un buen policía a un policía eficaz. Haga el favor de no decepcionarle.

—Señoría, me deja gratamente sorprendido.

—Y no me importa lo más mínimo. ¿Ahora quiere ver algo muy interesante?

—Eh, ¿sí?

La jueza abre el expediente azul que lleva en el regazo.

—Delito contra la flora y fauna. Titis pigmeos, boas birmanas, leopardos de las nieves. —Llega a las fotos de los animales enjaulados —. Esto es un ligre, cruce entre león y tigre. Y aquí mi preferido —agita una foto de un perrillo—, un zorro de Fennec. Es un animal del desierto que venden por miles de euros en ciertos círculos de Aravaca. Cada uno con su ficha técnica y fruto de cuatro años de investigación. ¿Qué me dice de esta obra de arte hecha atestado?

—Pues… increíble.

La jueza cierra el expediente con sumo cuidado.

—Mandaré a prisión a los desgraciados que trafican con ellos.

Hasta entonces, Martín pensaba que estaba ante una persona para la que nada era muy grave y que, en cualquier caso, suponía que el

tiempo y su mazo lo pondrían todo en orden. O, como dijo aquel día, solo es una profesional obligada a convivir con cientos de crímenes irresueltos que no le deben ocupar más que segundos cada mañana. Excepto las horas que dedica a los bichos exóticos.

—Agente Melgar —por primera vez la jueza se quita las gafas y descubre unos bonitos ojos azules—, ¿y si no está ahí el sospechoso?

—Creo que entonces nunca lo encontraremos. —Martín sale del coche y luego, como capitulando, se aproxima a la ventanilla—. Pero también que no volverá a hacer daño a nadie.

—Habla como un policía que persigue una persecución.

—Lo que soy.

Aquella tormenta no amaina.

El almacén es un objetivo de manual para una intervención sencilla. Todos los flancos cubiertos. Una única puerta de entrada y salida. Aislado de cualquier vivienda, según el informe del catastro. Los agentes se agrupan en dos pelotones mientras las luces de los edificios colindantes se encienden. En mitad del vendaval, los vecinos contemplan los uniformes con chalecos antibalas, cascos y un ariete como avanzadilla. El mastodonte que lo carga echa la puerta abajo a la segunda embestida.

Sus compañeros:

—¡Vamos!, ¡vamos!

Entran con subfusiles provistos de foco y los gritos identificativos de la autoridad.

Martín y Toni son los últimos, rezagados de la acción.

—¿Desenfundamos? —pregunta Toni.

—¿Para qué?, ¿no has visto a los Delta Force que van delante?

Pasan al lado de la Harley tirada en el suelo y Toni siente el mayor escalofrío. ¿Aquello es lo que parece? No olvida ese manillar alto, ni la matricula lateral, ni la chapa picada de óxido. De hecho, se ha obsesionado con cada detalle del vehículo y del conductor para, el día que ojalá se lo volviese a encontrar, partirle la porra en la cabeza por preguntarle por su casa y hacerle contestar con su novia.

Pero no es el mejor momento para comentarle su duda a Martín.

—Antes creí que esa señora me había alcanzado en el pecho —dice Toni para disimular la sorpresa—. Gracias por…

—Gracias, ¿por? —lo interrumpe Martín—. Un segundo más tarde y se hubiera volado los sesos. Entonces tampoco hubiéramos llegado hasta aquí. No sé mucho de ese tipo de intervenciones, pero hiciste lo correcto y lo que yo no hubiera podido hacer. ¿Te he contado alguna

vez que no disparo desde la academia?

Toni prepara una mirada cómplice.

—Lo sabía.

—No se lo digas a ninguno de estos vaqueros. —Martín carraspea—. Y vamos a meterle teatro para que tampoco lo deduzcan.

Después, la mirada de Toni vuelve a la moto.

«¿Aquello es que lo parece?».

Martín se coloca entre los dos pelotones, dando palmadas en las espaldas de su dispositivo y organizando posiciones. Escena de guerra, retórica espartana y aguantar el aire diez segundos en los pulmones, como enseñan en la academia para bajar el ritmo cardiaco.

El del ariete tumba la segunda puerta.

Lo de siempre:

—¡Todo el mundo al suelo y con las manos en la cabeza!

Entran a la carrera, casi atropellándose por el diminuto acceso. Se reparten al trote los treinta metros cuadrados del sótano y encuentran un paisaje decadente del que emana un olor fétido, sumergido en la oscuridad vaporosa que acribillan los focos de los subfusiles. Por un instante, todo es silencio y ahí nunca están las respuestas para la policía.

—¡Venga! —Martín vuelca el colchón lleno de moho—. ¡Dónde estás! —Será el último en admitir el fracaso—. ¡Dónde estás, cabrón!

Los decibelios de sus compañeros bajan al susurro, a la derrota evidente que nadie quiere verbalizar. Es suficiente con atender al decaimiento de sus hombros y sus nuevos andares de mercado.

—Se ha marchado —dice al fin uno.

Martín se muerde el puño derecho. Solo tiene que observar los lamparones de sangre repartidos por el suelo, junto a las bridas de plástico, para saber lo que ya sabía Clotilde. Su colaboración fue una pose. Y él perseguía la persecución o, casi mejor, investigaba la investigación.

—No se ha marchado. —Se agacha a dos metros de distancia para comprender la técnica de los autores, pero no apunta nada en su libreta—. Se lo han llevado.

—Activaré el protocolo con los de la Científica —dice otro compañero.

Protocolos. Siempre protocolos.

Martín quiere arrancarse cuanto antes la indulgencia que lo asalta. Desde ahí, acabaría sintiendo compasión por sí mismo y no existe nada más ridículo para un investigador. Mira a Toni con lástima, la que en el fondo también le invade a él.

—Que vengan —contesta mientras cierra los ojos, como si al

abrirlos todos los problemas no fuesen a estar allí—. No encontrarán nada de nuestro interés.

Los abre.

Había llegado demasiado tarde con demasiado poco.

39

El Simca traquetea por una senda a cincuenta kilómetros de Madrid.

Entorno baldío del Jarama.

No se oyen los golpes de Héctor en el maletero desde que salieron de la ciudad. Frankie lo dobló a puñetazos para meter su envergadura ahí, en metro y medio cuadrado, con la indiferencia de que un mal palo lo matase. Luisa ha modulado sus arrumacos para que siempre se frenase en el último momento.

Ha cesado de llover.

La luna se despide a través de un cuarto creciente, pero aún ilumina el camino. Recorrieron Cobeña, Algete y Valdeolmos. La senda se convierte en un pedregal cuando giran a la izquierda y Frankie decelera. Conoce bien el enclave. Décadas atrás, su hermano vivo, iba a recogerlo allí cuando se colgaba de ácido y todo lo demás. En una noche de colores estampó su moto y pasó a un fundido a negro. La Guardia Civil descubrió el accidente un día después, tras el aviso de un pastor. Pero ahora el matrimonio no dará ni ese margen. Ahora nadie descubrirá nada.

Frankie frena el coche entre dos peñas.

Arriba, la derecha forma un risco con sus retamas.

Por el suelo, sotobosque de urces y plantas rodadoras.

—Aquí —dice Frankie a Luisa.

—Aquí.

En 2019 parece un paisaje equivocado.

Y los pueblos que han cruzado tienen cada vez más casas vacías. Los jóvenes emigraron al mundo de archivadores verticales de personas, al que se mide en estaciones de metro y donde todo es susceptible de resolverse con violencia y bridas.

—Increíble que estemos a media hora de Madrid —dice Luisa.

—Que desaparezca Madrid —contesta Frankie con un puñetazo al volante—. ¡Que desaparezca!

Sus pensamientos, frenéticos.

Que desaparezca su barrio, los bloques amarillos cayéndose a trozos y las avenidas de edificios mustios lindando con el Manzanares. Que desaparezcan sus habitantes locales, castizos y ruidosos, una existencia de codos en barra y tragaperras, esperando por la paga de cuatrocientos euros para que mañana vuelva a ser igual que hoy. Que

desaparezcan también los no locales, pardillos universitarios racaneando alquileres y la penúltima exposición del Matadero, la legión de dominicanos, sus «*ke lo ke*», arepas y licras para mujeres con sobrepeso de cien kilos y, por supuesto, los paquistaníes que venden fruta podrida con olor a curri. Que desaparezcan los barrios aún más al sur, vadeando el río de mierda, colonias de sufridores donde el mes cuesta el suelto del bolsillo y que, con probabilidad, serán atracados por sus propios vecinos. Que desaparezca, claro, la inmundicia de la Cañada Real donde vigiló a Edu, sus callejones embozados y paseantes en busca de micra de heroína que, sin saberlo, mueven tanto dinero como para que un gánster se permita tres vidrios blindados en una chabola y venda, literalmente, todo lo que le pidas. Que desaparezcan las áreas residenciales del norte, con sus aspersores automáticos, mucamas y todoterrenos para que el chófer deje al primogénito en el colegio donde dan clase en cuatro idiomas, menos el castellano, lo mínimo que merecía su hipocresía es a Braulio hecho jirones. Que desaparezca toda la ciudad que queda en el tránsito de ese sur a ese norte, con la falsa hospitalidad de sus habitantes compartiendo piso hasta los cincuenta mientras ratean cañas por Malasaña, la Latina o Chueca, convenciéndose de que todavía queda un plan por venir y de que, sí, son más simpáticos que los de Barcelona.

Que desaparezcan las coordenadas 40°25′08″N 3°41′31″O.

Sí, que desaparezca Madrid.

Y de paso, recapacita, ojalá desapareciese él mismo.

Ni siquiera fue capaz de proteger a la única inocente que lo rodeaba.

—Cariño, estoy a tu lado. —Luisa le acaricia la mano—. Como siempre.

Frankie se calma con la carantoña. Resopla, se baja del coche, abre el maletero y Héctor pega un respingo. Entorna los ojos, casi inconsciente y mudo por el esparadrapo en la boca que ahora le arrancan. Después, Frankie lo coloca delante de los faros encendidos del Simca. Le da una patada que le dobla el espinazo. Los conos amarillentos proyectan el final de la noche. Arena húmeda y fría.

Héctor consigue ponerse de rodillas.

—Nada morirá dentro de mí —dice—. Nada, Frankie.

A Luisa le parece una idea racional para él. Todos creen en su derecho a vivir, pero el problema es que nace cualquiera. Sin permiso, sin mérito, arrojado a este mundo como luego a la irrevocabilidad de la tierra. Como nació Héctor. Nada morirá en su interior. Tampoco nada estuvo vivo desde su infancia en el burdel. Quizá, concede Luisa, a lo que puede aspirar una persona es a marcharse sin ser imagen de

periódicos y palabra de rumores, como su hija, derrumbada en la plaza y cerebro detonado. Bastaba con que esa noche hubiera salido un poco antes o un poco después de casa. Bastaba, en definitiva, con que Carla no hubiera nacido.

Frankie apunta la pistola de su hijo al entrecejo de Héctor.

Pero después de aquella reflexión, Luisa le dice:

—Lo haremos de la otra forma.

—Ha confesado sin necesidad de usarlo.

—Por eso lo usaremos ahora.

—Yo no sé si seré capaz de...

—Claro que lo sabes, Frankie.

Luisa se dirige al coche, se descuelga por la puerta del copiloto y saca de la guantera el soplete preferido de su marido, guardado en una funda de piel. La cremallera descubre la herramienta roja y reluciente.

—Un buen mecánico necesita buenas herramientas —dice ella.

Después se lo entrega como una ofrenda.

Frankie mira el objeto y luego a Luisa.

Sabe que la mayoría de las parejas son fracasos de otras con las que nunca se encontraron, de miradas furtivas en el metro, de pretendientes que dejaron de contestar a los mensajes, se mudaron de ciudad o no querían ser infieles. Rara vez la elección es la preferida para compartir almohada, gastos y anodina sensación de seguridad; pero gusta pensar en ese proceso como el resultado entre un sinfín de opciones. No como el último saldo en el que pudieron conquistar a la persona maniática que muchos buscan hasta el final. No suele existir predestinación, sino condescendencia.

Salvo excepciones.

Como la suya.

Como Frankie y Luisa.

Frankie prende el soplete y lo aproxima a la cara de Héctor, que ni pestañea con el calor a centímetros. Luisa se da cuenta de que su marido titubea. Ella pone el dedo índice encima del de Frankie y dirige la llama a aquellos ojos color del hierro.

—Él me contó cómo será mi final —dice Héctor—. Y no es este.

Ahí, en el último momento, es cuando lo ven.

Una milésima de miedo en su rostro. Quizá recobrada la lucidez de que no existe una maldición en él y que la única posibilidad es que, dentro de un instante, lo persigan las de sus propios muertos.

Lo ven: el crimen no compensa, pero la venganza sí.

El matrimonio deflagra la llama y se oye un grito.

La segunda llamarada.

A bocajarro.

Una garrafa de gasolina derramada por la tapicería. Una cerilla arrojada, a distancia, de un capirotazo. El Simca arde a pocos metros de Frankie y Luisa. El fuego asciende en serpentinas y toma el cariz violáceo del sol naciente. Se alejan cuando la hoguera crece. Durante el crepitar prorrumpen pequeñas explosiones. En minutos, del coche y del cadáver solo quedará el mismo polvo venteado. Con él, vuela la posibilidad de que se recordase al asesino y no a su hija.

—Tenemos que irnos —dice Frankie—. Es casi una hora de camino.

Luisa, desde atrás, le pasa los brazos por la cintura.

—Ella estaría tan orgullosa de ti como lo estoy yo. Sabía que, daba igual lo que sucediese en los últimos años, elegí al que haría cualquier cosa por mí y por su familia.

—¿Y seguro que ella lo sabía?

—Sí, Carla también sabía que su padre siempre fue un ganador. —Luisa le da un beso en el cuello—. Terminó la pesadilla y al despertar estamos rotos. —Le coge de la mano y se ponen a andar—. Pero haremos ese camino.

Frankie Gómez hinca las rodillas y al fin llora.

Luisa Bermejo es la que tiene que levantarlo.

40

Edu se sube la capucha de la camiseta.

Luego la braga militar hasta los ojos.

Karim hace lo mismo mientras Científico se cubre con una careta de caballo.

—¿Estamos listos? —pregunta Edu—. ¿Llevas el arma cargada, Karim?

Su amigo enseña una pieza metálica en la presilla del pantalón.

—Voy a disparar como un loco.

—Tú imita a Científico, que siempre fue el de gatillo fácil.

Bajan las escaleras desde el piso de Científico. Las dos chicas que aún siguen ahí se despiertan del portazo y después vuelven al sueño narcótico. En el portal, más cucarachas doradas y más enganches a la acometida eléctrica. Científico sale a la calle encabezando el tridente. Sin caras, sin nombres. Fantasmas de los peores augurios, corren hacia la plaza donde apareció el cuerpo de Carla. Ninguno va a achantarse. Han preparado el golpe durante los últimos días y los roles están claros: Científico iniciará la acción, Edu cubrirá el flanco izquierdo y Karim el derecho. En tres minutos ha de quedar saldado y se desvanecerán en la noche.

Al doblar la segunda esquina, Edu choca en su carrera con Ronald, uno de los chicos del piso patera. Apoya la rodilla en el suelo. El otro, por su parte, cae de espaldas con un rebote en la nuca. Se levanta dispuesto para la pelea si los tres encapuchados, el del medio con careta de caballo, es lo que le ofrecen.

—Ni se te ocurra hacer una tontería —le dice Edu enseñando lo que él también oculta bajo el pantalón—. Esto no va contigo.

—Cenicienta —sigue Karim—. Vuelve a tu casa, que ya pasa de medianoche.

El chico alza las manos al ver el reflejo metálico y se aparta.

—¡Venga! —apura Científico.

Llegan a la plaza por el flanco derecho. Cinco de la madrugada. Misma hora y mismo lugar donde dos semanas atrás metían a Carla en una bolsa. Vigilan que no haya nadie en ese sitio, casi nunca transitado. Edu cuadra el objetivo en su mira. Aprieta los dientes, frota el dorso de la mano por la nariz. Como todo, parecía más sencillo en su imaginación. El problema de tener allí un concepto muy

bueno de ti mismo es que acabas por tenerlo muy malo de todo lo demás.

—No te rajes —dice Científico a su espalda—. Además, la semana que viene empiezas con tu viejo en el taller. Tómatelo como el último golpe. ¿O no estás seguro?

—No he estado tan seguro de nada en mi vida.

Edu desenfunda el arma.

Apunta y aprieta el pulverizador del espray.

Comienza a delinear el contorno negro por la izquierda. Karim por la derecha y en medio Científico, fileteando el relleno con su azul eléctrico. Los tres se cambian de posición a cada instante. Cuando Edu tiene alguna dificultad, aparece otro y le subraya su línea. Ángulos rectos sobre la parte superior e inferior del grafiti, mientras el eje modela curvas peraltadas. Karim satura de verde el contorno de Edu y Científico sigue su verso libre, ahora violeta y amarillo, como un rayo de los que cayeron en la tormenta de ayer.

Se enciende la luz de la vecina del tercero.

Edu detecta la silueta de la anciana tras las cortinas.

—Terminamos, ¡terminamos!

—Un poco más de azul en el sombreado —dice Científico quemando el pulverizador—. Un poco más y listo.

—Si nos cogen con esto a medias, no habrá servido de nada.

Científico pulveriza un último zigzag a vuelapluma.

—Tienes razón, Edu.

Se alejan un par de metros del mural. Aquellas pupilas de Científico moviéndose, de izquierda a derecha, bajo la careta del caballo. Una obra rotunda. Nadie podrá decir que entre los colores no hay un mensaje claro, porque los muertos no necesitan explicaciones, pero los vivos sí.

—Ha sido mejor que nuestra primera pastilla en 2015 —dice Científico.

—Quedó de la hostia, hermanos —secunda Karim.

Una sacudida los recorre tras el «hermanos» de automatismo. Edu los avisó de que no quería volver a escucharlo ni sin querer. Por un instante, parece que vence el dolor y no el homenaje, sin embargo, Edu da un coscorrón cariñoso a Karim.

—Vosotros me podéis llamar «hermano» cuando queráis —dice.

Suenan las sirenas de un coche de policía local. No hay más trabajo en ese momento que detener a los autores de un deslucimiento de fachada. Arte o vandalismo, a los uniformes azules les dará igual si los pillan mientras no les entre otro aviso por radio que, seguro, será más apremiante.

—Falta este toque.

Edu dibuja una firma ilegible bajo el grafiti.

Después, se largan corriendo de allí. Tal y como llegaron.

Sin identidades en una juventud que aún empuja a la vuelta de la esquina.

En esa mañana, el inspector Cañas estira su bigote cuando observa el impacto de bala en la nevera del burdel. Martín y Toni le han explicado varias veces la secuencia de hechos. Luciana, tics y verborrea, también lo intenta con menos claridad. Entretanto, Cañas analiza la cocina con su actitud profesoral. Ofrece el cuajo necesario a sus movimientos con cada de una de las conclusiones que al final verbaliza.

—Concluyo que Clotilde aprieta el gatillo a la vez que tú la abordas —dice el aún inspector a Toni—. Le salvas la vida, porque esa maniobra es perfecta. Tu mano bajo la barbilla le tira la cabeza hacia atrás y el cañón pierde contacto con la sien. Por el agujero en la nevera, veo que el balazo es de trayectoria ascendente y ahí te roza la axila. La ubicación del casquillo también indica el disparo en diagonal. De acuerdo, vendrá balística a darme la razón… Dejamos a Clotilde libre, pero con cargos por tenencia ilícita de armas —resuelve Cañas—. Y a ti, Toni, no sabes cuánto me alegra felicitarte en mi último día de trabajo. —Por primera vez le pone una mano sobre el hombro—. Estuviste excelente.

—¿Informe a sangría francesa? —pregunta Toni.

—Sí —contesta Cañas—, pero lo redactará Martín.

En ese momento, Toni vuelve a considerar explicarles que no es el héroe que creen. Que dejó marchar al asesino y que su mente todavía sigue parada en mitad de aquel arcén. Que igual todas las pullas del inspector eran ciertas y no se decían para motivarlo. Que, en definitiva, es mejor que gaste su existencia dirigiendo el tráfico y con un forro polar en invierno bajo el uniforme, aunque en la cena eso suponga contar el día de la marmota a la sobrina de Cañas.

Sí, lo va a explicar.

—El día que fuimos a…

Llega música sinfónica a todo volumen desde algún sitio del vecindario.

—¡Nunca escuché nada igual aquí! —grita Luciana.

—¿Wagner? —pregunta Cañas para nadie.

—Y, bueno, me dijeron que iban a ser rápidos y llevan un rato —dice Luciana—. Con ustedes rondando, no van a entrar más clientes y

las chicas quieren hacer caja ahora que desmantelarán el piso. ¿Han terminado?

—Ya nos vamos —contesta Cañas.

—Acuérdense de echarme el cablecito con los papeles —los despide Luciana por el pasillo—. Comentan que cualquier día cae el desahucio y creo que es tiempo de un trabajo más reposado. En la discoteca latina de la esquina necesitan a alguien que ponga copas entre semana.

—¿En la que se llama Amanecer? —pregunta Martín.

—Esa. Cuentan que hay buenas propinas.

—Más reposado y buenas propinas... —Martín chasquea la lengua —. Si algún día aparece un portero con dientes de metal, dile que lo estoy buscando para ayudarle en su juicio y hacerle un interrogatorio más.

—De tu parte. —Luciana vuelve a poner ojitos a Toni cuando les cierra la puerta—. Y solo te cobraré otros cincuenta euros.

Ya en el rellano, Cañas se adelanta unos metros con Martín.

—Seguimos sin rastro del asesino, ¿verdad?

—Borrado de la tierra.

—¿Ellos?

—Tienen coartada de esa noche.

—¿La has comprobado?

—Se sostiene. También la montó Luisa, conque si es falsa, de momento aparenta ser cierta.

—Dime qué opinas ahí dentro. —Cañas le toca la barriga con un dedo—. En tus entrañas.

—No puedo saber lo que ha sucedido con Héctor y el matrimonio. Quizá él haya escapado y nunca se hayan cruzado... Quizá no. Matar a Braulio le generaría muchos enemigos y puede que saliese corriendo de Madrid para no volver. Lo siento, de momento me veo incapaz de opinar algo más seguro.

—Pues tampoco desesperes. Solo mantente atento y una buena mañana cualquier pista volverá a ponerte en su búsqueda. No hace falta que te enumere las formas más extrañas en las que eso ocurre y todos, hasta Ramírez, han reconocido que tu trabajo estaba siendo bueno. Casi lo consigues.

—Y no lo conseguí. Aunque lo que sí sé es que los hechos siempre iban por delante de mí. ¿Sentiste esa frustración alguna vez en tu carrera?

—Me recuerda a una investigación que llevé en el año... —Cañas se frena—. Joder, sabes que nunca hablo de aquello.

De repente, perciben un temblor que sube desde el portal. Martín

saca la cabeza por el hueco de las escaleras para observar un pelotón de la UIP al trote. Porras y escudos por delante, veinte kilos de equipo que deben de pesar bastante más durante el verano de Madrid. Los policías retienen a las chicas y a los clientes que salen asustados al pasillo, a los que buscaban una aventurita y acabaron obteniendo obviedades. Uno a uno contra la pared. Manos sobre la cabeza y piernas abiertas. Cacheos de inercia que encuentran inconvenientes y siempre el vocativo de «caballero».

—Cumplimos una orden de desahucio del Juzgado de Primera Instancia 32 —dice un antidisturbios a través de un altavoz—. No nos den problemas y nadie saldrá detenido.

—Justo hoy —murmura Cañas.

—Me parece que la última vez vino solo el secretario judicial y el procurador —dice Martín—. Y las chicas los echaron a taconazos.

La avanzadilla de la UIP que sube a la primera planta se encuentra cara a cara con Cañas. No entiende por qué ese hombre no se aparta como el resto. Uno de los agentes lo estampa contra la pared y el inspector se revuelve.

—¿Te quieres venir a comisaría, viejo? ¡Contra la pared!

Cañas considera que, mejor, le pone la placa con su cargo en los morros.

—Llevo toda mi vida en comisaría —dice a continuación—. Número profesional, agente.

Enseguida, la boca de aquel parece de yeso.

—No sabía...

—Te he pedido el número profesional.

—10987. No sabía...

—De acuerdo, 10987. La próxima vez que empujes así a un civil tendrás un expediente disciplinario.

—Disculpe. Repito que no sabía...

—Que era inspector por unas horas más. De saberlo no tendrías un expediente, sino la expulsión del cuerpo. —Tres toquecitos en su pecho—. Me tratas bien a estas muchachas, ¿estamos?

—Estamos, inspector Cañas.

—Especialmente a las del segundo. —Con una caída de cejas, Cañas le ordena que prosigan con el desahucio—. Llevan una mala racha en ese piso.

—La última vez que enseñas tu placa y es a un antidisturbios —dice Martín después.

Se adquiere la misma sabiduría tras una vida de policía que de criminal. Martín piensa que aquella frase de Braulio resultará cierta, pero el final de cada uno y sus enseñanzas no pueden ser más

diferentes. Alfredo Cañas se retira a su huerta y al otro lo han retirado a una incineradora.

—Y no me han pitado los oídos al enseñársela —contesta Cañas.

En la acera, Martín y Toni se quedan vigilando el desalojo para que no haya problemas con Luciana, Perla y compañía. A los pisos del edificio del 133 todavía no les afecta la orden de desahucio. Conseguirán establecerse allí las que hacen más dinero. Sobrevivir está bien; luego hay que tener un plan.

Una mujer se desgañita frente a las UIP.

—¿Queréis que me plante otra vez en Colonia Marconi a calentarme con bidones en llamas?, ¿a darme de hostias con las nigerianas por subirme a un coche?

Los policías ni la miran.

—No puedo volver a la calle —dice otra, enseñando picaduras en sus brazos—. Cinco meses limpia... No puedo volver a la calle. Necesitamos una habitación para, al menos, un par de días. Alguien tiene que ayudarnos.

—Pruebe con Dios, señorita —contesta un policía.

—¡Dios está cortándose las uñas!

—¿Acaso somos los de Servicios Sociales? —pregunta otro antidisturbios del dispositivo—. Coja su mochila y circule.

El secretario judicial toma notas a toda prisa en el acta. Su inventario de objetos caducos acumulará más de una decena de folios. Pieza a pieza, los enseres de los pisos se amontonan en el descansillo y algunos son descolgados con las cuerdas de la empresa municipal de transporte.

—Me revuelve el estómago —dice Martín a Toni—. No quiero seguir aquí cuando saquen a nuestra argentina preferida.

Se pregunta por qué uno se pasa la vida despidiéndose de algo. Y el investigador recuerda que no siempre fue así de difícil para él. Alguna vez bailó, alguna vez se dejó llevar, pero el mundo adulto y sus facturas lo pusieron en su sitio.

—Esto no ayudará a los papeles de Luciana —dice Toni.

A Martín también se lo advirtió Braulio. En el fondo, no erradican ningún problema. Cuando la policía interviene, solo aspira a moverlos de sitio y eso es lo que está sucediendo ante sus ojos.

—Desde luego que no ayudará.

—Oye, quiero comentarte algo que me sucedió el día de Canillas.

—Hoy no, Toni. Hoy no.

Martín se marcha, solo y cabizbajo, hasta el Seat Altea aparcado a

dos calles de distancia. Un grupo de palomas picotea la acera y el investigador las ahuyenta con el pie. Después es esquivado por unos chavales en monopatín. Sus caras alegres le hacen desear ser otra persona con la que no haya tantos puestos vacantes cerca. Enfila la plaza donde apareció Carla y encuentra al mismo policía local, aún más veterano, que custodió el cadáver.

—¿Continúa con sus pesquisas por el barrio? —pregunta a Martín.

—Más o menos. —Como si la respuesta cayera por su propio peso —. Más o menos.

—Pues yo no pienso dar parte de esto a comisaría. —El dedo del policía local apunta a la pared—. Es la pintada más bonita que he visto en treinta años de patrulla.

Martín levanta la vista hasta el mural. A su alrededor se congregan los vecinos con las primeras horas del día. El frutero, la señora del batín con su perro mestizo, los barrenderos rastrillo al hombro y los chicos del piso patera. Chirrían las ruedas de una bici y el Rider derrapa en perpendicular al dibujo. Se queda mirándolo y asiente de forma solemne. Por el barrio hay ronderos como su padre.

Martín se acerca a la oreja del policía local.

—No dé parte, por favor —le susurra.

—Avisaré a mis compañeros para que tampoco lo hagan en sus turnos.

—Sí —dice Martín—. Merece quedarse ahí para siempre o, al menos, hasta que Madrid desaparezca.

Esas palabras alumbrarán las mañanas, por extrañas que sean.

Y vuelve a leerlas, esta vez más despacio.

CARLA VIVE

«Disparar a alguien significa quitarle lo vivido y lo que le queda por vivir, pero dispararle a una niña significa que se puede disparar a cualquiera».



Verano de 2019, sur de Madrid. Las calles del barrio están acostumbradas a los cuerpos destrozados, a la violencia de la prostitución y las drogas, e incluso a las peleas que causan la pérdida de aliento. Pero esta vez es distinto. Con un disparo a bocajarro, los sueños y las esperanzas de Carla, una chica de catorce años, desaparecen para siempre.

Un equipo de la Policía Judicial y la familia de Carla se hacen la misma pregunta: ¿Por qué en un lugar donde todo el mundo es culpable de algo han matado a la única persona inocente? Sin embargo, unos y otros emplearán métodos muy diferentes para encontrar una respuesta y, con ella, al asesino.

José Manuel del Río plasma su experiencia como abogado penalista en un thriller que nos muestra que, a veces, las víctimas pueden ser una incógnita tan grande como los verdugos. Los secretos del pasado resurgen en el presente en esta novela llena de personajes inolvidables a los que quizá el lector pueda salvar, pero no la ciudad. Aquí, Madrid no perdona un alma.

José Manuel del Río (A Coruña, 1982) reside en Barcelona y ejerce como abogado penalista y periodista cultural. Su debut con la novela total sobre narcotráfico *Marea roja* (Ediciones B, 2019) supuso un éxito de crítica que continuó con *La Milicia de la Noche* (Ediciones B, 2020), cuando se confirmó como una de las voces más eclécticas del panorama editorial actual.

A bocajarro es una novela policiaca de las de antes, en la que la bondad se mezcla con la mezquindad y, gracias a su excepcional estilo, la crueldad roza la delicadeza.



Primera edición: enero de 2023

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez Oriol
Imagen de portada: © Alex Maxim / Trevillion Images

ISBN: 978-84-666-7449-2

Compuesto en wwww.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros
Instagram: edicionesb
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club





Índice